This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

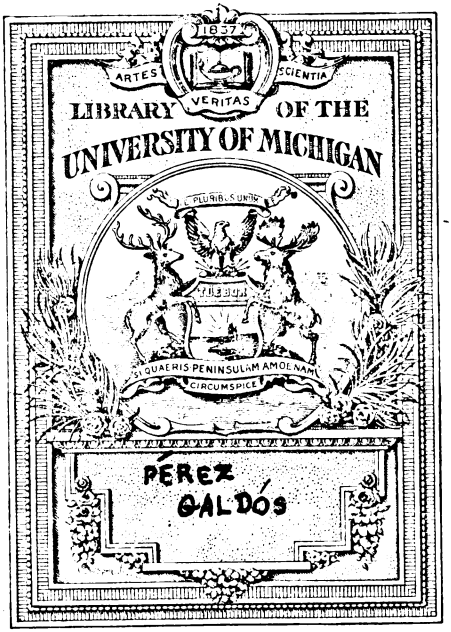
+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

465349 DUPL

Digitized by Google



PÉREZ
GALDÓS

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

868
P441g

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

GLORIA

Digitized by Google

Es propiedad Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

Digitized by Google

B. PÉREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

(Primera época)

GLORIA

(Segunda parte)

37.000

MADRID

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA

(Sucesores de Hernando)

Arenal, 11

1905

Digitized by Google

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Carrera de San Francisco, 4.

Digitized by Google

GLORIA

SEGUNDA PARTE

I

Serafinita y D. Buenaventura de Lantigua.

Lo que ahora se refiere ocurrió en Abril y en Semana Santa, que vino aquel año algo atrasada. En cambio, la Primavera se adelantó tanto, que San José trajo muchas flores, la Encarnación más, y San Venancio entró lleno de rosas y claveles. Pocas veces se había visto Ficóbriga tan bien engalanada para las festividades religiosas más interesantes al alma y á los ojos del cristiano; y además de la placentera estación y del delicioso temple con que le favorecía Naturaleza, tenía el devotísimo pueblo otros motivos de gozo. Sí, sabedlo:

170680

Digitized by Google

aquel año habría procesiones, regocijo de que estuvieron privados los anteriores á causa de la pobreza del clero y lastimosa decadencia del culto.

Y aquel año habría procesiones, porque ofrecieron costearlas de su bolsillo particular dos beneméritos ficobrigenses, el Excelentísimo Sr. D. Buenaventura y la señora Doña Serafina de Lantigua, hermanos de D. Angel y del difunto D. Juan Crisóstomo, que falleció repentinamente el día de Santiago del año anterior. En el capítulo IV de la Primera Parte se hizo rápida mención de estas dos estimables personas; mas no era entonces ocasión de hablar mucho de ellas: ahora sí.

«Venturita y la Serafina—dijo á sus amigas en el pórtico de la Abadía la esposa de Don Juan Amarillo,—han venido á Ficóbriga con el objeto que todos sabemos, y cuanto digan de arreglar la testamentaría del Sr. D. Juan es farsa y enredo... Aquel desgraciado señor, aunque murió como si le partiera un rayo, dejó sus intereses y sus papeles en orden completo... Pero es preciso decir algo para que el público no se fije en la verdad... ¡Ah, la verdad! ¡Bienaventurados los que, como yo, la ponen por encima de todas las cosas!... Y la verdad es que...»

Digitized by Google

Y al decir esto, Teresita la Monja susurraba al oído de sus amigas sílabas misteriosas. Sonreían persignándose las señoras, y acto continuo entraban todas en la Iglesia.

En efecto: D. Buenaventura y su hermana habían ido á Ficóbriga (ésta en Septiembre del año anterior y aquél en Marzo del que corría) para asuntos no relacionados con la testamentaría del Sr. D. Juan. ¡Y qué excelentes personas eran uno y otro! Verdad es que tratándose de aquella privilegiada y sin igual familia, no pueden sorprender á nadie las perfecciones morales y altas prendas del alma que parecían vinculadas en ella.

Serafinita seguía en edad al difunto Don Juan. El Obispo era el primogénito, y D. Buenaventura el más joven. Este era feliz esposo, y felicísimo autor de numerosa prole: en cambio, su hermana era viuda y no tenía ni había tenido nunca hijos. Distinguíase la noble señora por una semejanza tan peregrina con D. Angel, que verla á ella era ver á Su Ilustrísima vestido de mujer, con un peinado entre antiguo y moderno, traje negro sin pretensiones de elegancia, pero también sin abandono, alguna vez guantes negros de hilo, mantón negro y anillo negro en uno de los colorados y regordetes dedos de su mano derecha.

Digitized by Google

En días de Nordeste, que es un viento muy amigo de las neuralgias, solía ceñir fuertemente su cabeza con un pañuelo negro, y pegarse en las sienes negros parcheecillos. Cuando las humedades la hacían claudicar de la pierna izquierda, á causa de la detestable propensión al reúma adquirida años atrás, se apoyaba en un bastón negro. En los días serenos y templados que convidaban á gozar de la Naturaleza y confiarse á ella sin miedo, daba una vuelta por la orilla del mar en compañía de Francisca. Sentándose en cualquier roca, sacaba del hondo bolsillo la labor, que jamás olvidaba, y picoteando con las agujas se ponía á trabajar en una media negra.

Tenía el semblante agraciado y tranquilo, teñidas las mejillas de leve rosicler mustio, como de flor tiempo há tronchada. Lo mismo que en el señor Prelado, en ella la sonrisa era el signo más elocuente y sostenido del lenguaje de su cara, y sus hermosos ojos claros que habían visto tanto mundo y llorado tantas penas, relucían con cierta expresión festiva entre las negruras de que estaban rodeados. Del mismo modo, el alma de Serafinita se sostenía confiada y valerosa con el admirable temple que dan la conciencia pura y una creencia inmutable.

Digitized by Google

De su matrimonio puede decirse, como del Infierno cristiano, que había sido *el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.* El hombre con quien se casó por compromisos de familia reunía en su alma proterva todas las maldades, vicios y groserías imaginables: era libertino, disipador, cruel, falso, tramposo. La pobre Serafinita sufrió con resignación malos tratamientos, infidelidades, escaseces y molestias á que no estaba acostumbrada; presenció escándalos, vilezas, vergonzosas intervenciones de la justicia, riñas, estafas; y por último, padeció la mayor humillación y la pena más aguda al ser maltratada salvajemente por aquel monstruo. Horror causa referirlo. Un día el bárbaro esposo la abofeteó públicamente. Otro día, en la intimidad de la casa, la arrastró por los cabellos. La admirable entereza y resignación de virtud tan modesta le enfurecía más, como si en el heróico silencio de ella oyera terribles anatemas de su vil conducta. En aquella lucha horrible, á la humillada víctima pertenecía el grandioso valor, la cobardía al verdugo victorioso. Al fin Dios introdujo en la casa su mano justiciera. El marido cayó enfermo con lepra repugnante. La esposa maltrecha y abofeteada, viendo llegar la ocasión propicia de su venganza, tomóla

Digitized by Google

con arreglo á la idea evangélica tan arraigada en su alma, es decir, que le abrumó á cariños, le abofeteó con cuidados, y le clavó en la cruz de la más dulce solicitud y ternura. Aseguran que el infame murió convertido; y Serafinita, hablando de aquella muerte, decía:

«El Demonio me le entregó á mí y yo le entregué á Dios. Buen chasco te has llevado, Satán.»

Al enviudar manifestó deseos de retirarse del mundo, consagrando sus días al amor de Dios, y en verdad aquel trabajador había hecho bastante en la viña, y merecía jornal y descanso; pero la muerte de D. Juan, con las horribles circunstancias que la acompañaron, impidieron su santo propósito. Dios decía á Serafinita: «Todavía te necesito en el mundo algún tiempo más...» De la puerta del convento marchó á Ficóbriga.

D. Buenaventura tenía poca semejanza en lo físico con sus tres hermanos. Era el menos guapo, así como D. Juan había sido el más hermoso. En cambio, parecía ser el más feliz. Dedicado á los negocios de banca, había sabido acrecentar su fortuna, y vivía holgadísimamente, muy estimado de todo el mundo, en el seno de una familia ejemplar, que se divertía cuanto era posible sin ofender á Dios.

Digitized by Google

Además, D. Buenaventura no había declarado la guerra á la generación presente, como su hermano: tenía un carácter más franco, conciencia menos rigorista, pensar más elástico, aunque mucho menos brillante, facultad de adaptación que aquél no conocía; y á causa de estas prendas, que cada cual juzgará como mejor le acomode, y del lisonjero estado de sus asuntos, inclinábase á creer que el mundo no iba tan mal como alguien decía, ni que la sociedad presente era la más ruín y execrable de las sociedades posibles.

La muerte de D. Juan, á quien amaba con delirio, hizo en su espíritu efecto desastroso, y la desgracia de su adorada sobrinita le tenía sin consuelo. En Marzo del año siguiente á la catástrofe llegó á Ficóbriga. Sus paisanos se alegraron de verle, y corrió la voz de que Don Buenaventura proyectaba algo muy interesante para su familia y para el buen nombre de su hermano difunto y deshonrado. ¿Era esto verdad? No queda duda de que su mente trabajaba. Veíasele pasear por la playa, ó detenerse largas horas en el cementerio, examinando el sepulcro que se estaba construyendo para su hermano, ó vagar solo por los alrededores de la casa, huyendo de toda amistosa compañía, con las manos á la espalda, la ca-

Digitized by Google

beza inclinada, fijos los ojos en el suelo, ligeramente fruncido el ceño, lento el paso. A ratos alzaba semblante y mirada hacia el cielo, como quien quiere preguntar algo; mas volvía pronto á leer en la tierra, sin duda por no haber recibido contestación.

Vestía cómodo traje negro, calzando zapatos de cuero amarillo á prueba de arenas y lodos, por cuya combinación de colores los holgazanes de Ficóbriga, que pasaban su vida murmurando en la botica, decían al ver á D. Buenaventura: «Ahí viene el mirlo.» Era su cuerpo alto y no fornido, un poco echado hacia adelante. Su rostro, sin dejar de ser harto común, era muy agradable; uno de esos rostros mundanos que parecen hechos para el saludo y el comercio social, y que siempre aparecía afeitado pulcramente, pues en los varones de aquella familia el aspecto eclesiástico era como una tradición. Apenas se advertían canas en su cabeza, y de su cuello pendían lentes azules, que usaba en días muy claros, porque sus ojos, ya que no lloraran por penas, lloraban por la luz meridional. Rara vez usaba bastón, y las manos, por lo común, se volvían hacia atrás, se juntaban, se acariciaban, dándose cordiales apretones como dos buenas amigas.

Digitized by Google

Así era D. Buenaventura de Lantigua. Cierto día (precisamente el viernes de Dolores), al volver de una diligencia, encontró á su hermana que sentada en un banco del jardín trabajaba en su media negra. Ambos hablaron.

Digitized by Google

II

Lo que dijeron.

«¿Tampoco hoy ha querido salir?—preguntó D. Buenaventura.

—Tampoco—repuso Serafinita sin levantar la vista de su obra.—¡Pobrecilla!... Hazte cargo, Ventura, de cómo estará su espíritu. Ni sé yo cómo vive, ni sé cómo no ha muerto de dolor, de vergüenza.

—Pues es preciso—dijo él con entereza,—que no muera de ninguna de esas tres cosas, sino que viva.

—¡Vivir!—exclamó Doña Serafina suspirando.—Sí: ese es nuestro deber. ¡Ay! para algunos es una obligación bastante pesada... Comprendo la angustia de esa infeliz hija de mi hermano, ¡pobre flor tronchada por el bárbaro pie del asno, que en un momento de descuido entró en el jardín!... No, no he conocido en mi ya larga vida ejemplo semejante, ni hay otra caída que á ésta se iguale, como no sea la de Satanás... Y no me digas que tiene remedio en el orden mundano, Ventura...

Digitized by Google

—Para todo hay remedio en el mundo,—replicó D. Buenaventura tomando una silla de hierro y sentándose frente á su hermana.

—Ventura—dijo Serafinita alzando los ojos de la obra negra,—recuerda bien lo que nos manifestó nuestro bendito hermano al partir para Roma en Enero.

—Lo recuerdo bien.

—Nos dijo estas mismas palabras: «Queridos hermanos: en el asunto de la pobre Gloria, obrad con arreglo á las ideas de nuestro idolatrado Juan Crisóstomo, que está en el cielo. Haced lo que él habría hecho si hubiera sobrevivido á la horrenda catástrofe de su honor. Inspirémonos en su recuerdo; seamos herederos fieles de su conducta, ya que no podemos serlo de su inteligencia poderosa.»

—Eso dijo, sí—repuso D. Buenaventura. —Yo creo que el mejor modo de proceder con arreglo al pensamiento del pobre Juan es hacer lo que nos inspire nuestra conciencia. Juan habría hecho lo mismo.

—¡La conciencia!—exclamó Serafinita moviendo la cabeza.—Esa palabra, por decirlo todo, á veces no dice nada. ¡La conciencia! ¡Ay! Ventura, yo veo á la tuya inclinada a ciertos acomodamientos más deshonrosos que la misma deshonra que pretenden evitar; la

Digitized by Google

veo dispuesta á eso que el mundo llama transacción, justo medio ó no sé qué. Piénsalo bien, y dí si en este caso horrible puede hacerse más que aceptar el golpe que el Señor se ha dignado descargar sobre nuestra familia, abrumándola de vilipendio; dime si es posible otra cosa más que sucumbir gimiendo, y llorar nuestra deshonra, haciendo todo lo posible para que no se divulgue lo que no debe divulgarse.

—Y al fin será del dominio público.

—No...—dijo vivamente Serafinita con cierto orgullo.—Hay algo que no se sabrá nunca, al menos por ahora... Mi prudencia responde de ello; mi discreción me asegura que en eso no picarán las viperinas lenguas de Ficóbriga.

—También en eso picarán...

—Pues sea lo que quiera... Si Dios dispone que la vergüenza aumente, aumentará. A todo estoy preparada. Ya nada me espanta. El Señor ha querido probarnos. ¡Bendita sea su mano!

—¡Bendita sea!—repitió D. Buenaventura.

—No: tú no puedes decir eso—objetó vivamente Serafinita.—Tú no puedes bendecir la mano que nos ha herido, porque quieres rebelarte contra ella; quieres hacer ahí unas

Digitized by Google

composturas y unos amasijos de que no puede resultar nada bueno para la conciencia ni para la fe cristiana. ¿A qué aspiras tú? Vamos á ver: dímelo claramente.

—A lo que se aspira siempre cuando ocurren estas desgracias en una familia honrada, —repuso D. Buenaventura con flemático acento.

—Si el caso presente fuera como otros muchos que vemos un día y otro en nuestra sociedad, pase—dijo la señora sintiéndose fuerte con sus argumentos;—pero ya sabes que desde que el mundo es mundo, Ventura, no ha ocurrido un caso como éste, al menos en España. Se podría creer que Dios ha enviado tan singularísimo y horrendo suceso como una especie de aviso, con el cual quiere advertir á los españoles los conflictos dolorosos que les aguardan...

—Hermana—dijo D. Buenaventura interrumpiéndola,—sin quererlo tal vez, has dicho una cosa muy sabia.

—No te burles—repuso Serafinita rascándose tras de la oreja con una de las agujas:—lo que quiero decir es que si el caso que estamos llorando fuera como otros... Estoy cansada de ver niñas caídas en un momento de debilidad, por una ilusión funesta... pero, hijo,

Digitized by Google

la ley, la religión y la misericordia paterna hallan medio de arreglar estas cosas entre nosotros.

—¿Y por qué no hemos de aspirar ahora á un resultado semejante?»

Serafinita miró con estupor á su hermano, dejando caer la media negra sobre sus rodillas.

«¡Estás loco!—exclamó.—Ventura, Ventura, ten presente que para que caiga la bendición del cura sobre este nudo horrible y lo desate, y lo ate después debidamente, es preciso que Dios deshaga el mundo y vuelva á hacerlo de otro modo; que veamos desbaratada pieza por pieza la sociedad actual con sus creencias, sus castas, sus leyes, y armada de nuevo conforme á tu gusto y capricho.

—Puede ser que quedara mejor,—dijo Don Buenaventura sonriendo y balanceándose en la silla.

—Pues anda, pon tu mano en la obra, enmienda la hechura de Dios y de tantos siglos...

—En suma, querida hermana—manifestó Lantigua resueltamente:—yo no quiero enmendar la obra de Dios, ni volver el mundo del revés. Reconozco la fuerza del argumento terrible que acabas de hacerme. ¿Pero no es lo más prudente y lo más cristiano tentar todos

Digitized by Google

los medios antes de declarar irreparable esta desgracia?

—Reparos que sólo están en tu imaginación. Pareces un niño, Ventura. No siendo posible que una religión falsa y otra verdadera se mezclen y confundan como el agua y el vino que se echan en un vaso; no siendo posible que nuestra santa fe católica transija en esto ni se humille ante las mentiras sacrílegas de una secta infame, ignoro cómo vas á componerlo.

—Precisamente deseo intentar algo que proporcione un gran triunfo á nuestra santa fe católica,—dijo D. Buenaventura.

—¿Qué? ¿Convertirle?... Me pareces tonto. Lo que nuestro bendito hermano no pudo conseguir, ¿has de lograrlo tú?... ¡Ah! Como no intentes su conversión por la vía de los negocios...

—Cuando mi hermano intentó convertirle, no existían para él las poderosas razones sociales, los graves compromisos de honor, de dignidad, de delicadeza, los deberes de humanidad...

—¡Honor, dignidad, delicadeza, humanidad!... Probablemente no entenderá esa lengua el que ha causado nuestra ignominia.

—Esta es lengua universal. En fin, querida hermana, pronto saldremos de dudas.

Digitized by Google

—¿Cómo?

—Oyéndole.

—¡Pues qué...!—exclamó Serafinita con terror.—¿Ese hombre...?

—Va á llegar. Le he llamado yo.

—¡Ventura, Ventura!...»

Serafinita no pudo decir más. Era incapaz de cólera; pero su corazón se llenó de pena. Emprendiendo con frenética actividad su obra, fijaba sus animadas pupilas en las puntas de las dos agujas, que parecían las espadas de irritados duelistas que se batían furiosamente.

Después de un rato de silencio, Serafinita dijo:

«¡Ventura, Ventura!... ¿Has escrito al hebreo?

—Sí, y vendrá.

—Tal vez no. Ya sabes que en Diciembre estuvo aquí, y nuestra sobrina no quiso recibirle.

—Ya lo sé.

—Y que le ha escrito muchas cartas...

—Sin que ella se haya dignado leerlas. También lo sé.

—Pues ahora tampoco le recibirá.

—Allá lo veremos. No creo que mi venida á Ficóbriga sea en balde, ni que mi autoridad sea una irrisión,—dijo Lantigua demostrando

Digitized by Google

gran confianza en la eficacia de su voluntad.

—Querido hermano, tú has olvidado la recomendación de Angel. ¿Crees que nuestro hermano Juan habría escrito á ese hombre rogándole que viniera?

—No lo sé... Juan no pudo pronunciar una sola palabra sobre su deshonra. Murió callado.

—No murió de apoplegía—manifestó con emoción muy honda Doña Serafina;—murió de ira; que también la indignación mata. Su pensamiento se abrasó, su alma huyó escandalizada del cuerpo en un instante horrible. El cielo desplomósele encima. Me parece que oigo la íntima exclamación de su espíritu al volar temblando de este mundo... Ventura, Ventura, inspírate en nuestro hermano, muerto por su deshonra; identifícate con él, y represéntate aquel instante tremendo, la sorpresa de Juan, su terror, su congoja de padre amantísimo y de católico ferviente; haz un esfuerzo, y procura creer que tú eres él mismo y no tú; que él ha resucitado en tí...

—Inspirándome en mi conciencia—dijo serenamente el banquero,—creo inspirarme en él...»

Y levantándose, echó ambas manos á la espalda, encorvó ligeramente el cuerpo, y se puso á pasear por el jardín, de un ángulo á otro,

Digitized by Google

sin apartar la vista de la arena, que crujía bájo sus amarillos zapatos. Serafinita, desbaratando un gran trozo de media negra que estaba detestablemente hecho, empezólo de nuevo.

Digitized by Google

III

Cosas que se ignoran y otras que se saben y deben decirse.

La casa no estaba lo mismo que el año anterior. El jardín hallábase bastante descuidado, creciendo en él, ó con excesiva libertad ó sin la cariñosa esclavitud del jardinero, las flores de primavera que ornaban sus verdes cuadros. Los arbustos y árboles de sombra, los recortados setos, las enredaderas de mil brazos, el césped y los tiestos vivían angustiadamente bajo el imperio del olvido. En cambio, los caracoles sacaban el vientre de mal año en aquellos meses, y se extendían, cual inmenso rebaño jamás saciado, por todo lo verde, subiendo por los tallos arriba hasta llenar de inmundas babas la más alta hoja; que tal es el oficio de estos ministros de la envidia. Algunos tenían tal descaro, que se subían por las faldas de Doña Serafina, y la observaban con sus ojuelos, y movían ante ella sus expresivos tentáculos, como diciendo: «¿qué habrá venido á hacer aquí esta buena señora?...»

Digitized by Google

En lo exterior de la casa, los desperfectos causados por el último invierno no habían sido reparados. Faltaban pedazos de yeso y molduras. Por no hallarse en buen estado los canalones, existía en la pared de Levante una gran mancha de humedad, al modo de sombra irregular y compleja, que casualmente parecía representar una figura ó monstruo de muchas patas y amenazante boca. La veleta se había doblado con los poderosos bofetones del huracán, y la flecha, desquiciada y sin movimiento, señalaba siempre al Norte. Estaba muerta.

Dentro podían notarse asimismo los tristes efectos del abandono. Algunas estancias no habían sido abiertas en mucho tiempo. El reloj de gran esfera y timbre resonante que estaba en el vestíbulo para advertir á todos los de la casa la hora de las obligaciones, de los placeres, del descanso y del trabajo, había enmudecido, y su rostro mofletudo, que tan bien sabía responder antes á los que le preguntaban cosas del tiempo, no expresaba ya nada, como no fuera la inmovilidad y el tétrico silencio de la muerte. En vano D. Buenaventura trató de ponerle en movimiento con el dedo, ora impulsando las agujas, ora el péndulo. El reloj daba dos ó tres latidos, unas cuantas pulsacio-

Digitized by Google

nes quejumbrosas, y volvía á caer en su hondo letargo. Había en la quietud de sus agujas sobre la blanca esfera numerada, algo semejante á entornados párpados y á respiración sosegada y profunda. Viéndole, veíase á uno que duerme.

En las habitaciones altas había otro de chimenea que, trocado en bufón, reía de los grandes chascos que daba á sus amos y del trastorno que producía. Su conducta era más propia de un pillete que de un reloj. Así, cuando eran las seis, él marcaba y tañía las once, ó viceversa, y á veces se tragaba medio día lindamente, ó se empeñaba en hacer creer que el sol salía después de misa mayor. Siempre que este buena pieza le daba un bromazo, decía Francisca tristemente:

«Anda, hijo, anda: no eres tú solo el que disparata. Como tú van todas las cosas de esta casa.»

Las habitaciones de D. Juan habían permanecido cerradas hasta que llegó D. Buenaventura, que, tomándolas para sí, pasaba allí largas horas, ordenando los manuscritos y cartas de su hermano y completando el catálogo de la biblioteca. Serafinita vivía en la planta baja, por ser enemiga de escaleras, y Gloria continuaba morando en su habitación primitiva.

Digitized by Google

Pero hacía muchos meses que los habitantes de Ficóbriga no habían visto á la señorita de Lantigua en la calle, ni en el jardín, ni en los balcones. Los propios criados de la casa, á excepción de las dos mujeres, tampoco la veían. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Teresita la Monja anunciaba con su labio sibilítico mil abominables cosas, y ningún ficobrigeño pasaba por el camino real ni por la plazoleta sin mirar á las tristes ventanas, cerradas también, cual ojos de durmiente, y decir para sí: «¿qué hará?»

Durante algunos meses, Gloria había sido objeto de comentarios diversos. Bastante trabajó la curiosidad en aquellos días, muchísimo la envidia. Se quería demostrar que las grandes reputaciones son casi siempre usurpadas; que no hay nada superior ni sublime; que todo es pequeño y miserable; que las flores no son flores, sino fango; que el diamante no es luz solidificada, sino carbón; en fin, que todos somos iguales, y que si alguno sube mucho por hipocresía ó arte mundano, debe bajar y ponerse al nivel de los demás, restableciendo la armonía del vulgo, tan necesaria á la del universo.

¿Tenía razón la plebe? ¿Quién puede decirlo sin conocimiento de cosas y personas? La señorita se oculta de todo el mundo, huye de

Digitized by Google

todas las miradas, haciendo de su vida un misterio impenetrable; y como el laborioso insecto, ha tejido un capullo, y quedádose dentro, con intención sin duda de no salir sino con alas, ó sea en espíritu. Si penetramos en la casa, no nos es posible llegar hasta ella, porque los criados detienen á todo intruso. Hasta el taciturno reloj del vestíbulo parece decir con su torvo silencio: «¿A dónde vas, insensato? Aquí ya no hay nada...» Creemos sentir leves pasos sobre el entarimado superior. Son sin duda los pasos de la señorita... pero no: son los de un gatito que juega. Aunque ponemos gran atención, no conseguimos oir su voz, que ha querido extinguirse para siempre como la del reloj, creyéndose indigna de sonar entre los vivos.

Atrevidos subimos; mas tampoco arriba nos es posible verla. La puerta de su habitación está cerrada. Por la noche, si la sorprendemos por breve instante abierta, descubrimos vaga sombra de una cabeza sobre la pared. La cabeza se mueve: es ella sin duda; pero convertida en leve mancha obscura sin alma y sin vida. Si hay conversación dentro de la alcoba, percibimos, aguzando mucho el oído, el vago silbar de las eses que se destacan sobre la pronunciación castellana, como la espuma sobre las olas.

Digitized by Google

Si continuamos observando, vemos al través de la puerta que no ha sido bien cerrada, súbita claridad rojiza que se extingue pronto. No hay duda de que la señorita ha quemado un papel. Por Roque, que dice todo lo que sabe, sabemos que Gloria ha recibido poco antes una carta con sellos encarnados, que no son los de España. Después sale Francisca, entra D. Buenaventura, y se entabla nueva y más viva conversación que dura hasta hora muy avanzada. Pero no podemos atrapar sino las fluctuantes eses que marean y nada dicen solas. D. Buenaventura se retira al fin meditabundo, como siempre; óyese el rumor de los perezosos rezos que preceden al sueño, y sale después Serafinita serena y mística, como un santo que baja de su nicho para pasearse. Luego se siente el chasquido de la llave. ¡Adiós! La señorita se ha encerrado; duerme, y envuelta en delicada nube de silencio, de obscuridad, de reposo, ha lanzado su espíritu á las zonas infinitas. Avancemos, apliquemos nuestro oído indiscreto al hueco de la llave. ¿Oís algo? Nada... Quizás un rumor más tenue que el de las alas del más pequeño insecto batiendo en el aire, una leve cadencia que no sabemos si es la respiración de Gloria ó el aliento de su Angel de la Guarda, que vela

Digitized by Google

con la mano puesta sobre la frente de ella.

Un día, que era sábado de Pasión, el narrador espió también. A la escalera llegaba olor gratísimo de claveles y rosas, accidente relativo á ella que parecía ella misma. La señorita estaba haciendo un ramo. De hallarnos en el jardín, habríamos sentido ligero rumor en la persiana alta; y alzando la cabeza con la prontitud del curioso, habríamos visto una mano que en breve instante apareció y huyó, después de arrojar palos de flores y ramitas inútiles. Aquella mano era la misma que muchísimos días antes había empujado la puerta de la casa para no dejar entrar á un hombre. En cuanto á la cara, sólo la vieron los pájaros alineados como tropa en el alambre, ó los que volando y piando pasaban.

Francisca bajó por más flores, y Doña Serafina subió llevando unos alelíes que ella misma cogiera. Oyéronse los tijeretazos cortando los palitroques sobrantes en el tronco del ramo. Ni el mismo Roque, que todo lo sabe, sabía para quién eran aquellas flores.

Pronto lo sabremos nosotros. Era media tarde cuando entraron y se reunieron en el comedor D. Buenaventura y los dos personajes de más peso en la república ficobrigense, Don Silvestre Romero y D. Juan Amarillo, este

Digitized by Google

último elevado poco antes á la categoría de alcalde, con lo cual su respetabilidad, que ya era grande, se había remontado á lo sublime.

D. Silvestre, á poco de estar en el comedor, subió con objeto de ver á su *amada penitente*, como él decía. Quedándose solos D. Buenaventura y el digno alcalde, éste habló á su amigo de los últimos acuerdos del Ayuntamiento referentes á las procesiones de Semana Santa, costeadas por el generoso banquero, y que debían de ser dos, á la usanza antigua: la del Salvador el Domingo de Ramos, y la del Crucificado, con dos pasos más y la Dolorosa, el Jueves. A todo dijo amén D. Buenaventura; mas no se mostró muy gozoso cuando Amarillo le notificó que á él, al propio señor de Lantigua, correspondía lugar muy honroso en ámbas procesiones, debiendo en la del Salvador acompañar á la sagrada imagen, propiedad de su esclarecida familia.

Debemos decir que esto y otras cosas municipales de que habló el insigne Amarillo, como el acuerdo recién tomado por el Ayuntamiento de llamar en lo sucesivo *plaza de Lantigua* á la *plazoleta de la Charca*, y colocar una corona en el sepulcro que se estaba labrando al Sr. D. Juan, no fueron sino pretextos que el alcalde tomaba para tratar de un asunto de

Digitized by Google

vivísimo interés para él. Desde la catástrofe del día de Santiago, corrió por Ficóbriga la voz de que la desgraciada joven, antaño llamada *joya* de aquella villa, entraría en un convento, y que la familia pensaba vender la casa, por ser muy antipáticos para ella los lugares de su desgracia y deshonor. Enunciada esta idea, D. Juan Amarillo, dueño de copiosos caudales, afanados Dios sabe cómo, concibió la felicísima idea de adquirir tan hermosa finca y establecerse en ella, haciéndola trono de su omnipotencia y de la gran superioridad que sobre toda la redondez de Ficóbriga había ganado.

La idea culminante, la idea madre de todas las ideas de D. Juan Amarillo era ésta: «ser el primer personaje de Ficóbriga.»

La idea cardinal que gobernaba toda la máquina intelectual de Teresita la Monja era ésta: «ser la primera señora de Ficóbriga.»

La presencia de los Lantiguas en aquel pueblo, que por tradición les veneraba, era grandísimo estorbo, porque la villa obedecía puntualmente á la ley que dijo: «No servirás á dos señores.» Pero si los Lantiguas se marchaban, después que la *joya* fuese guardada en el estuche de un convento, ¡oh! indudablemente la dinastía de Amarillo reinaría ya sin

Digitized by Google

rival entre el mar y la Pesqueruela, entre el cerro de Doña Fronilde y Monteluz.

Ambos esposos vivían desasosegadamente, esperando saber lo que se determinaría, y no cesaba D. Juan de hacer indiscretas preguntas al banquero. Aquel día repitió sus proposiciones para quedarse con la casa; pero D. Buenaventura no pudo contestarle nada categórico.

«Pronto daré á usted una contestación terminante—dijo Lantigua.—Esto ha de decidirse pronto, pero muy pronto.»

En esto, oyéronse acompasados taconazos en la escalera, que retemblaba cual si un gigante por ella bajara. Era D. Silvestre, que volvía de su visita, trayendo un gran ramo de flores, entre cuyas frescas hojas hundía á cada rato su carnosa y sensual nariz para aspirar la fragancia de ellas.

«La encuentro—dijo el cura,—mucho más animada... Mejor color, menos tristeza, algunas ganitas de hablar, interés por las cosas... En fin, resucita; la pobre resucita poco á poco.

—Así me parece á mí—indicó D. Buenaventura, demostrando la importancia que daba al bienestar de su sobrina.—¡Si Dios quisiera apiadarse de ella y de todos nosotros...!

Digitized by Google

—Vean ustedes qué hermoso ramo me ha dado—dijo el cura acercándolo á la picuda nariz de D. Juan Amarillo, que olió por espíritu de adulación.—Es para el Salvador, para la histórica imagen de los Lantiguas. Se lo pondremos en las alforjas al borriquito.

—Ya el Sr. D. Buenaventura—manifestó Amarillo levantándose, está conforme en dar realce con su presencia á las dos procesiones.

—Pasaremos por aquí. Ya me ha prometido la señorita que saldrá al balcón—afirmó Don Silvestre con regocijo.—Le he dicho que dejaré de ser su amigo si no va mañana á la misa mayor y á la hermosísima festividad de las palmas. La pobrecita no quiere...

—Irá; yo le prometo á usted que irá—dijo D. Buenaventura despidiendo á sus amigos.—Esta situación debe acabar pronto.»

En el jardín, D. Juan Amarillo alzaba la cabeza circundada de rayos de autoridad, y poniéndose la mano en la frente, á guisa de pantalla, para que el brillante sol no ofendiera sus ojos, contemplaba la fachada de la casa, y decía para su hondísimo capote:

«En reparaciones tendré que gastar otro tanto de lo que vales; pero no importa si al fin eres mía. ¡Oh! ¡mía...!»

Digitized by Google

IV

Las amigas del Salvador.

La capilla del Salvador, propiedad de la familia de Lantigua, estaba en la derecha nave de la Abadía, con ventana ojiva abierta al atrio, altar churrigueresco, pesados bancos de nogal, dos ó tres inscripciones sepulcrales, y un cuadro de ánimas en el cual los desnudos cuerpos bailaban entre rojas llamaradas. Pequeña puerta de arcō escarzano daba entrada á la sacristía ó camarín, pieza no muy clara, abovedada y húmeda, donde generalmente no ocurría nada digno de ser contado, como no fueran los devastadores progresos de la carcoma, monstruo imperceptible que parece la representación viva de otro monstruo: el tiempo.

Pero el sábado de Pasión, alegre cháchara de mujeres bachilleras resonaba en la olvidada estancia, como discorde piar de urracas más que de jilgueros; parlerío semejante al de un taller de modista; rumor entreverado de risas

Digitized by Google

y exclamaciones, y salpicado de broncas toses y truenos de nariz, lo cual indicaba que no era aquello congregación de juventud.

En el centro del camarín, puesto ya sobre las plateadas andas que le habían de sostener, estaba el Salvador, imagen de madera cuya hermosa cabeza debió de ser modelada por algún escultor del gran siglo. Sus ojos negros miraban con seriedad dulce y profunda. De sus labios iba á salir la palabra... Hablaba; faltaba poco para oir su voz, á ninguna humana voz parecida. Su majestuosa frente, descubierta en forma de triángulo por la caída de las dos bandas de cabellos, superaba á cuanto ha podido idear la escultura griega. Pero sobre todas las perfecciones de tan ideal rostro, descollaba aquel mirar que era la irradiación de la inteligencia suprema, y que infundía pasmo y veneración. La pupila inmensa que todo lo ve y que penetra hasta lo más íntimo de los corazones, no podía tener representación más adecuada.

El resto de la imagen no correspondía á la cabeza. Había tomado el escultor por su cuenta busto y extremidades, dejando lo demás al carpintero. El divino cuerpo consistía en un tosco madero que la humedad y el tiempo habían roído á competencia; mas como debía

Digitized by Google

cubrirse con la rica vestidura de tisú, el efecto artístico no se perdía. Montaba el Señor aquella borrica que los discípulos cogieron en la aldea cercana á Betfagé, y fuerza es confesar que el escultor tampoco puso la mano en ella ni en el pollino que la seguía. Ambas figuras eran de tosca labor; pero aun así desempeñaban bien su papel, y principalmente el borriquito hacía las delicias de toda la grey devota y de los chicuelos, que no podían menos de ver en él un santo juguete.

El Salvador estaba aún sin vestido, y el borriquito sin alforjas. Tres mujeres trabajaban allí con celo incansable. La una, varonilmente subida en las andas, lavaba con esponja el rostro de la sagrada efigie. La segunda cosía una rica tela, añadiéndole tal cual pieza y fijando los galones. La tercera componía con flores de trapo graciosos ramilletes y lindos festones. Si ocupadas estaban las seis manos, no lo estaban menos las tres lenguas.

Teresita la Monja, esposa de D. Juan Amarillo, era la que lavaba. Mujer rica y desocupada, por tener más dinero que hijos y más devoción que menesteres domésticos, había mostrado siempre afición á las cosas de Iglesia, y á meterse en sacristías y enredar en camarines, ora vistiendo santos, ora manipulando

Digitized by Google

cofradías, gustando además de saber y comentar todo lo que pasaba entre el coro y el altar mayor, y dar su voto sobre cuanto atañese á las ceremonias religiosas.

La segunda era cuñada de la primera, por ser mujer infelicísima del hombre más desautorizado y más perdido de Ficóbriga, del filósofo y ateo y mentecato D. Bartolomé Barrabás, hermano de Teresita la Monja; pero *Isidorita la del Rebenque* (que tal nombre tenía por haber sido su padre dueño del prado del Rebenque) llevaba con gran paciencia la cruz de su nefando matrimonio; y todo lo que Barrabás perdía en opinión y en intereses por su mala cabeza, ganábalo ella con su trabajo y ejemplar conducta. Hacía con igual arte ropa de mujer, de hombre y de clérigo, pudiendo competir sus levitas con las de Caracuel, como lo probaba la gallardía y elegante soltura del cuerpo de D. Juan Amarillo. En la temporada de verano albergaba huéspedes, tratándoles bien. Había sido hermosa; mas últimamente, la obesidad y las penas la tenían en lastimoso estado. Unida con vínculos de parentesco y de cordial amistad á *la Monja*, de quien recibía frecuentes favores, acompañábala en la Iglesia y en casa, siendo un eco de ella en las opiniones, y un admirable estímulo preguntón para

Digitized by Google

que Teresita, ó sea el *Confesonario de Ficóbriga*, satisficiese su ardiente necesidad de contar todos los secretos de la villa.

La tercera, ó sea la que se ocupaba en arreglar las flores, era la más joven de las tres, y si se quiere, la más hermosa, pues había en su rostro vestigios de una belleza varonil y provocativa. Llamábanla comunmente la *Gobernadora de las armas*, por haber sido esposa de uno que componía armas, ó que las *gobernaba*, como es uso decir. Doña Romualda era *florista* y *braguerista*, y así consta en los estados de la contribución, donde puede verlo quien dude de las múltiples habilidades de esta señora. La muerte repentina del *gobernador de las armas* la había dejado viuda; pero ella se sostenía regularmente, aunque no está averiguado que lo hiciera con la virtud de aquellas dos preciosas industrias.

Respecto á Teresita la Monja, debe añadirse que era flaca y lustrosa y su piel al modo de placa cobriza: las malas lenguas de Ficóbriga decían de ella que se frotaba todas las mañanas largo rato con polvos y ante para sacarse brillo. Era su perfil á lo griego, de líneas rectas formado; pero con cierta indecisión ó vaguedad, á la manera de moneda gastada por el uso. Sus ojuelos grises, y á veces dorados

Digitized by Google

como los de los gatos, no paraban un momento, y lo que más envidiaba á la Divinidad era el don supremo de ver lo invisible y de leer en los corazones. Llamábanla Monja porque la exclaustración la sorprendió novicia en las Clarisas, con lo cual torcióse la vereda de su destino, y enfriándose su religioso anhelo ante las gracias personales de D. Juan Amarillo (cuando era pollo), cayó en sus dulces brazos y se descarrió en un momento de tentación funesta ó de falso idealismo. El matrimonio puso luego las cosas al derecho; pero Teresita no perpetuó el linaje de los Amarillos. En efecto: aunque esto no pueda definirse bien, había en ella una como personificación de la esterilidad.

Digitized by Google

V

Realismo.

Pasó suavemente la esponja por el augusto semblante de la imagen, que representaba la encarnación de lo divino, y después la exprimió sobre el cubo para soltar el agua sucia. Al mismo tiempo decía:

«¡Ay! ¡Jesús mío, cómo estás!... Ya se ve... ¡Catorce años pudriéndote en ese nicho! Vaya, que los Lantiguas pueden hablar... ¡Tanta devoción, y esta sacratísima imagen olvidada!... ¡Qué horror! La mitad de la pintura se queda en el paño...

—Estás haciendo de Verónica, Teresa—dijo sonriendo Isidorita la del Rebenque.—Con poco más sacarás el divino rostro en el lienzo

—Pues has dicho la verdad. Vamos, no fregoteo más: bien está así. Ahora le pasaré un paño seco. Así, viejecita y despintada, no hay otra cara como ésta en todo el mundo. Miren qué expresión... parece que nos oye, que nos mira y que quiere hablarnos.

—Parece que nos agradece los cuidados que

Digitized by Google

tenemos con él—dijo la *Gobernadora de las armas* apartando sus ojos de las flores y fijándolos en el Salvador...—Pero, ¡ay! amigas, lo que me ocurre en este momento... ¿Sabéis que en efecto...?

—¿Qué?

—Se parece, sí: no hay duda de que se parece...

—¡Ah, cállate por Dios!—exclamó Teresita bajando la escalera y sujetándose las faldas para que el borriquito, que estaba todavía en el suelo, no le viera las piernas.—No sigas... por Dios. Es verdad que se parece... Pero esto no se puede decir, ni aun pensar. Es un sacrilegio.

—Todas las cosas, incluso las malas, son hechura de Dios—dijo la esposa de Barrabás. —Pero hay quien dice que las caras guapas son obra de Lucifer. Más vale que no hablemos de esto...

—Venga la camisa,—indicó Teresita tomando una especie de funda de riquísimo hilo que le alargó la del Rebenque.

—Me parece que en ningún tiempo, ni aun en los del mayor esplendor de los Lantiguas, se ha puesto el Salvador una prenda como ésta. Es lo que sobró de aquella pieza que compré el año pasado para hacerle camisas á mi

Digitized by Google

Juan... En fin, Isidora, á ver cómo se la ponemos... Coge tú por allí... Tratemos de meter las mangas sin romperlas... Cuidado con los encajes. Son los de aquella mantilla antigua que deshice.

—¿Ayudo yo también?—preguntó la *Gobernadora.*

—No, mujer... acaba esas flores; que esto pronto lo despachamos.»

Así fué, en efecto, y luego ocupáronse ambas de la túnica de terciopelo morado, no por cierto inconsútil, que acababa de componer Isidora.

«De veras digo—manifestó Teresita,—que si sé que tenemos procesión este año, le regalo una túnica nueva al Salvador. Entre mis sobrinas y yo la hubiéramos hecho en un momento. Esta no se puede mirar. Serafinita me dispense; pero esto es un pingajo... ¡Qué galones! ¡Qué forros! ¡Ah! los Lantiguas, los Lantiguas... mucha devoción de pico, mucho hablar de cosas santas... discursos por acá, librotes por allá. Pero los hechos, las obras; ¡ah! yo me fijo en las obras, y sólo por ellas juzgo... Arriba con la túnica. Yo subo en la escalera; alarga los brazos todo lo que puedas.»

Apenas quedara cubierto el cuerpo del Se-

Digitized by Google

ñor, abrióse la puerta de la capilla, dejando ver una boca remilgada y sonriente, dos alegres ojos pequeños, apenas visibles entre los pliegues de la cara contraída por la sonrisa, una nariz redonda como avellana, un cuerpo forrado en verdinegra funda desde el cuello á los pies, dos brazos negros, en fin, toda la persona de Agustín Cachorro, sacristán de la Abadía. Ya sabemos que el año anterior se había quitado la plaza á José Mundideo, á quien más tarde se dió la de sepulturero. Su sucesor en la sacristía había sabido conquistar simpatías en puestos análogos, y, la verdad sea dicha, ninguno existía más atento á sus deberes. Honrado, activo, complaciente, respetuoso y siempre festivo, el buen Cachorro agradaba á un tiempo al cura y á los fieles, al pastor y al rebaño.

«¿Qué tal, señoras mías; se trabaja muchito?—dijo desde la puerta.

—Entre usted... entre, hermano Cachorro, —respondieron á una y chillonamente las tres.

—Esperen un ratito, que voy á meter las palmas en la sacristía. Vaya, que está muy guapo el Salvador... ajajá... ¿quién conoce á este caballero?...

—Entra, Cachorrillo — dijo Teresita, que tenía gran familiaridad con él.—No podías

Digitized by Google

haber venido más á tiempo. Las tres te necesitamos.

—¿De veras?... ¿Y si me riñe el señor cura porque abandono mis obligaciones?»

Agustín entró riendo, pues la risa era su fisonomía.

«Vas á ayudarnos á poner el borriquito en su sitio.»

Cachorro tomó el tiento á la escultura, que no era de plumas.

«¡Ay, mi niño, cómo pesas!... Pareces un pecado,» exclamó echándoselo á cuestas.

El animal tenía en sus patas cuatro espigones de madera, que encajaban en otros tantos agujeros abiertos en las andas al lado izquierdo del asna madre que montaba el Señor.

«Ya está—dijo Cachorro afirmando al animal en su sitio.—Señoras, adiós.

—¿Pero te vas?

—No se vaya usted.

—Señoras, tengan paciencia—dijo el sacristán.—Yo me estaría aquí todo el día con mucho gusto; pero el señor cura me riñe y dice: «¡Anda, hipocritón, que no sirves más que para retozar con las santurronas!...»

—Es el tal D. Silvestre el hombre más deslenguado...

Digitized by Google

—¡Qué cabeza la mía!—murmuró Agustín. —¿En dónde he dejado el ramo?

—¿Qué ramo?

—¡Ah! lo he dejado en la capilla. Voy por él.»

Salió ligeró como un ratoncillo. Isidorita mostró entonces su más bella obra, que era un par de alforjas de raso encarnado, con galones y lentejuelas, como las chaquetas de los toreros.

«¡Lindísimo!» exclamó la Monja metiendo la mano en ellas para medir su cavidad.

Reapareció entonces Cachorro trayendo un hermoso ramo.

«Aquí está—dijo presentándolo con orgullo.—Me lo ha dado el señor cura para que las señoras lo pongan en la alforja de este tunante. ¡Ay, qué guapo vas á estar!...

—¡Preciosas flores!

—¡Magnífico ramo!

—Es regalo de la señorita de Lantigua,—añadió el sacristán.

—¡De la señorita de Lantigua!» exclamó absorta Teresita, deteniendo sus flacas y amarillas manos en el momento en que iba á coger el ramillete.

Isidorita quiso olerlo; pero también se detuvo. La *Gobernadora de las armas* no se mo-

Digitized by Google

vía de su sitio, y Cachorro, viendo que nadie quería tomar el ramo, lo dejó sobre la mesa. Pero el chusco sacristán debía de sentir en su alma necesidad imperiosa de expansión, porque estirando los brazos y haciendo castañetear los dedos y dando ligero brinco, dijo alegremente:

«Señoras, el cura se ha ido... ¡Ah! me ha encargado que las obsequie á ustedes... En la sacristía ha dejado bizcochos, una botella de anisete, y tres de vino muy rico; pero muy rico. Al marcharse el Sr. D. Silvestre me dijo: «Ve y pregunta á esas señoras si quieren tomar alguna cosa... Las pobrecitas han estado trabajando como negras todo el día.»

—Yo no quiero nada,—dijo Teresita meditabunda.

—Yo tengo mala la cabeza.

—Mejor que mejor,—afirmó Cachorro dando una palmada.

—Y yo no estoy bien del estómago,—indicó la *Gobernadora*.

—Eso quiere decir que vaya por el *calicem salutis*... ¿Pero qué tienen las señoras? ¿No quieren poner el ramo en las alforjas?»

Aspirando el delicado olor de las tempranas rosas, hizo un mohín grotesco.

«Señoras—se dejó decir,—¿saben ustedes

Digitized by Google

que esto me huele á judíto pasado? En fin, voy por aquello.»

De un brinco se puso en la puerta y desapareció. Las tres damas habían revestido su semblante de una seriedad oficiosa, y la más respetable de ellas expresó el pensamiento de la cofradía en esta forma:

«Esas flores no se pueden poner en las alforjas.

—No deben ponerse.

—Es claro, porque ella está en pecado mortal.

—Sería un ultraje, un sacrilegio.»

Cachorro entró de nuevo con una gran bandeja de pasteles, bizcochos y algunas botellas.

«*¡Corpus et sanguinem!*—exclamó desde la puerta, y avanzó alzando la bandeja á la altura de la cabeza con la actitud propia de los mozos de café.—Aquí está lo que resucitó á Lázaro... Parece que sigue la perplejidad. ¿Se ponen ó no las flores judáicas?

—Mi opinión es que no se pongan,—afirmó la de Amarillo, consultando á sus amigas con la mirada.

—En fin, ¿tenemos concilio ecuménico para decidir?...

—Mi opinión—manifestó la *Gobernadora*,—es que se pongan, puesto que el cura lo ha

Digitized by Google

mandado así. Nuestro primer deber es la obediencia.

—Es verdad.

—Tiene razón.

—Póngase el ramo,» ordenó la Monja apartando con soberano desdén sus ojos del animalito, á punto que Cachorro le ponía la preciosa carga de flores, contrapesándolas con el racimo de panojas, preparado para el caso.

Las tres damas habían concluído su tarea. Fatigadas de tanto trabajo, se habían sentado en tres sillas preparadas al objeto por el sacristán, y contemplaban en silencio su obra, pudiéndose observar en el semblante de dos de ellas el arrobamiento del artista vencedor, mientras la señora de Amarillo, frunciendo la dorada piel de la frente, demostraba hallarse embebecida en otros pensamientos.

«Todavía no sale de la casa—dijo, cual si contestara á una pregunta que nadie le había hecho.

—¿Quién?

—La señorita Gloria.

—Hace bien—afirmó la del Rebenque.—Su vergüenza es mucha.

—¡Qué mimitos!... ¿También tiene vergüenza de venir á la Iglesia? ¿No está ya convencida de que no puede casarse?... ¿A qué aspi-

Digitized by Google

ra?... ¿Piensa que en Ficóbriga se le seguirá teniendo el amor que siempre merecieron los Lantiguas?... ¿Creerá conservar la respetabilidad del difunto D. Juan, á quien mató con sus liviandades?... Por supuesto, que la niña conservará su orgullito, y cuidado cómo se pone en duda que es la primera persona del pueblo...

—¿Y de veras no sale?

—Ni siquiera al jardín. Se levanta á las seis... toma chocolate... se peina... Yo lo observo todo desde mi ventana alta. Lee en dos ó tres libros... trabaja en costura... va á la biblioteca de su padre... vuelve... se acuesta temprano... le suben la comida... no habla casi nada... ¡Y qué destrozada tiene la casa! Da lástima verla. Pero Juan me asegura que será nuestra, y en verdad que la pobre lo merece.»

A la sazón había empezado á escanciar el bueno del sacristán.

«Vaya, señora Doña Isidora, usted dirá,—indicó inclinando la botella sobre el cortadillo.

—Una gota, nada más que una gotita... Basta, hombre, basta; que tomo eso para ver si mi estómago entra en caja.»

Isidorita gustó del precioso licor. La *Gober-*

Digitized by Google

nadora de las armas hizo ascos al anisete, pero no á un delicado néctar de la Nava que en otra botella tenía el Sr. Cachorro, y lo acompañó con bizcochos para que la confortase más.

«Esto da la vida,» gruñó Agustín probando de una y otra cosa.

Teresita no probó nada.

«Vamos, vamos á colocar las flores—dijo á sus amigas poniendo fin al descanso.—Aún queda bastante que hacer... Por cierto que si yo no hubiera mandado traer las flores de S... ¡Dios mío, qué abandonado tenían esto los Lantiguas!

—Señora, ¿qué es esto? ¿qué tengo yo?—murmuró la *Gobernadora* pasándose la mano por los ojos.—Si parece que se me va la cabeza.

—Pues á mí también—añadió Isidorita dándose aire.—Este diablo de Cachorro nos ha dado algún brebaje...

—Animo, señoras; eso se llama hallarse en estado anacreóntico, como dice D. Bartolomé Barrabás. Cuando no es vicio, no hay pecado.

—Váyase usted allá, borrachón. ¿Cree que somos como él?»

En el mismo instante sintióse un chasquido como de madera que se agrieta: la alforja ha-

Digitized by Google

bía caído de los lomos del pollinito, y por el suelo rodaban las panojas y el ramo.

Teresita y Doña Isidora se miraron aterradas.

«Es que se ha caído el clavo que sujetaba la alforja—observó Agustín examinando el animal.—Ya se ve. Apolillada está la madera y se cae á pedazos. Digo lo que Teresita. Esos Lantiguas tenían muy abandonados á los asnos del Señor.

—No se comprende cómo han podido desprenderse las alforjas,» añadió la Monja acercándose con cautela.

El sacristán tomó el ramo.

«No, lo que es mientras yo dirija esto—manisfestó la señora de Amarillo gravemente,—no se vuelven á poner las tales flores sobre el pobre animalito.

—Hay algo, señoras; aquí hay algo que no comprendemos.

—Yo he visto al asnito dar coces y tirar las alforjas—afirmó la *Gobernadora de las armas*.

—Sí, señoras, lo he visto.

—¡Jesús, lo que dice esa mujer!—exclamó con terror Teresita.—Yo no he visto nada de coces; pero aquí hay algo, indudablemente aquí hay algo.

—Eso no tiene duda—repuso Cachorro con

Digitized by Google

cómica gravedad tirando de la oreja al asno.—Aquí hay algo. Cuando yo digo que este bergante tiene malas mañas...

—Hermano Cachorro—dijo Teresita,—hágame el favor de tomar ese ramillete y ponerlo sobre una silla. Yo no lo toco con mis manos.

—Ni yo.

—Pues ni yo.»

El sacristán, que había salido llevándose las botellas, volvió sin ellas y dijo en voz baja:

«Ahí está la señora Doña Serafina. Viene ver cómo ha quedado esto.

—¡Qué á tiempo llega! ¿En dónde está?

—En la capilla rezando.

—Voy á hablarle. Sigan ustedes colocando los ramos de trapo,» ordenó la Monja.

Pero las dos amigas no podían tenerse fácilmente en pie.

En la capilla, de hinojos, devotamente humillada ante el altar de su familia y junto á los sepulcros donde reposaban sus ilustres antepasados, estaba Doña Serafina de Lantigua. No vió acercarse á la señora de Amarillo, que pasó lentamente por la puertecilla de arco escarzano, y se fué acercando poco á poco, más como quien resbala que como quien anda. Cuando silbó la primer palabra de su saludo al

Digitized by Google

oído de la ilustre señora, ésta se estremeció, exhalando ligero grito.

«¡Ah! señora...—exclamó,—me ha asustado usted.

—Mi queridísima amiga...» dijo Teresita dándole la mano.

Digitized by Google

VI

Domingo de Ramos.

En la mañana del Domingo, D. Buenaventura dijo á su hermana:

«Ya la he convencido de que debe ir hoy conmigo á la preciosa función de las palmas.

—¡La pobre hace un gran sacrificio!—repuso Serafinita.—Pues si la llevas, que se arregle pronto. Yo me voy delante, que tengo que rezar.»

Y tomando su bastón negro salió. D. Buenaventura tuvo que esperar algún tiempo, y discutiendo con Gloria sobre el mismo tema, oyó de sus labios estas palabras:

«Bien, tío: iré porque no diga usted que no le complazco. No tengo gusto en salir; pero por lo mismo... por lo mismo saldré.»

Poco más tarde, la señorita de Lantigua salía de la casa paterna en compañía de D. Buenaventura, después de muchísimos días de reclusión voluntaria. Vestía de riguroso luto, con el cual su palidez era realzada. Triste huella habían dejado en su rostro, antes lleno de

Digitized by Google

gracia y lozanía, los huracanes que pasaron meses atrás y todas las penas que arrastraron tras sí, las cuales bastarían á consumir y acabar la belleza más perfecta. Pero la de Gloria, más que perdida, parecía modificada, adquiriendo una dulce madurez y cierto aire de consternación, que inspiraba lástima á cuantos sin odio la veían. Diríase que sus ojos, al mirar, comunicaban extraordinaria tristeza hasta á los objetos inanimados. Si antaño todo lo que continua ó pasajeramente estaba unido á su persona decía: «gracia, amor, esperanza,» ahora todo decía: «compasión.» Verla y no sentir vivo interés hacia ella, era imposible.

Antes de que sobrina y tío llegaran á la Abadía, ya se habían repetido en Ficóbriga estas palabras: «La señorita Gloria ha salido.» En el último cabo del pueblo repetía un eco de femeninas voces: «Ha salido.» Los muchachos que vagaban en la puerta del templo, por ser día de ceremonia, la miraron, unos con asombro, casi todos con lástima, algunos con curiosidad descortés y sin delicadeza. Pasó ella con los ojos bajos, tomando el brazo de su tío. Gran fatiga sintió dentro de la Iglesia á causa del esfuerzo que había hecho, y su espíritu quedó como sobrecogido y anonado.

«Vete á nuestra capilla y siéntate, que esta-

Digitized by Google

rás cansada,» le dijo D. Buenaventura al darle el agua bendita.

En aquel instante empezaba la sublime ceremonia de la bendición de las palmas, y el coro cantaba: *Hosanna, filio David, Benedictus qui venit in nomine Domini. ¡Oh Rex Israel! Hosanna in excelsis.*

Resonaron estas palabras en el alma de la joven con atronador llamamiento, y se sintió confundida ante una superior grandeza. Detúvose junto á la pila de agua bendita sin poder dar un paso. D. Buenaventura, tomándole la mano, le dijo:

«Si quieres, ven conmigo al altar mayor para que veas el Salvador, puesto ya en sus andas para salir esta tarde.

—No, no quiero verle,» repuso Gloria con súbito terror, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

D. Buenaventura, al tomarle la mano, notóla fría y temblorosa.

«¿Qué tienes?... ¿Estás mala?... Siéntate... Yo voy á sentarme en los bancos del centro. Vete á nuestra capilla.»

El subdiácono había empezado á cantar la dramática relación del Exodo: «Y llegaron á Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras; y asentaron allí junto á las

Digitized by Google

aguas.» Este sublime capítulo mosáico, contiene las murmuraciones de los israelitas contra Moisés por haberles llevado al desierto después de pasar el mar Rojo, la escasez que sufrieron, y óyese la tremenda voz de Jehová, que les dice: *Ecce ego pluam vobis panes de cœlo.* «He aquí que haré llover para vosotros pan del cielo.»

Gloria conocía perfectamente estos cantos y toda la serie de interesantes ceremonias de aquel clásico día. Sabía que la salida de Egipto era la redención, el maná, la gracia, y contemplando en su espíritu ideas tan hermosas, trataba de regocijarse en ellas.

Aún tardaron algún rato en separarse. Don Buenaventura se dirigió á los bancos del centro, donde estaban las autoridades; Gloria entró en su capilla, cuando el diácono cantaba la *Sequentia.* En la capilla de Lantigua había muchas mujeres. Gloria creyó encontrar allí á Doña Serafina; pero ésta había ido á la capilla de los Dolores. Entró la señorita sin mirar á las que, de rodillas ó sentadas en los bancos, asistían devotamente al parecer á la piadosa ceremonia. Si Gloria hubiera atendido más á lo que á su alrededor ocurría que á lo que pasaba en su espíritu, habría visto que era observada con impertinentísima atención por las

Digitized by Google

fieles; que entre todas distinguíase una por su indiscreto reconocimiento de las facciones y del vestido de la desgraciada huérfana. Después oyóse en la capilla sordo cuchicheo de murmuraciones y susurrantes comentarios, el cual, empezando por un rincón, se fué extendiendo hasta agitar todo el conjunto de negros mantos. Unían se unas á otras las cabezas; buscaban los movibles labios el oído; inquietábase el rebaño, y, por último, sonaron también las almidonadas faldas al levantarse tal cual oveja que gran desasosiego padecía. Gloria no alzaba los ojos de su libro de rezos. Si los alzara, habría visto á Teresita la Monja acompañada de sus tres sobrinas, las hijas del escribano D. Gil Barrabás. Pero sí advirtió que la señora de Amarillo se levantaba, y dando terminante orden á las niñas, salía con ellas de la capilla.

Distraída un momento por esta brusca desaparición, Gloria fijó de nuevo los ojos en su piadosa lectura. Pero no habían pasado dos minutos cuando otra señora, seguida de dos niñas, abandonó también la capilla. Era la *Gobernadora de las armas.*

«Huyen de mí,» pensó la joven.

Al poco rato otras dos señoras y un hombre huyeron también de allí como se huye de un

Digitized by Google

sitio infestado. Sólo quedaron dos viejas y un marinero anciano, que atentos con profunda edificación al acto religioso, no ponían mientes en lo demás. Gloria sintió opresión en su pecho y una necesidad de llorar que no podía satisfacer; pero al fin, de sus ojos corrieron á raudales las lágrimas cuando oyó cantar: «Oh Dios que enviaste á tu hijo á este mundo para salvarnos, para que se humillara entre nosotros.»

El sacerdote había bendecido las palmas, que fueron rociadas con agua bendita y ahumadas con incienso. Distribuídas aquéllas, empezó la procesión. El coro entonaba el capítulo de San Mateo: *Cum apropincuaret Dominus.* Gloria cerró los ojos, orando recogidamente y con profunda ternura, mientras pasaban clérigos y seglares. No quería ver nada, ni mirar al presbiterio donde estaban el Salvador y el borriquito, objeto de la atención general y del fervor más pío por parte de los muchachos. Sentía los lentos pasos, el canto grave, la humareda de incienso, el murmullo del conmovido pueblo, y sometiendo su imaginación y su pensamiento á la idea de tan bello símbolo, contemplábalo en toda su grandeza sublime.

Las ceremonias con que la Iglesia conme-

Digitized by Google

mora en Semana Santa el extraordinario enigma de la Redención, son de admirable belleza. Si bajo otros aspectos no fueran dignas de excitar el entusiasmo cristiano, seríanlo por su importancia en el orden estético. Su sencilla grandeza ha de cautivar la fantasía del más incrédulo, y comprendiéndolas bien, penetrándose de su patético sentido, es por lo menos frivolidad mofarse de ellas. Quédese esto para los que van á la Iglesia como al teatro, que son, en realidad de verdad, porción no pequeña de los católicos más católicos á su modo, con falaz creencia de los labios, de rutinario entendimiento y corazón vacío.

Es evidente que las ceremonias de Semana Santa despiertan ya poco entusiasmo, y muchos que se enfadan cuando se pone en duda su catolicismo, tiénenlas por entretenimiento de viejas, chiquillos y sacristanes. Sólo en Jueves Santo, cuando la afluencia de mujeres guapas convierte á las iglesias en placenteros jardines de humanas flores, son frecuentadas aquéllas por la varonil muchedumbre de nuestro orgulloso estado social, el más perfecto de todos, según declaración de él mismo. Nuestra sociedad se cree irresponsable de tal decadencia, y la atribuye al excesivo celo y mojigatería de la generación precursora, la cual, adulando

Digitized by Google

al clero y adulada por él, quitó á las ceremonias religiosas su conmovedora sublimidad. ¿Cómo? multiplicándolas sin criterio, haciéndolas complejas y teatrales por el abuso de imágenes vestidas, de procesiones, pasos y traspiés irreverentes, absurdos, sacrílegos, irrisorios; por la falta de seriedad y edificación que trae consigo la ingerencia de seglares beatos en las cosas del culto. No es fácil designar quiénes son responsables de esto; pero á nadie se oculta el hecho peregrino de que, en el país católico por excelencia, las cuatro quintas partes de los fieles se resistan á tomar parte *en ese carnaval de las mojigatas*, como dicen muchos que por costumbre oyen misa, y aun confiesan y comulgan, aunque no sea sino por no parecer demagogos.

Digitized by Google

VII

Tía y sobrina.

Después de la procesión de las palmas y de la bellísima ceremonia y cánticos en la puerta al regreso de aquélla, se celebró la misa de Pasión. Muy tarde salieron; D. Buenaventura fué en busca de su sobrina para irse á comer. No les acompañó en esta función Doña Serafina porque ayunaba, y sin más sustento que el chocolate, se estaba todo el día en la Iglesia hasta el anochecer, hora en que iba á su casa y tomaba la colación.

Por la tarde, D. Buenaventura llevó nuevamente á Gloria á la Abadía, para que viese salir la procesión del Salvador. Dejóla en la capilla; repitióse el mismo desaire de la mañana; pero ni un instante decayó el valeroso ánimo de la joven. Cuando se puso en marcha la procesión y salió el Salvador, Gloria cerró los ojos para no verlo. Pasaron, salieron todos, santos, clérigos, señores, pueblo. En la Abadía no quedaban sino algunos ancianos inválidos, dos cojos y las nubes de incienso sus-

Digitized by Google

pendidas con imperceptible movimiento en el aire. Gloria, al hallarse casi sola, encontró más fácil la subida de su mente hacia Dios, y la angustia que oprimía su pecho comenzó á ceder. Fatigada extremadamente de estar de hinojos, se levantaba para sentarse en un banco, cuando oyó pasos, acompañados de un golpecito de bastón, y reconoció la persona de su tía, que se acercaba. Serafinita entró en la capilla.

«Al fin has venido—le dijo.—¡Pobrecita! mi hermano es muy terco y pesado. Perdónale, porque su intención ha sido buena.

—¡Perdonarle!... Antes le agradezco que me haya hecho salir. Me siento bien.

—¿Te sientes bien?—preguntó la tía con expresión de lástima.—¿Estás contenta?

—Contenta no; pero tranquila sí.

—¡Y yo que venía á consolarte...!

—¿A consolarme? ¿De qué?

—Entremos en el camarín. Tengo que hablarte. Allí descansarás mejor.»

Ambas entraron. Gloria vió sobre una silla, abandonado, pisoteado, mustio y lleno de polvo, el ramo que entregara á D. Silvestre con el fin que sabemos.

«¡Aquí está!—exclamó con asombro, fijando los ojos en su tía.

Digitized by Google

—Ahí está, sí—repuso Serafinita sentándose.—Ya debías comprender que no podía estar en otra parte. Ayer no quise decirte nada; pero ya pensé que podías excusar ese regalo de flores al Salvador, efigie protectora de nuestra familia.»

Absorta y anonadada, Gloria no halló en su pensamiento palabras para contestar. Miraba á su tía y después á las flores, cual si de éstas, más que de aquélla, debiera esperar explicación razonable.

«Es verdad—dijo al fin sollozando.—No debí mandarlo.

—Esas buenas señoras—continuó Serafinita,—tuvieron escrúpulos que yo disculpo... Te consideran en pecado mortal... Ya ves... Debemos respetar las creencias generales. Yo comprendo bien que en esta deplorable fama de tu vergüenza hay algo de injusticia, y desde ayer algunas ideas supersticiosas.

—¿Qué ideas?—preguntó Gloria.

—Dicen que ayer, cuando el borriquito sintió encima el peso de tu ramo, empezó á dar coces y á sacudirse, hasta que lo arrojó de sí... Sería alucinación, quizás algún hecho casual alterado por los sentidos. Pero sea lo que quiera, y aunque suprimamos el sobrenatural prodigio, siempre quedará la idea...

Digitized by Google

—¡De que estoy en pecado mortal!... ¡de que estoy condenada!—exclamó la señorita de Lantigua.—¡Oh! querida tía, ¿está usted segura de no equivocarse?

—Yo no creo que el estado de tu conciencia sea tan malo como piensa la gente; pero la opinión del pueblo en que vivimos, y que siempre nos ha demostrado tanto cariño, es muy desfavorable á tí.

—Ya lo he comprendido.

—Si no hubieras salido hoy de casa, como yo quería—dijo la señora sollozando con aflicción,—ni tú ni yo pasaríamos las amarguras que hemos pasado hoy, á causa del atroz desaire...

—Es cierto, sí. Varias personas se retiraron de la capilla cuando yo entré,—dijo Gloria á medias palabras.

—¡Ay!—murmuró doña Serafina, llevando ambas manos á su sereno rostro y llorando sin consuelo.—Grandes penas he sufrido; pero nunca se ha sonrojado mi cara como hoy... al ver...»

El llanto la ahogaba.

«Al ver—prosiguió,—que en esta villa, en esta santa Iglesia, en nuestra capilla, había de ocurrir una escena semejante. ¡Cómo podía yo pensar que al entrar en ella la hija de mi her-

Digitized by Google

mano, la hija de aquél que fué tan justamente querido en todas partes... de aquél que tanto enalteció con sus virtudes y con su talento el nombre de Lantigua...! ¡cómo podría yo pensar que al entrar tú, una mujer de mi sangre y de mi nombre, en esta capilla, habían de huir escandalizados los fieles con espanto de tu compañía!»

Gloria no contestó. Cruzadas las manos sobre las rodillas, tocando la barba en el pecho, oía el lastimero clamor de su tía, y apuraba sin protesta el cáliz.

«Yo lo sufro con paciencia—continuó la señora tomando las manos de su sobrina y estrechándolas con cariño.—Yo lo sufro con paciencia, y además, hija de mi alma, reconozco que tienen razón.»

Al oir esto, Gloria se estremeció. Sus labios se desplegaron, incitados por la palabra que quería salir... pero no dijo nada, y volvió á inclinar la cabeza.

«Sí—añadió Serafinita,—sí, tienen razón. El cariño no me ciega, hija, y veo con claridad tu tristísimo estado, y disculpo á las personas que apartan de tu presencia á las tiernas niñas... Si hicieras lo que yo te ruego á todas horas... si siguieras mis indicaciones, que son las de una madre desinteresada, y se

Digitized by Google

ajustan al criterio de tu padre y á la voluntad de tu santo tío, entonces, querida Gloria, ¡cuán distinta sería tu situación ante Dios y ante los hombres! Las circunstancias terribles de tu caída exigen que renuncies á todo, que mueras para el mundo, para la sociedad, para todo absolutamente, que sólo vivas para Dios. Gloria, amada hija mía—añadió alzando la voz con acento que algo tenía de terrible,—muere, muere para el mundo si quieres salvar el alma.

—¡Muerta estoy!—murmuró Gloria en un gemido.

—No, porque esperas aún en cosas de la tierra.

—No espero nada—repuso la huérfana.—Acepto la expiación horrible que me ha sido impuesta, y la acepto sin ira, con humildad. Perdono las injurias; no siento ni aborrecimiento ni antipatía por los que han hecho de mi nombre la palabra del escándalo; no diré una sola voz por defenderme, porque sé que todo lo merezco, que mis culpas son grandes; bebo hasta lo más hondo, hasta lo más repugnante de este cáliz amargo, y ofrezco á Dios mi corazón llagado que chorrea sangre y que jamás, en lo que le resta de vida, dará un latido que no sea un dolor.

Digitized by Google

—Padeces, sí, padeces—dijo la tía con amor,—pero no lo bastante. Hay en tu mismo martirio y en esa expiación de que hablas una independencia, una rebeldía, que ya es un nuevo pecado.

—¿Qué debo hacer para no ser rebelde? Estoy dispuesta á todo,—declaró la joven, arrojando fuera hasta el último átomo, si así puede decirse, de libre albedrío.

—Reconciliarte completamente con Dios.

—¿No lo estoy ya?

—Creer todo lo que manda la Santa Madre Iglesia.

—Bien. Lo creo.

—Y después... después entrar en un convento.»

Al oir esto, Gloria alzó la cabeza. Creeríase que en su alma estallaba repentina sublevación de sentimientos poderosos que no podía dominar. Sin duda iba á decir algo enérgico y categórico, porque sus negros ojos brillaron y sus labios palidecieron; pero la voluntad, más firme cuanto más combatida, cayó como la losa de un sepulcro sobre aquello que con audacia se levantaba, y bien pronto todo su espíritu fué paciencia.

«Si un convento—dijo sordamente,—es una sepultura donde se entra viviendo, yo quiero

Digitized by Google

vivir para todo lo que no sea Dios y mi remordimiento, quiero vivir en la soledad más negra y más completa que pueda imaginarse; quiero que mi nombre no exista más en la memoria de nadie, á no ser en la de aquéllos que lo pronuncien para ultrajarme, y que mi persona en el mundo sea como una figura trazada en el agua.

—¡Ah!—observó con un poco de alteración Doña Serafina,—ese es el pérfido sofisma del mundo. No, no... De esos conventos que labra el alma de sí misma, se puede salir. ¡No, no mil veces! No tenemos garantía de la perpetuidad de tu reclusión, y esa garantía la necesitamos á un tiempo la Iglesia y tus parientes, la exigen la fe que profesamos, y el decoro social. ¡Ay! pobre hija mía, piénsalo bien: esta solución que te propuse desde el primer día es la única posible.

—La solución es padecer,—afirmó Gloria con voz firme.

—¡Oh! no me lo niegues, no me lo niegues: tú esperas.

—Espero en Dios.

—No: tú esperas en cosas livianas, tú esperas en el mundo. Sin sospecharlo tú misma, estás solicitada por el pecado, que ya te hundió en los abismos... ¡Ay, no puedes apar-

Digitized by Google

tar de tí esa víbora! Confiésalo, reconócelo.

—No espero nada del mundo,—dijo Gloria con tranquilidad.

—Sí, tú esperas. Aún te tiene en sus garras la bestia horrible. Gloria, hija mía, ¿no cabe en tu mente la cristiana idea de la muerte social, que es la salvación del alma, esa muerte en cuyo punto empieza la eterna y gloriosa vida?

—No puedo morir más de lo que muero para el mundo.

—Desgraciada, sueñas con una reparación imposible.

—No hay reparación para mí.

—Mientras sobre la tierra aliente un hombre, tú no tendrás valor para arrancarte de la tierra. La tienes ásida con tus manos, y aunque te quemas, todavía no quieres soltarla.

—Desasida estoy. He renunciado á la reparación, al matrimonio, al amor mismo. Yo arrancaré cuanto existe en mí de aquel tiempo, hasta los recuerdos, para estar todo lo sola que deseo.

—¿Pero sabes tú lo que podrá ocurrir? Ese hombre te ha solicitado de nuevo, te ha buscado...

—No he querido verle ni escribirle...

—Eso no basta. Tu situación siempre es

Digitized by Google

equívoca y deshonrosa. ¡Baldón para tí y para tu familia!... Gloria, hija de mi corazón, entra, entra en un convento, que es la solución natural de tu desgracia irreparable, la solución religiosa y social.»

Abrazándola con ternura, Serafinita besó á su sobrina en las mejillas. La infeliz penitente, entre ahogados sollozos, afirmó con categórica determinación:

«Jamás, jamás, querida tía, entraré en un convento.

—Dime la razón, dímela,—suplicó Serafinita.

—¡La he dicho tantas veces!... Es lo único que queda en mí de la voluntad extirpada, lo único que resta después del sacrificio de toda mi persona, el único deseo de quien á nada aspira en el mundo, el único móvil por el cual mi estancia en la tierra merece el nombre de vida.

—Siempre la falsa idea. Tú esperas, esperas —repitió Serafinita moviendo la cabeza.—Eso es esperanza, y esperanza del mundo.

—Yo creí que era sacrificio y virtud.

—Siempre la misma idea—volvió á decir la dama, moviendo la cabeza con desaliento, como el que ve perdido aquello que quiere salvar.—¡Siempre el lazo que te ata á la vida y

Digitized by Google

que te seduce, porque es en su origen noble y generoso!... No te dejes engañar por sentimientos que no te corresponden ya, por sentimientos, hija mía, á los cuales no tienes derecho á causa de tu culpa.

—Si es así—manifestó Gloria con sumisión, demostrando el agudísimo dolor que la dominaba, —mi castigo será infinitamente superior á mi pecado, y éste es muy grande.

—No tienes idea de la grandeza de las penas. Te pareces al que por un rasguño se lamenta como si tuviera terribles heridas. ¡Padecer! ¿Sabes bien hasta dónde alcanza este concepto? ¿Sabes acaso todo lo que cabe en las fuerzas del humano espíritu, tratándose de padecer? Es lo único en que el sér humano no conoce límites ni debe desearlos. Fíjate bien en la Pasión que conmemoramos los católicos en esta semana, y tus alardes pueriles de sufrimiento te causarán risa. Quítale al presente dolor la amenaza de otro dolor más grande, y te parecerá un consuelo. ¡La resignación! ¿Sabes lo que entraña esta palabra? Contiene el propósito firme de aceptar todas las amarguras que pueden venir detrás de las que por el momento apuramos. Tú no lo comprendes así: no vas hasta el último extremo, no aceptas la totalidad de tu expiación, y haciéndote juez de

Digitized by Google

tu propia causa, te sentencias á un aislamiento placentero y tranquilo, donde sabrás rodearte de delicias. Renunciando sólo á los gustos que no valen nada, te quedas con aquello que por ser muy bueno sirve para premio de las más altas virtudes...»

Gloria gimió con dolor al oir esto.

«¡Donosa resignación la tuya!—añadió Serafinita.—¡Lindo modo de purificarte por el martirio! Si Jesús, después de azotado, hubiera huído cuando le iban á crucificar, ¿crees que habría redimido al género humano? Pues tú haces eso: crees tener bastante con los azotes y huyes de la cruz... Tu resignación será ineficaz para tu alma, si no es completa, absoluta, si no comprende la renuncia de todo, absolutamente de todo.»

Doña Serafina, al decir esto, abrazó y besó tiernamente á su sobrina, la cual, agobiada en extremo y bañada en lágrimas, repetía:

«Todo, absolutamente todo...»

Era necesaria la gran mansedumbre que se había impuesto, para no caer en la más negra desesperación. Sin rechazar las terribles afirmaciones de su tía, que aún no podemos comprender bien por ignorar el hecho que las ocasiona, Gloria no podía menos de dar salida á una dolorosísima queja, que, brotando de lo

Digitized by Google

más íntimo de su angustiado pecho, se manifestaba en estas breves palabras:

«¡Oh, qué crueldad, qué crueldad!

—No te sofoques más ahora—dijo la buena tía besándola tiernamente.—Ya tendremos tiempo de hablar de este asunto. Volvamos á la Iglesia. No sé cómo no ha entrado ya la procesión. No siento nada. Es extraño...»

¡Inaudito caso! La procesión, que no debía emplear más de cuarenta minutos en recorrer su carrera, no había vuelto aún después de transcurrida una hora.

«No salgas así—añadió Serafinita.—Sosiégate, y aguarda en el camarín un ratito. Voy á ver por qué se ha detenido esa procesión.»

Doña Serafina, al salir á la capilla, vió con asombro que entraban alborotadas algunas mujeres; oyó rumor de voces y gritos en la plaza.

«Ya...—dijo al fin buscando una razón.—Llueve sin duda y se ha desorganizado la fiesta.»

Pero no: lucía el sol y la tarde estaba serena.

Digitized by Google

VIII

El Salvador en la calle.

Lucía sol espléndido cuando la procesión salió á la calle. Alzadas las andas sobre los robustos hombros, descollaba entre la multitud de cabezas descubiertas y entre el movible bosque de amarillas palmas el asna que sostenía al Salvador del mundo. La hermosa cabeza de éste, animada de celeste expresión vital por el numen del artista, era centro de las miradas y de la atención del devoto pueblo. Aquel señor tan bueno, tan hermoso, tan amigo de Ficóbriga, parecía sonreir á sus amados hijos y decirles: «Al fin estoy otra vez entre vosotros, queridos míos.» El que entró en Jerusalén saludado por el *hosanna* y las aclamaciones de triunfo, no podía ser de otra manera que aquél tan bello y afable, con su rizada barba, sus ojos que miraban como sólo puede mirar el que después de haber fabricado los mundos, vió que eran buenos; su delicado perfil, y las graciosas bandas de cabellos que partidos sobre la frente caían sobre sus hombros.

Digitized by Google

A su lado iba el borriquito. Llevaba sus alforjas provistas para lo que pudiera suceder, circunstancia que aumentaba la gracia de su presencia en aquel sitio, produciendo en el pueblo, sin menoscabo de la devoción, una hilaridad de buen gusto. En uno de los huecos de las alforjas cargaba ración cumplida de doradas panojas, y en la otra un ramo, puesto allí por la señora de Amarillo en sustitución de otro que no servía. Algo impropia de la severidad humilde de quien quiso entrar en la celestial Jerusalén caballero en una jumenta, era la vestidura de terciopelo bordada de oro; pero pase este exceso de piedad, la cual gusta de expresar el ardor y grandeza de los sentimientos con objetos materiales de extraordinario valor. El sol, hiriendo los bordados, daba al Rey de los Reyes aspecto semejante al de un temporal soberano de Oriente; pero de todo esto puede hacer caso omiso el artista cristiano, porque aquella cara sin igual, aquella mano que se alza amonestando, aquellos desnudos pies que pronto serán clavados á un leño, no son de nadie más que de El.

Cantaba el coro *Turba multa clamabat Domino: Benedictus qui venit in nomine Domini: Hosanna in excelsis.* Destacábase con singular tono de fervor la voz de José Mundideo, á

Digitized by Google

quien se había concedido poco antes la plaza de sepulturero, con la condición de ir á cantar á la Abadía en los días solemnes, porque su mucha práctica del coro le hacía necesario. No lejos de él iba Sildo con el incensario, echando unas humaredas que parecían nubes. Don Silvestre llevaba su capa pluvial con mundana elegancia, y presidía la ceremonia religiosa con recogimiento y circunspección, cual hombre que sabe su oficio. Al Padre Poquito, que hacía de diácono, le arrastraba la dalmática, por ser él de menguadísima estatura, y marchaba con los ojos bajos y toda su cara contrita y afligida como la de quien, siendo ángel, se cree pecador.

Más atrás iba D. Juan Amarillo, henchido de vanidad, por hallarse en la plenitud de sus funciones municipales, sintiendo algo grande y divino en su mente augusta. Representaba allí la autoridad humana protegiendo y amparando con su tutelar brazo á la divina, y era preciso que su persona estuviese á la altura de tan insigne papel. Andaba con lento y muy marcado compás, y á cada paso hundía con fuerza en el suelo la contera de su bastón de áureo puño, pareciendo decir: «¡Cuán feliz eres, oh Ficóbriga, en estar bajo mi mano!» Al mismo tiempo, ni esta especie de endiosamiento

Digitized by Google

ni ningún otro estado peculiar de su elevado espíritu podían hacer que D. Juán Amarillo olvidase en tan delicada ocasión los deberes que su cargo le imponía; y he aquí que ni un instante daba reposo á los ojos para observar todo lo que en el curso de la procesión pudiera ocurrir. Su cara no cesaba de moverse, ora para mirar á la gente, ora para ver si entorpecían los chicos el paso del religioso cortejo. Emanaba de su persona lo que podríamos llamar la esencia absoluta del celo gubernativo, y de sus ojos podría creerse, no que se apresuraban á observar los incidentes procesioniles, sino que los preveían y los anunciaban. En la expresión de su mirada, á un tiempo mismo amenazante y protectora, se conocía que los ficobrigenses no debían contemplar la procesión sin permiso del Municipio, ni devotamente entusiasmarse ni rezar; ni las damas gemir en los balcones ó en la calle con pía ternura, Si estuviera en su mano, habría reglamentado la luz del sol, como reglamentó el puesto que debían ocupar los fieles, el orden de marcha, el número de coscorrones que debían administrar los alguaciles á los chicos que enredaran en el tránsito.

Cuando pasaban junto al Casino, la banda del pueblo (compuesta de seis instrumentos de cobre soplados por otros tantos humanos fue-

Digitized by Google

lles) se entusiasmó, digámoslo así, y suspendiendo bruscamente el airecillo de *Barba Azul* que ejecutaba, dió principio al degüello de la Marcha Real, cuyas notas salieron, chorreando sangre, para ir á rasguñar las orejas de los fieles. Al oir tan soberbia música, D. Juan se hizo la ilusión de que no por el Salvador, sino por él mismo se tocaba, y su mente se ofuscó un momento, cual la de aquéllos que asisten á su propia apoteosis; vióse circundado de rayos de gloria, y oyó como un *Ave Cæsar imperator*, que por las bocas abolladas de los roncos trombones juntamente con el cardenillo salía. Junto al alcalde marchaba, por creer que aquel puesto era el más conveniente, D. Buenaventura, cuyo semblante no expresaba á primera vista el deseo de que la procesión durase hasta la noche. Sólo contestaba con monosílabos, cuando Amarillo le decía:

«No puede uno distraerse ni un momento, Sr. D. Buenaventura, si se ha de conseguir que cada cual ocupe su puesto, y marche todo este gran gentío con orden. Es preciso tener cien ojos, y aún no basta.»

Lantigua, que tenía predilección especial por los pisos cómodos, y no gustaba de que sus pies tropezaran primero en cortante guijarro para hundirse después en un hoyo, de

Digitized by Google

fango, hacía mentalmente paralelos muy juiciosos entre las eternas leyes de urbanización y el antediluviano empedrado de Ficóbriga, el más detestable de cuantos vieron pasar alcaldes y curas y procesiones. Lantigua decía para sí:

«Si otro año me ocurre tirar el dinero, será para adoquinarte, ¡oh madre villa!»

Mas á pesar de la ruindad del piso, la procesión marchaba con orden perfecto, sin que fuera estorbo la mucha gente que había en ella, hombres y mujeres de la villa, del campo y de la mar, creyentes los unos, tocados de la mácula del siglo los otros, astutos aldeanos, honrados y sencillos marineros, toda la grey díscola y ladina de aquellas verdes montañas, todos los ejemplares de vanidad infanzona, de gárrula presunción, de socarrona travesura, de solapada codicia, de graciosa sencillez, de castellana hidalguía y de ruda generosidad, trasladados por Pereda con arte maravilloso al museo de sus célebres libros montañeses. No faltaba nada ni nadie; y como aquellas repúblicas cantábricas son de tan fácil gobierno, iba todo á pedir de boca, sin que ningún nacido se extralimitara, sin que ocurriera desorden, y marchando cada cual dentro de la órbita trazada por D. Juan Amarillo. Pero de improviso

Digitized by Google

presentóse un obstáculo muy deplorable, y he aquí que se descompuso tan pasmoso concierto.

La procesión debía entrar por la calle de la Poterna hasta el cementerio, torciendo desde allí á la izquierda por las Monjas Claras y entrando en la plaza del Consistorio para dirigirse después á la Abadía por el callejón del Cristo Viejo. El sitio llamado de las Monjas Claras es una encrucijada irregular y estrecha, donde afluyen tres ó cuatro calles tortuosas y mezquinas, una de las cuales es la que por aquella parte une el camino real con la plaza. Entraba la procesión en la encrucijada, cuando por una de las bocacalles de enfrente apareció un hombre á caballo.

Los cantores callaron, los marineros que llevaban las andas se detuvieron, el sacristán apoyó la cruz en el suelo, y los ciriales se bambolearon en manos de los acólitos, como árboles azotados por el viento. Sildo dejó caer el incensario, el cura frunció el ceño, el Padre Poquito alzó del suelo los ojos, y en los labios de D. Juan Amarillo fluctuaban las palabras «¡á la cárcel, á la cárcel!»

Al ver tanta gente, el hombre que á caballo

Digitized by Google

venía quiso volver grupas á toda prisa; pero el animal se encabritó, y alzando las patas delanteras puso al caballero en peligro de caer al suelo. Por fortuna suya era buen jinete. La multitud prorrumpió en exclamaciones y amenazas. Aumentado el espanto del animal con tanto vocerío, empezó á dar vueltas caracoleando y relinchando con la espumante boca abierta. En el mismo momento apareció por la misma callejuela otro hombre á caballo. Era rubio, encarnado, alto, más bien gigantesco, de robusto cuerpo y puños formidables.

D. Juan Amarillo, al ver que había dos hombres bastante audaces para entrar á caballo en Ficóbriga en el momento sublime de la procesión, sintió en sí la grandiosa cólera de los dioses antiguos, y se lanzó en medio del gentío llevando el rayo en sus ojos. Su mano empuñaba el bastón como un dardo. Haría, pues, escarmiento; pondría á inmensurable altura el principio de autoridad, aquel sacro principio que se le había confiado para que lo transmitiera incólume y lleno de gloria á las generaciones futuras.

«¡Paso al señor alcalde!» gritaba el gentío.

El primer caballo hirió con sus patas delanteras á una mujer en la cabeza. Espoleado briosamente, dió un salto, pero retrocedió de

Digitized by Google

pronto, volviendo á quedar entre la muchedumbre, que le rodeó decidida á destrozar caballo y caballero, principiando por los insultos y siguiendo á los insultos las obras. Pero el segundo, ó sea el gigante, apeándose con ligereza, empezó á puñadas con todos los que hubo á mano, de tal manera y con tanta presteza en dar y recibir, que se armó una contienda de mil demonios. ¡Y el alcalde, aquel varón destinado por la sociedad y aun por Dios á convertir el mundo en una balsa de aceite, no podía llegar, á causa del gentío, al lugar del siniestro!

El primer jinete pudo apearse y trató de contener al que parecía su criado; pero éste, rojo como un pimiento, pronunciando palabrotas extranjeras que semejaban ladridos, movía los férreos brazos, en cuyo término estaban las martilludas manos, que caían como piedras sobre los carrillos, pescuezos, hombros, omoplatos, esternones y occipucios de los procesioneros. Era un boxeador de lo más florido de Inglaterra; pero en aquel trágico lance no quiso Dios que probara su destreza en tierra de alfeñiques, y por suerte había allí media docena de focas del Cantábrico, que en cuanto vieron las furibundas manotadas del coloso extranjero, empezaron á probar que la

Digitized by Google

mar no cría puños de algodón. ¡Oh descomunal contienda!... ¡Y el alcalde, aquella personalidad augusta que se tenía por semidivina, que con una palabra, un homérico gesto ó un simple fruncimiento de cejas, podía confundirles á todos y convertirles de leones en corderos, no acertaba á llegar al sitio de la catástrofe, porque el gentío, apretándose, le había cogido en medio! Y he aquí que D. Juan flotaba de un lado á otro con la oscilación de la ola, cual náufrago, estirando su cabeza, alzando en su mano derecha el bastón y en la izquierda la palma, pues no quiso soltar ni lo humano ni lo divino, y gritaba: «¡Orden!... ¡A la cárcel!»

El primer jinete, ó sea el amo, había logrado apaciguar á algunos, administrando un par de pescozones muy convincentes á su propio defensor y criado; pero entonces vióse que en el aire se blandía un cirial y que caía sobre un cuerpo duro; vióse la cabeza del formidable vestiglo boxeador chorreando sangre; y después el mismo boxeador, frenético, echando espumarajos de rabia, arremetió al que cargaba la bendita manga-cruz. Prodújose entonces gran marejada, retrocedió la multitud, hubo esas corrientes que aplastan arrastrando, esos temblores de gentío que atruenan,

Digitized by Google

esas dispersiones que atascan las calles como barrancos estrechos en días de temporal, esos choques de una ola de gente con otra, que desnarigan y despechugan y descalabran. Sintióse entonces chasquido de madera vieja y apolillada que se hiende, y el Salvador, el asna, el borriquito desaparecieron, cayendo en aquel hirviente mar de pies y manos.

El cuadro de Goya *La procesión dispersada por la lluvia* puede dar idea de tal escena. Veíase por una calle la cruz, poniéndose en salvo sin ayuda de los ciriales. Estos iban á escape por otra, llevados al hombro como los fusiles después de un rompan filas. El cura, agitando la capa pluvial cual si fuera á terciársela en la cintura para arremeter, llamaba á gritos al diácono. Furioso y descompuesto, D. Silvestre parecía decir: «¡Ah! si yo no tuviera este demonche de paño morado encima...» y con su airado pie golpeaba el suelo, como un genio de las *Mil y una noches*.

El Padre Poquito había desaparecido, *sicut avis, velut umbra;* el suelo estaba lleno de palmas pisoteadas; algunas personas no habían querido separarse del Salvador, y trataban de remediar el percance recogiendo los pedazos del casi pulverizado borriquito, y el ramo que había ido á parar á cuatro varas de distancia,

Digitized by Google

saltando como un sér cautivo que recobra la libertad. Un sochantre andaba solo por tal calle mirando á todos lados, y Sildo incensaba por broma á los que se habían refugiado en los portales y en las tiendas... ¡Y en tanto el alcalde, aquella providencia, aquella alta personificación del orden, aquella mente suprema en cuya previsión descansan los pueblos, si al fin pudo esgrimir su bastón en el sitio mismo de la reyerta, no había logrado tener al alcance de su voz y de su mano á los delincuentes, no había podido dar público testimonio de su justicia, ni hacer de una manera dramática y elocuente, á los ojos de todos, el ejemplar que tan inaudito caso exigía!

«¿Dónde están? ¿Dónde están?» decía revolviendo á los cuatro puntos del horizonte sus ojos, que echaban sentencias, multas, días de cárcel, penas de cadena perpetua, de garrote vil.

Dió órdenes tan terribles á los alguaciles, que éstos temblaban. El principal de ellos habría deseado acudir á un mismo tiempo á todas partes en busca de los culpables; pero no pudo ir más que á una, aunque D. Juan le gritaba:

«Al momento, al momento... inmediatamente, préndanles ustedes.»

Digitized by Google

Pero así como después de una derrota los diseminados cuerpos de ejército van poco á poco juntándose de nuevo y dándose la mano, así los fragmentos de la desbaratada procesión fueron acercándose, uniéndose camino de la Iglesia, y Serafinita vió entrar primero al Padre Poquito, después á un cirial, más tarde á Sildo, luego á los cantores, y así sucesivamente hasta que llegaron las destrozadas andas. Sólo la persona del Salvador no había sufrido deterioro ni en su divina cara ni en su cuerpo y traje; los dos animales sí se hallaban miserablemente mutilados. Pero lo que aterró verdaderamente á Serafinita fué que los grupos de gente que con aquellas diversas partes de la deshecha procesión iban entrando, decían con azoramiento y enojo: «¡El judío, el judío!»

Cuatro momentos de terrible asombro y dolor inmenso había tenido aquella virtuosa dama en su trágica vida. Primero: cuando vió morir á su madre. Segundo: cuando su infame esposo cometió la cobarde y villana acción de herir su cara en público. Tercero: cuando supo, sin preparación alguna, la muerte de su hermano Juan y la ignominia de Gloria. Cuarto: cuando oyó decir en la Iglesia de Ficóbriga: «¡El judío, el judío!»

Digitized by Google

IX

El Maldito.

Toda la tarde estuvo Daniel Morton detenido en el Ayuntamiento; pero después de anochecido, D. Juan Amarillo fué en persona á darle libertad para que buscase alojamiento. Parece incomprensible á primera vista tal generosidad, y la explicación más razonable es que nuestro celoso alcalde no llevó más adelante sus rigores movido del singular respeto que infunde á los avaros la riqueza de los demás, cuando es considerable. Sabiendo, como sabemos, cuál era la religión de D. Juan Amarillo, fácil nos es comprender el prestigio que á sus ojos debía tener el que poseía, al decir de la gente, fabulosas é inagotables arcas de dinero. Para ciertos ricos, que ven en el pobre un gusano, el más rico es una especie de Dios. Además, el grande hombre de Ficóbriga, en quien se acordaban maravillosamente la afectación con la astucia y la vanidad con el positivismo, razonó del modo siguiente:

«Este hombre, que entre los suyos es de los

Digitized by Google

primeros, ha de tener buenas relaciones en Madrid. Si le molesto, se quejará á la Embajada inglesa ó alemana, armará un escándalo en los periódicos, y quizás se le ocurra al señor Ministro la funesta idea de mandar al Gobernador que me destituya... Para dar satisfacción á la vindicta pública, bastará tener en la cárcel un par de días al criado, que fué en realidad el verdadero delincuente.»

Así lo hizo, en efecto. Lo más que pudo conseguir Morton fué que D. Juan prometiera soltarle al día siguiente, cuando la indignación estuviera un tantico aplacada y el principio de autoridad restablecido del ultraje que acababa de padecer.

Dirigióse Daniel á la posada de Ficóbriga. Esta se llamó en un tiempo *La Equidad*, y después, con el raudo progresar de los tiempos y la introducción del gusto de los baños, fué creciendo en importancia, si no en limpieza, hasta que dió en manos de un francés, el cual la mejoró aderezando el servicio un poco á la moderna, y haciendo imprimir, para repartirlas, tarjetas que decían: *Hotel de France, tenu par Mirabeau*. El nombre del gran orador no podía estar en peor sitio.

Morton entró sin hacer caso de las groseras insinuaciones que oyó en la puerta, y subía re-

Digitized by Google

sueltamente á ocupar un cuarto, cuando el mismo M. Mirabeau en persona le detuvo diciéndole en todas las lenguas posibles menos en la española:

«Caballero, perdón. Perdón, caballero; pero no puedo admitir á usted. Prefiero tener la casa vacía tres años.»

El extranjero salió á la calle. Su semblante indicaba gran pena y fatiga; pero decidido á buscar alojamiento á todo trance, preguntó á los transeuntes si no había en Ficóbriga alguna fonda, posada, mesón ó cuchitril además del establecimiento de M. Mirabeau. Dos mujeres le conocieron, y lanzando una exclamación que más parecía de terror que de sorpresa, se apartaron de él gritando:

«¡El judío!... ¡El judío!

—Llevo dinero—pensó,—y al fin encontraré un techo.»

A pesar de que las calles de Ficóbriga estaban muy obscuras, casi todos los que andaban por ellas conocían á Daniel Morton. Algunos al verle venir pasaban á la acera opuesta, otros se detenían para mirarle como á un sér raro. Oyó soeces invectivas ó necedades triviales; pero de nadie pudo conseguir satisfactoria respuesta. Por último, decidió preguntar á los niños, que, por su falta de malicia, no podrían,

Digitized by Google

según él, ni rechazarle con aquel horror propio de las conciencias varoniles, ni engañarle. Pero dos ó tres rapazuelos á quienes pidió auxilio, saltaron dando alaridos á bastante distancia, y tomando piedras del suelo se las arrojaron.

Seguía la noche, la obscuridad, el desamparo, y con esto el cansancio del pobre extranjero, á quien mortificaban terriblemente el hambre y la sed. Después de haber recorrido todas las calles, encontró en sitio solitario á una niña que venía cantando. Dirigiéndose á ella le preguntó por una posada que no fuese la de M. Mirabeau. La niña, más ignorante ó más humana, le señaló la calle inmediata y una puerta donde la seca rama marcaba la existencia de una taberna. Morton gratificó á su salvadora, y acercándose vió las azules letras de un tarjetoncillo que decía: *Posada*.

En la taberna resonaban broncas voces de marinos. Acercóse á un hombre con mandil que estaba en la puerta, y pidió alojamiento. El hombre, después de observarle fijamente, díjole que subiera, y ambos emprendieron ascensión muy peligrosa por una escalerilla.

«Gracias—decía Morton para sí con gozo, —gracias á Dios que no me han conocido.»

Pero al llegar á una sala alta, donde había

Digitized by Google

tres mujeres en cháchara, una de ellas gritó: «¡Ese, ese es!»

Y el asombro más vivo pintóse en los semblantes. Una mujer menos prudente que las demás, se asomó á la ventana y gritó con discorde chillido: «¡El judío, el judío!»

Subieron atropelladamente varios de los marineros que había en la taberna.

«Le conozco—dijo uno.—Es el que salvamos cuando se perdió el vapor inglés.»

Mujeres y hombres, todos le miraban con estupor vivísimo. Hubo al fin en cierto grupo un movimiento de hostilidad; pero el tabernero alzó la voz y extendió sus manos diciendo: «En mi casa no se maltrata á nadie. Caballero, salga usted.»

Morton marchó hacia la escalera; pero antes se detuvo; volviéndose, dijo: «Véndame usted un pan.

—Vale cinco duros,—gritó con chillido de arpía una de las mujeres.

—Diez duros,» añadió otra.

El tabernero cogió un pan del cesto que cerca estaba y lo ofreció á Morton. Este, al tomarlo con una mano, metió la otra en el bolsillo.

«No,—dijo el hombre deteniéndole.

—¿Por qué?—preguntó Daniel.

Digitized by Google

—Es limosna,—repuso con gravedad el tabernero.

—Caridad—añadió un marinero.—Nosotros somos así.

—Tú me salvaste la vida,—dijo Morton á uno de ellos, poniéndole la mano en el pecho.

—Sí: ese es mi oficio.

—Pues bien—añadió el hebreo.—Dame ahora un vaso de agua, Dios te lo pagará.»

El marinero trajo el vaso de agua. Morton, después de beber, salió llevándose el pan.

Ya con tan preciosa conquista sintióse medianamente satisfecho, como Robinsón cuando en su isla desierta alcanzaba de la Naturaleza los primeros dones para prolongar su vida. Poquísima gente había ya en las calles de Ficóbriga, por lo cual Daniel experimentó gran consuelo, habiendo llegado el caso de que la aproximación de cualquier humano rostro le produjese miedo y vergüenza. Si en su solitaria excursión por las calles sentía pasos, volvíase, y apresuradamente tomaba otro camino, como el ladrón que huye con su robo mal cogido en las trémulas manos. Cualquiera habría visto en él á un desalmado que acababa de robar un pan.

Con ser tan frugal su cena, le gustó, á causa del hambre que padecía, más que cuantos

Digitized by Google

manjares ricos había probado en su vida. Satisfecha aquella primera necesidad de su cuerpo, éste, que cuando le niegan se resigna, pero si empiezan á darle, más pide cuanto más le dan, reclamóle descanso, un abrigo, un techo, un colchón, un montón de paja. Esto era más difícil, porque ninguna puerta de Ficóbriga se abriría para él. A falta de asilo cómodo, buscó un abandonado hueco de ruínas, un tronco de árbol, ó paredón solitario y apartado de toda humana vivienda que al menos le resguardara del frío Nordeste. Anduvo largo trecho alejándose del centro de la villa y volviendo á él. Por último, vió una escalera de piedra que se abría en el hueco del viejo murallón, para dar acceso á una planicie donde se veían algúnas construcciones entre las ramas de espesos árboles. Sentóse allí. El sitio era relativamente cómodo y resguardado del cierzo.

Al poco rato aparecieron dos perros, á quienes Morton dió lo que había sobrado del pan, obsequio que no rechazaron.

«Vamos—dijo el israelita,—ya no se podrá decir que hasta los perros huyen de mí. Al menos es un consuelo.»

Poco después acercóse un anciano mendigo con una niña en brazos, y alargó la mano tostada y angulosa para pedir una limosna.

Digitized by Google

«¿Eres de Ficóbriga?—le dijo Morton.

—Sí, señor: soy marinero del cabildo de Ficóbriga; pero como estoy tan viejo, hace dos años que no salgo á la mar y vivo en la mayor miseria, si esto es vivir.»

La voz del anciano temblaba, anunciando debilidad, hambre y frío. Era su rostro curtido y surcado de arrugas como pergamino, blanca su barba, su estatura corpulenta; su cuerpo, á pesar de la desnudez que le enfriaba y de la inanición que le enflaquecía, conservábase aún derecho; las roturas de la camisa, más desgarrada que una gavia hendida por los temporales, dejaban ver el negro pecho velludo, fortalecido por las olas que se habían estrellado en él. En sus brazos, y arropada entre andrajos, dormía la niña angelical sueño, agarrándose con sus manecitas al cuello del anciano, murmurando á ratos algunas palabras y moviéndose intranquila, no porque estuviera enferma, sino porque soñaba, aun estando en brazos de la miseria, cosas agradables y risueñas; por ejemplo: que se estaba atracando de bizcochos, ó jugando con tres piedras, un pucherito y dos panojas, que eran otras tantas muñecas.

«¿Eres muy pobre?—preguntó Daniel al mendigo.

Digitized by Google

—Señor, no tengo más que lo que me dan. Vivía con mi hija, que era casada y tenía que comer, porque su marido trabajaba en las minas. Pero hará dos meses se desplomó una piedra de las minas, y mi yerno murió. Mi hija trabajaba para mantenernos; mas hará dos semanas que la enterramos. Dejóme esta niña; no tenemos casa; no tenemos más que la limosna de las buenas almas, y hasta ahora, ni mi nieta ni yo nos hemos muerto de hambre, porque el Señor ha sido bueno y nos ha mirado todos los días.»

Daniel sacó una moneda de oro, diciendo para sí:

«Ahora sí que voy á ganarme un amigo.»

Entrególe la limosna, y el anciano partió después de dar las gracias y de prometer que rezaría á la Virgen del Carmen por el alma del favorecedor. Morton le observó desde lejos; le vió detenerse en la esquina de la calle de la Poterna, donde había un farolillo, y examinar la moneda á la débil luz de la antorcha municipal; le vió inclinarse al suelo para sonar la pieza de oro sobre una piedra, y luego el anciano volvió corriendo al lado de Daniel Morton.

«¿Qué hay?—le dijo éste.—¿Es falsa?

—No. señor: es que se ha equivocado usted

Digitized by Google

—dijo el viejo devolviendo la moneda.—Me ha dado usted un centén en vez de una peseta.

—¿Y por qué piensas que había de darte una peseta?

—Porque es lo que más se da. Yo no puedo tomar sino lo que se me da por buena voluntad, no por equivocación.

—Yo sé lo que doy—dijo Daniel con emoción.—Guarda la moneda; que si en algo me equivoqué fué en darte una sola. Toma otra, toma dos más, y mañana es preciso que nos veamos.»

Y se las ofreció. Pero el pobre viejo no las había tomado aún en su mano, cuando dió un paso atrás lanzando una exclamación de sorpresa y terror.

«¿Qué?—dijo Morton con ira.—¿Tú también me conoces?

—¡Ah! No... no... señor—balbució el viejo; —¡pero este dinero, tanto dinero! ¡Darlo así!... Es la primera vez que le veo á usted; pero no hay más que un hombre que así tire el dinero... y ese hombre es el judío.

—Ese soy yo,» dijo gravemente Daniel.

El anciano quiso poner las monedas en la mano del hebreo; mas como éste no las tomara, arrojólas al suelo, diciendo con tremenda

Digitized by Google

voz: «Tome usted sus doblones, que ningún cristiano recibe el dinero por que fué vendido el Señor.»

Daniel Morton quedóse frío y estupefacto.

«Hombre sin entrañas—gritó al fin con rabia,—has hablado como un idiota.

—Yo no quiero limosna de usted. Adiós.

—Aguarda...—dijo Morton con angustia. —¿No ves que esta noche soy más pobre que tú, más miserable que tú? Haces alarde de cristianismo y no tienes lástima de mí, no te apiadas de la soledad en que estoy, sin un amigo, sin una voz que me consuele, sin otro hombre que me diga hermano y se siente junto á mí, aunque no sea sino para recordarme que ambos hemos sido hechos por el mismo Dios.»

El marinero movió la cabeza, y después, hundiendo la mano en un hueco de sus andrajos, que al modo de bolsillo se abría, sacó medio pan.

«Toma,—dijo secamente y con acento despreciativo, también indicado por el familiar tratamiento.

—¡Ay!—repuso Morton,—no es pan lo que quiero; otro menos cruel que tú me lo ha dado antes. Pan damos hasta á los perros. Dame tu compañía, tu fraternidad, tu conversación,

Digitized by Google

tu tolerancia, el consuelo de la voz de otro hombre, algo que no sea discordias de religión, ni acusaciones por un hecho de que no soy responsable. ¿Por qué te niegas á tomar mi limosna? ¿Me tienes miedo?

—Horror.

—¿Por qué?

—Porque así debe ser. Adiós.»

El anciano se retiró, y á cada pocos pasos volvía la cabeza para mirar al hombre de los treinta dineros.

Oprimiendo su cabeza entre las manos, Daniel permaneció largo rato en meditación dolorosa. Después exclamó con airado acento:

«¡Ah! impío Nazareno... ¡nunca seré tuyo! ¡nunca!»

Digitized by Google

X

Hospitalidad á medias.

Había pasado más de una hora cuando sintió ruido de pasos. Un hombre subía la escalera. Daniel le reconoció al instante.

«¡Caifás!—gritó levantándose.

—Sr. Morton,» dijo Mundideo con asombro.

Vivísimo gozo se pintaba en el semblante del forastero. Tomó á Caifás del brazo y le dijo con acento conmovido: «Tú también me conoces; pero tú no me rechazas.

—Parece que no ha podido usted encontrar alojamiento.

—Y tú me ofreces el tuyo. ¡Cuánto me alegro de encontrarte, José! Eres una aparición divina. Me hielo de frío. Tengo mi equipaje en el Ayuntamiento, y no quieren dármelo hasta mañana. Mi criado está preso.

—Ya lo sé... ¡Que un caballero tan poderoso pase la noche en la calle...!

—¿En dónde está tu casa?

—Aquí, muy cerca—repuso Caifás, demostrando el diligente afán que nace de la ver-

Digitized by Google

dadera gratitud...—¿Pero qué es eso que brilla en el suelo? Parecen tres monedas de cinco duros.

—Es dinero que se me cayó—repuso Daniel.—Puedes tomarlo.»

Mundideo recogió los centenes y los entregó á su dueño.

«Guárdamelos—dijo Morton.—Después me los darás. ¿Y tus niños?

—Buenos, señor... Vamos por aquí... Ande usted con cuidado para no tropezar.»

Pasada una planicie pequeña que sombreaban dos ó tres plátanos de corpulenta talla, empujó Caifás una puertecilla abierta en un muro de mampostería, y entraron en un terreno que parecía huerta. «¿Qué es esto?—preguntó Daniel sin soltar el brazo de Mundideo, que le guiaba en la obscuridad.

—Esta es la alcoba grande donde todos hemos de dormir.

—¡El cementerio de Ficóbriga!—exclamó el hebreo, sintiendo frío en sus huesos.

—Esto es muy húmedo—dijo Caifás.—No se detenga usted.

—Ya veo las cruces... ¡cuántas cruces!... y esa mole blanca...

—Es el sepulcro que se está construyendo para D. Juan de Lantigua.»

Digitized by Google

Daniel se quedó más frío, más asombrado, y en su pecho se enroscaba una serpiente que no le permitía respirar.

«¿El Sr. D. Juan...—murmuró,—está aquí?

—Junto á él pasamos—dijo Caifás descubriéndose.—Los pequeñitos están aquí á la derecha.»

Morton se descubrió también.

«Ese gran enterramiento que se está labrando—añadió José,—es para toda la familia.

—¡Para toda la familia!... ¿Pero tú vives aquí... en este triste sitio?

—Sí, señor. Soy el sepulturero de Ficóbriga. Mal destino, señor; pero pienso dejarlo pronto... Ya llegamos. Entre usted.»

Pasaron á un patio y de éste á una casa humildísima. Caifás, después de encender luz, guió á su amigo por estrecho carrejo á una pieza no pequeña, ocupada por varios muebles, descollando entre ellos un inválido sofá de paja de Vitoria. Una puerta comunicaba la tal pieza con otra que debía de ser alcoba, porque Caifás, señalándola, dijo: «Ahí dormimos mis hijos y yo. Sacaré mi cama á la sala, donde estará el señor con más desahogo.

—Gracias: no necesito cama. Dame una manta y descansaré en este sofá... Al fin he encontrado un hombre, un verdadero hermano...

Digitized by Google

Pero te compadezco, amigo. No podías haber elegido un oficio más detestable.

—Pronto lo dejaré á quien lo quiera—repuso Mundideo, poniendo en el sofá manta y almohada.—Ahora, Sr. Morton, mi situación no es tan mala como cuando usted tuvo la bondad de favorecerme.

—Me alegro infinito. ¿Has variado de fortuna?

—Así, así.»

La actitud de Caifás frente al israelita era algo cohibida. Sus miradas indicaban el respeto y la veneración que su favorecedor le inspiraba; pero á tal respeto uníase cierto recelo, más bien repugnancia, torpeza en las palabras, miedo quizás. No era preciso ser zahorí para conocer que el pobre Mundideo padecía, y que su conciencia hallábase en frente del más grande y aterrador enigma que jamás se le presentara.

—¿Y cómo has mejorado de fortuna?—preguntó el extranjero acomodándose en el sofá.

—Puse una taberna en la cual me fué muy mal. Pero hace poco murió un tío materno en Veracruz...

—¿Y has heredado?

—Poca cosa [illegible] ra [illegible] alazo [illegible]

Digitized by Google

Como está el dinero en un Banco de Inglaterra, no lo he cobrado todavía. Dicen que vendrá la semana que viene, y para entonces, Sr. de Morton...»

Caifás miró al suelo.

«¿Qué?

—Para entonces le devolveré á usted su dinero.

—¿Qué dinero?

—El que usted tuvo la bondad de darme cuando yo estaba en la Cortiguera.

—No te lo dí para que me lo devolvieras.

—Pero yo lo devuelvo porque tal es mi deber.»

Estaba Caifás en pie y en actitud de sumisión, pálido, descubierta la cabeza. Acababa de dejar sobre la mesa las tres monedas recogidas del suelo poco antes.

«¿Tu deber?—dijo Daniel en tono de ira.

—Sí, señor... yo... ¿Cómo lo diré de modo que usted no se ofenda? ¿Cómo lo diré sin que mi favorecedor me crea ingrato?

—Dilo pronto.

—Pues yo no sabía que usted...

—Ya...—indicó Morton volviendo el rostro con expresión de amargo desprecio.

—No se ofenda el Sr. D. Daniel, ni crea que soy malo, ni que dejo de apreciarle... Yo...

Digitized by Google

vamos, no sé lo que me pasa... No lo puedo remediar. Cuando supe la muerte del Sr. Don Juan y que usted era...

—Yo soy judío,—afirmó Morton gravemente.

—Sí—añadió Caifás sollozando,—y su dinero de usted, Sr. D. Daniel, me quema las manos... El confesor me dijo que devolviera ese dinero, aunque para ganarlo tuviera que estar barriendo las calles con mi lengua, ó cargando piedras como un asno, ó tirando del arado como un buey. Felizmente puedo devolver lo que no debí tomar, no...

—Calla, calla...—dijo Morton, oprimiéndole con airada violencia un brazo, pálido de ira;—calla, idiota... estás hablando como una bestia... ¿Qué dices de mí?... ¿Por qué juzgas mi alma? ¿Quién eres tú, miserable gusano, para condenar á eterno abandono á otro hombre, hechura de Dios como tú; quién eres para fallar contra mí, contra mí, que te he favorecido? ¿Sabes que la conciencia hace al hombre, y la ingratitud, la negra ingratitud, es la única conciencia de los malos?

—¡Oh! Yo no soy desagradecido, no señor, ¡eso no!—gritó Caifás con verdadera angustia. —¡Si pudiera usted leer en mi conciencia!... No sé lo que me pasa. Yo le he adorado á us-

Digitized by Google

ted como se adora á los que están en los altares... yo he rogado á Dios por su salvación más que por la mía. Pídame todo lo que tenga, y hasta la última hilacha de mi casa será suya. Me quitaré el pan de la boca porque usted no padezca hambre; partiré con usted mi casa, aunque para ello pierda mi destino y esté pidiendo limosna toda la vida.

—Lo que te pido no es abrigo, que puede darlo un árbol, un tronco, una peña, una gruta, sino el amparo dulce de la amistad, de la benevolencia, de la grata compañía.

—Cuanto sea caridad y agradecimiento tendrá usted siempre de mí—dijo Mundideo con acento de emoción.—Pero...

—¿Pero qué...?

—Quiero decir—prosiguió Caifás con gran turbación de voz,—que no quiero su dinero... no quiero su dinero... Mi conciencia me manda que no tenga con usted más relaciones que las de la caridad.

—No querrás ser mi amigo, como se entiende la amistad social; no querrás frecuentar mi trato, ni servirme, ni tener conmigo la comunidad de vida que por lo común existe entre los que profesan una misma religión...

—Usted lo ha dicho muy bien... Eso es lo que yo quería decir; pero no sabía decirlo.

Digitized by Google

—Si no te lo impidiese la ingratitud, ¿me aborrecerías, José?

—Con todo mi corazón—respondió vivamente el sepulturero.—Con toda mi alma. ¿Cómo podría querer al que ha hecho derramar tantas lágrimas á una familia que adoro, al que mató al padre y deshonró á la hija?...»

Morton sintió que cada palabra era un lanzazo con que aquel hombre hería su corazón; pero al tocar tan delicado punto, sentíase débil y sin fuerzas para protestar.

«No juzgues de lo que no conoces—dijo sordamente.—Yo creí que siempre serías mi amigo. ¡Qué engaño! Al verte me alegré, porque esperaba adquirir por tí noticias de la persona que amo, y sin la cual no puedo vivir.

—¿De la señorita Gloria...?

—¿Sabes algo de ella...? ¿La ves?

—Sé mucho—dijo Caifás con misterio y hostil intención.—La veo con frecuencia; pero á usted, á usted no puedo darle ninguna noticia.

—¿No me cuentas lo que hace, si está buena, si está alegre, si sale...?

—Sólo diré que es muy desgraciada.

—Quizás deje pronto de serlo.»

Caifás movió la cabeza en señal de duda, y después lanzó un gran suspiro.

Digitized by Google

«¿Y has dicho que la ves?

—Todos los días.

—¿No me das ninguna otra noticia?

—Ninguna—replicó sordamente Mundideo, guardando en su pecho las palabras, como si echara un muerto al hoyo.—Una sola, una sola daré, y es que siempre veo en ella un ángel del cielo, tan ángel después de su caída, como antes.

—Dices bien. Gracias, José: tú eres hombre de corazón... Me han asegurado que la opinión de este pueblo le es muy desfavorable.

—Mucho. Dicen que la señorita está mal con Dios. Ayer ha pasado una cosa muy rara. La señorita envió un ramo para que se pusiera en las alforjas del borriquito que acompaña al Salvador. En cuanto el animal sintió encima las flores, principió á dar coces y las arrojó mismamente contra la pared. Todos los que tal vieron quedáronse horrorizados.

—¿Y la gente de aquí cree eso?

—Como el Evangelio. No se habla de otra cosa en Ficóbriga.

—¡Qué horrible estupidez! Pero tú no lo creerás.

—No señor, no, no lo creo—afirmó Caifás después de un instante de duda.—La señorita es un ángel del cielo, lo digo y lo repito.

Digitized by Google

—Muy bien, amigo mío, muy bien. Puedes decir y repetir otra cosa, y es que la señorita saldrá de su desdichada situación y será feliz.

—Eso no...

—¿Por qué?

—Porque es buena cristiana, y usted... No me haga decir lo que no debe decirse al que nos ha favorecido.

—Pues bien... dejemos esto. Háblame de ella tan sólo. Cuéntame todo lo que sepas.

—Sé mucho.

—Pues dímelo todo, todo.»

Caifás se llevó los dedos á la boca para pillarse con ellos, á guisa de tenazas, sus carnosos y obscuros labios.

«De mi boca no saldrá una palabra, ni una sola que pueda servir á usted para sus planes.

—Mis planes son buenos.

—Eso Dios lo sabe.

—¿Y tú no? ¿No lo sabes tú, que tienes pruebas de mi modo de proceder; tú, que ya me conoces bastante?...

—Yo no sé nada, nada—gruñó Caifás con aturdimiento.—Yo no sé nada. Usted es un misterio para mí, Sr. Morton: un ángel y una calamidad, lo bueno y lo malo juntamente, el rocío y el fuego del cielo... Yo no sé qué pen-

Digitized by Google

sar, yo no sé qué sentir delante de usted... Si le amo, me parece que debo aborrecerle; si le aborrezco, me parece que debo amarle. Usted es para mí como demonio disfrazado de santo, ó como un ángel con traje de Lucifer... No sé nada, no sé nada, Sr. Morton.»

Callaron ambos. Grave y cejijunto, doblemente horrible por su fealdad natural y la expresión de recelo que había en su semblante, Caifás contemplaba á Daniel desde regular distancia, sentado, los brazos en cruz, la cabeza ligeramente inclinada, atónita la vista y algo siniestra. Jamás se había presentado á una conciencia problema semejante, y aquel hombre rudo vió desarrollarse en su espíritu todo el panorama inmenso de los problemas religiosos, sintiéndose turbado y atormentado por ellos de una manera confusa, indefinida. Vió que en su interior se elevaban fantasmas, y oyó esas aterradoras preguntas que en lo íntimo del espíritu son formuladas por misteriosos labios y que rara vez reciben contestación. Otro hombre de inteligencia más cultivada habría sacado de la meditación de aquella noche alguna idea clara, ó negación terrible quizás, algo absoluto aunque fuera lo absolutamente negro del ateísmo; pero Caifás no sacó nada, ni luz completa ni tinieblas, sino con-

Digitized by Google

fusión, aturdimiento, el caos, el claro-obscuro incierto del alma humana cuando la fe vive arraigada en ella, y la razón, como diablillo inquieto evocado por la magia, entra haciendo cabriolas, enredando y hurgando aquí y allí.

No duró poco la meditación de ambos. El caballero parecía dormir; pero velaba. Pasaron las horas y rodó la noche con ese voltear majestuoso y taciturno que la asemeja á un cerebro pensando en silencio y reposo, lleno de misteriosos sones, de imágenes y vagas ideas, que se entrelazan como los círculos movibles de la retina en los cerrados ojos del que vela. Ya muy tarde, casi de día, Morton dijo á Caifás:

«¿No te acuestas?

—No tengo sueño—replicó el enterrador. —Estoy cavilando, cavilando cosas extrañas que no me dejan dormir.

—Parece que luce la aurora... Deseo hablar al Sr. D. Buenaventura.

—¿Tan temprano?

—Ese señor, ¿madruga?

—Se levanta con los pájaros.

—Pues te ruego que vayas allá y le digas de mi parte que estoy aquí á su disposición.»

Digitized by Google

Caifás no se movía.

«¿Qué?—dijo Morton con ira.—¿También te niegas á servirme en esto?

—En esto, no—repuso José levantándose.—Voy á llamar al señor.»

Digitized by Google

XI

Diez y ocho siglos de antipatía.

No eran las seis cuando D. Buenaventura y Daniel Morton se hallaban solos en la habitación de Caifás. Los chicos habían sido enviados á la calle por su padre, y éste, después de ahondar un poco la sepultura abierta en la tarde anterior, se ocupaba en enterrar á uno de esos pobres muertos que entran en la inmensidad misteriosa de la descomposición subterránea sin amigos, sin cánticos religiosos, sin lágrimas, sin flores, sin mortaja. Para esos todo es materia y verdadero polvo... Ambos caballeros, después de contemplar un instante tan triste escena, se sentaron junto á una mesilla con tapete de hule que en mitad de la pieza había. Uno y otro callaban, bastante perplejos, diciendo para sí: «El hablará primero.» Por fin D. Buenaventura rompió el silencio.

«Nada necesito indicar á usted—dijo con torpeza,—de las inmensas desgracias que han caído sobre mi familia. Usted las conoce bien,

Digitized by Google

y debo creer, al verle acudir tan puntual á mi llamamiento, que no es indiferente á ellas, aunque no sea sino por el remordimiento de haberlas causado.

—Es la segunda vez que vengo después de aquellos terribles días—repuso Morton.—Al volver con tanta insistencia al lado de los que ofendí, demuestro que deseo ardientemente desagraviarlos.

—Ahora se probará. Yo he llamado á usted contra el deseo de mi familia y de la misma Gloria. Separándome de su opinión en materia tan delicada, creo que esto puede arreglarse, y... qué sé yo... se me figura que lo conseguiré, si hallo en el autor de nuestra deshonra las ideas elevadas, la dignidad y el sentimiento del honor que supongo siempre en todo caballero bien educado, cualesquiera que sean sus creencias. He tomado informes en Madrid, y por personas de su raza de usted, á quienes estimo mucho, he sabido que no tendré que habérmelas con un calavera, ni con un hombre corrompido y sin conciencia, insensible á los estímulos del honor.

—¡No soy un malvado para usted!...—dijo el hebreo con expresión de gratitud.—Mayor consuelo no podía yo recibir después de tantos ultrajes... ¡No soy un apestado, un répro-

Digitized by Google

bo, un hombre ignominioso colocado fuera de todas las leyes!... ¡No inspiro horror, no huye usted de mí, no se cree condenado por darme la mano!...

—Mi opinión sobre usted no es definitiva —indicó D. Buenaventura gravemente.—Dependerá de la conducta de usted y de la facilidad con que se preste á una inteligencia conmigo.

—La tolerancia que hallo en usted—repuso Daniel,—me da mucha esperanza, predisponiéndome á los mayores sacrificios.

—¡Sacrificios!... esa, esa es la palabra—dijo Lantigua con gozo y energía.—De eso es de lo que se trata. Aquí, señor mío, nos hallamos en presencia de un problema terrible: la religión; la religión que en diversidad de formas gobierna al mundo, á las naciones, á las familias. De ella no podemos prescindir para nada. Casi siempre es consuelo, estímulo y fuerza que impulsa; ahora se nos ha puesto enfrente con amenazadora gravedad, y es para usted y para nosotros obstáculo implacable, desunión, discordia; una montaña que se nos cae encima.»

D. Buenaventura dió un suspiro. Daniel Morton suspiró también.

«Pero quizás estamos dando á esta dificultad

Digitized by Google

importancia mayor de la que realmente tiene —añadió el caballero español, no sabiendo cómo abordar la cuestión.—Para toda persona que se estima y que sabe dar á los deberes sociales su valor propio, hay leyes categóricas que no admiten distingos, ni sutilezas, ni interpretaciones: hablo de las leyes del honor.

—Las leyes del verdadero honor—dijo Morton gravemente,—son las leyes morales, fundadas en la religión ó en la filosofía. Fuera de esto, todo es convencional y falso.»

Por un momento estuvo suspenso D. Buenaventura; pero no tardó en dominar sus ideas.

«En rigor, eso es verdad. Pero dejémonos de generalidades. Usted tiene el deber ineludible de reparar la injuria que ha hecho á mi sobrina. Para esto es necesario un sacrificio. ¿Qué importa? El honor lo exige, lo exige esa ley que rige todas nuestras acciones, ley que viene no sé yo de dónde, pero que es ley, ley. Religión sin teología, por lo cual no hay en ella cismas ni heterodoxias. Su única herejía es la falta de valor... Aquí se nos presenta una virtuosa y angelical señorita deshonrada, una víctima preciosa, inocente, y esa víctima exige de usted un gran sacrificio.

—¡El sacrificio de la religión!

Digitized by Google

—Justo.

—¿En nombre del honor?

—Justo.

—Eso quiere decir que antes que la religión es el honor. ¿Y si yo dijera que la mayor deshonra consiste en la abjuración de la fe en que uno nace?

—Eso depende de los motivos por que se abjure. En un caso como éste, no.

—¿Me permitirá usted que ponga un ejemplo y le interrogue?

—Con el mayor gusto—dijo Lantigua orgulloso, creyéndose más fuerte que su contrario.

—Pues bien: supongamos que va usted á Hamburgo, á Amsterdan, á Londres...

—Ya, ya veo su intención. Supongamos que amo á una joven israelita, que... Vamos, que se repite este caso con los términos invertidos.

—¿Se apresuraría usted á dar la reparación debida, sacrificando su religión?

—Según fuera la joven.

—Como Gloria, lo mismo que Gloria. Se supone que usted la amaría con pasión.

—Hombre, eso de hacerse judío es demasiado fuerte. Comprendo que se abrace el protestantismo, cualquier cosa... Pero, en fin,

Digitized by Google

concedida la pasión, las circunstancias terribles de este caso... sí... aseguro á usted que me haría judío.

—Señor de Lantigua—dijo Morton con entereza y dignidad,—usted no tiene religión: usted no es católico.»

Asombrado y balbuciente se quedó el español; mas repuesto de pronto de su confusión, habló así:

«Soy católico sincero, por educación, por convicción, por el ejemplo santo de mis virtuosos hermanos, porque creo que el catolicismo es la religión más perfecta, porque si algún momento flaquease mi razón, vendría á fortalecerme el recuerdo de mi amorosa madre, y con recordarla sólo, la fe que en ella hizo prodigios de virtud, á mí me daría también fuerzas y consuelo; soy católico, porque veo en Jesucristo, Hijo de Dios, el más admirable ejemplo de perfección moral que puede ofrecerse al hombre.

—Nada de eso prueba una fe muy ardiente. Acepta usted lo que más le acomoda, y lo demás lo rechaza. Pero aun con fe tan tibia no le creo á usted capaz de hacerse judío por amor, por el cariño de una mujer, por cosas de un día.

—Y por deber, por la responsabilidad terri-

Digitized by Google

ble de una gran falta—añadió Lantigua con energía.—Por estas razones y otras, no vacilaría en cambiar, al menos aparentemente, la religión más aceptable por la más desacreditada.

—¡Aparentemente!... Es decir, con reservas mentales...—dijo Morton lleno de confusión.

—¡Ah! veo que usted es más intolerante en su religión falsa que yo en la mía verdadera. Yo concedo algo, usted nada. Siga usted mi ejemplo, y verá como no soy fanático, ni intransigente, ni mojigato. Me atrevo á esperar que mi creencia se asemeja bastante en el fondo á la de usted, ó á la de cualquier otro hombre del siglo.

—¿Cómo? — preguntó Morton con curiosidad.

—¿Será posible que en el fondo no pensemos lo mismo, Sr. Morton? Oigame usted con atención. Yo creo que la fe religiosa, tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día, y que tarde ó temprano todos los cultos positivos tendrán que perder su vigor presente. Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse, y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión. Creo que muchas cosas establecidas por la Iglesia, lejos de acrecentar la fe, la disminu-

Digitized by Google

yen, y que en todas las religiones, y principalmente en la nuestra, sobran reglas, disposiciones, prácticas. Creo que los cultos subsistirían mejor si volvieran á la sencillez primitiva. Creo que si los poderes religiosos se empeñan en acrecentar demasiado su influencia, la crítica acabará con ellos. Creo que la conciliación entre la filosofía y la fe es posible, y que si no es posible, vendrá el caos. Creo que cada vez es menor, mucho menor, el número de los que tienen fe, lo cual me parece funesto. Creo que ninguna nación ni pueblo alguno pueden subsistir sin una ley moral que les dé vida; y si una ley moral desaparece, vendrá necesariamente otra... Esto que declaro, esto que pensamos ¿á qué negarlo? todos los hombres del día, es de esas cosas que pocas veces se dicen, y yo las callo siempre, porque la sociedad actual se sostiene, no por el fervor, sino por el respeto á las creencias generales. Las circunstancias en que nos encontramos oblíganme á confiar á usted mi pensamiento, mostrándole todo lo que hay en él, y á manifestarme con entera franqueza, pues ni mi nombre, ni el respeto que debo á la memoria de mi hermano muerto y á las virtudes del que vive, concuerdan bien con estas ideas que á pesar mío exhibo. Y al hacerlo así, revelan-

Digitized by Google

do lo que nadie hasta hoy ha oído de mis labios, espero hallar un eco en el pensamiento de usted, pues teniéndole por hombre instruído en las ideas corrientes, no puedo creer que esté tan tenazmente aferrado á la secta más desautorizada de todas. Creo, finalmente y para decirlo todo de una vez, que el fondo moral es con corta diferencia uno mismo en las religiones civilizadas... mejor dicho, que el hombre culto educado en la sociedad europea es capaz del superior bien, cualquiera que sea el nombre con que invoque á Dios.»

Breve pausa siguió á esta profesión de fe. Morton miraba fijamente el hule de la mesa, y absorto en el grave asunto, se ocupaba maquinalmente en retorcer una hilacha que sus manos habían encontrado allí.

«Estimo la declaración—dijo sin alzar los ojos de la mesa.—Ya sabía yo que muchos adalides del partido católico son racionalistas *in pectore*. Ahora, en cambio de sus concesiones, yo voy á hacer otras.»

D. Buenaventura decía para sí:

«¡Quién me había de decir que yo vaciaría estas heces de mi conciencia delante de un judío!... Pero es preciso transigir, sí, transigir, ceder un poco, para que él ceda otro poco y nos entendamos.

Digitized by Google

—Mi familia, como la de usted—dijo el hebreo,—se ha distinguido por su fervor religioso, ha sido y es, como la de usted, una familia respetada y querida por sus virtudes y su generosidad; ha tenido y tiene gran prestigio en nuestra raza, por sostener con noble tesón la idea de la consecuencia israelita en medio de la desgracia en que vivimos, y de la degradación en que han caído muchos de nuestros hermanos. Yo fuí educado con gran solidez de principios. Me infundieron la fe, más en la conciencia que en la imaginación, hablándome poco á los sentidos y mucho al alma. Además, me inculcaron la idea de que por nuestra religión fueron revelados al mundo los eternos principios que lo rigen, y que no pierden su valor por las modificaciones que recibieran en un día memorable. Me han enseñado á amar una ley que contiene todo lo bueno y todo lo verdadero, pues ninguna verdad moral posee el mundo que no se halle en mis libros. Al afirmar esto, no llegaré al extremo de creer que fuera de mi ley todo es corrupción, inmoralidad, mentira, como hacen aquí, no: yo también cederé, imitándole á usted, y diré que los preceptos morales por los cuales nos regimos, son los mismos que gobiernan el alma cristiana, los mismos que gobiernan á todos los

Digitized by Google

hombres que tienen preceptos. No sé que haya en pueblos civilizados ninguna religión cuya moral diga: «Matarás, mentirás, robarás, harás daño á tu prójimo...»

—Muy bien, muy bien—dijo Lantigua radiante de satisfacción.—¿Ve usted cómo nos acercamos? ¿Qué queda entre nosotros?... El culto, la forma, la liturgia, un fantasma, señor Morton.

—¡El culto!...—exclamó Daniel solemnemente.—¿Y á eso llaman ustedes fantasma? Para ustedes lo será, para mí no.

—¿Es posible que quien piensa como usted piensa, dé valor...?

—Sí: doy valor al culto, y valor inmenso.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra nacionalidad. No tenemos patria geográfica, y nos la hemos formado en la comunidad de prácticas religiosas y en la observancia de la ley. Por razón de nuestro estado social, tenemos más íntimamente confundidas que ustedes la patria, la familia, la fe. Para el cristiano la religión no es más que la religión; para nosotros, además de la religión, es la raza, es una especie de suelo moral en que vivimos, es la lengua, es también el honor, ese honor de que usted me habla y que en nosotros no se concibe sin la

Digitized by Google

consecuencia, sin la constancia en amar una fe augusta y venerable, por la cual somos escarnecidos.

—Todo eso es de forma: al fondo, al fondo —dijo Lantigua con impaciencia.—Usted demuestra creer que su religión no es en lo moral superior á la mía.

—Lo es por la antigüedad y por la sencillez. Creo firmemente que cuanto Dios ha revelado al hombre está en mi ley. Todo lo demás es postizo. No aborrezco al cristianismo por falso ni por malo, sino por cruel é inútil.»

A D. Buenaventura se le vinieron á la boca mil argumentos terribles, abrumadores, sin réplica; pero se contuvo antes de enunciarlos, y llenándose de paciencia, siguió escuchando.

«Hay razones históricas y sociales—añadió el hebreo,—razones terribles, amigo mío, para que nuestra abjuración sea más deshonrosa que la de otro hombre cualquiera.»

D. Buenaventura dejó ver una sonrisa de desdén.

«Además de que siento un instintivo amor al Dios de mis padres, y antipatía invencible á la inútil innovación cristiana...»

A D. Buenaventura se le acababa la paciencia.

«Déjeme usted seguir. Además de esto, obe-

Digitized by Google

dezco á una ley de raza; ¡y qué terribles son las leyes de raza! El mismo valladar establecido por los cristianos para que vivamos separados del resto del linaje humano, aviva y enciende más nuestra consecuencia, porque las injurias que hemos recibido, la expulsión de España, el injusto odio del Cristianismo, nos aferran más á nuestro dogma, fórmula de la patria entre nosotros. ¡Abjurar!... ¡Pasarnos á este enemigo implacable que durante diez y ocho siglos nos ha estado insultando, escupiendo y abofeteando; que nos ha expulsado, nos ha quemado vivos, nos ha arrojado de todas las ocupaciones honrosas, nos ha cerrado todas las puertas, nos ha prohibido todos los oficios, dejándonos sólo el más vil, el de la usura; que nos ha llenado de denuestos groseros, apartándonos de todo lo que puede llamarse fraternidad y negándonos hasta el goce de los derechos naturales; que nos ha considerado siempre como una excepción en la humanidad, como una raza abyecta y manchada, y nos ha estado martirizando con la infame y absurda nota de deicidas, ¡de haber matado á Dios!... No, no puede ser: entre nosotros no habrá un solo hombre de honor que se pase á este enemigo implacable y feroz. Diez y ocho siglos de venganza por haber dado muerte á

Digitized by Google

un filósofo, al más grande de los filósofos si se quiere, es demasiada crueldad.

—Merecido baldón ha sido—dijo D. Buenaventura,—y lo prueba la espantosa duración del castigo. Un año, diez, un siglo, pueden equivocarse. Mil ochocientos años no se equivocan. Su fallo merece respeto.

—No tendrá jamás el mío—declaró Morton con ira.—Ha tocado usted la fibra más delicada de mi corazón, de un corazón que tiene el acendrado fuego de la raza. Yo siento la pasión de mi nacionalidad perdida, de mi culto sencillo y grandioso, de mi pueblo desgraciado y escarnecido que conserva en sí un fondo admirable de valor moral. Sí: quisiera tener mil bocas para decirlo con todas ellas. Un pueblo que ha resistido diez y ocho siglos de desprecio, un pueblo que subsiste después de mil ochocientos años de verse proscripto, errante, vejado, humillado, es digno de mejor suerte.

—Procuren ustedes mejorarla.

—Yo he pasado horas en amarguísima tristeza pensando en la suerte infeliz de mi raza. Desde que tuve uso de razón, comprendí que en nosotros había un gran vacío, aunque no me podía explicar cuál era: comprendí que una nube siniestra nos envolvía, que no éra-

Digitized by Google

mos como los demás, que la sociedad nos rechazaba... He pasado la mayor parte de mi juventud en tétricas meditaciones sobre nuestro aflictivo destino social, y con esto el amor que siempre tuve á mi casta, á mi grandiosa historia, se inflamaba más cada día hasta llegar á una vehemencia que hizo creer en la pérdida de mi razón. Mi juventud ha sido un delirio doloroso, un sueño en que se han confundido los intentos más atrevidos con las ideas más nobles. He soñado con la rehabilitación del judaísmo, con borrar la maldición horrible; he pasado años enteros en soledad sombría, como los anacoretas, meditando en la pasión y crucificación de un pueblo inocente, y después, lanzándome al mundo y á los viajes infatigables por todos los países donde había israelitas, he tomado el tiento á la terrible carga de esta empresa. Y á pesar de hallarla muy pesada, no he renunciado á echarla sobre los hombros, y en horas de duda ó vacilación he sentido en mí un aliento poderoso, una inspiración, una solemne voz de mi ultrajado Jehová que me decía: «Adelante.» Y á un hombre de tal temple, á un hombre que tiene el fanatismo santo de su casta, que no vacila en morir cien veces por ver realizada una rehabilitación que el siglo cree imposible,

Digitized by Google

le dice usted: «Abandona todo eso y ven á humillarte aquí delante de mí; ven á besar esta cruel mano que te ha estado abofeteando por espacio de diez y ocho siglos; ven á adorar al filósofo crucificado, en cuyo nombre hemos decidido que eres una bestia.»

—En nombre de Jesucristo—dijo D. Buenaventura, sintiendo que en su corazón había sido tocada una fibra de sentimiento, aunque estaba muy honda y el dolor no era grande,—en nombre del que redimió al género humano transformando toda la tierra. Parece mentira que en un entendimiento cultivado y claro exista obcecación semejante. ¡Dios mío, lo que es nacer en el error!... Pero hay una cosa que me hace poner en duda la sinceridad de su fanatismo. Si tan lleno estaba usted de la idea de su raza; si esta idea le ocupaba por entero, rigiendo completamente su vida, sus actos todos y sus sentimientos, ¿cómo cayó el Sr. Morton en la debilidad de enamorarse de una mujer cristiana?

—Dios nos somete á durísimas y terribles pruebas. Los católicos tibios que piensan poco en Dios, los ateos que le niegan y los racionalistas cristianos que le han despojado de sus maravillosos atributos personales, no comprenderán esto y reirán con impía necedad de las

Digitized by Google

pruebas á que me refiero. Yo no soy así. Creo en las pruebas como en los castigos. Mi insensato y desvariado amor es una de aquéllas. He caído, he caído con pecado nefando, y he sentido las dudas más terribles y congojosas que pueden imaginarse. ¿Qué debo hacer? ¿En qué grado deben interesarme respectivamente mis deberes sociales y mis deberes religiosos? Aquí tiene usted la gran duda que me ha traído á la mayor desesperación, y á desear ardientemente la muerte, la madre muerte, que todo lo resuelve.

—Yo no le he llamado á usted, ni usted ha venido tampoco para entregarse á una desesperación inútil. Es preciso ser razonable, abordar esta cuestión terrible que se nos ofrece en presencia de mi sobrina, inocente y buena y hermosa; de mi hija, debo decir, pues por tal la tengo.

—Es verdad. Yo he venido deseóso de abordar la cuestión y de resolverla.

—¿Cómo? Después de lo que acabo de oir—dijo D. Buenaventura con acento de indignación,—parece que, según usted, el horrendo sacrificio debe hacerlo ella.

—No, no: comprendo que eso no puede ser... Hay otro medio.

—No alcanzo ninguno.

Digitized by Google

—Si yo no creyera que hay otro medio, no hubiera venido, me habría quedado en Londres. Sólo el acudir puntual á su llamamiento, indica que mi deseo es...

—Conciliar... bien.

—Pero esta conciliación no puede celebrarse sino entre ella y yo, entre su conciencia y la mía.

—Es necesario—dijo Lantigua con interés, —es necesario que usted la vea. Ella le recibirá á usted. Ya se lo he dicho, y tendrá que obedecerme.

—El problema es difícil; pero quién sabe... Creo que en la cuestión de fe no nos sería difícil llegar á una concordia provisionalmente aceptable... la cuestión de forma es la más terrible.

—Ahí, ahí está el quid. ¿Pero será imposible encontrar una fórmula?»

D. Buenaventura, que en su vida política, no por cierto muy larga ni muy brillante, había descollado en el arte de buscar fórmulas, creía posible, en la ocasión que ahora relatamos, lucir nuevamente su ingenio. Pensando en esto, dijo para sí:

«No se presenta mal. ¡Algo duro está! Veremos: creo que repetidas conferencias entre los dos han de abrir algún camino... Todavía

Digitized by Google

me queda un argumento muy fuerte, un argumento de corazón, de ternura, y ese lo dejo para cuando sea oportuno. Ahora no lo es.

—Nada podemos adelantar, mientras yo no la vea y hable con ella,—dijo Morton con inquietud.

—La verá usted. Su repugnancia es mucha; pero yo la venceré. Nos rodean mil dificultades. No contábamos con el disgusto y la alarma que su presencia de usted produciría en este piadosísimo pueblo. Las ideas de mi familia tampoco nos son muy favorables. Mi hermana se empeña en dirigir la mente de Gloria al ascetismo, y esto no me gusta.

—¿Y el Sr. D. Angel?

—No está aquí. Menos temor me infundiría él que mi hermana... ¡Una fórmula! ¡Hallar una fórmula! ¿Pero es tan difícil?... Se me figura que entre los tres llegaríamos á una solución lisonjera, ó al menos admisible. Todo menos la deshonra de esa infeliz...

—Que yo la vea, que yo la vea es lo principal,—dijo Morton con ardor.

—La verá usted...

—Que pueda yo además mostrarme libremente en el pueblo, y que cese el absurdo horror que inspiro; que pueda ir á todas partes; que mi nombre no sea una blasfemia...

Digitized by Google

—Cierto—dijo Lantigua hondamente preocupado.—Ante todo conviene redimirle á usted de esta horrible abominación pública, indigna de la cultura moderna.

—Sí, sí.

—Y darle á usted alojamiento digno, decoroso, á la luz del día; que no viva oculto como los ladrones.

—Sí, sí: también eso.»

El buen señor miró fijamente al suelo, sosteniendo su barba con los dedos de la mano derecha.

«¡Ah!—exclamó de improviso, dándose una palmada en la frente.—Tengo una idea, una idea felicísima.

—¿Cuál?

—Permítame usted que no se la diga por ahora.

—Pero...

—Tendrá usted alojamiento decoroso, y se modificará ó se atenuará por lo menos el rigor de esa implacable opinión pública... Hoy mismo notará usted las consecuencias de mi idea.

—Deseo saberla.

—Confíe usted en mí—dijo D. Buenaventura levantándose.—Nos veremos luego. Voy á ocuparme de usted.»

No quiso dar más explicaciones el noble

Digitized by Google

Sr. de Lantigua, y salió dejando al hebreo en confusión no menos grande que la que al principio de la conferencia tenía. Morton se asomó á la ventana y vió á Caifás enterrando otro muerto.

«Un enemigo menos en Ficóbriga,» pensó.

En tanto Lantigua corría presuroso en busca del señor cura D. Silvestre Romero.

Digitized by Google

XII

La fórmula de D. Buenaventura.

En la tarde del Domingo de Ramos, cuando después de rota y deshecha la procesión se retiraron consternadas á su casa Gloria y Serafinita, ésta mandó á Roque con toda diligencia á Villamojada, para que pusiera en la estación telegráfica el siguiente despacho:

«A D. Angel María, Cardenal de Lantigua, Arzobispo de X***, en el palacio arzobispal de Toulouse (Francia).—Gravísimo peligro. Enemigo en Ficóbriga. Ven al punto. Serafina.»

El Sr. D. Angel había sido elevado en Noviembre anterior á una Silla metropolitana, digna recompensa de sus altos merecimientos y preclaras virtudes. En Febrero concedióle Su Santidad la púrpura, y á principios de Marzo partió para Roma á recibir la birreta. Regresaba en Abril apresuradamente para tomar posesión de su nueva diócesis antes de la Semana Santa, y al atravesar Francia para entrar por Bayona, sintióse acometido de su fiero enemigo el reúma. Encolerizarse contra

Digitized by Google

el reúma y el mal tiempo y la humedad habría sido encolerizarse con Dios; por lo tanto llenóse de resignación, y en vez de irritarse, suspiraba. No obstante la cojera, insistía en proseguir el viaje; pero los médicos ordenáronle descanso, y el Arzobispo de Tolosa de Francia, grande amigo suyo en el Concilio, le invitó á que descansara. No lo hizo de muy buen grado Su Eminencia; mas las traidoras piernas se negaban á obedecer al corazón. Escribió á su hermana, y entre otras cosas le decía:

«No estoy tan mal que no pueda ponerme en camino si un urgente negocio lo exige. Si se presentara en Ficóbriga el antedicho sujeto (en los primeros párrafos de la carta hablaba de él), avísamelo sin pérdida de tiempo, pues aunque deba ir arrastrándome, seguiré mi itinerario.»

De las intenciones y pensamientos del señor Cardenal no tenemos aún conocimiento exacto, y casi nos atrevemos á creer que Serafinita, á pesar de su buen deseo, no los interpretaba con estricta fidelidad. En cuanto á Don Buenaventura, ya sabemos que deseaba resueltamente poner fin al duro conflicto por medio del matrimonio. No había duda para él respecto á la medicina; pero la fórmula de ésta

Digitized by Google

se ocultaba á su perspicuo entendimiento. ¡La fórmula! He aquí el secreto. Era preciso ser Arquímedes, Galileo, Newton, poseer el genio y la inspiración sublime de los grandes descubrimientos para encontrar aquella fórmula.

D. Buenaventura militaba públicamente en el partido católico, el cual ha extendido á todas las cosas la intolerancia, nervio del dogma. Pero es ley fatal también que al combatir con un enemigo que emplea determinada táctica, se aprende esa táctica, y se la adopta después. Eso le pasó á D. Buenaventura; y el hábito de los parlamentos, del salón de conferencias y de la política menuda, enseñóle sin saber cómo el fino arte de las transacciones. Era que su espíritu, por el frecuente combate con las habilidades, llegó á inficionarse de ellas primero, á usarlas instintivamente después, y, por último, á creerlas buenas y necesarias.

Había defendido enérgicamente, aunque sin elocuencia, la unidad rigurosa del culto, y eran de oir sus palabras calificando los matrimonios contraídos por personas de diferentes creencias; pero una cosa es la declamación teórica y otra el hecho abrumador y elocuente, más persuasivo que cuanto encierran las bibliotecas. Ante aquel hecho que directamente hería su corazón, D. Buenaventura vaciló,

Digitized by Google

concluyendo por admitir la imprescindible necesidad de un arreglo. Este arreglo era posible con tal que se encontrase la fórmula.

Amaba tan tiernamente á su sobrina Gloria, que en su corazón no la distinguía de sus propias hijas. En Madrid había tomado informes de Morton, y por el Barón de W... y otros israelitas con quienes tenía relaciones de amistad ó de negocios, supo nuestro banquero las sobresalientes cualidades de todos los individuos de la familia de Daniel y de Daniel mismo.

«O yo valgo poco, ó les caso—decía Lantigua.—Sobre la conveniencia y la posibilidad de esto no hay duda. El cómo, la pícara fórmula, es lo que falta.»

Desde su llegada á Ficóbriga, confió á Romero su pensamiento, y éste se mostró muy dispuesto á prestarle ayuda. Ambos discutieron, indagaron, escudriñaron. Por último, Don Silvestre, lleno de interés por la señorita de Lantigua, decía:

«No hay más remedio que sacarla á todo trance de tan triste situación. Aquí no se trata de teorías: se trata de un hecho, de un hecho innegable, evidente, terrible. Comprendo que para evitar estos hechos se establezca la unidad religiosa más intolerante, que se ex-

Digitized by Google

pulse, que se queme, que se condene, que se fulminen rayos... pero ya no se trata de prevenir, sino de reparar. No habrá ninguna autoridad divina ni humana que se atreva á decir en presencia de esto: «quédese el mal como está...» Lo que falta es la fórmula, una formulita.»

D. Silvestre fué desde entonces cómplice de todos los planes de su noble amigo. Ambos, sin dejar de ser muy católicos y de manifestar inflexibles opiniones, cada cual según su estilo, eran hombres de mundo; habían tomado el tiento á la sociedad; habían sufrido la fascinación de lo práctico, el uno en sus negocios, el otro en sus luchas con la Naturaleza; habían dicho: «conviene huir de la corriente para que no nos arrastre; pero si por desgracia viene un brazo de mar y quiere llevarnos, es tontería luchar con él: hay que sortearlo.»

D. Buenaventura no admitía de ninguna manera el matrimonio puramente civil en aquel caso, ni entraba en sus miras que Gloria fuese á casarse á un país extranjero. Para él la fórmula más aceptable hubiera sido aquélla en que el matrimonio se verificase con todas las apariencias de concordancia religiosa.

«Me basta—pensaba,—me basta con que ese hombre nos conceda una farsa de abjura-

Digitized by Google

ción... Será un malvado si no lo hace... Piense luego en su interior como le dé la gana. Al fin y al cabo, el fondo, el fondo de todas las creencias ¿no es uno mismo? La sociedad nos obliga á establecer diferencias en el culto; pero esas diferencias deben desaparecer ante un deber social también muy poderoso...-He aquí la fórmula; sí, ya la tengo; se la propondré. Una conversión fingida, con reservas mentales... ¡Oh, Dios, Dios! Imposible que Tú no seas uno mismo para todos... ¡Ah!... ved aquí una de esas pícaras ideas que nosotros los hombres de peso no decimos nunca, nunca; no se pueden decir; la taimada idea, la saltona y diabólica idea que tenemos asentada en el fondo de la conciencia... Si mi hermano sospechase esto...»

El día de la conferencia que hemos descrito habló con D. Silvestre antes de misa mayor, y ambos se pusieron de acuerdo sobre la conveniencia de rehabilitar al hebreo en el concepto público de Ficóbriga, y proporcionarle una entrevista con Gloria.

«¡Ah! — decía D. Buenaventura.—Si esa desgraciada se empeña en no verle, yo probaré que tengo autoridad... Bueno es el misticismo; pero ahora se trata de ajustar una cuenta con la sociedad. La de Dios está ya saldada, y

Digitized by Google

el perdón de nuestra pobre huérfana debe haber sido puesto á la firma allá arriba. Estoy seguro de esto, segurísimo.»

Y pensando luego en Morton, decía:

«Se me figura que los mayores obstáculos no vendrán de parte de él. Su fanatismo, más que de religión, es de raza... Y si aún vacilara, tengo un argumento poderoso, que guardo para la ócasión crítica, un arma de sentimiento, de ternura, con la cual pienso herir en él la fibra más sensible.»

Desde el Lunes Santo empezó á correr por Ficóbriga un rumor que en pocas horas dió la vuelta á todo el pueblo y penetró en todas las casas, como un aire fuerte y súbito que sorprende abiertas las puertas y hasta el más hondo rincón se introduce. El rumor era que el Sr. Morton había ido á Ficóbriga con el fin santo de abrazar el catolicismo. Divulgóse esa noticia, que era buena, con la rapidez de las malas, haciendo efecto poderoso en pueblo tan crédulo como sencillo. No hubo una sola boca que de esto no se ocupara lunes y martes, y por do quiera oíanse exclamaciones de alegría y comentarios optimistas. Hubo quien asegurase haberlo oído de los labios del mismo cura ó de los no menos respetables de D. Juan Amarillo. Causaba igual pasmo la noticia de que

Digitized by Google

el extranjero había sido alojado decorosamente en una de las buenas casas de Ficóbriga, y que se esperaba de un instante á otro al señor D. Angel de Lantigua para echar á D. Daniel los Evangelios.

No hay para qué decir que estos rumores llegaron á la casa de Lantigua, y hallando abierta la puerta, se metieron dentro y subieron y bajaron, dando vueltas á toda la casa. Pero no entraron sólo por conducto de los criados, sino que el mismo cura, anunciándolos con su venerable boca, les dió autoridad. El martes por la tarde fué á la casa á ver á su *querida penitente*, y delante de ella y de Doña Serafina habló de la estupenda noticia que por el pueblo corría. Apoyóle D. Buenaventura; mas las dos hembras no dijeron nada.

«Si es cierto—dijo Romero decidido á que la idea penetrase donde debía penetrar,—si es cierto, esta conversión será muy sonada. Aquí tenemos al jornalero de las viñas que ha venido tarde, pero que recibirá, según Jesucristo, la misma soldada que los que vinieron pronto. Grandísima gloria será esta conversión para nuestra humilde villa, y también para mí, que tuve la dicha de sacar de las aguas...»

Viendo que aparentemente no prestaban

Digitized by Google

atención á sus palabras, volvióse á D. Buenaventura y prosiguió así:

«Yo le saqué de las aguas como se saca un pez; de modo que si yo no le hubiera pescado... Y aquí viene bien repetir lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo á los Apóstoles cuando recogían sus redes en las orillas del lago de Genesareth: «Seguidme, y os haré pescadores de hombres.» He aquí que, si al fin le bautizo yo, puedo decir con doble motivo que he pescado á un hombre.»

Gloria, que leía los oficios del Martes Santo, miraba tan de cerca su libro, que parecía no poder hallarse en disposición de entender la lectura si no se metía las letras dentro de los ojos. Serafinita permaneció inmutable y silenciosa, como si su espíritu, su voluntad y sus creencias se hallaran en esfera superior á todos los miserables eventos de la tierra. Cuando el cura salió, D. Buenaventura le dijo:

«Basta con que lo sepa... La idea ha de hacer efecto. No es cerebro de paja el suyo, y cuando una idea entra en él... ya, ya levantará buen remolino... ¡Ah! Sr. D. Silvestre... se me figura que hemos encontrado la fórmula, esa suspirada fórmula.

Digitized by Google

XIII

El secreto.

Por la tarde, miércoles, Serafinita acompañó á su sobrina á dar un paseo por el jardín. Departían sobre cosas triviales; pero la señorita hablaba tan poco, que á veces Doña Serafinita tenía que suspender su discurso y preguntarle dulcemente:

«¿En qué piensas?

—En nada,—respondía Gloria.

—En mucho—afirmó la señora sonriendo. —No creas que te riño por eso. Bien sé que no es cosa fácil purificar completamente el pensamiento de ideas mundanas. Aún lucharás mucho, padecerás congojas, sufrirás terribles asaltos de la mala idea, batallarás horriblemente antes que tu pensamiento limpio y libre se pueda consagrar por entero á Dios... Para llegar á este lisonjero fin, hija mía, no hay mejor camino que el de la desgracia, y prueba evidente soy de ello... Pero has de poner algo de tu parte. Desáhuciale de una vez... Esta idea es dolorosísima, pero muy saludable.

Digitized by Google

Piensa en el ejemplo del tratante en perlas, que presentó Nuestro Señor Jesucristo; y fué que, viendo el mercader una perla más hermosa que todas, vendió las que tenía para comprarla. Del mismo modo tú, para comprar la perla del reino de los cielos, es fuerza que vendas todas, absolutamente todas las que posees.

—Menos una,—dijo Gloria tímidamente.

—Dios no agradece los sacrificios de las cosas pequeñas, sino los de las grandes... ¿Qué le has ofrecido hasta ahora? Los placeres del mundo, las relaciones sociales, tu fama, tu reputación... Eso no vale nada: lo que El quiere es tu corazón. ¡Los corazones son las joyas con que se obsequia al Eterno Padre! Esos son los diamantes y las perlas de que está formado su trono... ¿Crees que basta el perdón de las injurias, la humildad y la conformidad en sufrir desaires y calumnias?

—Ya sé que ese mérito no es grande, querida tía; ya sé que hay sacrificios mayores, mucho mayores. ¡Dichosas las almas que tienen fuerzas para hacerlos!... Para perdonar á mis enemigos creo que no necesito probar la desgracia. Si en mis tiempos felices los hubiera tenido, los habría perdonado del mismo modo. De la humildad no puedo vanagloriarme, porque no la tengo completa, yo sé que

Digitized by Google

no la tengo; y en cuanto á los desaires y calumnias, escasa virtud hay en sufrir pacientemente los primeros, que bien poco valen. Las segundas, si existen, no han llegado á mis oídos.

—Pues sí: existen las calumnias, querida hija; eres calumniada, y voy á decirte cómo, para que perdones á las bocas maldicientes.

—No es calumnia hablar de mi deshonra.

—No se trata de eso: se trata de verdaderas calumnias, de falsedades indignas y deshonrosas, propaladas por personas que se llaman amigas nuestras y que nos deben respeto y consideración, ó por lo menos, la caridad que á todos los cristianos nos une.

—Tristes son los desaires que me han hecho —repuso Gloria;—pero como hijos de una superstición grosera, no merecen gran atención.

—No me refiero al incidente del pollinito—dijo la señora.—Ya eso, después que ocupó bastante las lenguas de Ficóbriga, ha pasado á la historia. Me refiero á calumnias, á verdaderas calumnias que corren acerca de tu conducta. Esta mañana, hija mía, he pasado un rato de dolor y de vergüenza al oir contar...»

La voz se ahogó en la garganta de la noble señora; pero haciendo un esfuerzo continuó así:

Digitized by Google

«Teresita la Monja, una señora á quien siempre hemos guardado los de casa la mayor consideración, me dijo de tí cosas abominables. He necesitado de toda mi paciencia, de toda la mansedumbre y paz de mi alma para no llenarme de infame ira... Pero, hija, ciertas cosas no se pueden oir... no... Oyendo á esa mujer, he tenido que hacer un esfuerzo casi sobrehumano, para ahogar en mi pecho la indignación... No he podido contestarle una palabra, y me he deshecho en lágrimas delante de ella y de sus amigas.

—¿Y qué dice de mí?—preguntó Gloria con perfecta tranquilidad.

—Es tan bestial y horrenda la calumnia, que me da vergüenza decírtela; pero te la digo para que, apurando también este cáliz de amargura, tengas una ocasión magnífica de perdonar...

—¡Perdonar!

—Sí: de perdonar á esas mujeres, como las he perdonado yo. Ni aun quiero hacer comentarios de su maldad; ni siquiera las vitupero como te han vituperado á tí, y tan sólo digo: «Señor, perdónalas, porque no saben lo que se dicen.»

—¿Pero qué es?

—Te horrorizarás; mas no importa. Dicen

Digitized by Google

que á las altas horas de la noche, cuando todos duermen en nuestra casa y en la villa, sales... sí, dicen que sales ocultamente para reunirte en paraje solitario, allá junto al cementerio, con el desgraciado autor de tu deshonra.»

Gloria se quedó blanca, inmóvil y muda como mármol. Sin embargo, aquel estupor no indicaba en modo alguno la turbación de una conciencia sorprendida por la denuncia.

«Comprendo tu espanto—añadió la señora.—¡Oh! ¡Cuántas lágrimas he derramado hoy! ¡Oir estas cosas yo, yo, que pondría cien veces mi mano en el fuego por tu inocencia en este caso...! Quise responderles; pero la lengua se me entorpecía... Teresita se reía. ¡Si vieras con qué pérfida seguridad afirmaba haberte visto ella misma!

—¡Ella misma!

—Sí: dice que el lunes te vió. Era más de media noche. Ella había salido á asistir á una sobrina que estaba de parto, la hija mayor del escribano D. Gil Barrabás... Dice que te vió salir de la casa, tomar por la calle de la Poterna... En fin, no quiero atormentarte más. ¡Qué calumnia tan infame!»

Cierto era que Teresita la Monja había propalado la atroz calumnia; bueno es asentarlo

Digitized by Google

así, aunque ningún lector habrá puesto en duda la veracidad de la de Lantigua, persona incapaz de mentir. La horrible invención corrió de boca en boca por todo el círculo de beatas, neutralizando el buen efecto que produjera en Ficóbriga el rumor de la conversión del israelita.

«Al principio no creí prudente contarte estas abominaciones—añadió Serafinita con el acento de la lealtad más pura;—pero después he decidido que lo sepas, para que tengas el gusto inefable de perdonar á esas personas... No quiero darles ningún calificativo infame: sólo pienso en perdonarlas y en rogar á Dios por ellas. ¡Oh! hija mía, este gozo de olvidar la calumnia y perdonar á los calumniadores, no es permitido sino al alma del cristiano. ¿Las perdonas?

—Con todo mi corazón—repuso Gloria, volviendo del estupor que la noticia le produjera.—Y aunque cien veces me difamaran, cien veces las perdonaría.

—Así es como te quiero,—dijo Serafinita con efusión de amor y de piedad, abrazando y besando á su sobrina.»

No hablaron más de este tema. Ya cerca del anochecer vino Caifás á dar cuenta de la distribución de limosnas que solía hacer por en-

Digitized by Google

cargo de Doña Serafina y de Gloria. Esta, llevándole á su cuarto, le dió más dinero é instrucciones nuevas que no podemos conocer. Por la noche, los tres Lantiguas hicieron la colación; rezó el rosario la señora acompañada de todos, y cuando llegó la hora de recogerse, dirigióse á su cuarto D. Buenaventura, mientras Serafinita iba con Gloria al de ésta, pues era costumbre hacerle compañía hasta que la dejaba acostada, cediendo á las dulces caricias del sueño.

«Buenas noches, niña mía—dijo la señora poniendo la mano sobre la frente de su sobrina. —Duerme en paz. ¿Quieres que te apague la luz?... Ya está apagada.»

Dió un soplo para matar la luz, y tomando la suya, besó á Gloria con ternura y se fué. Por breve rato oyéronse sus pasos al bajar la escalera; pero al fin extinguióse el ruido y también la triste claridad que dejaba tras sí la vela con que se alumbraba.

Gloria no dormía. Vigilante en medio de la profunda obscuridad de su cuarto, sus negros ojos se abrían ante las tinieblas como ante un hermoso espectáculo, y su oído acechaba los murmullos de la noche. Aterrada de su propia zozobra, se ponía la mano sobre el corazón para sentir sus latidos, y á ratos suspiraba,

Digitized by Google

moviéndose ligeramente en el lecho. Pasado algún tiempo después de la partida de su tía, alargó el cuello y contuvo la respiración, para que el leve rumor de ésta no se confundiera con los sones lejanos que quería sorprender.

Crujieron en la casa las últimas puertas que se cerraban; allá en lo profundo oíanse á ratos golpes que parecían subterráneos, y eran las pisadas de las mulas en el suelo de su cuadra; después el ladrido de los vigilantes perros que se alborotaban por el paso de una sombra, y constantemente el vibrante chasquido de los sapos, cantores de la hierba húmeda. Los oídos de Gloria, estimulados por la zozobra de su alma, sondeaban el silencio de la noche, penetrando hasta sus últimas honduras para cerciorarse de que la casa se hallaba en completo reposo. «Ya duerme—pensó.—Todos duermen.»

Siguió escuchando, y claramente percibía el resuello de la mar, jamás callada ni aun cuando duerme, como en aquella tranquila noche dormía: sus olas eran suaves dilataciones de un pulmón en reposo... Gloria contaba el tiempo, pues sin necesidad de reloj podía apreciar los instantes que transcurrían. No atendía, no, á ninguna idea pesada: su alma estaba en lo presente y en aquel rato de acecho, que iba creciendo hasta ser una hora, dos horas...

Digitized by Google

«Ya es tiempo—pensó.—¿Qué tiene esta noche el reloj de la Abadía que no suena?»

Y no había acabado de formular esta idea cuando se oyó la primera campanada, larga, cóncava, pesada, prolongada como un lamento. Como los duendes que esperan la hora de su libertad, Gloria se incorporó rápidamente. Al dar la segunda campanada tomó su ropa, tanteando en la obscuridad, pero sin equivocarse, porque sabía muy bien el lugar donde estaba cada pieza. El reloj seguía dando campanadas lentamente, y la señorita, con presteza suma, se ponía los vestidos, atando cintas y ajustando botones en la obscuridad con incansable mano. Las cintas se enroscaban velozmente cual menudas sierpes en su cintura. Gloria, vestida por completo, calzada, envuelta en su manto negro, se puso en pie y dió algunos pasos. Sus manos iban delante como asidas á las manos de un fantasma que la guiaba. No tropezó con ningún mueble, no dió un solo paso en falso, y llegó á la puerta, que abrió tan suavemente cual si ésta girara sobre goznes de algodón.

Por el corredor discurría como vana creación de la penumbra llevada en brazos del aire, y sus pasos, como los de pies que andan sobre nubes, no se sentían. Largo rato tardó en des-

Digitized by Google

cender la escalera, poniendo suavemente los pies en cada escalón; y si algún ligero crujido de la madera anunciaba el peso, detenía se llena de terror, recogiendo todo movimiento en lo íntimo de su alma. Por fin llegó abajo, donde, por ser el suelo de mosáico, no era preciso andar con tantas precauciones. Débil claridad de los cielos, iluminados á ratos por la luna, permitía conocer los ángulos, las paredes y puertas del pasillo. Detúvose Gloria ante una, y aplicando el oído á la cerradura, exploró la intensidad del silencio que reinaba detrás de aquella puerta.

«Duerme,» pensó.

Sin detenerse después de esta observación, pasó á una pieza que había en el fondo de la casa nueva; dió dos golpecitos en una puerta, y ésta se abrió por mano invisible con ligero rechinar. Pasó la joven á la casa antigua, acompañada ya de alguien que en las tinieblas la guiaba. Poco más duró su tránsito por sitios obscuros, porque ella misma, al fin, con una llave que en la mano traía, abrió una puerta y salió al patio y á la calle, donde la esperaba un hombre. Este le dió la mano para ayudarle á salvar el escalón, y ambos desaparecieron sin hablar.

Digitized by Google

XIV

Casa.

Por indicación de D. Buenaventura, á quien deseaba servir, el mismo alcalde de Ficóbriga, Sr. D. Juan Amarillo, había proporcionado á Daniel Morton un alojamiento decoroso, pues no cuadraba á la cultura de Ficóbriga ni á la proverbial hospitalidad de aquella noble raza, cerrar á un sér humano con impía dureza todas las puertas. A estas razones expresadas por el Sr. de Lantigua, añadió Amarillo otras no menos inferiores en peso, á saber: que siendo el hebreo persona de elevadísima posición social y de grandes posibles, no debía en todo rigor aplicársele el criterio del vulgo; que nada perdía nuestra santa religión porque se diese posada al peregrino, y que la doctrina evangélica prescribía hacer bien á los enemigos.

Como al mismo tiempo se había levantado el rumor de la conversión del israelita, el alcalde no temió que su pueblo se alborotara; y viendo que todo favorecía su propósito, di-

Digitized by Google

rigióse ante la presencia de Isidorita la del Rebenque (que solía en tiempo de baños poner varias piezas de su casa á disposición de los forasteros) y le propuso tomar bajo su techo protector al hebreo.

Oyó Isidorita la proposición con grandísimo descontento, y si no exageran los autores que de esto han tratado, así como los cronistas del linaje de Rebenque, se le cortó el habla, cambiáronse en azucenas las rosas de su cara, quedándose una buena pieza de tiempo como si fuera á caer con un síncope. Pero el Sr. de Amarillo díjole que no se sofocase antes de tiempo y sin motivo, añadiendo que él, á fuer de alcalde, tomaba para sí toda la responsabilidad. Como el señor cura (que á la sazón llegó) apoyase la proposición de D. Juan, autorizando á Isidorita para albergar al infiel, y asegurándole que su casa quedaría limpia de toda mácula después del consentimiento del párroco, la excelente esposa de Barrabás fué recobrando poco á poco la serenidad. Sus escrúpulos cesaron por completo con una nueva exhortación de D. Juan, el cual estableció que el Sr. Morton pagaría diariamente una libra esterlina por sí y otra por su criado.

Dieron libertad á éste, y entregado el equipaje, señor y escudero se trasladaron á su

Digitized by Google

nuevo hospedaje en la tarde del lunes. La única condición que les puso D. Juan fué que durante las ceremonias públicas de Semana Santa no se dejaran ver en las calles de Ficóbriga. Así lo prometieron ambos, mostrándose muy gustosos por la deferencia de aquel celoso representante de la autoridad, que tan bien comprendía los deberes de su alto cargo. El criado era también judío y de los recalcitrantes. Llamado Sansón, hacía honor á su nombre, pues era un coloso rudo y fuerte, con cada mano como una maza, leal y cariñoso con su amo, displicente con los demás, puntual en el servicio y muy charlatán; mas como no entendiese ni una palabra de español, hablaba consigo mismo largas horas. Aún le molestaban sus chichones y descalabraduras; mas no era cosa de cuidado.

Dióles Isidorita en su casa tres habitaciones cómodas y bonitas, arregladas sin lujo, pero con limpieza, y desde el primer día les trató con esmero, ofreciéndoles comida abundante y bien aderezada. Era la señora de Barrabás hembra de mucha conciencia, y no podía corresponder con un trato mezquino á la enorme cantidad que por su hospedaje le entregaban diariamente los forasteros. Morton estipuló que su incomunicación con la familia de Ba-

Digitized by Google

rrabás sería completa, porque no deseaba molestar ni ser molestado, y esto desagradó á D. Bartolomé, hombre muy entrometido; no así á Isidorita, que siempre ponía la circunspección por encima de todas las cosas.

Desde el primer momento, la señora de la casa vió en su huésped un caballero decentísimo, lleno de comedimiento, finura y generosidad. Esto, unido á la noticia de su conversión y á la insistencia con que Teresita aprobaba el hospedaje, acalló poco á poco la alborotada conciencia de aquella mujer. El primer día no pudo arrojar de su alma el recelo, y permanecía delante de Daniel con cierto espanto; el segundo buscaba motivos de hablar con él, hallando su conversación bastante agradable; el tercero no sabía qué hacer para complacerle. Jamás voluntad alguna fué más prontamente conquistada.

Morton huía todo lo posible de las conversaciones con el ama de la casa, cuyo afán de tertulia crecía de hora en hora; y cuando ella y su esposo no podían hallar pretexto para introducirse en la habitación del forastero, se entretenían oyendo chapurrar nuestra lengua á Sansón, que había hecho buenas migas con el filósofo. Juntábanse por las noches en la sala baja, y allí era el dialogar por señas, el reir de

Digitized by Google

todo, el vaciar botellas de cerveza (pagadas por el descendiente de Abraham, porque Isidorita jamás permitió á nuestro filósofo el goce de un ochavo), y allí era el encender puros y el hablar cosas que recíprocamente no entendían.

Desde que tan gran novedad ocurría en casa de la del Rebenque, Teresita no faltó una sola noche en acudir á ella, para inquirir, indagar, hacer comentarios, recoger y glosar cada palabra del caballero hebreo. Ni gesto, ni acción, ni voz, ni salida ni entrada del joven quedaba sin ser sometida á prolija discusión. Ocupáronse también las tres (pues antes faltara en el cielo la casta Diana que á las tertulias la *Gobernadora de las armas*) de los Lantiguas, de la casa de los Lantiguas, y de la inaudita, escandalosa y execrable conducta de la joya de Ficóbriga. Sí: Teresita la había visto y lo juraba por todos los santos del cielo. En la noche del lunes, cuando la llamaron para asistir al parto de su sobrina la hija del escribano, había visto á la señorita salir de la casa y dirigirse en compañía de un hombre hacia el cementerio. Resistíanse las dos amigas á creerlo; pero la de Amarillo invocaba á media corte celestial y al Padre Santo en testimonio de su afirmación.

Digitized by Google

Isidorita, por su parte, daba fe de que el señor Mortou había estado casi toda la noche fuera en la del lunes; pero no podía asegurar lo mismo del martes, porque él tenía llave y podía salir con su criado sin ser visto; pero prometió solemnemente á sus amigas vigilar para tenerlas al corriente de cuanto ocurriese. Luego que se retiraron éstas para asistir á las Lamentaciones del miércoles, Isidorita fué llamada por su huésped para recibir una orden concerniente á detalles del servicio, y después de un breve coloquio, dijo la señora:

«¿Va usted á salir tarde esta noche?...

—No, señora.

—Como el lunes estuvo usted toda la noche fuera...»

Daniel no contestó. Entonces Isidorita, demostrando vivo interés por el hombre infiel que se aposentaba en su casa, habló así:

«Yo, si usted me lo permite, me voy á tomar la libertad de darle un consejo.»

Y como Daniel se dispusiera de todo corazón á recibir consejos de la señora, añadió ésta:

«Mi consejo es que tenga mucho cuidado con los Lantiguas. Son personas muy buenas, pero de mucho tesón, y no consienten que nadie...

Digitized by Google

—Acabe usted.

—Es que me estoy metiendo en lo que no me importa y temo enojarle á usted.

—De ningún modo.

—Pero como va en ello el bien de una persona tan digna... Lo que quiero decir es que tome usted precauciones, si ha de seguir sus entrevistas secretas á media noche con la señorita Gloria.

—¡Yo!—exclamó Daniel con asombro.

—Claro: usted no ha de darme cuenta de sus acciones. En fin, cada cual sabe lo que hace. Si una noche no le ve á usted el señor D. Buenaventura, otra noche puede verle, y tendremos un disgusto, un verdadero disgusto.

—Señora... teme usted que nos vea D. Buenaventura... ¿dónde? ¿á qué hora?—dijo el hebreo con gran interés.

—Eso ustedes lo sabrán. Mi cuñada, que es persona incapaz de mentir, ha visto á la señorita Gloria salir de la casa á media noche con un hombre...

—¡Salir de la casa!

—Con un hombre...

—¡Con un hombre!...

—Sí, señor... La vió el lunes desde la calle, porque fué al parto de Nicanora, la de mi cu-

Digitized by Google

fiado Gil... pues... Después acechó el martes por la noche desde su ventana, porque Teresa vive al lado... ya sabe usted... y no sé si la vió salir también. Por mucho que se quieran ocultar ciertas cosas, no se puede, Sr. de Morton. Este pueblo, aun en la obscuridad lóbrega de sus noches, tiene cien ojós. Los de Ficóbriga somos algo curiosos, y aquí ruedan las noticias que es un primor. No habrá hoy en la villa quien no sepa...

—Que la señorita Gloria sale...

—En busca de usted. Es natural... En fin, me estoy metiendo en lo que no me importa. ¿No es verdad, Sr. D. Daniel? ¡Qué importuna soy!... Que pase usted buena noche, caballero.»

Y se retiró. El hebreo cayó en profunda meditación. Largo lago rato paseó por su cuarto. Cuando su criado quiso desnudarle, le dijo:

«Nos vamos á la calle: anda.»

Digitized by Google

XV

¿A dónde va? ¿A dónde ha ido?

Teniendo llave de la puerta principal podían entrar y salir cuando les acomodase, sin pedir permiso á los dueños de la casa. Eran más de las once y media cuando salieron. La noche, clara y bastante fría, era de luna llena; pero las densas nubes que corrían viniendo del mar y en dirección á las montañas, la velaban á ratos, y cuando el astro quedaba descubierto, aparecía como arrastrado por los vaporosos brazos blanquecinos, cuya colosal gesticulación en los altos cielos imponía miedo á los que con ánimo triste vagaban á tal hora por la tierra.

«¿A dónde vamos esta noche, señor?—preguntó Sansón, que no podía ocultar la nostalgia del lecho.

—Ya lo veremos,—repuso Morton sombríamente.

—¡Oh! señor...—dijo el criado, marchando á la izquierda de su amo por la calle adelante.—Si yo me atreviera, diría al señor aquellas

Digitized by Google

sentencias: «Quita, pues, el enojo de tu corazón y aparta el mal de tu carne, porque la mocedad y la juventud vanidad son...» «Yo miré todas las obras que se hacen debajo del sol, y he aquí que todo ello es vanidad y aflicción de espíritu...»

Daniel no contestó nada.

«¡Ah, señor!—añadió Sansón sonriendo,—es verdad que yo no debo dar consejos, ni señalar el peligro á mi amo, porque el amo es siempre sabio y el criado necio; pero no puedo remediar el saber de memoria los proverbios de nuestra ley, que se me salen de la boca cuando menos lo pienso. Si el señor me diera su venia le diría... «Vase en pos de ella luego, como va el buey al degolladero, y como el loco á las prisiones para ser castigado... Como el ave que se apresura al lazo y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasó su hígado.»

—Entremos por esta calleja—dijo Morton sin hacer caso de la erudición de su criado.—Aquélla es la casa de Lantigua.»

Habían llegado cerca de la plazoleta, ya bautizada con el nombre de *Plaza de Lantigua*, y allí se detuvieron.

«¿De modo, señor, que esta noche no iremos á pasear por la orilla del mar?—dijo Sansón.

Digitized by Google

—¿Nos estaremos de centinela en este delicioso lugar, mirando la luna?»

Morton, los ojos fijos en la casa de Lantigua, no atendía la verbosidad salomónica de su sirviente, el cual continuó diciendo:

«Ví entre los jóvenes un mancebo falto de entendimiento.... El cual pasaba por la casa, junto á la esquina de aquélla... A la tarde del día, ya que obscurecía, en la obscuridad y tiniebla de la noche... y he aquí que le sale al encuentro una mujer astuta de corazón... Rencillosa y alborotadora, sus pies no pueden estar en casa.»

—Calla, idiota—dijo repentinamente Daniel, poniendo la mano en la boca de su criado, para tapar aquella fuente de sabiduría.—¿No ves?... Por aquella puerta que está en la callejuela ha salido una mujer.

—Yo veo un hombre.

—Sí: un hombre la acompaña—dijo Morton con voz ahogada.—Sansón, Sansón, si pronuncias una sola palabra te estrangulo... Ocultémonos tras esta esquina, porque vienen hacia acá.»

Por la puerta de la casa vieja que da á la callejuela había salido una persona, la cual, uniéndose á otra que esperaba fuera, marchó precipitadamente hacia la plaza; después tor-

Digitized by Google

cieron á la izquierda, entrando en la calle que conducía al centro de la villa.

«Sigámosles—dijo Morton.—Andemos á su paso y no hagamos ruido... La conozco... Es ella. En medio de las mismas tinieblas absolutas la conocería. El que la acompaña es Caifás.»

Morton les vió apartarse de la vía central del pueblo y dirigirse á la misma escalerilla donde él pasó parte de la noche del Domingo de Ramos. «Van al cementerio—pensó lleno de estupor.—¿Qué es esto?»

Gloria y Caifás subieron la escalera; pero en vez de dirigirse al cementerio, torcieron á la izquierda, costeando la tapia. Iban á buen paso, como quien tiene medido el tiempo. Daniel y Sansón les siguieron á conveniente distancia por la orilla de un prado inmediato á las tapias. «Que se nos van, que desaparecen, —dijo Morton con angustia, apresurando el paso.

—Les detendremos, señor.»

Los perseguidos, que un momento desaparecieron de la vista de los perseguidores, volvieron á ser vistos. Iban más de prisa, y pasando junto á las casuchas del arrabal, parecían dirigirse á un camino estrecho que á la carretera conducía.

Digitized by Google

«Hay allí un bosque—dijo Morton apresurando más el paso.—Si se internan en él les perderemos de vista.»

Pero entonces Gloria y su acompañante se detuvieron. Oyéronse rumores de un corto diálogo y la voz que se acostumbra dirigir á un caballo impaciente. Corrieron los perseguidores; poco habían avanzado cuando vióse partir un *breck*, que llevaba, al parecer, más de una persona. El vehículo iba rápidamente en busca del camino real. Los dos hebreos corrieron tras él; pero el coche adelantaba, y al poco tiempo desapareció. Su ruido sordo duró algo más; pero al fin difundióse también en el hondo monólogo de la noche. Daniel se halló en el camino real desconsolado y perplejo. «¿A dónde ha ido?—se preguntaba.—¿Volverá?»

Su aturdimiento fué como el de quien ve prodigios y fenómenos incomprensibles dentro de la esfera de la razón humana.

«La he visto—pensaba,—la he visto, y aún dudo si sería ella. ¿Por qué no la llamé? ¿Por qué no pronuncié á gritos su nombre?»

Sentándose sobre una piedra, meditó.

«¡Ah!—dijo después de largo rato.—Ya sé... Huye de su casa y de su familia... Pero entonces no volverá.

—No volverá—repitió Sansón, sentándose

Digitized by Google

junto á su señor.—Sería temeridad buscarla más; y ahora, aunque el señor no me la permita, me atreveré á decirle...

—Sansón, déjame en paz—dijo Morton.—¿Qué piensas tú de esto? ¿Volverá?

—Pienso que «el avisado ve el mal y escóndese; mas los simples pasan y reciben el daño.» Pues hemos visto el mal, señor, escondámonos; es decir, vámonos mañana para Londres.

—Amigo—dijo Daniel desarrollando su tema,—yo creo que aquí hay algo grande que no comprendemos.

—Lo que yo comprendo—repuso el servidor,—es que se ha dicho: «Sima profunda es la mujer. Aquél contra el cual estuviese airado Jehová, caerá en ella.»

—Sansón, Sansón—manifestó Daniel regocijándose con una idea lisonjera, que brillaba en su mente como luz que nace y crece. —Yo estoy seguro de que volverá. El corazón me lo dice.

—¿Y estaremos aquí hasta que vuelva, señor?

—Aquí estaremos mientras sea de noche. ¿Tienes frío? Pues toma mi gabán y póntelo sobre el tuyo.

—Gracias, señor. ¿Es absolutamente preciso que yo esté en vela?

Digitized by Google

—Puedes dormir si para ello tienes cuerpo. Yo te despertaré en caso necesario.

—Entonces, con permiso del señor—dijo Sansón acomodándose en el suelo,—voy á descansar; porque... «¿qué más tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?... Generación va, generación viene; mas la tierra siempre permanece... ¿Qué es lo que fué? lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? lo mismo que se hará, y nada hay nuevo debajo del sol... Vanidad de vanidades, dijo el predicador; vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

Poco después de pronunciar su última sentencia, dormía. El amo, siempre vigilante, no apartaba los ojos del último término visible del camino real y de las colinas que se sucedían tierra adentro. Nada pudo distinguir en aquella masa obscura, á ratos mal iluminada por la luna. Los negros árboles ocultaban los senderos; pero el hebreo, empleando su alma toda en la atención, buscaba en la inmensidad negra un rastro del ave cuyo vuelo había visto, y tan grande es el poder del espíritu, que al fin lo hallaba. No veía nada con los ojos; pero su curiosidad, excitada hasta la inspiración, estaba segura de la existencia de una estela misteriosa, trazada por un corazón que

Digitized by Google

corría en busca de su amor. Era como aquella seguridad de la fe, que sostiene y declara la verdad sin verla ni poder explicarla.

Después oyó cantar un gallo, y á la voz de aquél respondieron otros sucesivamente, cerca y lejos, formando el más bello concierto que puede imaginarse. No existe en la Naturaleza, fuera de lo humano, voz más conmovedora que el alarido de aquel noble animal, exclamación lanzada por los campos en los instantes lúcidos de su placentero sueño, y con la cual dice al hombre: «yo soy la amenidad de la vida, la paz, la sencillez, la diligencia y el trabajo.»

Daniel oía los remotos alertas del gallo que clamaban: «¡allá va, allá va!»

«Ha de volver—pensó, dirigiendo ávidas miradas hacia las colinas.—Si el corazón me engaña esta vez, dudaré de él toda mi vida.»

Había transcurrido poco más de hora y media desde la desaparición del coche, cuando el israelita creyó sentir torbellino de ruedas. No era todavía más que un convencimiento íntimo, sin nada real que resultara de una sensación clara. Esperó, y al cabo de cierto tiempo adquirió la certidumbre de que un coche venía.

«Sansón, Sansón—gritó tirándole de un brazo.—Levántate, perezoso.

Digitized by Google

—Señor, señor... ¿Nos vamos para Londres?...—dijo el criado frotándose los ojos.—Soñé que me embarcaba y decía...

—No digas nada... Prepárate para hacer lo que te mande. Tú tienes buenos puños. Detén ese coche.

—¿Cuál?

—Ahí viene. ¿No oyes?»

Dejóse ver el carruaje, que venía corriendo, tirado por dos caballos.

«¡Dos caballos!—dijo el amante de Dalila.

—Aunque sean veinte, hemos de detenerlos.»

El coche se acercó, y Sansón, poniéndose en medio del camino, con los brazos abiertos, como un misionero que va á exhortar á la buena vida, gritó: «*Stop!*»

Mas el que guiaba blandió el látigo, cruzando con él la cara del importuno que intentaba detener el coche. Los caballos elevaron rugiendo sus cabezas al sentirse contenidos por una mano de hierro que sujetaba sus riendas; anduvieron trabajosamente algunos pasos; sacudióse el vehículo; una voz de mujer gritó angustiada: «¡Jesús!» un chico dijo: «¡Ladrones!» y Caifás, que era el que guiaba, exclamó: «¡Por vida de Patillas! ¡me lo temía!»

Daniel Morton, tirando del brazo de Caifás,

Digitized by Google

le hizo bajar más que de prisa del pescante, y después extendió sus brazos al interior del *breck*, que se cubría con cortinas de hule. Una mujer, aterrada y llorosa, estaba allí en compañía de un chico, de quien Morton no hizo caso alguno. Era Sildo.

Gloria no habló nada. Quiso luchar un instante con los brazos que la robaban; pero esto no era posible. El hebreo la sacó del coche, llevándola como á un niño.

«Sr. Morton, por amor de Dios—dijo Caifás, poniéndose de rodillas delante del hebreo.

—Márchate—le dijo Daniel.—Sansón, vete tú también con el coche á la entrada del pueblo.

—Déjame—murmuró Gloria sordamente, cuando los demás se alejaban.—Déjame; yo no te he llamado, ni te he buscado, ni quiero verte.

Digitized by Google

XVI

Prisionera.

«Lo contrario me pasa á mí—dijo Morton abrazando tiernamente á la joven, á despecho de ella.—Yo te busco, te llamo, te quiero.»

Gloria luchaba por desasirse y huir. «No te librarás de mí por ahora,» afirmó Daniel.

Sentóse en una gran piedra del camino, sin dejar de sostener á la joven en los brazos, y la puso sobre sus rodillas, cual si fuera la carga más ligera.

«Aquí, aquí has de estar, aunque no quieras—repitió con turbada lengua, y estrechándola más en sus brazos de hierro.—Ahora es mi vez, ahora me toca á mí fortificar. No te soltaré, vida mía, que he conquistado. ¿Ves cómo no se puede huir de los que nos aman? Te sepultarías en la tierra, y la tierra se abriría para ponerte en mis manos. Gloria, Gloria, ¿por qué me has cerrado tu puerta, por qué huyes de mí?

—Déjame—repitió ella,—déjame. Mientras más me contraríes, mayor será el miedo que te

Digitized by Google

tenga. Suéltame, por Dios; no me mates más.

—¡Matarte yo!

—No es ésta la primera vez. Te suplico que me dejes.»

Presa en los amantes brazos, Gloria permanecía inmóvil, y el mantón que la cubría, dejando tan sólo libre la preciosa y afligida cara, hacía más estrecha la prisión en que se encontraba.

«No me digas que te suelte, porque te abrazaré tanto, tanto, que te ahogaré.

—¡Ya no te quiero, ya no!

—Y yo te adoro... Esto basta.

—Es que yo te aborrezco.

—¡Mentira!... Eso no puede ser. Si tú me aborrecieras, habría de conocerse en el universo. El sol no alumbraría lo mismo.

—Déjame.

—¡Dejarte! ¡Soltarte! ¡Soltar el bien que se ha ganado!... Tú has perdido el juicio. Por este momento me alegro de haber nacido, de haber vivido tantos años entre penas; me alegro de ser quien soy, y me regocijo de todo.

—¿Pero qué pretendes?... ¡estás loco!...

—¿Qué pretendo? Morir contigo, ó darte la vida que mereces...

—Yo no necesito de tí.

—Yo sin tí me muero. Tú lo sabes, y sin

Digitized by Google

embargo me rechazas. Y cuando reces á tu Dios, mirarás á tu conciencia y la verás tranquila y satisfecha, sin acordarse del pobre que no vive sino por la esperanza de verte y de pedirte perdón.

—Te perdono; pero déjame.

—Sí, y cuando nos hayamos separado, iré al mar, iré á ese buen amigo que me está llamando hace tiempo, y atando una gran piedra á mi cuello, me arrojaré en él. Entonces, querida mía, no te mortificaré más.

—¡Por Dios—dijo Gloria desfalleciendo,—me ahogas!»

Dilatando ligeramente sus brazos, Daniel permitió á la joven respirar con más libertad.

—Así—dijo con dulzura,—así. Déjame ahora y no te guardaré rencor.

—¿Por qué me tratas así?... ¿Por qué huyes? ¿Por qué un instante de mi compañía ha de ser tan violento? ¿Por qué para oirte y para verte he de necesitar atarte como á un prisionero?

—Porque así debe ser,—repuso ella cesando en sus movimientos para desasirse.

—Y sin embargo, al huir de mí, al encerrarte, al despedirme en tu puerta, tú no eres feliz—dijo Morton besándola con ardor.—Tú padeces.»

Como el agua que afluye mansa y sin es-

Digitized by Google

fuerzo de la fuente, así salieron de la boca de Gloria estas palabras:

«¡Padecer! Mucho... padezco mucho.»

Dando un suspiro cerró los ojos.

«Ya lo sé. Tus penas, vida mía, tienen un eco sensible en mi corazón, y aquí se repiten, doliendo, porque tus heridas son mis heridas, porque estoy destinado á vivir con tu vida y á morir con tu muerte.

—Eso no puede ser—dijo ella tratando nuevamente de evadirse.—Bien está cada uno con lo suyo... Déjame seguir mi camino. ¡Por Dios vivo, te suplico que me dejes!

—No... ¿Por qué no quieres descansar un instante de tu martirio?

—Yo no quiero descansar. Padeceré por espacio de cien vidas, y aún no expiaré mi culpa.

—¡Por mi madre te juro que no consiento, que no puedo consentir esto!—exclamó Daniel con exaltación.

—¿Qué?

—Esta separación horrible. Yo romperé todas las leyes; pero esto no seguirá, te lo juro. Cuanto hay de violento y brutal verás en mí si es preciso. Prepárate, porque así como ahora te tengo, así espero tenerte por los siglos de los siglos... ¿Quieres satisfacer una curiosidad que me devora, quieres darme una prueba de

Google

confianza, quieres que te perdone lo que me has hecho padecer negándote á verme? Pues dime á dónde has ido esta noche, á dónde has ido otras noches que te han visto salir.

—No debo decirlo—murmuró Gloria.—Pero... si me dejas seguir mi camino te lo diré.

—A ese precio no.

—Pues no.

—Pues si tú no me lo dices, te lo diré yo, porque lo sé; porque esta misma noche ha sabido adivinarlo mi corazón, Gloria, mi corazón que no puede estar mucho tiempo ignorante de lo que pasa en el tuyo. ¡Oh armonía sublime! Si esta correspondencia de afectos no existiera, no existiría el alma.»

Acercando sus labios al oído de la joven, pronunció unas palabras que ni el aura de la noche pudo oir. Gloria cerró los ojos, en cuyas pestañas brillaban temblando algunas lágrimas.

«¿Es cierto?» le preguntó el hebreo besándola con ardor.

Gloria palideció más de lo que estaba, y cruzó sus manos en la actitud de los muertos.

«¿Es cierto?» repitió él con frenesí.

La señorita exhaló tenue suspiro, y con él, como el último vagido del alma que se marcha, un sí. Pero sus cerrados ojos parecían

Digitized by Google

hundirse, y sus labios perdieron el color. Daniel le tentó las manos y sintió la suya oprimida por las de ella con la energía que imprime á los músculos la emoción de un adiós postrero. Luego creyó notar que el pulso de la joven se extinguía; advirtió extremada frialdad en su frente; tuvo miedo; la llamó: «¡Gloria! ¡Gloria!» oyeron las soledades del campo.

La joven no respondía; pero entreabió los ojos, sonrió después, y sus manos crispadas apretaron con más vigor las del hebreo.

«¡Gloria! ¡Gloria!» gritó éste de nuevo.

Los labios de la hija de Lantigua quisieron hablar, mas nada dijeron. Hizo un gran esfuerzo, y entreabriéndose sus párpados, mostraron las negras pupilas que parecían decir con su lenguaje mudo: «Que te vea un momento más.»

El extranjero esperó un instante en ansiedad terrible.

«Es un desvanecimiento,» dijo para sí.

Y al instante gritó: «¡Sansón, Sansón!»

Sin esperar auxilio, Morton, levantándose con su preciosa carga, marchó hacia Ficóbriga. Caifás, Sildo y Sansón salieron á su encuentro.

«Ya sabía yo que había de pasar alguna cosa mala,» gruñó Mundideo.

Digitized by Google

—¿Qué es eso, señor?—preguntó Sansón.

—Un desmayo, sin duda—indicó. Caifás examinando á la señorita.—¡Rayos y centellas! ¿y á dónde la llevamos ahora?

—A su casa.

—¡Jesús, María y José!

—No perdamos tiempo—indicó el hebreo. —Adelante. A casa de Lantigua. Temo cualquier accidente desgraciado si no la auxiliamos pronto... Tú, Caifás, guía... por aquí.»

Llegaron. La verja del jardín estaba abierta, por ser costumbre de la casa no cerrarla nunca. Un perro empezó á ladrar furiosamente. A Dios pedía Caifás que se abriese un gran hoyo en la tierra y le sepultase; pero Morton, fijo en su objeto y sin atender á ningún accidente, no se detuvo hasta llegar á la puerta.

«Sansón, llama.»

Tenía la puerta de la casa de Lantigua un pesado aldabón de cobre, que martillaba sobre enorme clavo de luciente cabeza. Cuando el forzudo inglés cogió con su mano de león el llamador y lo sacudió empleando fuerza igual á la que arrancó las puertas de Gaza, los furibundos golpes, semejantes á disparos de cañón, hicieron retemblar con tal estrépito la casa, que ésta parecía la mansión del trueno.

Digitized by Google

XVII

Declaración.

Serafinita dormía tranquilamente, cuando empezó á soñar que el mundo se partía en dos pedazos, al golpe de un martillo celestial que iba á destruir en pocos momentos la obra de siete días, endurecida por seis mil años. Mas esta idea pasaba por la serie de transformaciones y de matices que enlazan lo soñado con la realidad. Tuvo miedo; dudó si creer á sus sentidos, que le anunciaban un terremoto; hizo la observación de que en otras ocasiones había soñado con cataclismos, incendios y quebrantamientos de astros, cuyos pedazos llovían sobre el nuestro; pero su conocimiento fué muy claro al fin, y dióse por despierta. Sintió voces en la casa, y Francisca, llegando á su puerta, dijo con voz muy angustiada:

«Señora, señora, levántese usted.

—Francisca... ¿qué?... ¿hay fuego?

—No, señora... levántese.

—¿Hay fuego, mujer?

—No, señora: otra cosa peor.

Digitized by Google

—¡Jesús, María y José!—exclamó Doña Serafinita, invocando con su acostumbrado fervor y piedad á Dios y los santos.

Comenzó á levantarse con mucha presteza; pero las piernas le temblaban, y chocaban sus dientes unos con otros...

«Señora—volvió á decir Francisca,—¿no se levanta usted?

—¿Qué hay?

—La señorita Gloria...

—¿Pero qué le pasa, mujer?»

Quiso acelerar más la operación de vestirse, y evocando las fuerzas de su espíritu, que eran grandes, trató de sobreponerse á su pavor. Estaba aún á media tarea, cuando sintió los pasos de su hermano que bajaba precipitadamente. Después sintió voces desconocidas en el comedor.

«Esa pobrecita—pensó,—habrá tenido un susto, una pesadilla; habrá alarmado la casa... Pero esas voces desconocidas...»

Salió al fin, y en el pasillo, Francisca, que volvía de la cocina, le dijo:

«No ha sido nada: un desmayo. Ya ha vuelto en sí.»

Fácil es comprender el estupor de Serafinita al ver á su sobrina vestida como si acabara de llegar de la calle, y á dos hombres desco-

Digitized by Google

nocidos, uno de los cuales la asistía, juntamente con D. Buenaventura. La piadosa y noble señora permaneció en pie, aterrada, los ojos fijos, el labio á punto de soltar la palabra, extendida una mano, todo su cuerpo y fisonomía como estatua labrada en representación del ideal del asombro. Sansón estaba junto á la puerta, serio y estirado como un centinela; mas á una señal de su amo se retiró.

«No es nada—dijo D. Buenaventura lleno de turbación, al parecer muy disgustado de la presencia de su hermana.—¿Para qué te has levantado, Serafina?

—¡Ha salido!—exclamó la señora con espanto, señalando á su sobrina.—¡Ha salido...! ¡Gloria!

—No... es que...—repuso D. Buenaventura pálido y balbuciente.—Sí... en efecto... salió... Ya ves cómo ha regresado. La pobre ha tenido un susto.

—¿Y ese hombre, quién es?—preguntó Serafinita señalando al hebreo.

—Es... un señor... un amigo mío,—replicó Lantigua.

—Daniel Morton,» dijo él presentándose con respeto.

Serafinita tembló, como si sintiera súbito el calofrío de una enfermedad fulminante. Acu-

Digitized by Google

dió á ella prontamente D. Buenaventura, temeroso de que la impresión recibida la trastornase, y afectando tranquilidad, que estaba muy lejos de tener, dijo:

«Querida hermana, no te aflijas sin motivo. Aquí no ha ocurrido nada de particular. Este caballero pasaba casualmente cuando...

—¿Por qué no decir la verdad?—manifestó Daniel interrumpiendo.—Yo detuve su coche cuando volvía...»

Gloria, que había recobrado el conocimiento y lloraba en silencio, cayó de rodillas delante de su tía, besóle las manos, y entre ahogados sollozos, bebiéndose las lágrimas, habló así:

«Señora, tía de mi corazón, he faltado, he pecado contra la obediencia, contra la resignación; he faltado á mis votos y al deseo y á las órdenes de usted; pero merezco perdón porque soy madre... Soy madre y he ido á ver á mi hijo, de quien me separa una prohibición justa, pero á la cual no puedo resignarme.»

A la declaración de Gloria sucedió tétrico silencio, por lo cual aquélla fué más solemne. Creeríase que sus palabras subsistían sonando, y quedaban como grabadas en el silencio mismo. D. Buenaventura levantó á la joven del suelo, hízola sentar; colocóse á su lado Doña

Digitized by Google

Serafina, que también lloraba, y los dos hombres permanecieron en pie, consternados y mudos.

«No he podido resistir á mi afán—continuó Gloria.—Me he portado, querida madre mía, como los hipócritas, como los ladrones, y he salido en silencio, á deshora, cuando todos dormían, acompañada de un hombre humilde que en todo me obedece... Esta es la verdad. Lo digo porque há tiempo que esto se me sale del corazón y no puedo ocultarlo, porque me dan ganas de salir á la calle y decirlo á gritos... Lo digo también porque no se crea lo que no es, al verme entrar como he entrado...

—Sosiégate, hija mía—dijo Serafinita con ternura.—Creo que tus móviles siempre son buenos y honrados. Esto mismo que me cuentas y que me ha dejado absorta, esta misma desobediencia ha sido impulsada por un sentimiento noble, por el más noble de todos después del amor de Dios, sí, después.»

A las palabras de Doña Serafina sucedió otro espacio de silencio, que las hizo, como las de Gloria, más solemnes, dejándolas, por decirlo así, esculpidas.

«Por eso—continuó la señora acariciando las manos de su sobrina,—no me atrevo á dirigirte una sola palabra de reconvención...

Digitized by Google

Ahora me explico lo que oí de tus salidas de noche... ¿Por qué has hecho esto?... ¡Qué confusión!... Pero no es oportuno reprender... no... Un preciosísimo sentimiento te há guiado... No necesito que me expliques el hecho de volver acompañada... Segura estoy de que no es culpa tuya.»

Doña Serafina miró al hebreo sin rencor ni curiosidad, como si tratara más bien de pedirle estrecha cuenta de la perdición de un alma que de confundirle con anatemas.

«Ahora, á descansar—propuso D. Buenaventura;—estás fatigada, hijita. Vamos arriba... No se piense más en lloros ni sofoquinas. A descansar.

—Este hombre—balbució Serafinita señalando á Morton,—no necesitará que le demos hospitalidad. Tendrá su casa donde pasar la noche.

—Estoy dispuesto á retirarme—dijo Morton, pálido como un muerto;—pero si la señora me lo permite, antes hablaré un poco con su señor hermano.

—Yo también tengo que hablar. Al momento soy con usted,» dijo D. Buenaventura, enlazando con el brazo la cintura de su sobrina para conducirla á lo alto de la casa.

Morton se quedó solo, esperando al banque-

Digitized by Google

ro, que no tardó en volver. El poderoso argumento de ternura que guardaba éste para la ocasión más favorable, habíase al fin enunciado por sí mismo.

En el vestíbulo de la casa, Roque y Francisca entablaron viva disputa con Sansón, intentando convencerle de que debía ponerse inmediatamente en la calle; pero él, haciendo más gestos que un molino de viento, ya que con la lengua no podía explicarse, les decía que mientras su amo estuviese dentro de la casa él no saldría. Reforzó luego Francisca sus argumentos con empellones y denuestos terribles. Al fin transigieron, conviniendo en que ni á la calle saldría, ni aguardaría á su amo dentro de la casa, quedándose entre infierno y cielo, ó sea en el jardín. Al bajar la gradería de la puerta principal decía en alta voz, recordando los libros santos:

«Mejor es que se encuentre un hombre con una osa á quien hayan robado sus cachorros, que con una mujer necia.»

Digitized by Google

XVIII

Pasión, sacrificio, muerte.

«Acuéstate—dijo á Gloria Doña Serafina, cuando se quedaron solas en la alcoba de aquélla, después de bajar D. Buenaventura y de salir Francisca, á quien la señora mandó retirarse.—Estás cansada.

—Sí, mucho—murmuró la señorita con desfallecimiento, apoyando su cabeza en la palma de la mano y el codo en el lecho.

—Acuéstate—repitió Doña Serafina, quitando el mantón á su sobrina.—Ven, te desnudaré.

—No tengo fuerzas para nada—dijo Gloria, dejando caer los brazos después que se incorporó un instante.—Haga usted el favor de llamar á Francisca: no tengo fuerzas para nada.

—Yo estoy aquí,—indicó la señora desabrochándole el vestido.

—No, tía, por Dios, yo lo haré.»

Después Doña Serafina se arrodilló delante de ella, con objeto de descalzarla.

Digitized by Google

«No... tía, ¡por amor de Dios!—exclamó la joven rechazando con rubor aquel servicio.—¡Usted de rodillas delante de mí, usted como una criada!

—Así comprenderás la humildad—dijo Serafinita.—¿Qué importa que yo sea tu criada? Debemos creernos siempre inferiores á los demás. La mejor manera de conservar la humildad es creer que todos valen más que nosotros.

—No, no puedo consentirlo.

—Me causarás pena si te opones á que te sirva, querida hija. Déjame. Es mi gusto. Tú necesitas de mi auxilio porque estás fatigada, pobre y desgraciada niñita.»

Gloria procuró vencer su cansancio, y al fin reposó en su lecho, del cual había salido tres horas antes. Los gallos cantaban más fuerte, anunciando la proximidad del día.

«¿Quieres tomar algo?

—No, querida tía: gracias.

—¿Tienes sueño?

—Tampoco.

—¿Te molesta mi compañía? ¿Quieres que me vaya ó que me quede?

—Que no se separe usted de mí es lo que deseo; pero no quiero que usted esté en vela por mí.

Digitized by Google

—¿Te agrada mi compañía?

—Mucho... Me consuela oir su voz... Yo quisiera hablar algo también. Tengo muchas cosas que decir.

—Pues dímelas.

—O mejor será que me calle. Si no está usted muy cansada, querida tía, no me deje sola, porque no dormiré y estaré pensando horribles disparates... Pensaré mucho en el afán que me ha sacado de mi casa á hurtadillas tres noches, y en otras cosas que me turban.

—Te acompañaré si quieres.

—Siéntese usted ahí, junto á mi cama, y repréndame por mi mala conducta. No debí hacer lo que he hecho, ¿verdad?

—Quizás esta falta no sea tan grande como tú crees.

—¿Merece perdón?

—Sí: merece perdón, y yo te lo doy con toda mi alma—repuso amorosamente Serafinita, poniendo su suave y blanca mano sobre el angustiado seno de Gloria.—¿Has podido creer otra cosa de mí? ¿Has visto en mí alguna vez crueldad, violencia ó coacción brutal? ¿Empleé otros medios que la exhortación, el ruego y el natural influjo que los mayores ejercen sobre los pequeñitos, sobre los niños?... Porque tú eres una niña, un tierno arbolito al

Digitized by Google

cual es preciso guiar y poner derecho, para que jamás y por ninguna causa se tuerza de nuevo. La prohibición de ver á tu hijo y la dura ley de tenerle alejado de tí en estas circunstancias, no es mía: es de nuestro común padre espiritual, de mi bendito hermano Angel.

—Mi tío es muy santo, muy bueno; yo le respeto y le quiero mucho; pero en este caso... no sé... yo creo que su conducta conmigo y con mi pobre hijo desvalido no es la más generosa ni la más humana.

—Por todos los santos, niña mía—dijo Doña Serafina con aflicción,—por tu alma, querida, que está en grandísimo peligro, no digas tales cosas. Ese es tu flaco: la soberbia, la independencia de juicio, la crítica, la perversa crítica de actos y de ideas emanadas de la autoridad. Hija de mi corazón, mientras no te sometas por entero, no tendrás paz; mientras no renuncies á ese perverso juicio de las determinaciones superiores, no alcanzará tu espíritu la humildad que ha de acercarte á Dios.

—No lo puedo remediar, querida madre, por más que trato de encadenar mi entendimiento, por más que le pongo ligaduras y lo azoto y lo pisoteo... sí, todo eso hago... pero aun haciéndolo así, no puedo conseguir nada.

Digitized by Google

Todas las fuerzas de mi espíritu no pueden obligar al pensamiento á que se convenza de que un hijo desvalido debe estar separado absolutamente de la madre que le dió el sér, de que eso no es una violación de las leyes más santas, y de que Dios aprueba crueldad tan grande.

—¡Oh, hija mía; expresada de ese modo tu querella, parece razonable! ¡Qué horrible cosa! ¡Separar á un hijo de su madre, privarle á él de las caricias y de los cuidados de la que le llevó en sus entrañas!... ¡Quitarle á ella el goce más puro y el afán más legítimo que en humano corazón puede existir, después del amor y del goce de Dios!... ¡Qué barbarie! En efecto: dicho así, parece el caso presente un ejemplo del más fiero y despiadado rigor.

—Es verdad que lo parece, ¡ay!

—Te tengo lástima, la compasión más viva que se puede tener por una criatura—dijo Serafinita apartando su mano del pecho de la joven, como una divinidad que retira su protección.—Hablas y piensas vulgar y torpemente con las vanas ideas de los soberbios. No penetras el sentido de las cosas, porque no eres sencilla y humilde en tu criterio, porque no tienes el desprecio de tu propio juicio, que es lo que conduce á entender las más elevadas

Digitized by Google

cosas sin trabajo, por la misteriosa luz que se recibe del cielo... Ven acá y dime: ¿acaso mi hermano te ha negado en absoluto las delicias de la maternidad? ¿Acaso ha mostrado saña ó prevención contra ese pobre niño? ¿No te envió su bendición para tí y para él, no te escribió diciéndote que te ama hoy como antes, que te perdona todos tus yerros, que se enternece sólo de pensar en esa inocente criatura que has dado á luz, y que la ama con paternal cariño?...

—Sí: es verdad, es verdad...—repuso Gloria anegada en llanto.—Yo sé que mi tío es el mejor de los hombres... yo también le adoro á él... pero...

—¿Pero qué?... ¡Ay! pobre hija de mi corazón, siento que mis palabras claven otra vez el cuchillo en tu reciente herida no curada; pero es preciso. No, no basta concebir un hijo y darlo á luz para tener derecho á los goces de la maternidad. No ha nacido, no, ese desdichado niño, á quien pusimos por nombre Jesús para que hasta el nombre indique nuestro deseo de criarlo en Jesucristo; no nació, digo, ese infeliz niño de padres unidos por el Sacramento; no nació entre las aclamaciones alegres de una familia, ni entre el regocijo de la Iglesia nuestra madre; no nació rodeado de

Digitized by Google

esa aureola de honra y felicidad que circunda al heredero de una familia ilustre; no nació deseado, sino temido; no nació como una esperanza, sino como un horror, y tú misma, al sentir en tu séno las palpitaciones que eran aviso de esa vida nueva que arrancaba de tí, no temblabas de alborozo, sino de vergüenza, porque lo que en el orden natural hubiera sido el más dulce consuelo de tu alma y la gala más rica de tu familia y de tu nombre, era en este caso la encarnación de tu infamia. Nació inocente, sí, y sin más culpa que la que todos al nacer traemos; nació digno de ser amado y educado; pero no nació en la sacrosanta ley de la familia cristiana... ¿Has olvidado que tu caída es la más deshonrosa que se puede imaginar? Jamás el demonio tendió lazo más horrible. Escogió la mejor criatura para víctima, y para cebo... un hombre de raza maldita por Dios, la cual expía el crimen de deicidio con su dispersión y envilecimiento.»

Gloria, que había oído la anterior arenga con indecible congoja, sintió al llegar el último punto, que sus cabellos se erizaban, que sus músculos se contraían, que su sangre se paralizaba... Extendió una mano como para imponer silencio á la señora, y con la otra se oprimió la frente.

Digitized by Google

«Te mortifico—dijo Serafinita.—Callaré, pues, porque no puedo faltar á la caridad. Pero por tu parte debes desear la mortificación, debes buscar el padecimiento, renovar tus dolores y clavarte cien veces estas espinas y estos clavos, pues sólo cuando no te canses de padecer, serás salva y regenerada, hija mía querida.

—Pues siga usted: quiero oir.

—No: sólo me resta decirte que mi hermano ha dispuesto con gran sabiduría que ese niño debe ser reclamado por Jesucristo, puesto en salvo, en seguridad, con garantías de que nunca dejará de pertenecer á nuestra santa fe católica.

—¿Pues qué—objetó Gloria vivamente,—temen que yo sea capaz de apartar á mi hijo de la fe de Jesucristo?

—Tú no... si bien tus ideas no son las más á propósito para darle una educación verdaderamente cristiana... Y mientras no veamos completa y absolutamente limpio su corazón de vanidades sentimentales...

—Pues qué, ¿no lo está ya?—dijo Gloria vivamente.

—¡No, querida hija mía, no lo está! Bien conozco que existe aún la levadura del desordenado afecto y de las mundanas imaginacio-

Digitized by Google

nes que trastornaron tu alma. Mientras esa levadura exista, no podemos esperar nada de provecho para tu perfección moral.

—Si algo me queda—repuso la sobrina con resignación,—yo lo iré arrancando poco á poco, que no he de hacer yo en un día lo que personas muy santas no consiguieron sino á fuerza de paciencia, abstinencias y mortificaciones.

—Tienes mucha razón — dijo Serafinita complaciente;—pero es la verdad que tu espíritu no se halla en la mejor disposición para que te entreguemos á tu hijo. «Mientras exista sobre la tierra el que la engañó, ha dicho mi hermano, Gloria estará en peligro de caer de nuevo.» Pues bien, pobrecilla: ese hombre no sólo existe, sino que te persigue, te ha buscado... ¡está aquí, en Ficóbriga, y anoche...! Con respecto á tu hijo, la voluntad de mi hermano es bien clara: «Puedes concederle, me escribió desde Roma el mes pasado, algún consuelo, permitiéndole ver á esa tierna criatura, aunque no conviene que se exalten demasiado sus sentimientos maternales. Puedes permitirle este desahogo tan natural y de tan buen origen; pero si por acaso el *Malo* se presentase en Ficóbriga, establece la incomunicación más absoluta; esconde á nuestro buen

Digitized by Google

Jesús, que criamos para el cielo; ponlo donde sus extraviados padres no puedan alcanzarlo, porque temo mucho que perdamos esta tierna alma, ofrenda piadosa de nuestra familia al que hiriéndonos nos ha mostrado su poder, y mortificándonos su misericordia.»

Al oir esto, cayó Gloria en lúgubre silencio

Digitized by Google

XIX

Espinas, clavos, azotes, cruz.

«Tú me dijiste que aceptabas esta cruz como expiación.

—Sí la acepté—dijo la infeliz, después de una pausa en que Serafinita aguardó impaciente la contestación.—La acepté, pero luego... luego, querida tía, sentí que no podía, que no podía resignarme á ella; no tuve valor, mentí, disimulé, engañé á todos los de casa, salí ocultamente, después de sobornar á Mundideo para que me acompañara... Me porté mal, lo reconozco; pero el grito que sale de mis entrañas puede más que todo, y cuando suena en mí no sé dominarme, ni ser santa, como usted dice, ni resignarme á padecer, ni llevar la cruz, ni clavarme clavos, ni beber cálices, ni ponerme corona de espinas.

—Hija mía, cada vez me causa más alarma ver en tí ese desasosiego que te aleja de la perfección. Tú no estás curada ni puedes estarlo, mientras no hagas un esfuerzo supremo, el último de tu alma pecadora para coger á Dios

Digitized by Google

que se te escapa. Estás llena de ansiedades incomprensibles, de dudas horrendas. No conoces ese admirable fruto del Espíritu Santo que llamamos paz.

—¡Paz!—dijo Gloria con desaliento.—Temo que nunca jamás vuelva la paz á mi alma.

—Hablas como el réprobo, hija mía. Te hace falta gracia; ya sabes que lo primero que ha de hacerse para tener gracia es desearla.

—La deseo.

—Pedirla fervorosamente á Dios.

—La pido.

—Es indispensable ponerte en estado de merecerla, sacrificando á Dios todos tus afectos, todos tus deseos terrenales, cuanto te liga á este mundo; desprendiéndote de todo absolutamente, para no poseer más que á Dios; renunciando á tener voluntad propia; convenciéndote de que vivimos desterrados en este mundo, de que nada existe bajo el sol que no sea digno de ser despreciado y trocado por la única ganancia real: Dios. Es preciso que te rodees de tinieblas para que el Señor se digne rodearte de luz; que te sujetes de todo corazón á Dios para poder obtener la verdadera libertad de espíritu; que vivas constantemente mortificada para que no puedas ser tentada; que te creas vil y despreciable para que tu miseria

Digitized by Google

te redima; que renuncies al deseo de saber cosas ocultas y hondas, y abraces la mejor sabiduría y la filosofía mejor, que consisten en no tenerse en nada á sí mismo; que apartes tu corazón del amor de las cosas visibles para llenarlo de las invisibles.»

Dijo estas palabras Doña Serafina con emoción tan profunda y tal acento de convicción, que era imposible oirlas sin asombro. Gloria cruzó las manos sobre el pecho, y con acento de fe respondió:

«A todo renuncio; pero no acierto á renunciar á mi hijo. Me desprecio como mujer; pero como madre no puedo hacerlo. Arranco de mi corazón todos los sentimientos menos éste que me da vida. Ofrezco á Dios todo lo que hay en mí; pero no puedo ofrecerle, como un homenaje piadoso, la negación de mis derechos y de mis goces de madre. ¿No es esto noble, no es esto santo, no es esto divino también, tan divino por lo menos como esa perfección que consiste en negarse á sí mismo?

—Sí: noble, santo, divino también es ese sentimiento—dijo Serafinita.—¿Quién lo duda? En la forma de la maternidad fué enaltecida sobre todos los seres humanos la Santísima Virgen. Los sentimientos maternales son puros y santos sobre todo encomio, hija mía,

Digitized by Google

aunque jamás, no siendo por gracia especial del cielo, enaltecerán tanto como el estado de perfección, infundido por los que llamamos *Consejos del Evangelio:* «pobreza voluntaria, estado de castidad absoluta y vida de obediencia...» Esta es la luz que he puesto ante tus ojos, adorada hija mía, induciéndote á seguirla...

—Pero yo me hallo en circunstancias excepcionales—dijo Gloria defendiéndose angustiada.—Yo soy madre.»

Su exclamación fué como el ahogado gemido del que en sueños lucha con un monstruo sin poderlo vencer.

«¡Eres madre!—repuso Serafinita moviendo la cabeza en señal de que esperaba tal argumento.—Sí; pero ¿de qué modo? ¿Qué leyes divinas ó humanas han presidido tu estado? Gloria, Gloria; por amor de Jesucristo, empapa tu alma en mis ideas. No hables de maternidad. Pues qué, ¿á una mujer casada, á una mujer coronada con esa guirnalda divina de los hijos legítimamente habidos, recibidos con júbilo por la Iglesia y la sociedad; á una mujer de éstas me atrevería yo á decirle: «deja á tus hijos, no te ocupes más que en la meditación, en la abstinencia, en el amor único y exclusivo de las cosas santas?» ¿Me crees loca? Esto sería un absurdo, una falta de caridad,

Digitized by Google

una aberración del sentimiento religioso. Pero á tí, que has caído en la ignominia, á tí que no te hallas atada á ningún varón por los lazos del Sacramento, á tí que has sido madre por tu escandaloso y sacrílego amor, te digo, sí, te digo mil veces: «Renuncia á tu hijo, no por dureza de sentimientos, sino por penitencia; no como desnaturalización, sino como castigo. Has cometido gravísima falta, has ofendido á tu Dios. Pues ofrécele el único deleite que existe en tu corazón: el cariño maternal... ¿Ese cariño te sirve de consuelo? Pues no tienes derecho á consuelo ninguno... ¿Quieres ser redimida? Pues no hay redención sin pasión, sin cruz... ¿Adoras á ese niño infeliz que no debió haber nacido? Pues sacrifica á Dios este sentimiento... Necesitas irremisiblemente una cruz, pero una cruz pesada, porque tu culpa ha sido enorme. Pues bien: toma esa que tu mismo Dios te propone, tómala y anda con ella... La maternidad podría hacerte feliz, y tú, si quieres salvarte, no debes ser feliz de ningún modo. Si para tí no debe haber ya más que penas, ¿por qué te apegas á los goces? Mientras más noble es el sentimiento que te deleita, más grande será el mérito de tu sacrificio, porque se ha dicho: «Y cualquiera que dejare casas ó hermanos ó padres ó hijos por

Digitized by Google

mi nombre, recibirá cien veces tanto y heredará la vida eterna.»

—¡Oh, qué cruz tan pesada, tan espantosa! —exclamó Gloria elevando sus brazos.

—Hija mía, no interpretes mal esto, que no es imposición mía, sino simplemente exhortación y consejo—dijo Serafinita tomándole las manos y estrechándoselas con amor;—no creas que yo predico la desnaturalización, no. Pero á la altura de tu falta ha de estar tu purgatorio. Si necesitas cargar una cruz muy pesada para ser recibida arriba, no has de llevar una caña. Sacrificando niñerías, caprichos vanos y cosas de poco valor, no se gana la vida eterna. Es forzoso arrancar del corazón la fibra más sensible, arrojar la joya de más precio, matar lo grande, lo querido y lo entrañable, meter la espada en lo más hondo, llorar mares de lágrimas, padecer, padecer mucho y siempre padecer. Esta es la clave del cristianismo, amor mío. Ya sabes que en el día de hoy celebramos el augusto sacrificio de la víctima del Calvario, del divino Cordero. Fija tu pensamiento en este ejemplo sublime, y considera que es necesario que nos crucifiquemos para parecernos á Él y entrar en su reino.

—¡Crucificarme! ¿No lo estoy ya?—dijo Gloria extendiendo los brazos en cruz.

Digitized by Google

—Pero no basta crucificarte como mujer, sino como madre. Viviendo como vives, estás expuesta á mil peligros, y esa maternidad que tanto adoras es un lazo que te une sin quererlo al autor de tus desdichas. Vivirás sujeta á horribles tentaciones. Ya sabes que Job lo ha dicho: «La vida del hombre sobre la tierra es una tentación.» Además, el que todo lo sabe ha dicho: «Si tu mano ó tu pie te fuere ocasión de pecar, córtalos y échalos de tí.»

—Es verdad, es verdad.

—Hija mía—añadió la señora besando con cariño á la atribulada joven,—mete la mano en tu corazón, tócalo, y observa si el amor de ese niño y la llama infame á cuyo primer fuego debió la vida, no se confunden el uno con la otra.»

Gloria callaba. Parecía que, en efecto, metía la mano en su corazón y tanteaba llamas.

«¿Callas?

—No sé qué responder—dijo la infeliz dejando caer sus brazos con desaliento.—Acongojada está mi alma, y en mi pensamiento todo es confusión, desvarío. No sé lo que pienso ni lo que siento, porque estoy llena de terrores, de angustias, de presagios, de deseos, y no puedo tomar resolución alguna, porque cada esfuerzo de mi voluntad es seguido de un desfallecimiento que me mata.

Digitized by Google

—Pues yo te ofrezco los medios para salir de ese estado, y los rechazas. Te señalo el amor exclusivo de Dios como término feliz de tus ansias, y dudas todavía... Desarraiga todo amor criado, y entrará en tí la gracia como un torrente. Retira tus ojos de toda criatura, y verás el rostro del Criador. Sepárate de cuanto ves, y estarás unida á Él eternamente. Cierra tus oídos á la música fascinadora de los afectos pasajeros, y oirás en tu interior el habla del Señor Dios. ¡Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que viene de fuera, sino la verdad que habla y enseña interiormente!... Nadie mejor que yo puede darte estos consejos, porque en mí no sospecharás egoísmo. Hice voto de pobreza, he repartido mi fortuna entre los pobres y las hijas de mi hermano. Desengañada de las vanidades del mundo, me disponía á entrar en un santo retiro cuando supe tu desgracia. Esto me detuvo, y sentí en mi conciencia el habla dulcísima de mi Dios, que me dijo: «Ve y tráemela...» ¡Hija de mi corazón! Corrí á tu lado; te asistí en tu enfermedad como pudiera hacerlo la madre más cariñosa; pero mi orgullo no se cifraba en librarte de la muerte física, sino de la muerte moral, que es la condenación eterna. Te exhorté, te puse mil ejemplos ante la vista, lloramos jun-

Digitized by Google

tas, te he tratado con dulzura, con ardiente cariño y sin dureza ni altanería; que en las conquistas cristianas la humillación trae la victoria. Yó no puedo consentir que tu alma arda en los infiernos por un extravío pasajero, y seguiré exhortándote hasta que me arrojes á golpes. Mientras tenga lengua te diré: «Ven, ven, hija mía, ven conmigo á esa morada pacífica y solitaria, donde tu alma se purificará por la oración, por la humildad, por la penitencia, recibiendo, al modo de ablución divina, la gracia que ha de regenerarla.» Allí tu corazón se limpiará de esa escoria tenebrosa por la llama del divino amor, que irá creciendo, creciendo, hasta producirte los más dulces arrobos, la gratísima previsión del reino de los cielos, sólo concedidos á los que todo lo dejan por el Amado y al Amado consagran cuanto en la persona humana existe de espiritual y divino...

—¡El convento!—murmuró Gloria, dando en su lecho una angustiosa vuelta.—No me asusta el encierro... pero allí no veré á mi hijo.

—El que hizo el mundo, el que fué sacrificado por nuestro amor, es el primero de todos los amores, hija mía—declaró Serafinita, derramando sin cesar lágrimas de emoción y piedad.—¿Es posible, es posible que no te convenzas todavía?»

Digitized by Google

Gloria cerró los ojos; y como el que se hunde en los abismos de un letargo, contestó desde dentro con profunda voz, que apenas hacía mover sus labios:

«Todavía no.

—¡Miserable de mí, mil veces miserable—exclamó Doña Serafina con patético dolor,—que no tengo bríos ni elocuencia para salvar á un alma querida!

—Usted es una santa—dijo Gloria abriendo los ojos y ofreciendo sus brazos á su tía para estrecharla en ellos.

—Soy una infeliz que he aspirado á ejercer el ministerio de los apóstoles, y Dios me castiga por mi soberbia.

—Usted es una santa—repitió la joven,—pero... nunca ha sido madre.»

La noble señora no contestó. Observaba la creciente desfiguración de las facciones de su sobrina.

«¿Qué tienes?

—Una cosa... que sería deseo de morir—repuso Gloria con abatimiento,—si no siguiera viviendo mi hijo.

—¿Tienes sueño?

—La pereza de la muerte... pero con esto se duerme.

—Debes descansar.

Digitized by Google

—No puedo... No se separe usted de mí. Si me quedo sola pensaré cosas malas. ¿Qué hora es?

—Ya amanece. Jueves Santo, hija mía. ¡El día más hermoso para salvarse!»

Algo trató de decir Gloria; pero entróle una congoja penosísima; su corazón oprimido latía con fuerza, y era tal la sofocación de su pecho, que Serafinita le retiró las sábanas para que el peso de ellas no la molestase. Movióse la infeliz con febril inquietud en el lecho; y su hermosa cabeza, con los negros cabellos en desorden, echábase violentamente hacia atrás. Por último, se llevó ambas manos al pecho, y oprimiéndoselo, cual si quisiera detener allí alguna cosa que se le escapaba, gritó con voz ronca: «Señor, Señor, no puedo.»

Al fin iba cayendo en un estado semejante al sopor. Serafinita notó que las sienes de la joven latían violentamente y que su respiración era fatigosa. Pero seguía aletargada, y como esto tranquilizara á la buena señora, arrodillóse junto á la cama y empezó á rezar con el mayor recogimiento.

Digitized by Google

XX

¿Qué haré?

Daniel Morton y D. Buenaventura hablaron larguísimo rato.

De la casa salió el hebreo cuando todavía era noche obscura, pues la luna, no queriendo esperar al sol, desapareció volviendo atrás el rostro como novia enojada que huye de su amante observando si éste la sigue. Sansón unióse á su amo; pero éste le dijo secamente que se retirase á la casa, dejándole solo. Aparentando obedecer, Sansón le siguió desde lejos. Morton rodeó la casa de Lantigua, y tomando el camino que conduce á la playa, bajó lentamente, las manos cruzadas á la espalda, la vista fija en el suelo, cuando no la extendía por la negra inmensidad de los cielos apagados ó por la del mar, cuya exclamación grave y mugidora le iba ensordeciendo á medida que á él se acercaba.

Cuando sus pies se hundían en la arena y avanzó hacia el fino y húmedo suelo, que había pulido la última pleamar arrastrando so-

Digitized by Google

bre él sus láminas de agua, sintió una especie de simpatía inexplicable, como un deseo de expansión y confianza semejante al que se experimenta en presencia de un buen amigo. Morton miró las olas que iban y venían con el más admirable ritmo que existe en lo creado, y mirándolas sacó del caos de su espíritu esta pregunta: «¿qué haré?»

En la playa había una piedra enorme arrancada por las olas á un acantilado cercano. Sobre aquella piedra se sentó Daniel, contemplando el mar grave y cadencioso, como péndulo inmenso que determina un secreto equilibrio. En aquel mar, en su voz semejante al zumbar de un cerebro donde hierven las ideas, en el resoplido de sus olas y en aquel latido de su enorme vida corriendo sin cesar del fondo á la playa y de la playa al fondo, vió Morton perfecta imagen de la perplejidad en que se hallaba su espíritu. A poca distancia y entre las peñas de la derecha, yacían aún los restos del *Plantagenet*, herrumbroso esqueleto, que se desgastaba lentamente sin que hicieran caso de él ni los hombres ni los peces.

Sentado en la piedra, el codo en la rodilla y la barba sostenida en los dedos; fijo y quieto como una esfinge; centinela en la puerta de lo infinito; mirando siempre hacia adelante, y

Digitized by Google

mirado por el mar, cuyas olas son una fisonomía, porque hablan, saludan, escarnecen, escupen, sonríen, desprecian, se adormecen y braman de coraje; atento al espectáculo de una gran perplejidad, que, según él, llenaba el universo todo, Daniel Morton decía:

«Lo que yo sospechaba es cierto. Morirá por mi causa y morirá de pena. No se ha resignado aún á aceptar la solución que su familia le propone, porque espera... pero al perder la esperanza, caerá, caerá en ese horrible lazo, y exaltada por una religión que ordena el padecer, doblará al fin la cabeza ante el ascetismo y arrastrará miserable vida en un convento cristiano... Con buena intención, porque su celo religioso y el entusiasmo por su falsa doctrina son sinceros, esa noble señora y D. Angel, el discípulo del Nazareno, han negado al corazón de Gloria el más dulce consuelo, ¡le han prohibido á su hijo!... Esto da horror, y al pensarlo no hay en mi corazón una sola fibra que clamando no proteste...

»¡Y pensar que con una sola palabra podré sacarla de ese infierno, y devolverle la salud, la paz, la felicidad, la estimación del mundo, y que con esta palabra volverá á sus brazos el pobre ángel espúreo, que vive rechazado de todo el mundo, y escondido como la vergüen-

Digitized by Google

za ó como un tesoro robado!... ¡Pensar que con una palabra puedo causar tan grandes bienes, y que esta palabra no puede decirse!... Pues se dirá. Tengo por corazón una piedra; no soy hombre si no pronuncio esa palabra. Soy un miserable, merezco ser perseguido eternamente por mi conciencia y no tener un solo día de paz si consiento tan gran desdicha: la pobre madre atormentada, el niño encubierto y confiado á manos mercenarias...»

Detúvose un instante. Su pensamiento, dando una vuelta, le mostró otro hemisferio, y dijo entonces:

«¿Pero qué es lo que debo hacer? ¿Qué debo decir? Una palabra que es la apostasía infame de mi religión, el desprecio de Dios, en cuya santa idea crecí y crecieron antes mis honrados padres, y antes mis abuelos, y del mismo modo las generaciones remotas, hasta llegar á los qúe fueron elegidos para recibir la Ley directamente del mismo Dios y enseñarla á todo el mundo. ¿Puede caber en mi cabeza la idea de negar á Dios, y negarle para abrazar otra fe?... ¡y qué fe!... ¡la de un falso profeta, la del Nazareno, en cuyo nombre hemos sido dispersos, perseguidos, quemados é injuriados por espacio de diez y ocho siglos!... Y yo he de llegar al Nazareno y decirle: «aquí me tienes á

Digitized by Google

tus pies; aquí está el que se vanagloriaba de no pertenecerte jamás, el que ha tratado de enaltecer á los suyos para apartarles de caer en tí; aquí está el más soberbio de tus enemigos...» Y yo he de decir á mi Jehová: «Ya no te pertenezco. Soy como el siervo á quien su amo ha distinguido, poniendo en él toda su confianza; y he aquí que este ingrato siervo huye de la casa de su Señor, robándole, y después va á casa del enemigo y pide salario, y escarnece á su antiguo Señor...» Y todo ¿por qué? por una mujer... por un amor poderoso, irresistible, pero que es cosa terrenal, y por un hijo que adoro, pero que es un pobre gusano, indigno de atención desde el momento en que aparece á su lado la presencia aterradora y sublime del que hizo los cielos y la tierra...»

Al llegar aquí, su pensamiento, sin pausa ni intermedio alguno, le puso delante el primer hemisferio.

«Pero es que al considerar la desgracia de la amada de mi corazón, he de recordar que yo soy autor de ella. Yo, yo solo he causado desdicha tan lastimosa. Ella era pura y feliz; yo turbé la paz de su corazón, arrastrándola á la ignominia; yo la arranqué de aquel cielo hermosísimo en que vivía su alma, y la precipité en las tinieblas; ahuyenté de su lado á los

Digitized by Google

ángeles, que velaban con atención misteriosa su persona, y llené su corazón de culebras. Era como una flor, y la pisoteé. Había nacido para que su sola mirada derramase felicidad, para que hasta su sombra hiciera nacer bienes por todas partes, y yo de aquel astro brillante he hecho una noche lóbrega, una obscuridad llena de dolores, que hace llorar á cuantos se le acercan... Yo tengo la culpa de todo, yo causé su mal, y lo causé con villanía, porque oculté mi religión, que era un estorbo, y siendo enemigo me presenté como amigo. Yo soy el autor de su desgracia. Y no hay remedio, no hay sofisma que valga: esa desgracia debe ser reparada por mí. Si así no es, no tengo idea de la justicia, no tengo noción del deber ni del honor, y siendo extraño á la idea de justicia, no puedo ni aun saber lo que es Dios... Debo reparar esa desgracia y sacar á la pobre mártir del potro en que está. No son sus tíos los que la tuestan viva: soy yo, yo solo. Por consiguiente, mi deber es salvarla. Me lo ordena la justicia, que es Dios; el deber, que es Dios; la verdad, que es Dios; la compasión, que es Dios. Me lo ordena también la sociedad, y esta ley de recíproco respeto, de la cual no podemos prescindir... Sí... es preciso, es fatal, inevitable; y si así no lo hiciera, no ha-

Digitized by Google

bría nombre bastante vil en ninguna lengua para vituperarme. Merezco morir y ser devorado por los perros, sin que jamás mi cuerpo disfrute el descanso del sepulcro... Nadie arrancará de mí esta convicción profunda, que mete su raíz hasta lo más hondo de mi pecho. Esto es la evidencia, la verdad pura...»

Al llegar aquí, subía la marea, y una ola extendió su lengua bordada de espuma sobre la arena, mojando los pies del pensativo. Retiróse entonces, subió al acantilado, y arrojado sobre las peñas, dijo así:

«No, no es posible que Dios y la justicia estén en desacuerdo. No puedo imaginar que para ser fiel á un compromiso del corazón necesite yo ser apóstata. Aquí hay algo que mi inteligencia limitada no puede penetrar; hay, sin duda, un resorte misterioso, y es preciso que yo lo busque y lo toque, porque esto ha de tener solución, porque lo absurdo no puede prevalecer. ¡Oh! Dios mío, dame luz, dime dónde está la salida de este horrible laberinto, muéstrame un resquicio, pues salida ó hendidura ha de haber. Si no la hubiere, ¡oh, soberano Dios! todo, empezando por tí, debería ser negado, y esto no puede ser...

»¿Pero cuál es, en realidad, mi pensamiento en religión? ¿Qué pienso, qué creo yo? Con-

Digitized by Google

ciencia, muéstrame lo que tienes más oculto, tu voz más recóndita; lo que es aún menos que voz, un susurro que apenas oigo yo mismo... ¿Qué creo yo? ¿Creo acaso que mi religión es la única en que los hombres pueden salvarse, la única que contiene las verdades eternas? No: felizmente sé remontar mi espíritu por encima de todos los cultos, y puedo ver á mi Dios, el Dios único, el grande, el terrible, el amoroso, el legislador, extendiéndose sobre todas las almas y presidiéndolas con la sonrisa de su bondad infinita desde el centro de toda substancia. Entonces, miserable, ¿qué te detiene? ¿No hallas en el cristianismo las verdades eternas? Existen, sí; pero desfiguradas y adulteradas... No: no puedo inclinarme á contemporizar con una yuxtaposición inútil, con la destrucción de la sencillez, con una fe que poco ó nada ha enseñado al mundo. Aborrezco esa idea con todas las fuerzas de mi alma; y todo el odio venenoso que esa secta alienta contra mí, se lo devuelvo centuplicado. No lo puedo remediar: lo he mamado con la leche; lo traigo encendido en mis entrañas desde el vientre de mi madre, y mi espíritu lo trajo también desde la nada. Si cuando mi espíritu se eleva á la contemplación de la esencia primera, soy tolerante, expansivo y gene-

Digitized by Google

roso, al considerar la idea cristiana, nuestro verdugo y nuestro cadalso, soy fanático y brutal como los inquisidores católicos... Y para mi tormento, el sér que idolatro sale del tumulto aborrecido de esa secta, y se me presenta lleno de gracia y luz, único sér á quien puedo absolver de la responsabilidad cristiana, único sér á quien perdono los agravios hechos á mi raza... ¡Oh, Dios, Dios!... ¿qué misterio es éste, qué enigma es éste terrible y espantoso? Mi cabeza estalla como un volcán... no sé qué pensar. Aquí hay algo, algo que mi limitada razón no comprende. Dios mío, Dios de las inteligencias, ¿por qué has hecho estas contradicciones horrorosas y estos absurdos, que hacen dudar de la bondad de la creación y de la lógica del mundo?»

El cielo comenzó á aclararse; la superficie del mar brillaba junto al horizonte, tiñendo de amarillo sus ondas lejanas. Toda la tierra empezó á inundarse de luz. Amanecía; pero Morton no advirtió nada, porque en su mente continuaba la noche y un caos perpetuo.

«Más vale—dijo,—que continúe todo como ahora está, que siga su deshonra, su vergüenza, la bárbara separación de la madre y el hijo, mi soledad, el remordimiento implacable que me tritura las entrañas. Quizás el tiempo

Digitized by Google

nos consuele á todos... Ella entrará en ese aborrecido convento, más triste que la sepultura, porque en él se vive... No la veré más, no veré tampoco á mi hijo, porque será escondido de mí, como se esconde del ladrón la joya. Crecerá y le veré algún día sin conocerle... Le enseñarán á maldecir mi nombre y mi sangre... ¿Y cómo se evita esto, cómo? ¡Si pudiera evitarse dando la vida!... No: no se evitará con cien vidas, sino con una palabra breve, como las que á todas horas pronuncian nuestros labios; pero que encierra una idea, todas las ideas y el universo y la vida futura.»

Después de breve pausa, añadió:

«Soy un miserable si no digo esa palabra, si no la digo clara, leal, sin impostura. Lo pide á gritos cuanto hay en mí de sentimiento y piedad. Soy un miserable si no digo esa palabra, si no cierro los ojos á todo, á mi historia, á mi raza, á mi culto, á mi familia, y me arrojo en brazos de la infame secta que aborrezco, de esa secta que, sin duda, no es tan mala como yo creo, porque á ella pertenece la que reina en mi corazón.»

Oprimióse la frente con ambas manos, como si quisiera sujetar una idea que se le escapaba, y detener aquel remolino horrible de su pen-

Digitized by Google

sar; pero no pudo sustraerse á un razonamiento que le anonadó:

«¡Mi padre!... No: desde que adopte esta resolución ya no tengo padre, ni madre, ni amigos... No quiero pensar en su enojo, en su soledad. En mi familia se llora al hijo muerto; pero al renegado... al renegado se le mirará como si no hubiera nacido. La imagen de mi madre, que es personificación sublime de la consecuencia israelita, me abruma más que mil razonamientos incontestables... ¡Mi madre, de cuyos brazos escapé en silencio para venir aquí; mi madre, que ha de venir en mi seguimiento para detenerme; esa mujer que adora en mí el orgullo de su raza, y que morirá de seguro cuando sepa...! No, no mil veces; esto no puede ser, no será... ¡Si es imposible, si es como beberse toda esa agua que tengo delante, si es como decirle á la marea: «no subas más!...» ¡Oh, Dios mío! ¿por qué me criaste, si sabías que había de llegar esta hora?»

Levantóse frenético, y agitando los brazos, vuelta la cara hacia el cielo, gritó desaforadamente:

«¡Oh, Señor, Señor; yo digo que tu obra no está bien así!»

Avanzaba el día considerablemente sin que él lo notase, y las risueñas horas de la maña-

Digitized by Google

na, viniendo unas en pos de otras, derramaban claridad y alegría sobre los campos, reverdeciendo las húmedas praderas. El día era tan bello y apacible cual si la Naturaleza, sensible al enigma de Redención, quisiera también celebrarlo. El aire que mecía los árboles, las nubes que pomposamente discurrían por el cielo con grave paso, dándose unas á otras la mano; el mar sonoro y las flores, que por todas partes presentaban sus lindos rostros á las caricias del sol, todo, todo estaba de fiesta en aquel día.

Bajando á la playa, recorrióla toda lentamente. Parecía que contaba las arenas. Después se arrojó al suelo y contempló el mar que bajaba, recogiendo sus láminas de espuma de minuto en minuto. La perplejidad continuaba, y el péndulo seguía su atormentador movimiento. Pero al fin, ya cerca de mediodía, el extranjero se levantó. Dióse un golpe en la frente, y mirando al cielo, dijo con la firmeza propia del que ha tomado una resolución:

«Al fin, al fin ya sé lo que debo hacer.»

Digitized by Google

XXI

Jueves Santo.

Abrió Gloria los ojos después de un prolongado letargo, durante el cual su fatigado espíritu logró algún reposo. Había soñado con la pasión de Cristo, con los horribles judíos que le azotaban; había visto elevar el madero con la Divina Persona clavada por pies y manos; y este cuadro lamentable que se le representaba al vivo por el poderoso fingir del sueño, llenó su alma de dolorosa compunción. Al despertar vió á su tía encendiendo algunas velas delante de la efigie del Salvador, hermosa figura de marfil que le representaba en el momento de espirar, cuando, alzados los moribundos ojos al cielo, decía: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen.»

Serafinita había dispuesto la mesa como altar, poniéndole preciosas velas de esas que tan bien labran y adornan las monjas. No puso flores en los floreros, por temor de que el olor de ellas molestase á Gloria; pero los llenó

Digitized by Google

de ramas de pino y otras matas verdes y sin aroma.

«¡Qué bien está, qué bien está eso!—dijo Gloria contemplando con gozo el altar.

—Hija mía, ¿qué tal te encuentras?

—No muy bien; pero podré levantarme.

—Más vale que te quedes en la cama. Yo no pienso salir hoy ni ir á la Iglesia, á pesar del gran día en que estamos. Debo acompañarte, querida mía, y juntas rezaremos el oficio del día, que es hermoso sobre toda ponderación.

—Muy bien pensado. Lo leeremos.

—Y nos deleitaremos en su sublimidad, contemplando el amor de Aquél que con ser Dios, quiso derramar su sangre por nosotros.»

Después que Gloria hizo sus oraciones de la mañana, se levantó y de nuevo se acostó vestida sobre el lecho. Francisca arreglaba su cuarto, mientras Doña Serafina bajó á preparar algo substancioso para que la enferma se desayunase. Nada más admirable que el celo que ponía aquella noble dama en todas las cosas, lo mismo en las grandes que en las pequeñas. Todo lo hacía conforme á su conciencia, y no se perdonaba cosa alguna, ni jamás dejó de hacer nada que le pareciese justo y conveniente. Era el alma de más rectitud

Digitized by Google

que podía existir, y si hubiera destruído al género humano, Dios se lo perdonaría, porque sin duda lo habría hecho por convicción y creyendo que realizaba un bien. En ella no se conoció jamás ni sombra de hipocresía. Todo su espíritu y sus creencias y su voluntad retratábanse claramente en sus acciones; ni existió conciencia más pura, porque en ella eran imposibles las reservas y distingos insidiosos. Y sin embargo, el alma tan limpia de perversidad podía ser dañosa... Mas para juzgar á Serafinita y condenarla por esto, sería preciso que Dios recogiese su Decálogo y lo volviese á promulgar con un artículo undécimo que dijese: «No entenderás torcidamente el amor de Mí.»

Y para juzgarla los hombres y condenarla, debían á su vez arrojar de los altares á muchos varones y hembras que subieron á ellos por ser como Serafinita.

Estaba preparando el almuerzo de su sobrina y se caía de debilidad á causa de los repetidos ayunos; pero el esfuerzo de su voluntad vencía los desmayos del cuerpo, infundiéndole una resistencia poderosa. ¡Lástima grande que aquella santidad no fuese más humana!

Cuando Gloria almorzó, vino el médico y le ordenó el mayor reposo y que huyera de toda

Digitized by Google

emoción viva. Rogó Serafinita á la joven que diese un paseo por la habitación, lo que ella hizo de muy buen grado, admirando desde el balcón la espléndida mañana.

«¡Qué hermoso día!—exclamó.—Parece que en días así no puede menos de pasar algo grande.

—El día, querida sobrina—dijo la señora, —está lleno de la sagrada memoria que hoy celebra la Iglesia. ¿No ves en la Naturaleza una especie de atención solemne, un recogimiento grave y placentero? Hoy celebramos la muerte y la vida, la muerte corporal del que espiró por darnos la vida... Yo leeré.»

Serafinita se colocó junto al altar, y poniéndose las antiparras que su fatigada vista exigía, empezó la hermosa lectura, mientras Gloria tomaba asiento en un sofá junto al balcón. Empezando por los Maitines y Nocturnos, que son los oficios llamados *Lamentaciones*, y que la Iglesia canta en la tarde del día anterior, leyó el Salmo: «Sálvame, ¡oh Dios! porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, y la corriente me anega. Cansado estoy de llamar; mi garganta ha enronquecido. Han desfallecido mis ojos esperando á mi Dios... Dios, tú sabes mi locura, y mis delitos no te son ocultos.»

Digitized by Google

Ambas mujeres tenían su alma absorta en tan sublimes conceptos. Doña Serafina recitó con entera voz la Lamentación: «¿Cómo está sentada sola la ciudad antes populosa? La grande entre las naciones se ha vuelto como viuda... Amargamente llora en la noche. No tiene quien la consuele de todos sus amadores...»

Y así siguió la lectura con edificación de entrambas. Como Serafinita se fatigase, Gloria le pidió el libro, y con la emoción más viva leyó el Miserere: «Ten piedad de mí ¡oh Dios! conforme á tu misericordia grande, y conforme á la multitud de tus piedades borra mis iniquidades... Porque conozco mi iniquidad y mi pecado está siempre delante de mí.»

La misa, la epístola de San Pablo á los Corintios, la *Sequentia* del Evangelio tocaron á Serafinita, que á su vez reclamó el libro. Después de leer todo lo concerniente á la Cena, dijo á su sobrina:

«Hemos llegado al punto más interesante, más patético, más solemne de nuestra doctrina: la institución de la Eucaristía. Si tú, hija mía de mi alma, meditando mucho en esto, lograras penetrarte bien de la idea de sacrificio tan sublime; si consiguieras asimilártela y hacerla tuya, ¡cuán grande facilidad hallarías

Digitized by Google

para dar al problema de tu vida la solución que te propongo! ¿Pero no te dice nada tu corazón, no se enternece contemplando el inmenso amor de la sacratísima víctima del Calvario? Lo que á gritos dicen tu situación social y los acontecimientos, ¿no lo ha de decir tu corazón? Yo veo tan claro esto, niña mía, que no comprendo cómo puedes dudar.»

Gloria, los ojos bajos, inclinada la cabeza sobre el pecho, callaba, trenzando los hilos de lana del pañuelo que cubría sus hombros.

«Dada tu situación, no veo otro camino—añadió Serafinita.—Mucho habían de cambiar los sucesos, para que la lógica de tu porvenir cambiase. Sería preciso que ese infiel empedernido abriese sus ojos á la luz cristiana; sería menester que viéramos una de esas conversiones ruidosas que hacen época en el mundo... y esto es difícil, aunque no imposible. Dime, ¿lo crees tú posible? ¿Das crédito á los rumores que han corrido?

—No,—repuso lacónicamente Gloria.

—¿Crees tú que abrace nuestra santa fe?... ¡Oh! si así sucediera, yo sería la primera que te diría: «Cásate; tu deber es casarte. El Señor lo manda.» Tu amor quedaría legitimado por el glorioso hecho de traer al rebaño una oveja, que no por venir tan tarde sería mal recibida...

Digitized by Google

En tal caso, no podrías aspirar á la perfección cristiana, que consiste en desprenderse de los afectos humanos; pero podrías acercarte mucho á ella por otros caminos... No hay que pensar en este medio, hija mía. Tú misma has dicho que no tienes esperanza.

—Es verdad—murmuró la joven.—Ninguna tengo.

—Pues debes tenerla.»

Gloria alzó vivamente los ojos, fijándolos en su tía con gran curiosidad.

«Debes tenerla,—repitió Doña Serafina con aplomo.

—¿De qué?

—No de casarte, no—dijo la señora, sintiendo en su alma la inspiración apostólica más viva que nunca;—no de casarte, sino de traer á ese infiel á nuestra santa fe.

—¿Cómo?

—Por medio de la oración, unida al sacrificio.

—No entiendo bien, tía,—repuso Gloria, poniendo sumo interés en aquel asunto.

—Por medio de la oración—repitió la dama con entusiasmo,—y mejor aún por medio del sacrificio. ¿Acaso esto necesita explicarse?

—Me parece que lo voy entendiendo.

—Si haces á Dios el inmenso, el doloroso

Digitized by Google

sacrificio que te he propuesto como el mejor camino para salvar tu alma; si le consagras por entero toda, absolutamente toda tu vida, arrancándote del mundo y de los mundanos afectos; si haces esto, amor mío, y pides á Dios que te conceda la redención de un alma, ciega hasta ahora á la verdadera luz, ¿cómo es posible que Dios te lo niegue?

—¡Oh, Jesús mío!... ¡si eso fuera verdad!... —exclamó Gloria deshaciéndose en lágrimas. —Y parece que ha de ser verdad, que ha de poder suceder como usted lo dice...»

En el semblante de Serafinita brillaba un destello de alegría infinita, el júbilo del triunfo evangélico.

«¡Ay—exclamó oprimiendo su pecho,—yo tengo una convicción profunda...! Mi corazón se abre como un abismo lleno de voces, y á gritos clama que ese hombre será salvo por tu mediación.

—¡Señora—dijo Gloria, exaltándose como su tía,—yo he orado tanto, tanto, que tal vez...!

—No, desgraciada, no basta la oración. Es necesario el sacrificio; es necesario que llegues, y ante esos pies, taladrados por el clavo, pongas tu corazón dolorido, tu vida, tu voluntad, tus acciones, tu porvenir, tu carne y

Digitized by Google

tu espíritu, diciendo: «Señor, tómalo todo, toma todo lo que recibí de tí. No quiero ya nada que no seas Tú, Tú solo, ni más amor que el tuyo por entero. Abrásame en tu fuego, y hazme temblar noche y día con las dulces ansias de amarte incesantemente, contemplándote, oyéndote en mi interior, magnificándome con tu gloria, padeciendo con tu pasión. Este resto de existencia que conservo, mientras no me lleves á tu lado, sólo será para tener voz con que nombrarte á todas horas, labios con que besar tu santa imagen; y si das á mi cuerpo el santo tormento de que me duelan tus heridas, mayor gozo tendrá mi alma. Perezcan los ojos de mi cuerpo, que de nada me sirven, y así te verán mejor los del alma. Perezca mi hermosura, que no por ella te he de agradar, sino por la pureza y la violencia de mi amor. Soy toda tuya, Señor, y aun así no creo ofrecer bastante al que murió por redimirme del pecado.»

Doña Serafina se había levantado, y con su majestuoso ademán daba más energía y realce á su admirable elocuencia.

«Lo que usted dice—manifestó Gloria,—resuena en mi corazón como un eco del cielo.

—Dios aceptará tu sacrificio y lo premiará—

Digitized by Google

añadió la mística.—La inagotable bondad del Amado se te revelará bien pronto. Oirás su voz en tu interior; le verás allá en lo profundo y en lo más negro de tu mirar, cuando cierres los ojos en la dulce oración. ¿Cómo no ha de concederte lo que le pides, si le pides un nuevo triunfo para su Iglesia? ¿Qué premio más digno puede ambicionar un alma consagrada á Dios? «Señor, le dirás, trae á tu seno á un sér que me fué querido y que tiene la desgracia de carecer de la verdadera luz.»

—El Señor me oirá—dijo Gloria cruzando las manos.—Tía, querida tía, mi alma se llena repentinamente de fe; en mí ha entrado una luz prodigiosa; siento como una gran lluvia... Soy otra... Suena dentro de mí una voz como el trueno... Me parece que Dios me dice: *Sí, sí, sí.*

—Sí, sí, sí—repitió la predicadora con exaltación que rayaba en delirio.—Y se salvará, abominará de su execrable secta, y entrará en el Paraíso.»

La piadosa señora, que había estado tantos meses predicando á su sobrina las excelencias de la vida ascética, y agotado había todos los argumentos, todas las razones, todos los sofismas sin conseguir nada, lograba al fin su objeto: ¿cómo? tocando una fibra más sensi-

Digitized by Google

ble que todas las fibras del corazón de su sobrina: la fibra del amor humano. Al llegar allí el espíritu rebelde, gimió dolorosamente sucumbiendo; y lo que antes le pareció monstruoso, inútil, parecióle después bello, provechoso en grado sublime. Estremecida hasta lo más íntimo de su sér, sintió la bullidora expansión del amor, pidiendo su consecuencia natural, el sacrificio.

«Acepto, acepto...» declaró levantándose, ágil, inquieta, exaltada, cual si recibiera por milagro prodigiosas fuerzas.

Pero extendiendo después un brazo, llevándose la izquierda mano á los ojos, murmuró con súbito desaliento:

«¡Mi pobre hijo...!

—Dios, el Criador de todas las cosas—gritó Serafinita acudiendo veloz á agarrar á su víctima que se le escapaba,—miró á la tierra pervertida por el pecado, y enviando á ella á su Hijo en carne mortal, le vió padecer y morir como un hombre... ¡Y Aquél era el Verbo, la razón universal, la justicia, la ley... el Hijo...! Lo que hizo Dios por redimir al género humano, que formó de barro, ¿no podrá hacerlo una miserable criatura por salvar á otra de las eternas llamas del infierno?... ¿y no sería capaz esta criatura de hacer un sacrificio tan-

Digitized by Google

to más aceptable cuanto más noble es el afecto sacrificado? ¡Dios infinito, inmenso, más grande que todo lo grandísimo, ve morir á su Hijo!... y tú... ¿Acaso le pierdes? ¿acaso le matan?

—Madre querida—dijo Gloria contestando á las caricias de su tía con otras no menos ardientes,—soy de usted: no vacilo más. Ya no tengo voluntad. Venga la cruz, pronto, pronto. Mi espíritu la acepta... ¡Oh, qué ideal ¡qué sublime ideal»

Cayó sin aliento en la silla.

Serafinita permaneció en pie, diciendo:

«Partamos esta misma tarde. No debe perderse tiempo.»

Sin duda temía volubilidades y arrepentimientos.

«Esta misma tarde,—repitió Gloria pálida, sin aliento, transfigurada, como si tuviera ya marcada la hora para salir de este mundo.

—Nos prepararemos en un instante; arreglaremos todo para ir á tomar el tren en Villamojada.

—Saldremos sin que lo sepa mi tío.

—Eso no: se lo diremos. ¿A qué ese engaño indigno de nosotras?... Es preciso preparar todo—dijo la señora con febril impaciencia.—Es verdad que no necesitamos gran cosa.

Digitized by Google

—Es verdad... Yo...»

Gloria no pudo seguir la frase, porque se sintieron pasos. Abrióse la puerta y apareció D. Buenaventura.

Digitized by Google

XXII

Esperanza de salvación.

«Vengo—dijo el buen caballero algo turbado,—á anunciarte una visita, y no podrás ahora negarte á recibirla, porque se trata de una cosa muy importante, muy grave, muy lisonjera. En resumidas cuentas, ahí está, y va á subir á verte, porque lo mando yo... Es cuestión de vida á muerte.»

Gloria no contestó una sola palabra; tan confundida y absorta estaba. Doña Serafina iba á decir algo, pero no pudo, porque su hermano se retiró con presteza. No tuvieron tiempo de hacer comentarios sobre aquella visita y el misterioso anuncio, porque al poco rato regresó D. Buenaventura acompañado de Daniel Morton, vestido completamente de negro, la faz hermosa y tétrica. Parecía recién salido de una enfermedad grave, ó que en una noche había vivido diez años. Gloria, al verle, sintió profundo desconcierto en todo su sér y se quedó como muerta. Turbóse de tal modo su espíritu, que creía soñar ó ser presa de un

Digitized by Google

delirio, cuando oyó á su tío pronunciar estas palabras:

«Querida Gloria, querida hermana, tengo el más vivo placer al anunciar á entrambas que nuestra santa religión ha hecho hoy una gran conquista. El Sr. Morton, que está presente, abraza el catolicismo.»

El efecto de estas palabras fué tremendo, como la voz de Jehová en las alturas. Gloria y su tía eran dos estatuas.

«Lo que mi ilustre amigo dice—manifestó Daniel,—es verdad. Al tomar esta resolución he creído deber anunciarlo á quien puede vanagloriarse de ser el ángel de mi conversión.»

Nada hay más glorioso ni más digno de regocijo para el cristianismo que la entrada de un infiel en el reino de Cristo; y sin embargo de esto, Serafinita, que era, como hemos visto, una especie de candidato á la perfección cristiana, experimentó en el primer momento, después de oída la plausible nueva, una contrariedad vivísima. Esta contrariedad, justo es decirlo, pasó como un relámpago, porque la rectitud que moraba en el espíritu de la buena señora ocupando todo el lugar que le permitía la exaltación mística, estableció el dominio del Verbo, de la razón universal, ó sea de la *luz verdadera que alumbra á todo hom-*

Digitized by Google

bre que viene á este mundo, según el Evangelista. Pero aun rindiendo culto á la razón externa, siempre quedó en el espíritu de la señora algo que no era el júbilo de la Iglesia triunfante. Podremos expresar, aunque pálidamente, el estado de su alma, diciendo que se *resignó á regocijarse* por la salvación del judío. Este sentimiento extraño tomaba la forma de *lástima de su sobrina,* por la desviación que iba á sufrir una preciosa vida llamada ya á las deliciosas esferas de la perfección.

«Querida hija—dijo D. Buenaventura, acariciando á Gloria,—al fin Dios ha oído tus oraciones, y vas á recobrar tu dicha, tu paz, tu dignidad, por el procedimiento más plausible que puede imaginarse. Estás de enhorabuena, y tu familia también.

—No quiero—dijo Morton dirigiéndose á Gloria,—que nadie se envanezca de esta resolución mía sino tú sola.

—Yo más querría—repuso ella animándose,—que tan hermosa acción se debiera antes á la santidad de la doctrina de Jesucristo que á mí.»

Serafinita se apresuró á tomar la palabra diciendo:

«Nosotros no dudamos que esa frase sublime *Soy cristiano,* haya sido dicha con lealtad;

Digitized by Google

no creemos que puedan los labios pronunciar el dulce nombre de Cristo mientras lo niega el corazón; pero este caballero no extrañará que exijamos alguna garantía. Para entrar en nuestra Iglesia es preciso recibir la instrucción cristiana y el agua del bautismo.

—Sé lo que me corresponde hacer—afirmó Morton gravemente,—y á todo estoy dispuesto.

—Tan grande, tan inesperado, tan sorprendente es este suceso—dijo Gloria con emoción, —que necesito esforzarme mucho para creerlo... ¡Tú adorar á Jesucristo!... Vuelve los ojos á esa cruz y júrame, por la imagen crucificada, que es verdad lo que me dices, que lo haces con el firme propósito de ser cristiano y no por móviles que no son religiosos, que persistirás en tu designio, y que crees firmemente que la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo es no sólo la mejor, sino la única verdadera.»

Blanco como el marfil de aquella hermosa imagen que tanto en el rostro se le parecía, estaba Daniel, cuando extendió la mano hacia la cruz, y con los ojos bajos habló así:

«Lo que dije, dicho está. Por ese... te juro que es verdadero el propósito que he formado.»

Más parecía reo convicto á quien el delito se le sale de la conciencia á los labios, que en

Digitized by Google

tusiasta neófito proclamando un Dios nuevo. En el mismo instante de pronunciar su juramento oyóse un sonido áspero, estridente, desagradable, que de los aires venía. No era tañido de campana, ni rumor de ruedas, ni rechinar de goznes, sino un horrible choque de tablas con piedras retumbando en hueco. Parecía que andaba por el cielo una legión de seres extraños calzados de almadreñas y bailando sobre guijarros.

«Ya tocan la carraca—dijo D. Buenaventura.—Sale la procesión... En cuanto á los trámites que ha de seguir este acontecimiento, mi hermano Angel los decidirá. ¿No crees tú lo mismo, Serafina? Ayer recibí una carta de Angel en que me decía que si hubiera conversión, él arreglaría todo de modo que en tres días quedase el bautismo celebrado y mi sobrina casada en paz y gracia de Dios. La extrañeza del caso es motivo para abreviar ciertas prácticas, y cuando mi hermano lo cree así, es porque la Iglesia lo permite. Por ahora —añadió dirigiéndose á Gloria,—creo que debemos fiar en su palabra.

—Fiaremos, sí—repuso Gloria mirando al extranjero con amor;—pero es tanto lo que esta idea me cautiva, es tanto el júbilo que siento, no por mi reparación, sino por tu con-

Digitized by Google

versión, que quiero oirte decir: «Creo en Dios uno y trino, creo en Jesucristo.» Es éste un gozo que me hace llorar. Es la compensación de todo lo que he padecido, la prueba visible, innegable de que mi Dios no me abandona, y la promesa del Paraíso... Adora esa cruz, besa esa imagen, representación del que tus ascendientes injuriaron, escupieron, abofetearon y crucificaron, y con una palabra, una voz sola, breve si quieres, pero salida del corazón, pruébame que en tu alma generosa, á la cual no faltaba más que la luz, ha entrado ya esa luz; pruébame, no que abrazas el cristianismo, sino que te sientes cristiano.»

Brillaba en los hermosos ojos de Gloria la inspiración divina. Sus palabras, como salidas de un corazón lleno de verdad, no podían oirse sin entusiasmo y devoción. El que ya no debemos llamar hebreo se levantó de su asiento. Estaba su rostro cadavérico, y sus manos temblaban como las del enfermo calenturiento.

«Creo en tu Dios, en el único Dios—afirmó con voz de delincuente,—en...»

No pudo decir más. Su brazo cayó como si perdiera la vida, é inclinando la cabeza exhaló un suspiro semejante á aquel inmortal suspiro del Cristo, tan bien expresado en el mo-

Digitized by Google

mento de la agonía por el artístico marfil que estaba sobre la mesa.

«Perdóname, amor y salvación mía—balbució Morton,—perdónenme todos; pero no estoy suficientemente instruído aún en los dogmas cristianos, y temo decir algo que sea resabio del culto que abandono.»

Gloria rogó al catecúmeno que se sentase. Le causaba terror su palidez, su consternación y sobresalto; pero esto tenía explicación satisfactoria por la singularidad de aquel acto y el trastorno que la presencia de la mujer amada debía producir en el alma del extranjero.

Venía de la plaza de Lantigua un rumor de gente y de religiosos cánticos. Pasaba la procesión de Jueves Santo, y Serafinita, corriendo al balcón, se arrodilló. Todos la imitaron. Gloria y Daniel estaban juntos á la derecha de la señora; D. Buenaventura á la izquierda.

Tras cuatro guardias civiles que iban despejando, pasó el negro pendón enarbolado por un hombre; pasó la cruz negra, acompañada de los dos ciriales; siguió el primero de los pasos, que era la *Oración en el Huerto*, y los que conducían cruz, pendón, cirios é imagen, se quedaron mirando al balcón de Lantigua, donde había una cosa extraordinaria, inaudita: el

Digitized by Google

judío de rodillas, mirando la procesión. A la derecha se veía el alambre telegráfico lleno de pájaros en fila, con tanto comedimiento y gravedad atentos á la comitiva, que parecían tocados de la más pura devoción.

Oíanse allá lejos los acordes de fúnebre marcha, tañida por los implacables trombones y cornetines de la banda del pueblo, y la larga masa de gente avanzaba despacio por la calle principal. De las descubiertas cabezas sobresalían los ramos de oliva del primer paso, el flotante vestido de terciopelo bordado de oro, los feroces judíos azotadores, y más atrás una señora vestida de negro y un palio negro también. Pasó la primera imagen, pasaron dos filas de individuos que componían la cofradía más numerosa de Ficóbriga, todos con vela en la mano, y ni uno solo dejó de apartar su vista y su mente de los lastimosos cuadros de la Pasión para fijarlas en la casa de Lantigua.

Antes de que acabase la larga fila de los cofrades, vino el grupo de los azotes, y hasta los feroces judíos de sañudo aspecto parecía que se quedaban mirando al balcón de Lantigua, suspendiendo sus impíos golpes. Gran número de mujeres rodeaban aquel grupo, encapotadas con negros mantos las unas, otras con humildes pañuelos, señoras y aldeanas, amas

Digitized by Google

y criadas, niñas y viejas, todas con los ojos encendidos de llorar; pero al llegar á la plaza, ni una sola dejó de encontrar más interesante que todos los pasos el balcón de Lantigua, y un rumor de comentarios y una oleada de cuchicheos corrieron por la superficie de aquel mar de gente.

Tras el segundo paso iban los penitentes, hombres que habían venido de inmediatos pueblos á visitar el monumento y á expiar sus culpas mediante el transporte de una grande y pesada cruz. Iban con el santo leño á cuestas, y vestían la tradicional hopa negra con capuchón calado, sin ningún resquicio por donde se violase el incógnito, ni más ventilación que los dos agujeros por donde daban luz á sus ojos. También ellos, á pesar de hallarse acongojados por la memoria de las faltas que expiaban sudando la gota gorda, miraron por sus espantables claraboyas al balcón de Lantigua.

Venía después el Crucificado, y por fin la Dolorosa, y alrededor de ella estaba lo más notable del pueblo. Los señores alcurniados llevaban las varas del palio, que iba detrás, como de respeto; seguía el clero, y por último el Ayuntamiento con la banda de música y la media compañía de carabineros. Marineros y

Digitized by Google

señores, los del palio, y los que cargaban la imagen, clérigos y monaguillos, Sildo con el incensario y Caifás con el piporro, cantores y alguaciles, el soplado alcalde D. Juan y el jefe de los carabineros, los chicos que agitaban en la inquieta mano las carracas, todo lo viviente, en fin, miraba al balcón de Lantigua. El cura dijo algunas palabras por lo bajo al Padre Poquito, y Amarillo frunció el ceño, como enojado de que un gran suceso excitara la curiosidad sin su permiso.

Digitized by Google

XXIII

Los viajeros.

Y como aquel día debía ser notable en la villa de Ficóbriga por la acumulación de acontecimientos imprevistos y sorprendentes, bien pronto la atención del pueblo se fijó en otra novedad. Y he aquí que al salir de la plaza de Lantigua al camino real, la Guardia civil divisó un coche, al cual mandó que se detuviera. El del pendón y los conductores del primer paso miraron airados al importuno vehículo, que avanzaba entorpeciendo la vía, cuando por la portezuela izquierda de él apareció el semblante de una hermosa dama desconocida. Comenzaban los murmullos, cuando por la portezuela derecha vióse un sombrero de colores y bajo él la risueña, la seráfica, la angelical cara de D. Angel de Lantigua. El señor Arzobispo de X*** gritó al cochero: «Pare usted, pare usted... no entorpezcamos la procesión.»

E incontinenti bajó Su Eminencia, acompañado del doctor Sedeño, y quitándose el

Digitized by Google

sombrero saludó á las santas imágenes. Un clamor inmenso resonó en la cabeza de la procesión, clamor que fué propagándose y retumbando como los ecos del trueno hasta llegar á la cola. El clamor decía: «¡Viva el Cardenal de Lantigual ¡Viva!»

Poco faltó para que los pasos fueran abandonados en medio de la vía, y cogido en brazos y llevado en procesión el glorioso hijo de Ficóbriga, á quien sus paisanos no habían visto desde que fuera elevado al cardenalato. D. Angel lloraba de agradecimiento.

Pero el entusiasmo ficobrigense no impidió que todos y cada uno de los acompañantes de la procesión se fijase en un hecho singularísimo. En el coche de Su Eminencia venían dos señoras, una de ellas muy principal y soberanamente hermosa; la otra con aspecto de subordinación, mas no tan humilde que pareciese criada. Ambas bajaron del carruaje cuando el señor Cardenal lo abandonó, y contemplaban la procesión con más curiosidad que recogimiento.

¿Quiénes eran? Esto preguntaban todos los que al pasar las vieron, y en largo trecho no se habló de otra cosa que de las dos damas que exornaban con su belleza el carruaje cardenalicio. D. Juan Amarillo lanzó sobre ellas

Digitized by Google

un rayo de autoridad en forma de mirada altanera, indagadora, terrible; pero las dos señoras, que sin duda no estaban hechas á miradas de alcalde, soltaron la risa. D. Juan, llamando al alguacil, fulminó al punto una orden, diciéndole corriese á ver *qué casta de pájaros* eran aquéllos y por qué estaban allí, y por qué miraban la procesión, y por qué llevaban sombrero, y por qué reían, y, en fin, por qué respiraban sin permiso del Ayuntamiento. A la casa de Lantigua llegó el rumor de los vivas y aclamaciones con que era recibido el Cardenal; y pasado el bullicio procesionil y despejada la plazuela, D. Buenaventura salió al encuentro de su hermano, á quien dió estrechísimos abrazos.

«Por un milagro de Dios me tienes vivo—dijo D. Angel sonriendo.—Si aún me asombro de tener brazos y piernas... ¡Ay! hijo, creí que no me había quedado hueso sano.

—¿Ha volcado tu coche?

—En la peligrosísima cuesta de San Lucas. Figúrate qué paso tan malo. No fuimos al río porque Dios nos reserva para dar que hacer un poco todavía. El coche quedó inútil... dos ruedas menos, una ballesta rota. Por fortuna nuestra, esta señora...»

El Arzobispo señaló á las dos señoras que

Digitized by Google

no lejos de él estaban, mientras D. Buenaventura se apresuraba á saludarlas con hidalga cortesanía.

«Esta buena señora—continuó Su Eminencia,—esta buena alma que á la sazón pasaba, tuvo la bondad de ofrecerme su coche, y yo abusé de su finura aceptándolo. Dios se lo pague... ¿Y qué novedad hay por casa, querido hermano?»

El alguacil, no atreviéndose á meterse con las señoras desde que las vió tan mano á mano con los Lantiguas, se ocupó en apartar á los chicos que rodeaban al Cardenal besuqueándole la mano y estorbándole el paso.

«Gran novedad en casa,—dijo D. Buenaventura.

—¿Hay algún enfermo?

—No: todos buenos. Gloria un poco delicada, bastante delicada; pero es seguro que ahora se repondrá en breve tiempo. Así lo ha dicho el médico.

—Señora—dijo Su Eminencia á la viajera, —ruego á usted que si se detiene en Ficóbriga, acepte un humilde hospedaje en mi casa.

—Gracias—repuso con afabilidad graciosa la dama,—muchas gracias, señor Cardenal.

—Pues no quiero que ignores más tiempo este fausto suceso—dijo D. Buenaventura.—

Digitized by Google

Sabrás que Daniel Morton se nos convierte al catolicismo.»

D. Angel abría su venerable boca para lanzar exclamaciones de sorpresa ó de júbilo, cuando la señora desconocida dió un paso hacia ellos diciendo:

«Caballero, si no temiera molestar..

—Señora...»

Ambos hermanos sonreían con afabilidad.

«Caballero—dijo después de una pausa la desconocida dama,—ruego á usted que se digne indicarme el alojamiento de mi hijo.

—¿Y quién es su hijo de usted, señora?

—Ese que acaba usted de nombrar.

—Daniel... Precisamente le dejé en nuestra casa. Si usted gusta...

—Gracias—repuso la dama secamente.—Dígnese usted señalarme la casa donde habita mi hijo.»

El señor Arzobispo, poniendo el semblante más serio del mundo, hizo á la extranjera una cortés reverencia, y acompañado de Sedeño y seguido del inocente enjambre de chiquillos, marchó cojeando hacia la casa de Lantigua, mientras D. Buenaventura, brindándose á acompañar á las señoras, las guiaba por las calles de Ficóbriga.

Digitized by Google

XXIV

Las leñadoras de Ficóbriga.

Cuando Isidorita la del Rebenque vió entrar á aquella señora tan apersonada, tan guapa, tan seria, con tan peregrina elegancia vestida; cuando vió que era seguida de otra mujer menos hermosa, que no parecía ama, pero tampoco criada; cuando vió que tras el coche ocupado por ellas vino un segundo vehículo con equipajes, y que todo esto, mujeres y baúles, se aposentaba en su casa, divisó un dorado horizonte de libras esterlinas; y no pudiendo resistir el gozo que de su espíritu se amparaba por aquella razón, mandó llamar á sus amigas para contarles lo que ocurría, y rogarles le prestasen alguna loza y ajuar de camas. El resto de la tarde del jueves lo pasó disponiendo el alojamiento de las dos señoras, á quienes trató con la más delicada complacencia, multiplicándose para servirlas, ponderándoles las excelentes vistas de la casa (de cuyos balcones se dominaba media Abadía, parte del cemen-

Digitized by Google

terio y el palo de la bandera del Consistorio), preguntándoles lo que deseaban; confinando á sus chicos á lo más remoto de la casa para que no hiciesen ruido; amenazando con un palo á su esposo para que no osase importunar á las forasteras con sus sandeces; disponiendo comida, transportando muebles...

Al anochecer entró Teresita la Monja, apresurada, jadeante, sin perder por esto el brillo metálico de su faz, y al poco rato vióse llegar el abultado pecho, viéronse las morenas facciones de la *Gobernadora de las armas*, sudorosa y fatigada por haber seguido á la procesión en todo su trayecto.

«Esta noche no voy á las Lamentaciones—dijo Teresita quitándose el manto.—No me muevo de aquí hasta ver en qué para esto.

—Es la madre del judío—dijo la *Gobernadora*.—Esa voz se ha corrido por el pueblo. No se habla de otra cosa. Dicen que viene también á convertirse.»

Estaban en el comedor de la casa, y habían mandado á los chicos y al padre á las Lamentaciones para que no alborotasen.

«Pero esos Lantiguas, esos Lantiguas, ¿en qué están pensando?—dijo Teresita.—No quiero acordarme del escándalo de esta tarde.

—Yo me quedé muerta al verles juntos en el

Digitized by Google

balcón—manifestó la *Gobernadora*.—Aunque una oye decir que se convierte...

—¡Convertirse!—exclamó Teresita en tono de rencor.—¡Qué tontas sois! ¿Creéis tal cosa? Yo no. Por Juan sé que eso de la conversión es una farsa de Venturita. Pues no faltaba más... Eso querría la mimosa, la tonta de encargo, para casarse y recobrar su honor... ¡Oh! no: cuando se han cometido ciertas faltas, es fuerza pagarlas. Si los malos fueran recompensados, ¡qué detestable ejemplo para los buenos! Nadie querría ser bueno, ¿verdad?

—¿Y ha llegado el Cardenal?

—Ha llegado junto con la judía... ¡qué cosas se ven! Estos Lantiguas... Parece que se rompió por la mitad el coche de Su Eminencia... Yo digo que aquí va á pasar algo tremendo. Tú, Isidorilla, es la que vas ganando, porque entran libras esterlinas que es una bendición de Dios. ¡Ay, Jesús, qué blasfemia he dicho! El dinero de esa gente...

—Es como el de todo el mundo—dijo Isidorita en defensa de su amor propio.—No hables mal de la judía, porque es una señora muy fina, muy guapa, muy decente. ¡Si vieras qué equipajes!...

—¡Cuántos baúles!

—¿Grandes?

Digitized by Google

—Como hoy y mañana. Imagínate lo más rico, lo más variado en trajes, sombreros, adornos... ¡Jesús, y qué bendición de Dios!

—¿Los has visto tú?

—No, porque no los han abierto... es decir, han abierto un poquito; pero allí deben de venir maravillas. Y la señorita que la acompaña es también muy guapetona.

—Si pudiéramos verlas...—dijo Teresita levantándose con afanosa curiosidad.

—No me comprometas, Teresa. Ahora están encerrados la madre y el hijo en el cuarto de éste. Yo me acerqué y les oí.

—¿Qué decían, qué decían?

—Cosas... así... no sé cómo expresártelo, porque hablaban en alemán ó inglés... no sé. Bartolo dijo que le parecía inglés. Yo no entendía una palabra.

—¿Pero reñían?

—Nada de eso. Hablaban al parecer cariñosamente.

—¿Y el hijo entró...?

—A poco de llegar la madre. ¡Venía el pobre con una cara!... Pasó toda la noche fuera de casa.

—Cuéntamelo á mí que le sentí entrar de madrugada en casa de Lantigua...—dijo Teresita con animación.—Y llevaba en brazos á la

Digitized by Google

joya de los Lantiguas... ¡á las dos de la mañana, señoras!... Vamos, digo que esa familia... ¡pero qué familia! Y óigales usted... ¡Oh! ¡Ah!... La nobilísima, la inmaculada, la celestial familia de Lantigua, la gloria de Ficóbriga... ¡En qué mundo vivimos!

—Pues de la conversión me río yo—dijo la *Gobernadora*.—Esta mañana volvió él á casa de Lantigua con D. Buenaventura.

—Como que al venir aquí—dijo Isiderita,—después de pasar la noche fuera, escribió una larga carta, fué á echarla al correo, volvió, mandó un recado á D. Buenaventura, vino éste, hablaron los dos un gran rato, y después se marcharon juntos á la casa.

—Yo lo que sé es que Gloria estaba mala esta mañana. Me lo dijo la Francisca... La joya de Ficóbriga estaba muy encarnada cuando salió al balcón... Ya se ve... Como anoche se descubrió la tramoya indigna de las salidas nocturnas de la niña con el hebreo... Y vaya usted á decir á estos burros de Ficóbriga que los Lantiguas no son ángeles del cielo... ¡Ah! ¡Oh, los señores...! parece que no hay en el mundo más gente formal que ellos, ni más gente rica que ellos, ni ningún santo de los altares se iguala á D. Angel, ni hay hombre más sabio que el difunto D. Juan.

Digitized by Google

—Lo mejor que puede hacer la niña es meterse en un convento,—dijo la *Gobernadora* con enérgica convicción.

—Es claro... meterse en un convento, salir de aquí y que no volvamos á oir hablar de ella en lo que nos queda de vida... Es preciso que esa mujer, que es el escándalo de Ficóbriga, se marche de aquí... ¡Qué ejemplo para la juventud, para las muchachas tiernas y honestas de este honrado pueblo! Yo me horripilo cuando oigo á mis sobrinas hablar de la desgracia de la señorita Gloria, y que es una lástima que la señorita Gloria se haya perdido, de lo guapa que es la señorita Gloria, de las modas que usaba la señorita Gloria y de las limosnas que hacía la señorita Gloria.

—No hay duda de que es un escándalo.

—Si se casa con el convertido, ¿apostamos á que sigue viviendo en Ficóbriga?

—No quiero pensarlo... Pues qué, ¿no hay más que rehabilitarse?... Esta villa se escandalizará, y con razón. Pues no faltaba más. La joya ha tenido un niño. Eso bien lo sabemos todas...

—¿Y dónde está?

—En una aldea. Yo he de averiguarlo. Ya lo tengo medio averiguado. Vaya, que los Lantiguas saben ocultar muy bien sus secre-

Digitized by Google

tos, es decir, cuando son vergonzosos, porque si se trata de alguna limosna, ya lo cacarean bien. Hasta los periódicos de Madrid han de traer un parrafito. Ya sabemos que D. Silvestre es el que manda á los papeles de la Corte esas recetas. No sé por qué no puso: «En la noche del tantos de tal mes la señorita Doña Gloria de Lantigua, *alias* la perla de Ficóbriga, sobrina del Eminentísimo señor Cardenal, dió á luz un niño robusto, aunque sietemesino, hijo de padre desconocido, aunque se supone que será de un judío á quien escupió el mar en Ficóbriga, y fué aposentado en casa de Lantigua para edificación de los cristianos.»

Las dos amigas soltaron la risa.

Siguieron hablando. Sus lenguas eran tres hachas y ellas tres implacables leñadoras. Hallábanse en lo más sabroso de su sabrosísimo chismear, cuando entró Sansón á decir al ama de la casa que la señora de Morton quería hablarle. Partió con oficiosa diligencia Isidorita después de quitarse el delantal de cocina para presentarse decentemente, y halló á la madre, al hijo y á la señorita de compañía sentados alrededor de una mesa en que había periódicos ingleses. La actitud de Daniel era tranquila, si bien conservaba en su fisonomía

Digitized by Google

huellas de profundísimo dolor y tristeza. En cambio, la madre parecía completamente feliz por la presencia de su hijo, y le observaba con interés y amor. La señorita de compañía no decía nada, ni en la casa de la del Rebenque quedó memoria de su metal de voz. Era una figura decorativa que, por lo delicada y vaporosa, hacía contraste con la ruda corpulencia de Sansón.

Isidorita llegó sonriente y deshaciéndose en cumplidos ante la persona majestuosa de Esther, que así se llamaba la madre de nuestro héroe. Esta le rogó amablemente que se sentase (á lo cual no quiso acceder la patrona), y después le dió algunas órdenes relativas á lo que deseaban tomar aquella noche.

«Otro favor espero de usted—añadió con bondad.—Mi hijo está malo. No quiero dejarle solo esta noche. Si usted dispone que me pongan mi cama en este cuarto, se lo agradeceré.

—Con mil amores, señora. Pues no faltaba más. En cuanto venga Bartolomé traeremos la cama... porque es algo pesada. Como que es toda de hierro, inglesa; sí, señora, inglesa. ¿Qué más?

—Nada más por ahora. No quiero entretener á usted, que tendrá quehaceres.

Digitized by Google

—¡Oh! no, señora. No hacía nada. Estaba hablando con mis amigas.»

Esther sintió gran curiosidad, y de buena gana habría preguntado: «¿Qué amigas son esas?» Felizmente, Isidorita, que entonces como siempre tenía ganas de hablar más de la cuenta, haciendo alarde de sus buenas relaciones, dijo:

«Mis amigas... mi cuñada Teresa, esposa del alcalde de Ficóbriga y persona de elevadísima posición, y la señora del *Gobernador de las armas*.

—¡Ah—dijo Esther con viveza,—la señora del alcalde!... Mi hijo me ha dicho que al señor alcalde de Ficóbriga debe este alojamiento, donde se halla tan bien tratado.

—Gracias, señora.

—Deseo conocer al señor alcalde y á su esposa,—añadió Esther.

—Teresa tendrá mucho gusto en ello, señora. Voy á avisarle.»

Esther pasó á la sala, que cerca estaba, mientras Isidorita corría desalada á avisar á sus amigas, y especialmente á Teresita.

«No te importe que no sea cristiana—le dijo hablando con celeridad suma.—Es una señora muy simpática y muy afable... ¡Ya se ve! Llega á esta población, y le gusta tratar

Digitized by Google

con lo mejor. Desde que supo que eras alcaldesa, deseó conocerte... ¡Es natural!... Los extranjeros son muy respetuosos con la autoridad... Puede que haya oído hablar de tí, mujer...

—La veremos—dijo Teresita arreglándose el manto, pasándose la mano por la cara, poniendo orden en sus cabellos con febril presteza.—La religión no nos manda que seamos groseros... Vamos corriendito... Vamos... ¡Ya se ve! Es una señora principal, que gusta de hacerse buenas relaciones en todas partes.»

La cara de Teresita brillaba más entonces. Aquel lustre metálico era el síntoma de las agitaciones de su alma, lo mismo que el aumento de palidez, y un cierto temblor en sus párpados, que se abrían y cerraban semejando las llaves de un figle. Corrieron á la sala. La *Gobernadora* y la Monja hicieron á *madama Esther* (así se la llamó en Ficóbriga desde aquel día) saludos muy reverenciosos. Hallábanse ambas bastante cohibidas y no podían expresarse con desembarazo. La madre de Daniel les dió la mano, sonriendo con exquisita afabilidad, y las tres se sentaron.

«Pido á ustedes mil perdones por esta molestia—dijo Esther.—Soy forastera, y siempre que visito una población procuro relacionar-

Digitized by Google

me con las personas más principales de ella, para ofrecerles mis respetos. En ninguna parte ha sido estorbo para esto la diferencia de religión, y espero que aquí no lo será tampoco.

—¡Oh! no, señora, de ningún modo. Las creencias son una cosa y la cortesía otra,—repuso Teresita, recobrando su serenidad y su labia.

La *Gobernadora* movió la cabeza en señal de asentimiento.

«Al oir á nuestra amiga, la buena Isidorita, que usted era la señora del alcalde, recordé lo que me había dicho poco antes mi hijo... Está muy agradecido á su esposo de usted...

—¡Ah! señora. Mi Juan, al proporcionarle alojamiento—repuso Teresita, haciendo vivos esfuerzos para aparecer muy fina y dulcificar sus palabras,—no hizo más que cumplir con los deberes de su elevado cargo.

—Yo le agradezco mucho su solicitud—añadió Esther,—y quiero darle las gracias personalmente.

—El vendrá...

—No: espero de usted que me hará el favor de recibirme en su casa, á donde iré mañana mismo.

—Tanto honor...

—El honor será mío al visitarla á usted y á

Digitized by Google

su señor esposo en su propio domicilio. Además, ya he dicho á usted que me gusta relacionarme con las personas principales de una población. Lo mismo he hecho en Roma, Colonia, Munich, San Petersburgo... Esto me ha proporcionado preciosas amistades en todos los países.

—En Ficóbriga, señora mía—afirmó Teresita,—hallará usted una sociedad escogida, aunque modesta.»

La *Gobernadora* demostró con sus movimientos de cabeza que estaba penetrada de aquella verdad; pero no dijo nada. Hablóse luego de cosas indiferentes, del tiempo, de la primavera; de las cosechas y frutos del país. A los veinte minutos de visita, Teresita y su amiga se levantaron para retirarse, diciendo que no querían molestar, porque Madama Esther necesitaría descanso. Esta las convidó á tomar te; pero ellas amablemente se excusaron, y despidiéndose, internáronse en la casa. La algazara de las tres mujeres cuando se hallaron solas á puerta cerrada en el comedor no puede describirse. Teresita echó atrás su manto, porque la vanidad, tomando forma de incendio en su interior, la sofocaba.

«¡Qué afable y discreta señora!

—¿Quién diría que no es cristiana?

Digitized by Google

—Mañana irá á mi casa. Necesito preparar á Juan, no sea que cometa una gansada... No se debe llevar el puntillo de religión á tales extremos. ¡Qué tontería! Una persona puede tener sus creencias allá como Dios le da á entender, y ser buena y amable... No vamos á tirar piedras por la fe... Sería una falta de civilización... Bien dicen, que este país está muy atrasado.

—Teresa—dijo la *Gobernadora*.—¿Viste el brillante que lleva en el dedo de la mano derecha?

—Sí, hija: es como una castaña. ¡Y qué luces! Si parece un faro. Así los tendrá ella por docenas y las perlas por almudes.

—Como que dicen que posee esta gente tantos duros como horas han pasado desde que Dios hizo el mundo... De veras te digo que me ha gustado esta señora. Bien dice Bartolomé, que en todas las religiones se sirve al Señor... Sabe Dios lo que tendrán ellos en su conciencia... Puede que sean cristianos y no lo quieran decir por no dar su brazo á torcer.

—Yo me lo figuro así.

—También yo.

—Es natural que quiera conocer á las personas principales de todo pueblo que visita—dijo Teresita, cuya cara brillaba ya como un botón de guardia civil en día de gala.—En se-

Digitized by Google

guida que oyó hablar de la señora del alcalde... Era natural... Aquí tenéis una señora inteligente que en cuanto llega á un pueblo atisba á las personas formales... Vamos, gracias á Dios que llega á Ficóbriga un forastero y no pregunta por la casa de Lantigua, exclamando: «¡Oh! ¡los Lantiguas!...» ¡Gracias á Dios que no se nombra para nada á los virtuosos, á los sabios, á los ilustres Lantiguas!... Voy corriendo á casa... Pensaba alcanzar un pedacito de Lamentaciones; pero ¿quién piensa en eso esta noche? Es preciso preparar todo... Mi casa no es una choza, y esperando yo una visita de importancia... Ya no te puedo prestar la vajilla, Isidora.

—Pues qué, ¿vas á darle un convite?

—No; pero bueno es que la loza esté allí, en alguna parte donde se vea... Juan mandará que los dos alguaciles se pongan en la puerta... y la pareja de Guardia civil... Adiós, adiós.

—Yo me estaré en tu casa todo el día,—dijo la *Gobernadora*.

—Mandaré á buscar á mis sobrinas... En fin, adiós. Me desespera tener una casa tan vieja. Compre usted buenos muebles... Todo se desluce en aquel caserón. Si yo tuviera el palacio de Lantigua, como es justo y razonable... En fin, adiós, adiós.»

Digitized by Google

XXV

Todo marcha á pedir de boca.

No las tenía todas consigo el prudente Don Buenaventura con la llegada importunísima de la madre de Daniel. En cuanto á la aparición del purpurado, si al principio creyó ver en ella un motivo de entorpecimiento, pronto cambió de parecer. Su Eminencia, variando de ideas y propósitos con la estupenda nueva de la conversión, mostrábase en extremo tolerante, contento de aquel desenlace felicísimo, dos veces lisonjero por el triunfo de la Iglesia y por la regeneración social de su adorada sobrinita. El Viernes al mediodía, después de la ceremonia de la adoración de la Cruz, á que asistieron el Prelado y el pueblo entero con grandísimo recogimiento, D. Angel habló á su hermano de una manera categórica, diciéndole:

«Siendo sincero su propósito de abrazar nuestra religión, como tú aseguras, todo cambia, hermano, todo es ya fácil y llano. El Señor se apiada de nosotros y nos saca súbita-

Digitized by Google

mente de nuestras confusiones y zozobras por uno de esos admirables caminos que Él solo sabe abrir. Vine con el ánimo preocupado y tenebroso, presagiando nuevas desdichas; pero he aquí que en vez de obscuridad encuentro luz, en vez de torbellino de dudas una solución clara y natural... Ahora te diré cuál es el plan que me propongo seguir para que todo quede arreglado en un par de días. Roma, siempre previsora y sabia, ha dispuesto que en casos de conciencia se aceleren las formalidades y prácticas establecidas para dar entrada en la Iglesia á un catecúmeno. Aquí tenemos bien claro el caso de conciencia. Si no hubiera existido la prevaricación, procederíamos con más solemnidad y pausa; pero la conciencia inquieta exige que no se dilate la bendición purificadora. La reparación social y religiosa es urgente, hermano mío, y la Iglesia da una prueba de benignidad apresurándola.»

De buena gana habría manifestado D. Buenaventura que le parecía inconsecuente, injusto y hasta inmoral este criterio romano que abrevia y dispensa en casos de prevaricación, mientras mortifica con dilaciones y obstáculos de todas clases á los individuos que sin rubor en la cara piden juntamente bautismo y matri-

Digitized by Google

monio; pero creyendo más prudente no hacer observaciones, calló.

«Yo había previsto este caso—añadió Su Eminencia,—como los había previsto todos, y no me coge desapercibido. Traigo de Roma instrucciones precisas, y sé lo que debo hacer. El primer acto para llegar al fin es que Daniel Morton se presente ante toda la familia reunida, y declare solemnemente su propósito de abrazar nuestra santa religión y de dar su mano de esposo á esa pobre joven, víctima de un arrebato de la fantasía. Declarado esto, el catecúmeno se someterá absolutamente á mí, prometiéndome obediencia ciega y poniéndose á mi disposición para recibir la enseñanza cristiana. Renunciando á toda influencia extraña y de familia, no reconocerá más autoridad que la mía, y vivirá por espacio de dos ó tres días en reclusión estrecha y en sitio que yo le designe. Exigiré de él una abdicación absoluta de su voluntad durante este plazo, un propósito firme y claro de recibir la instrucción cristiana, y le pediré pruebas de devoción. Sin esto no adelantaremos nada.»

D. Buenaventura frunció ligeramente el ceño; mas su seráfico hermano, sin advertirlo, continuó así:

«Cuando se halle en disposición de recibir

Digitized by Google

el bautismo, á juicio mío, yo se lo administraré; y á continuación, sin aparato ni ceremonias pomposas ni asistencia del público, les daré la bendición matrimonial. Todo podrá quedar terminado el segundo ó tercer día de Pascua... ¡Oh! qué grandísimo favor me hará Dios si permite que sea yo quien diga á ese infeliz réprobo de raza deicida y que tantos trastornos y desgracias ha traído á nuestra familia: «Ven: todas tus faltas te son perdonadas. Si bebes del agua que yo te daré, para siempre no tendrás sed, porque será en tí una fuente de agua que salte para vida eterna...» Admiremos los designios de Dios, que nos trajo con ese hombre tantas desgracias, y limpiemos el corazón de todo encono. Tengo la íntima seguridad de que nuestro difunto hermano Juan haría en el caso presente lo mismo que hacemos nosotros.»

D. Buenaventura manifestó que para acelerar en lo posible la solución, declarase aquella misma tarde Daniel su propósito en presencia de la familia. Mas el virtuoso Prelado dijo que no quería privarse de oir el sermón de la Soledad, que D. Silvestre predicaría aquella tarde, y que el día siguiente, Sábado Santo, señalado por la Iglesia para la admisión solemne de los catecúmenos, era el más propio.

Digitized by Google

«¿Temes que esa Doña Esther contraríe su buen propósito?—añadió.—Si la conversión es sincera no hay que temer. No hay vigor que se iguale al de un alma iluminada por los destellos de la gracia divina y que se decide á echarse fuera de las tinieblas. Ni madres, ni padres, ni abuelos pueden nada contra un alma que ha visto la salvación y corre hacia ella.»

Otras cosas santas y bellas dijo el Cardenal; mas no son del caso. D. Buenaventura corrió á casa del hebreo, á quien no encontró, ni tampoco á su madre, que había ido con la señorita de compañía á visitar ¡cosa inaudita! al Sr. de Amarillo y su esposa. El único de la raza que estaba allí era Sansón, preparándose con ayunos y mortificaciones, como muy devoto que era, para la celebración de la Pascua rabínica. A ratos leía el Salterio en alta voz con gestos que hacían reir á todos los de la casa, y como esto gastaba sus poderosas fuerzas, se confortaba al punto con cuatro ó seis chuletas como ruedas de carro y botellas de cerveza.

Después de buscar á Daniel por todo el pueblo, D. Buenaventura le halló en casa de Caifás, circunstancia que no dejó de causarle extrañeza. Informóle del plan de D. Angel, te-

Digitized by Google

niendo el gusto de que el hebreo lo creyese acertado por todos conceptos. De nuevo hizo protestas de la firmeza de su propósito, asegurando que la intervención y los halagos de su madre no le harían vacilar. Con todas estas cosas hallábase el generoso Lantigua muy satisfecho. Pero enturbiaba ligeramente su gozo la idea de la mala salud de Gloria, que en los últimos días padecía frecuentes accesos febriles, en los cuales alternaba con el agotamiento de las fuerzas, una actividad abrasadora y una como acumulación de vida, que á borbotones salía por los ojos, mirando, y por la boca hablando. D. Nicomedes, médico titular de Ficóbriga, á quien Lantigua encontró aquella tarde, le hizo una pintura hipotética, no muy lisonjera, del estado en que á su parecer debían de hallarse el corazón y el cerebro de Gloria. Era el tal hombre excelente y muy sabio, soldado viejo de las batallas contra la muerte, y vivía en un pueblo tan obscuro por amor á la soledad y porque se había cansado de ganar dinero en las grandes poblaciones. Tenía vivísimo afecto á los Lantiguas, y era decidor algo extravagante. Pasaba por librepensador, aunque iba á misa, y se le veía en perenne paseo por los campos, ya contemplando la Naturaleza, ya de cabaña en cabaña, sin

Digitized by Google

más compañía que la de dos seres para él muy queridos: un perro negro y un paraguas azul.

Este hombre benéfico se alegró mucho cuando D. Buenaventura le dijo que las cosas iban á buen andar por el camino del casorio, y expresó en breves palabras su pensamiento, asegurando que la dilatación moral salvaría á la enferma; pero que la contracción la mataría. Condenó el misticismo como la más perniciosa congestión espiritual que podía sobrevenir á la enferma, y el descargo de un enorme peso del alma le pareció excelente antiflogístico. La paz, el contento y el amor humano, en su esplendente y natural desarrollo, armonizado con el divino, le parecieron admirables emolientes.

Tranquilizado con este dictamen el buen tío, se dirigió á su casa, no sin prestar antes frívola atención á los rumores que en toda aquella tarde ocuparon á Ficóbriga, robando á la villa hasta la devoción propia de tan luctuoso día... ¡Sí: Madama Esther había visitado á D. Juan Amarillo y á su esposa! ¡Y ella y él la habían recibido, á pesar de ser Viernes Santo! ¡Y estaban en la casa las sobrinas de Teresita y la *Gobernadora* y otras muchas damas de lo más principal y florido de Ficóbriga!... ¡Y la casa parecía un ascua de oro!... ¡Y

Digitized by Google

Madama Esther se había mostrado muy amable, muy cariñosa con D. Juan y con Teresita!... ¡Y se decía que Madama Esther, quitándose del dedo un anillo con brillante de gran tamaño, lo había ofrecido á la señora de Amarillo, que, después de rehusarlo cortesmente, se dignó tomarlo!

Digitized by Google

XXVI

Madama Esther.

Esther Spinoza, mujer de Moisés Morton, opulentísimo negociante de Hamburgo, establecido últimamente en Londres, descendía, lo mismo que su esposo, de una familia hebrea española; pero si el linaje de Morton aparecía confuso por los enlaces con castas alemanas y holandesas, el de Spinoza conservábase puro, y siguiendo su clara genealogía, podían los últimos vástagos de él remontarse hasta Daniel Spinoza, judío de Córdoba, comprendido en la proscripción de 1492. Era Esther Spinoza española de sangre, si no de nacimiento, española por la gravedad, por la vehemencia contenida, por la fidelidad de los deberes, por la luz y la expresión melancólica de sus ojos negros, su esbelta figura y su gracioso andar.

Era además española por la lengua, pues desde la cuna aprendió á hablar como Nebrija. Sabido es que todas las familias israelitas que proceden de las expulsiones españolas conservan su lengua, aunque adulterada por la

Digitized by Google

falta de renovación, y todo el que viaje hoy por Constantinopla, Salónica, Jerusalén, Venecia, Roma, el Cairo, por todos los puntos en donde buscó refugio aquel miserable polvo humano arrojado de este suelo, oye hablar un castellano arcáico, que produce en el ánimo dulce y melancólica sorpresa, cual si oyera un eco de la patria pasada y muerta, que aun después de cuatro siglos lanza desde el fondo de la tierra su gemido. Los hebreo-españoles, la mayor parte degenerados, conservan la lengua de sus mayores, y leen sus oraciones en los libros rabínicos impresos en nuestro idioma. Subsiste en ellos el amor al suelo antiguo que no han de volver á ver, y lo lloran como lloraban hace dos mil quinientos años sobre los ríos de Babilonia. En los judíos ricos no se conservó tanto esa costumbre. Los Spinozas amaban, sí, aquella triste memoria de la perdida patria madrastra; pero Esther la aborrecía de todo corazón, exceptuando tan sólo la lengua, que cultivó con esmero y enseñó á todos sus hijos.

No profesaba su religión con entusiasta fervor, pero sí con lealtad, es decir, con un sentimiento dulce y firme; más que devoción, respeto á los mayores, amor al nombre y á la historia de una casta desgraciada. Esta era

Digitized by Google

objeto de su pasión más viva, de un fanatismo capaz de reproducir en ella, si los tiempos lo consintieran, las grandes figuras de Débora, la hembra-juez; de Jael, la que con un clavo mataba al enemigo; de la trágica Judit y la dulce Esther. La moral la cautivaba; pero el rito no merecía de ella el mismo amor, y si lo practicaba con sus hijos y deudos, hacíalo por creer que convenía perpetuar aquel poderoso lazo de unión, especie de territorio ideal, donde se congregaba por la fe un desventurado pueblo sin patria. Era un modelo de las virtudes domésticas, comunes en las clases elevadas de aquella raza. Buena esposa y madre amorosa, había dado lugar á que se dijese de ella que merecía ser cristiana.

Esther y su esposo poseían enormes riquezas. De ellos podía decirse que *Jehová había prosperado sus caminos*. Vivían en paz dichosa, rodeados de los esplendores de las artes. Eran estimados de todo el mundo y distinguidos por los soberanos, que les sentaban á su mesa, porque habiendo adquirido aquella gente un poder financiero, que en cierto modo suplía su falta de existencia política, sacaban de apuros á las naciones. No tenían patria; pero las patrias más orgullosas doblaban la rodilla ante sus arcas. Eran como dioses, á quienes

Digitized by Google

incensaban á porfía los Ministros de Hacienda de todos los países. Hasta el Papa, como Rey de Roma, les dió títulos, cruces, y jamás les llamó deicidas, sino *honorables señores*. Hallándose en Roma Esther Spinoza, un cardenal le sirvió de *cicerone* para ver los Museos. Otro cardenal le regalaba mosáicos, cameas y cornarinas. Otro le vendió un Cristo de marfil en mil libras, y en quinientas un Talmud español del siglo XIII, manuscrito en vitela.

No reinaban en ninguna parte y reinaban en todas, porque el imperio de Baal es grande, y á él puede decirse que pertenecen la Tierra, *el mundo y su plenitud*, *el Aquilón y el Austro*. A la digna familia que nos ocupa nadie osó preguntarle jamás si había dicho: *Crucifica á éste y suéltanos á Barrabás*.

Próxima á los cincuenta años, Esther conservaba su admirable belleza. Usaba pocos artificios de tocador, y éstos, más que para quitarse años, empleábalos para que tuvieran buen ver los suyos, como si le inspirara orgullo aquella madurez tan primorosa, tan lozana, tan interesante, verdadero homenaje de la juventud á la vejez. Viéndola se comprendía la larguísima primavera de aquellas mujeres bíblicas que vivían ciento veinte y ciento treinta años, como quien no dice nada.

Digitized by Google

XXVII

La madre y el hijo.

En la noche del Viernes Santo, la madre y el hijo hallábanse juntos y solos en la habitación de éste. Sobre la mesa, en la cual apoyaba su codo Daniel, había una lámpara. Esther, sentada en un sofá junto á la pared, miraba á su hijo en silencio. Por la disposición de la pantalla, el rostro de Daniel estaba inundado de luz, el de su madre en la sombra.

«Si tu terquedad—dijo Esther en alemán, con serena voz,—no cede, como espero... si la autoridad de tu padre, la mía, tu decoro y la fidelidad que debemos á nuestra Ley no significan nada en tu espíritu, padeceré desde mañana el más grande dolor de mi vida, porque mi querido hijo primogénito habrá muerto.

—No, madre: esto no es morir—dijo Morton lúgubremente.—Quiero resucitar á esa pobre mujer que adoro. Lo he decidido, después de meditarlo mucho. He formado un propósito que ninguna razón, ningún afecto podrán detener.

Digitized by Google

—Pues yo he venido á impedir ese propósito. Cuando huíste de nuestra casa hace quince días, saliendo de ella sin decirnos nada, comprendí que venías á este horrible pueblo, con la idea de consumar una gran locura. Tu padre quiso venir... Disputamos: vencí yo. Al partir hice juramento de arrancarte de aquí... Yo volveré quizás sola y vestida de luto, volveré tal vez sin tí á nuestra casa: en este caso le diré á tu padre: «Nuestro hijo ha muerto.» No tendré valor para decirle: «Nuestro hijo es cristiano.»

—Ese valor que á tí te falta lo he tenido yo —repuso Daniel mostrando en su semblante una serenidad heróica.—Hago esto por convicción, no por despecho ni por capricho. He trazado á mis acciones un plan, y este plan se cumplirá porque debe cumplirse; ¿lo entiendes, lo entiendes, madre?»

Esther miró estupefacta á su hijo, como si deseara hallar en el rostro de él la aclaración de tenacidad tan abrumadora.

«Bien—dijo al fin, conociendo que su hijo no cedería, atacado de frente:—haz tu gusto; desprecia el amor de tus padres, de tus hermanos; olvida todas las leyes, la ley santa de Dios y las de la sociedad, el decoro, el deber, la estimación; despréciate á tí mismo y envi-

Digitized by Google

lécete más. Nosotros, doloridos por la pérdida del que fué nuestro amado hijo, te lloraremos muerto; no te lloraremos apóstata, porque apóstata no te podemos llorar, porque un renegado no puede ser, no puede haber sido nuestro hijo.

—Siempre lo soy y lo seré. No cambiaréis las leyes de Naturaleza—dijo Morton sobreponiéndose á su amargura.—Aunque no lo queráis, vosotros me amaréis siempre, como yo os amo.

—¡Daniel, Daniel—exclamó Esther con solemne acento, levantándose,—ya no tienes madre! Si la tienes, si la quieres tener, yo no lo soy. Me avergüenzo de haberlo sido. En hora menguada te dí á luz, y de aquella triste hora debe decirse: «Aféanla las tinieblas y sombra de muerte.»

—Cruel, engañas á tu corazón con palabras estudiadas—afirmó el joven.—No podrás, aunque lo quieras, ser dueña de tus sentimientos de madre, y me amarás aunque sea en silencio; me consagrarás todos tus pensamientos; me tendrás siempre en la memoria, aunque sólo sea para orar por mí. Antes que hubiera religiones hubo Naturaleza...

—No puedo tener serenidad—dijo Esther con grandiosa ira,—no puedo. ¿Por qué te deshonras, por qué te haces cristiano?

Digitized by Google

—Tú lo sabes bien. Hay aquí una víctima inocente, una mujer adornada con los atributos de los ángeles. Está en mi mano levantar á esa alma superior del lodazal en que yo mismo la arrojé con vileza, y debo hacerlo. El universo entero, el Dios de todos los hombres me ordena que lo haga. Esto es como la luz, madre. Si no lo comprendes, dí que estás ciega; pero no niegues la luz.»

Esther, sentándose en su asiento é inclinando la frente, cayó en meditación profunda.

«¿Callas, madre, callas?—dijo Morton después de una pausa.—Te he convencido.

—Mas para abrazar una religión es preciso creer en ella—objetó Esther.—Esto no puede depender de un capricho amoroso. ¿Crees en Jesucristo?»

Daniel repuso lúgubremente:

«Debo y quiero ser cristiano.

—Te avergüenzas de decirlo claramente; te avergüenzas de decir *creo en Jesucristo*, porque tu conciencia te grita más alto que tu flaca razón, clamando contra esta apostasía deshonrosa. Daniel, Daniel, ¿qué has hecho del amor inmenso de tus padres, qué de la santa Ley que te enseñaron desde la cuna, qué del recuerdo de tus venerables antepasados, en cuyo nombre estuvieron vinculados el amor y el

Digitized by Google

prestigio que restan á la raza judía? ¿Qué has hecho de esto, loco? Hemos conservado hasta ahora, al través de tantos siglos, la dignidad de nuestra desgracia, hemos dado á todos los hebreos del mundo un ejemplo de constancia, de firmeza, de rectitud, en medio de las mil desdichas de nuestro pueblo; y ahora tú, el que parecía nacido para enaltecer más y más todavía nuestro nombre; tú, mi hijo, el amado entre los amados, el predilecto de Dios y de los hombres, todo lo desprecias, todo lo pisoteas, nombre y familia, tu pobre raza sin patria, la Ley santa, tan antigua como el mundo, esa Ley y esa tradición, Daniel, que existen desde que el primer hombre abrió sus ojos á la luz acabada de hacer... No, no te conozco; no eres tú mi hijo. Un hijo mío moriría cien veces antes que arrodillarse delante de un sacerdote cristiano, y español por añadidura, y proclamar al Cristo en la misma tierra que impíamente nos echó de sí, como á seres inmundos. ¡Tú sabes cuánto, cuánto aborrezco á este país! El país que á mis abuelos inspiraba un recuerdo melancólico como de patria perdida, á mí me ha inspirado siempre aversión, horror. ¡Y en él abjuras y nos abandonas!... ¡Inicua traición! Si cuando te tenía en mis entrañas me hubieran dicho lo que

Digitized by Google

ibas á hacer, en ellas te hubiera ahogado.»

Hablaba Esther con la inspiración de la ira. Se había levantado. Movida de su primera posición la pantalla, caía de lleno la luz sobre la madre, y su sombra, agrandada por la distancia, gesticulaba en la pared cercana. Las sombras de los dos iracundos brazos, movidos sin cesar, corrían á veces por el techo como enormes aves, á veces se deslizaban por el zócalo entre los muebles como cuadrúpedos que buscan un rincón. Daniel había quedado en la obscuridad. Desde ella, cual de un abismo á donde se acaba de caer lanzado por el enemigo vencedor, envió estas débiles palabras:

«Madre, me has hablado de honor, de vergüenza, de familia; en fin, me has dado razones sociales, no religiosas. De todo me has hablado menos del fuego eterno.

—¡También, también!—gritó Esther cayendo sin aliento en el sofá y apoyando en un cojín su frente abrasada.—Te he dicho lo primero que ha brotado de mi corazón de madre, de este corazón antes abrasado en amor por tí, y que yo con mis propias manos apretaré y estrujaré para ahogar la llama... porque no... no puede ser, no puedo amarte ya... Se acabó la idolatría de nuestro hijo querido. Adiós, vete; no existes ya para mí.»

Digitized by Google

Diciendo esto, rompió en amarguísimo llanto. Daniel corrió hacia ella, y poniéndose de rodillas, la besó, tratando de levantar su cabeza.

«Madre, madre—murmuró.—Ni de tus labios, incapaces de mentir, puedo creer que no me amas. No lo creeré aunque me lo digas tú, á quien siempre he creído.

—Daniel, hijo mío—dijo la madre incorporándose,—yo no puedo soportar este golpe. Soporté la temprana muerte de mis dos hijas; pero la tuya, esta muerte en la forma más repugnante de la ignominia, no puedo resistirla. Quiero morir antes que caigas; quiero morir. Dame tú mismo la muerte, te lo suplico, perdonándote. El crimen que cometas arrancándome la vida, no será tan grande como el de tu apostasía.

—Estás delirando, madre querida—dijo Daniel haciendo fuerza con la cabeza en el seno de su madre.—Tú sí que me matas á mí con tus palabras, con tus fieras amenazas de no quererme.

—¡Ay, hijo de mi corazón!—exclamó Esther en un arrebato de ardiente cariño, oprimiendo contra su pecho forzudamente la incomparable cabeza del joven.—Hemos cometido una falta al quererte á tí más que á nuestros de-

Digitized by Google

más hijos, y el Señor nos castiga por esto. Pero no me puedo resignar al castigo, no me puedo resignar á perderte, no quiero: defiendo mi tesoro contra todos los Dioses extraños, contra todos los Nazarenos que me lo quieran quitar... Señor, Dios de Abraham y de Jacob, antes que consentir esto, quita la vida á mi hijo y á mí también, porque no puedo vivir sin él.»

Daniel se sentó á los pies de Esther, apoyando sus brazos en las rodillas de ella, le estrechó las manos, y contemplándola con amor, le dijo:

«Madre, madre, óyeme lo que voy á decirte.

—¿Qué?

—La exaltación que veo en tí me obliga á revelarte un secreto, mi secreto.

—¿Tu secreto?

—Hice propósito de que ningún nacido, á excepción de mi padre, á quien escribí ayer, lo supiese por ahora; pero siento el deseo y aun la necesidad de revelártelo.»

Esther oyó con la más viva ansiedad.

«Dímelo pronto.

—Es un secreto de esos que no se dicen más que á Dios, porque sólo Dios puede juzgarlos.

—¿Y yo no?

Digitized by Google

—No: tú me juzgarás mal cuando lo sepas. No penetrarás fácilmente mis móviles... Pero te confesaré esta idea por el grande amor que te tengo, y confío en que la apoyarás.

—¿Cuál es?

—Yo no soy ni seré nunca cristiano.»

Digitized by Google

XXVIII

Delirio.—Fanatismo.

Durante breve pausa, la madre y el hijo se contemplaron.

«¿Pero no me has dicho, no has resuelto...?—manifestó Esther llena de confusión.

—Usaré la palabra propia, aunque á primera vista me desfavorezca. Mi conversión es una impostura.

—Explícamelo bien, porque me vuelves loca.

—Mi conversión es una mentira... ¿no sabes lo que es una mentira?...

—Tú me lo has dicho.

—Es que determiné que este engaño no fuera de nadie conocido. Lo he revelado por escrito á mi padre. A tí debo revelarlo también.

—¿Luego, engañas á esa pobre joven, engañas á una honrada familia?—dijo Esther apartando de sí con ambas manos la cabeza de su hijo.—¡Daniel impostor! Lo que ahora me revelas es tan indigno de tí como la apostasía. Tu corazón se ha corrompido. Tú no

Digitized by Google

eres tú... ¿Sabes lo que es la mentira, una mentira de esa magnitud? Daniel, vuelve en tí.

—Si no sabes aún mi secreto, mujer, ¿para qué hablas? — repuso el hebreo con cierto enojo.

—Tu secreto es que finges hacerte cristiano para salvar á esa joven de la tiranía de sus parientes, del ascetismo, de la deshonra. Esta conducta es más vituperable que dejarla abandonada á su suerte. Yo correré á casa de esa noble familia, y diré: «Mi hijo os engaña: no le creáis.»

—Me creerán porque los hechos confirmarán mis palabras—dijo Daniel besándole las manos.—Oyeme, madre querida. Ayer por la mañana vagaba yo por la playa, interrogando á mi conciencia. ¡Ah! no puedes tener idea de aquellas terribles horas de duda. Yo tenía dos conciencias igualmente poderosas, ¿comprendes esto?... dos conciencias que daban la más horrenda batalla dentro de mí. ¡Renegar!... ¡Abandonar á un sér querido que me debe su dolor!... Ninguna de estas dos ideas podía aniquilar á la otra, y cuanto más fiero se mostraba uno de los dos dragones, con más rabia le mordía el otro... Imploré á Dios gritando en medio del estruendo del mar: «O la solución ó la muerte...» Entonces una idea iluminó de

Digitized by Google

improviso mi espíritu. Sentí la alegría del que se ve rodeado de claridad celeste después de haber vivido largo tiempo en horribles tinieblas... ¡Ay! madre mía, si es cierto que el Espíritu creador y gobernador de todas las cosas habla alguna vez directamente á la razón del hombre, el Señor, Jehová, ó como quieras llamarle, deslizó su palabra dentro de mí en aquel momento. Yo le sentía, sentía su voz, un soplo divino entrando en mí y llenándome; y mi fatigada conciencia admitía aquel aviso sobrehumano con la emoción grande, con la turbación piadosa que sólo pueden ser producidas por la directa voz de Dios, diciendo: «Estoy contigo.» La idea de conquistar mi bien perdido, mi esposa, por medio de una fingida conversión al cristianismo, se clavó entonces en mi cerebro para no ser arrancada jamás.

—¿Quieres hacerme creer que Dios, que es la verdad, te sugirió esa indigna idea?—dijo Esther, incrédula.—Daniel, tu imaginación delirante fué la que te habló.

—¡Ay! si yo pudiera llevar á tu espíritu la convicción que hay en el mío!... Infame es la mentira; pero la situación especial de mi esposa la disculpa. Aun este motivo no sería bastante poderoso; pero hay otro mucho más

Digitized by Google

grande. No te quede duda de que el Ordenador de todas las cosas habló á mi alma. ¡Qué alborozo tan vivo inundó mi corazón! Mi pensamiento gustó las delicias del más puro bien, cuando cruzaba por él esta idea inefable: «Gloria dejará de ser cristiana.»

—¡Extraña y loca idea!

—Madre querida—exclamó Daniel con cierto desvarío,—comprende al fin la grandeza de un plan en que se conciertan el amor más ardiente y la piedad más valerosa. Yo traeré al reino de la verdad esa alma cuyo único defecto es hallarse ligada al vano sentimentalismo del Crucificado, y á la filosofía engañosa del supuesto Mesías... Tú sabes cuáles son mis ideas y su admirable extensión. Ya comprenderás que mi conquista no ha de reducirse á traer un adepto al rito hebráico, que considero estrecho, insuficiente. No: yo adoro al Dios grande, al Jehová primitivo y augusto, al que dió los mandamientos, y desde entonces no dijo más porque no había más que decir; al que en su grandeza nos exige ofrendas de verdad, justicia y bondad, no formas de culto idolátrico; nos exige pensamientos, amor, acciones y esa mirada interna que purifica, no palabras rezadas, ni retahilas dichas de memoria. A ese Dios pienso llevar á la que amo, porque Él es

Digitized by Google

digno de ella y ella digna de Él. ¡Admirable triunfo y conquista preciosa! Será necesaria una superchería; ¿pero qué importa? ¿qué vale esto en comparación del bien que resulta? La salvo de su familia, del convento, del ascetismo, que es la tisis del espíritu; la arranco de este horrible país, la hago mi esposa, la salvo de la idolatría del Nazareno y de ese fetichismo vacío, indigno de la elevación y pureza de su alma... ¡Sí: tengo inmensa fe en el éxito de mi empresa! No puedo equivocarme; imposible que me equivoque. Siento el divino acento en mi oído; y el resuello á cuyo influjo existieron los mundos llega á mí y penetra como tempestad en mi corazón.»

Esther le miró atentamente y con espanto, diciendo para sí con acento de amargura vivísima: «Señor, Señor, ¿has quitado la razón á mi hijo?»

«¿No hallas bastante justificada mi impostura con estas razones de conciencia?

—¡Donosas razones!...

—Tu ironía me mata. ¡Quieres una razón que es de conciencia y además mundana! Estos son los argumentos que á tí te convencen. Oyela. Has de saber que yo tengo un hijo.»

Esther movióse sacudida violentamente por el asombro.

Digitized by Google

«Un hijo que se llama *Jesús*—añadió Daniel con sarcasmo parecido al de aquellos que decían: *Si eres hijo de Dios, baja de esa cruz.*

—¡Un hijo!—gritó Madama Spinoza.—¡De esa mujer!...

—¿Concibes tú que le abandone? ¿Concibes que deje en manos de los católicos á ese infeliz niño, reproducción de mí mismo? El ha encendido en mi corazón los sentimientos más delicados y más puros. Me ha bastado saber que existía para reconocerme otro, creyéndome capaz de los mayores sacrificios. Veo en él al heredero de mi nombre, de mis creencias, de mi persona toda; y la idea de que no ha de vivir al lado mío, de que recibirá de persona extraña el pan de la instrucción, me aterra, madre querida. Supón que cuando yo era niño me hubieran arrancado los papistas de tu seno, cual otro niño Mortara, criándome en el odio de nuestra raza y enseñándome á maldecir tu nombre.

—No digas tal; cállate.

—¿No hace fuerza en tu mente esta razón?

—Alguna—repuso Esther con perplejidad;—pero nada justifica el engaño.

—Dios ve mi conciencia. ¿Qué importa engañar al Nazareno? ¿Acaso él, que se llamó Dios sin serlo, merece la verdad?... Mi con-

Digitized by Google

ciencia está tranquila. Ha penetrado en mí, dulce y elocuente como cosa del cielo, el convencimiento de que obro bien y de que agrado á mi Dios en esto. Él me dice: «Realiza tu engaño; pero has de traerme al reino de la verdad á la madre y al hijo.»

—¡Fanático! ¡fanático incorregible!—replicó con agitación Esther, clavando los ojos compasivamente en su hijo.—Quieres dar un tinte religioso á tu acción, cuando sólo te mueve el egoísmo del amor mundano. Es común en todas las religiones que los enamorados se vuelvan místicos ó por astucia ó por candidez, y que se dejen arrastrar por la pasión á las mayores locuras, suponiendo que les inspira una idea religiosa. Hacen de la religión un madrigal, engañando á todos y á sí mismos.

—Por tu vida, ¿me crees de esos?

—Sí, porque siempre tuviste demasiado entusiasmo por la Escritura, y has pasado parte de tu vida comentándola y ahondando en ella, buscándole sus misterios más impenetrables, es decir, echándola á perder. Ultimamente, cuando volviste á casa después de tu naufragio, te engolfaste de tal modo en la teología rabínica, que tuvimos que tapiar tu biblioteca, como la del gran caballero español. Vivías exaltado y melancólico... ¡Pobre hijo mío!

Digitized by Google

¡Cuán cierto fué mi presagio de que tu mente se desquiciaba!... En todo lo que hoy meditas y proyectas noto los extravíos del visionario y los delirios más absurdos. No puedo decir que no haya cierta grandeza en tus concepciones; pero lo que sí aseguro es que no hay en ella sentido común.

—Yo creí—dijo Morton con desaliento,—que tu superior inteligencia las comprendería y las estimaría.

—A nosotros nos han educado en lo práctico, hijo querido. Esta costumbre de vivir y pensar en lo práctico me hace ver muchos inconvenientes en tu proyecto. El principal es que no podrás quebrantar la firme fe de la que llamas tu esposa. Desengáñate: ningún católico se convierte á nuestra pobre ley, olvidada y sin prestigio, ni tampoco á ese deísmo vago y sin culto, grande si quieres, pero que todo lo dice á la razón y es mudo para la fantasía, para el corazón y para los sentidos. Aun considerando en esa joven el amor más ardiente hacia tí, no concibo que reniegue de la religión de sus padres, de esa religión viva y que salta á la vista, y se oye y se habla. La nuestra y tu deísmo son como el idioma hebreo: una lengua sublime, pero que nadie entiende. ¡Infeliz hijo mío, infeliz mozo, extraviado por los

Digitized by Google

delirios de la mente! No supongas en ese Dios grande, como dices, en ese Dios frío y sencillo como las ideas, una atracción que no tiene. ¡Esperas desencantar á una cristiana, á una mujer que ha nacido enamorada ya del hombre clavado en la cruz! Antes saldrá el sol por Occidente.

—Madre, tú no tienes entusiasmo. Tus ideas religiosas son rutinarias. La rutina no hará ninguna maravilla en el orden moral.

—Pasó el tiempo de las predicaciones y de las guerras por la fe. Cada cual debe arreglarse con lo que tiene, sin ir á buscar nada á casa del vecino... ¡Cómo te engaña tu fanatismo! Ya verás cómo te desprecia esa mujer cuando descubra tu taimado plan, obra no sé si de la voluptuosidad ó del misticismo.

—Tú no sabes bien cuánto me ama, ni conoces el fatal encadenamiento de su alma con la mía. La viveza de su inteligencia, la misma elevación de su espíritu, que propende á las cosas extraordinarias, superiores al criterio del vulgo, la someterán fácimente á mí. Además, Gloria no es católica.

—¿Que no es católica?

—No, porque no pertenece á esa religión quien no se somete ciegamente á la autoridad, quien de los dogmas escoge el que más le agra-

Digitized by Google

da y rechaza los demás. Sus creencias no pueden ser más endebles: lo sé yo, que he recibido los secretos más íntimos de su conciencia, la cual el amor ha transparentado ante mis ojos. Es un alma llena de dudas acerca de lo más fundamental. Me ha confiado las rebeldías de su razón, y oyéndola, ¡cuántas veces he deseado tener coyuntura de sembrar en aquel espíritu una semilla nueva! Toda su doctrina religiosa vendrá abajo de un soplo, madre mía. En ella no existe sólido y temible más que la fascinación de Cristo, de aquel hombre extraordinario que supo presentar las verdades antiguas con forma seductora. Tiene aquel sentimiento fervoroso que se deriva de la compasión y de la admiración, porque nada conmueve tanto como el padecimiento, nada conquista los corazones como el espectáculo de una víctima. Esa simpatía por el mártir constituye el nervio de la religión cristiana. Más prosélitos ha hecho la compasión que todos los principios y todas las ideas... La humanidad es así: hace muchos siglos que se ha vuelto mujer, dejándose dominar por los llorones.

--Pues yo te digo—replicó Esther con energía,—que antes te beberás todo el mar que arrancar del corazón de una mujer cristiana

Digitized by Google

la fascinación del hombre clavado, la simpatía del mártir, la compasión por la víctima. ¡Ay! los que idearon esa historia ya supieron lo que hacían... conocían el corazón humano y el gran flaco de la humanidad, es decir, lo que ésta tiene de mujer.

—Yo confío en que lo arrancaré, madre—afirmó Daniel con balbuciente voz.—Todo cuanto vive en mí me dice que venceré. Esta idea, madre, es demasiado grande para ser mía. Es de Dios.»

La gravedad de su acento y su emoción afligieron á Esther, quien, comprendiendo que la mente de su hijo se hallaba en estado de vivísima excitación, no quiso contrariarle.

«La revelación de tu secreto—le dijo abrazándole con ternura,—ha modificado un poco mi juicio. Quizás logres convencerme. ¿Por qué no aplazas tu determinación?

—No puede ser, madre, no puede ser,—replicó Morton levantándose muy agitado.

—Un día, un solo día... Hablaremos.

—Ni un día, ni una hora. Mañana, mañana.

—Pues sea. Yo no he de contrariarte ya—dijo la madre con resignación.—Pero necesitas descanso. Temo por tu salud. ¿Por qué no duermes?

—No puedo dormir.

Digitized by Google

—¿No te acuestas?

—No... necesito estar en vela... deseo meditar.

—¿Más todavía?»

Llena de amargura Esther, contempló á su hijo como se mira un bien próximo á perderse, y estrechándole en sus brazos y cubriéndole de ardientes besos, le dijo:

«Ya que te pierdo mañana, hijo de mi corazón, conságrame esta noche; no te separes de mi lado, inclina tu cabeza sobre mi regazo y descansa; reposa tu cerebro, que hierve como un volcán.

—Quiero meditar—repitió Morton cediendo á la atracción de su madre y sentándose junto á ella.

—Medita aquí sobre mi pecho, que es todo amor por tí—dijo Esther obligándole á reclinarse en el sofá y á que recostara su cabeza sobre el regazo de ella.—Sea ésta una noche de despedida. Hablemos de nuestra casa, de tus hermanos, de tu padre, de Altona, donde todos hemos nacido... Hijo querido, no me niegues este consuelo.

—No puedo negártelo. Hablemos de todo eso tan caro á mi corazón. Hablemos toda la noche hasta que venga el día, hasta que llegue la hora.»

Digitized by Google

Largo rato se oyeron las voces de la madre y el hijo en sereno coloquio. Por último, ya muy tarde, se fueron extinguiendo; la voz de Daniel dejó de oirse. Suspiraba la madre y él dormía.

¡Oh, cuánto deploró Isidorita que todos los humanos no hablasen un mismo idioma! ¡Con cuánta rabia vituperó los pecados de los hombres que trajeron la pícara multiplicación de las lenguas...! Porque si Esther y Daniel no hubieran hablado en alemán, inglés ó lo que fuera, ella, Isidorita la del Rebenque, se habría enterado de todo para contarlo á sus amigas.

Digitized by Google

XXIX

El catecúmeno.

El Sábado Santo ofició Su Eminencia en la Abadía, celebrando las hermosas ceremonias de la bendición del agua y el fuego. Fué luego á su casa rodeado de inmenso gentío, y comió con toda la familia y con el cura, á quien no cesaba de felicitar por su sermón de la Soledad, predicado en la tarde del día anterior. El buen Romero, empleando las figuras más patéticas, dando realce á las ideas por medio de la expresión, del dramático gesto, de las inflexiones vocales, había hecho llorar á todo el auditorio. Cuando dirigió la palabra á la propia imagen de la Soledad, diciéndole: «Señora, ¿dónde está vuestro amado Hijo?» un estremecimiento de compasión corría por toda la Iglesia de alma en alma, y aquel mar se alborotaba con olas de congojas y vientecillo de suspiros.

Después de la comida, pasó algún tiempo dedicado á conversación grata sobre diferentes asuntos, y D. Silvestre ponderó el buen estado

Digitized by Google

de los campos y la probabilidad de una gran cosecha. Dijo que él había esparcido ya las toperas en sus prados y que los estaba abonando con ceniza y estiércol; que debía anticiparse unos días la siembra del maíz, por estar bien enjugada y rastrada la tierra, y que él (D. Silvestre) no aguardaba para echar el grano sino á que estuvieran arreglados los setos, destruídos por las *derrotas*. Aseguró que los semilleros que estaba preparando en cama caliente le darían las ensaladas más ricas que había visto hasta entonces la provincia, y que por haber sido Marzo y Abril poco ventosos, estaban los frutales que parecían árboles del cielo. Los ingertos de aquel año daban envidia.

D. Angel mandó á su sobrina que se vistiera de ceremonia, y aunque Gloria quiso hacer alguna objeción, no fué oída y repitióse la orden. También Serafinita se decoró un poco, sin salir de su ordinaria modestia.

Pasó algún tiempo en estas cosas, que aun las monjas, como mujeres que son, no se ponen una toca en cinco minutos. D. Angel dió un paseo por el jardín, quejándose del descuido en que estaba y de la ofensa que á Dios hacía su sobrina matando de sed á las pobres plantas. Después llamó á Gloria y encerróse con ella en la capilla de la casa: la conferencia

Digitized by Google

fué de dos horas largas. Al salir de la capilla, la joven tenía los ojos encendidos; pero su apariencia era la de un alma tranquila y confiada. Oraron con Su Eminencia en la capilla durante otro rato no pequeño Gloria y Serafinita, mientras D. Silvestre y D. Buenaventura, charlando en el jardín, chupaban magníficos puros, concupiscencia que no está literalmente comprendida en las abstinencias propias de la semana de vigilias.

El día era por demás placentero. No corría aire, ni la más delicada mata de los árboles se movía; no se oía el ruido del mar. Todo era silencio y quietud, cual si en la Naturaleza hubiera solemne pausa de expectativa, ó el asombro precursor de un gran suceso. Su Eminencia marchó al fin á la sala, seguido de las dos mujeres, á punto que del despacho bajaba el doctor Sedeño, después de escribir varias cartas por orden del Prelado. Ninguno hablaba, y en la familia toda notábase una actitud de meditación y solemnidad, señal evidente de que para todos los individuos de ella aquel día no era como los demás.

Entró D. Angel en la sala y tomó asiento en el sofá, que era en tal sitio lo que el altar en la Iglesia, y á su sobrina le señaló el asiento de la izquierda, después que su hermana de-

Digitized by Google

puso su carne mortal en el de la derecha. Más lejos tomaron asiento el cura y el secretario. D. Buenaventura había salido para volver pronto.

La cara angèlical del señor Arzobispo revelaba preocupación, pero en muy poca dosis. Estaba como el cielo cuando hay en él una sola nube. A veces sonreía, como queriendo dar á entender su deseo de ver alegres á los demás; pero Serafinita fruncía el ceño, porque las cosas graves exigían, según ella, la mayor compostura. Gloria miraba alternativamente al suelo y á su tío, como el que no tiene más que dos pensamientos: la muerte y Dios. O por llanto reciente ó por una exagerada movilidad de su corazón y de su sangre, anhelantes de vida, se habían encendido con vivos colores sus mejillas, tanto tiempo pálidas. Aquel abrir de las rosas de su cara parecía anunciar una primavera tras tantas tempestades, y con ellas había renacido todo el esplendor de su hermosura. Pero ¡qué gran diferencia desde que la vimos por primera vez! La inquietud graciosa y las volubles miradas de entonces se mudaron en una actitud reflexiva y circunspecta, cual si para ella no hubiera ya más motivo de atención que ella misma. Desde entonces, hasta el momento en que ahora la vemos,

Digitized by Google

habían transcurrido esa distancia inmensa y ese largo siglo que median entre el no amar y la maternidad, paso de un planeta á otro, intermedio que equivale á cien vidas, mar entre dos orillas cercanas, pero lleno de dolores, júbilo, palpitaciones, pureza y miserias, gracia, terror, esperanza, desconsuelo, devoción, risa y llanto.

«¡Si pudiera conservarme serena cuando él viniese—decía Gloria para sí,—de modo que no conociera lo que hay en mi alma!... Pero así como yo leo en la suya, leerá él en la mía.»

El rostro de Gloria, que estaba tan encendido, se quedó como el mármol cuando entró D. Buenaventura acompañado de Danie Morton.

«¡Qué cara!... ¡pobrecito! ¡me muero de pena viéndole!—pensó Gloria, mirando al que entraba.—Parece un reo que va al patíbulo.»

Después de contestar afablemente á su saludo, D. Angel rogó á Daniel que se sentase. Hízolo éste, y el Cardenal dijo:

«Ha llegado el momento de que mi familia, Sr. Morton, abra á usted los brazos, perdonándole. Ha llegado el momento de que cesen tantos males, y de que un abrazo de paz y las bendiciones de la Iglesia terminen la grandísima consternación en que todos estábamos,

Digitized by Google

¡Bendita sea la misericordia del Señor! Señores—añadió dirigiéndose á sus amigos y hermanos,—este hombre da lealmente su mano de esposo á mi sobrina en justa reparación de...»

Aquí la fácil elocuencia del Prelado tuvo un ligero tropiezo; mas al punto se enderezó, tomando mejor rumbo.

«Entrará en nuestra familia... Yo le recibo con los brazos abiertos. Doblemente lisonjero es este suceso, porque el matrimonio, que tantos bienes traerá consigo, irá acompañado de un prodigioso triunfo de nuestra Fe. Sr. Morton, ¿persiste usted en su idea de abrazar la religión cristiana, única verdadera?

—Sí, señor,—repuso Daniel con gravedad; y al mismo tiempo fijó los ojos en un retrato de D. Juan de Lantigua, que le miraba con cierta severidad.

—¡Oh, qué gran júbilo da usted á mi alma, Sr. Morton!—exclamó el Arzobispo.—En el día de hoy, la Iglesia administra el primer Sacramento á los catecúmenos, después de bendecir el agua nueva... Durante el oficio he sentido hoy más emoción que nunca en igual día, y no he dejado de pensar en esta conquista preciosa que acabamos de hacer... Ahora, señor mío, debo decir á usted que va á recibir

Digitized by Google

el Sacramento del bautismo, regenerándose por la virtud del espíritu celestial; que este acto imprimirá á usted el carácter de cristiano, le dará la gracia, y por él se redime todo pecado original y temporal. Jesucristo instituyó el bautismo de agua con el amor del Espíritu Santo, que descendió del cielo en figura de paloma. La ablución establecida por la Iglesia con las palabras sacramentales, son el Símbolo bajo el cual está oculto el amor que Dios comunica al alma de la criatura, purificada por la gracia. Es el bautismo un rayo de fuego celeste emanado de la esencia divina. Para recibirlo, amigo mío, es indispensable que usted prepare su entendimiento á la penetración de los dogmas sagrados: necesita usted someterse, aunque por muy poco tiempo, en vista de la urgencia del caso, á las enseñanzas y prácticas que la Iglesia establece.

—Ya lo sé—dijo Morton sombríamente.—Estoy dispuesto á todo.

—En ese caso—prosiguió Su Eminencia revelando en su semblante plácida alegría,—pregunto á usted si tiene inconveniente en someterse por completo á mi voluntad por un plazo que no pasará de dos días, comprometiéndose antes de que se celebren juntamente bautismo y matrimonio, á recibir de mí la

Digitized by Google

instrucción evangélica, á efectuar las prácticas que yo le indique, á...»

D. Angel se detuvo, distraído por uno de esos accidentes importunos que suelen turbar la solemnidad de las escenas capitales de la vida, como un duelo, la agonía de un moribundo, la celebración de un contrato. Son por lo común dichos accidentes importunos un gato que entra metiendo ruido, plato que se rompe ó sombrero que cae rodando de una silla y suena huecamente al dar en el suelo. Pero en aquel solemnísimo momento no fué nada de esto lo que hizo callar al señor Cardenal, sino la aparición inesperada de un humano rostro en la puerta de la sala, suavemente abierta. Era la cara de D. Juan Amarillo.

Reinó silencio en la sala, y con el silencio un estupor profundo, pues el señor Alcalde no venía solo. Con él venía Madama Esther. Al entrar la señora, levantáronse todos, incluso el señor Arzobispo; pero ninguno decía nada. El primero que habló, turbadísimo, fué Don Juan Amarillo, que dijo:

«Perdóneme Su Eminencia, perdónenme todos, si entro... Vengo como autoridad.

—¡Como autoridad!»

Serafinita contemplaba la escena con la cal-

Digitized by Google

ma de quien no da importancia á las cosas de la tierra; los demás eran estatuas.

«¡Como autoridad!—repitió D. Juan.—Esta señora...»

Esther avanzó gravemente, y sin revelar turbación, ni enojo, ni despecho ni burla, dirigióse á su hijo, y poniéndole la mano en el hombro, exclamó con voz sonora:

«Ya estoy yo también aquí.

—¿Qué quieres, madre?» preguntó Daniel con terror de infierno.

Esther, fijando los ojos en el señor Cardenal y abarcando después con una mirada á toda la familia, respondió:

«Quiero impedir un mal diciendo á esta noble familia lo que no sabe.

—¿Qué?... Señora, su hijo de usted nos ha hablado muy claramente—dijo el Arzobispo. —Es natural que usted se oponga... Nosotros nos atenemos al piadoso deseo de este joven, manifestado explícitamente.

—Es que yo debo declarar algo—manifestó Esther con expresión dramática.—Yo debo declarar lo que aquí no sabe nadie, y es... que mi hijo no merece pertenecer á esta familia.

—¡Señora!...»

Pálido como un muerto, Daniel parecía ahogado con su propia voz, que no podía salir

Digitized by Google

del pecho. Al fin, más rugiendo que hablando, se expresó así: «Mi madre no dice la verdad.»

Esther miró á su hijo de tal modo, que con los ojos le apuñaleaba.

«Retírate,—dijo Morton con imperioso acento, señalando la puerta.

—Sí: me retiraré después que te conozcan.»

Y volviéndose al Cardenal, añadió: «Es para mí muy doloroso tener que presentarme acompañada de la autoridad. Los móviles que aquí me traen nada tienen que ver con la religión.

—Diga usted... señora... diga...—añadió Su Eminencia con gran ansiedad.

—Es demasiado vergonzoso para que lo revele una madre...—afirmó Esther con desconsuelo.—El Alcalde, que sabe cumplir su deber, hablará.

—Tengo el sentimiento de manifestar—dijo Amarillo mostrando á Daniel su bastón,—que me veo precisado á prenderle.

—¡A mí!

—¡Prenderle!

—Sí, señores, sí... y lo siento muchísimo. Le prendo de orden del señor Gobernador de la provincia, el cual ha recibido igual mandato del señor Ministro á petición de la Embajada inglesa.

Digitized by Google

—Este hombre miente villanamente,—gritó Daniel ciego de ira.

—Caballero...—vociferó D. Juan, mostrando el puño del bastón con tanta energía, que parecía querer meterlo por los ojos á todos los presentes.

—Paz, paz—dijo el Arzobispo corriendo á interponerse.—Sr. Morton, el primer deber del cristiano es la obediencia.»

Daniel parecía dispuesto á estrangular al señor Alcalde. Cuando oyó la dulce voz del Prelado, se detuvo. D. Angel le puso la mano en el hombro, diciendo:

«Se ha sometido usted á mi voluntad para que yo dirija sus acciones conforme á la doctrina evangélica... Pues bien: yo le mando á usted que no haga resistencia á la autoridad.

—No puedo obedecer,—repuso el hebreo sombríamente y con respiración fatigosa.

—Es preciso que el señor parta mañana para Inglaterra—añadió el fiero Alcalde,—por cuyo Gobierno es reclamado en calidad de reo, que ha cometido un crimen en su país.

—¡Yo!... ¡un crimen yo!

—Crimen horrendo contra la autoridad paterna,» prosiguió D. Juan Amarillo.

Morton, cuya alma era un volcán, trató de

Digitized by Google

lanzarse sobre el Alcalde. D. Buenaventura y Romero le sujetaron.

«¡Oh, miserable!—gritó.—Eres una víbora; perd el veneno de tu infame picadura no me matará.

—Paz, paz,» repitió afligidamente el Arzobispo extendiendo las manos.

Serafinita había acudido á su sobrina, que, incapaz de sostenerse más tiempo en pie, dejóse caer en una silla.

«Será preciso que yo manifieste claramente toda la horrible verdad—dijo D. Juan Amarillo enarbolando el bastón y tomando el aspecto más dictatorial que le fué posible.—Pues la diré; sí, señores, la diré: el Sr. Daniel Morton y Spinoza ha sido condenado por los tribunales de Londres á tres años de prisión por un delito infame, cual es... ¡oh, señores! la lengua se niega á revelarlo... cual es el haber defraudado el tesoro paterno falsificando unas letras... por valor de muchos miles de libras, después de haber maltratado de palabra y obra al autor de sus días.»

Un murmullo de horror resonó en la sala; Esther se había apartado y miraba al suelo hoscamente.

«¡Oh, cuánta vileza!—rugió Daniel accionando como un insensato.—Monstruo, que se

Digitized by Google

acabe el mundo en este momento si no te arranco la lengua y la vida.»

Hizo movimientos desesperados para desasirse de los que le sujetaban.

«Paz, paz,—volvió á decir el Arzobispo, que casi estaba á punto de llorar.

—¿De quién es esta infernal farsa, de quién? —murmuró con desesperación Daniel.—¡Quién ha ideado deshonrarme, aquí en este acto solemne, delante de esta familia que respeto, delante de la mujer que adoro más que á mi vida!... Gloria, esposa mía, dejarías de ser quien eres, si creyeras las palabras de este hombre.»

Gloria se dirigió lentamente hacia el grupo que los contendientes formaban en el centro de la sala.

«El señor—añadió D. Juan Amarillo con calma imperturbable,—fué condenado á prisión; pero huyó sin que le pudiera alcanzar la policía inglesa. Pero aquí estoy yo, señores...

—Madre, madre—gritó Morton clavando la crispada mano en su cabeza,—¡tú, tú oyes estas infames calumnias y no las desmientes! ¡Oyes deshonrar á tu hijo y callas!...»

Todas las miradas se fijaron en Esther. Ella les miró á todos, y con flemático acento pronunció lentamente estas palabras:

Digitized by Google

«¡Lo que el señor Alcalde ha dicho... es verdad!

—Basta, basta,—dijo el Arzobispo en ademán de retirarse escandalizado.

—¡Madre, madre!...—gritó Daniel con airada voz. Sus ojos saltaban del cráneo.

—Mi hijo—añadió Esther, como quien hace un esfuerzo,—tiene el hábito de la mentira y el disimulo. Es muy doloroso para mí decir que nada debe creérsele. Si esta familia quiere recibirle en su seno, yo no me opongo. No me importa tampoco que cambie de religión quien no tiene ninguna. Pero los tribunales lo reclaman, y la ultrajada autoridad paterna pide castigo.

—¡Madre, madre!—repitió Daniel con desesperación...—¿Pero será posible que crean lo que esta mujer dice?

—Es su madre,—murmuró el Cardenal mirando á todos con aflicción.

—Esta no es mi madre, no lo es,—dijo Morton.

—No podemos de ningún modo seguir adelante—declaró Su Eminencia mirándola.—Las revelaciones de esta señora...

—Es necesario que eso se pruebe,—indicó D. Buenaventura fijando una mirada de enojo en Madama Esther.

Digitized by Google

—Suficientes medios tendrá de probarlo—dijo Serafinita.—Después de lo que hemos oído no se cuente conmigo para nada.»

Doña Serafina dió un paso hacia la puerta. Gloria la detuvo. Corriendo en seguida hacia Morton, y poniéndole la mano en el pecho, como quien la pone sobre los Evangelios para jurar, la huérfana de Lantigua, con voz de ángel más que de mujer, dijo así: «Si para todos eres criminal, para mí eres inocente.

—¡Oh, bendita tú mil veces!—exclamó el israelita abrazándola con violencia, antes que nadie lo pudiera impedir.—¡Y habrá quien pretenda separarme de tí!... Eres mi esposa... Me perteneces... Te reclamo... Te llevaré conmigo de grado ó por fuerza, sin consideración á nadie ni á náda... ¡Señor Cardenal, señores, repito que quiero ser cristiano... pronto!»

El Cardenal tomó á Gloria de la mano y la apartó del hebreo.

«Nosotros...—balbució frunciendo el ceño. —Nosotros... ¡ay! Las circunstancias han cambiado.»

Todos volvieron á mirar á Esther, que se abalanzó hacia su hijo, diciéndole con violento gesto y tono imperativo:

«Vámonos de aquí. ¿No ves que te arrojan?»

Momento de perplejidad. Los Lantiguas se

Digitized by Google

miraban unos á otros consultándose con los ojos.

—Es preciso—ordenó Amarillo desde cierta distancia,—que el señor se embarque hoy mismo para Inglaterra.

—Esto es una farsa—dijo D. Buenaventura enérgicamente.—Señora, ruego á usted que se retire de nuestra casa.

—Es á tí á quien arrojan, madre,—dijo Daniel dando algunos pasos hacia ella.

—Y me retiraré. Nos iremos los dos.

—Señora...» murmuró el Arzobispo queriendo ser cortés y al mismo tiempo justo y riguroso y blando, queriendo entender lo inteligible y resolver lo insoluble.

Dentro de la cabeza de Su Eminencia había una madeja que no se podía desenredar. Don Angel llamaba en su ayuda al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo vino. He aquí cómo.

Gloria fué el Verbo que puso fin á la pavorosa contienda de tantos sentimientos, con estas palabras: «Querido tío, ¿por qué tanto afán? Yo no quiero casarme.

—¡Tú...!

—No, señor: Dios no quiere que sigamos ese camino, y hablando en mi interior, me señala el único posible. Deseo retirarme á un convento.»

Digitized by Google

Y al decir esto, fué estrechada por los amantes brazos de Doña Serafina, que lanzó una exclamación de júbilo. Había triunfado después de prueba tan peligrosa, y abrazaba á su víctima cual si temiera que aún se le escapase otra vez. No daremos á la santa señora un nombre verdaderamente propio y característico, si no la llamamos el *Mefistófeles del Cielo*.

D. Angel, D. Buenaventura y los demás presentes se quedaron lelos. Extendiendo su varonil brazo, Esther dejó caer su mano sobre el hombro de Daniel, que sintió encima el peso de una losa. Abrumado y atónito, su espíritu no tenía ya fuerzas ni para sentir ni para razonar.

Gloria tomó el brazo de su tía, y dando la izquierda mano al Cardenal, que la estrechaba con cariño, dirigióse lentamente á la puerta. Con su última mirada, semejante al postrer rayo del sol que se pone, dando paso á la noche negra, echó fuera de su alma toda aquella esencia, á la par deliciosa y terrible, que por tanto tiempo la había llenado. Fué como un vaso de perfume que se vacía por completo.

D. Buenaventura siguió á la familia, que se retiraba. D. Juan Amarillo, deseando ponerse á la mayor distancia posible de Daniel Morton, salió de puntillas; hizo señas al cura y á Se-

Digitized by Google

deño, y poco después los tres susurraban en el comedor. Morton había caído en una silla. Esther puso su blanca mano sobre los cabellos del joven, y con voz trémula y cariñosa dijo así: «¡Te he salvado... hijo de mi corazón! Al fin eres mío otra vez.

—¡Salvarme!—repuso Morton alzando con violencia el rostro.—Yo probaré la falsedad de tus palabras... Me será muy fácil probarla... Mañana.

—No será fácil. He tomado mis medidas.

—Me has deshonrado de una manera cruel.

—¿Qué me importa tu deshonra en este lugarón obscuro y vil? En todo el mundo brilla tu honor como el sol... Ya eres mío. Mi ingenio y la resolución súbita de esa excelente joven, que sin duda ha conocido tu impostura, nos han salvado... Eres mío—añadió con alegría,—eres nuestro Daniel; no abjuras, no abandonas nuestra religión... ¡Oh, hijo mío, me parece que te he dado á luz dos veces!

—No cantes victoria todavía... Ya oíste lo que dijo ella. No te creyó: ella no duda de mi inocencia.

—Pero ha renunciado á ser tu mujer. Ha demostrado tener buen juicio y una rectitud que tú no conoces.

—¡Impostora!

Digitized by Google

—¡Y lo dices tú! Yo he aprendido de tí. También Jehová ha hablado á mi corazón y me ha dicho: «sálvale...» ¿Crees que tú solo eres capaz de ser iluminado? O el Señor habla para todos ó para ninguno.

—¡Ella no te ha creído! no, no podía creerte. Entre su pensamiento y el mío, como entre nuestros corazones, existe una cadena misteriosa.

—Ella no me ha creído; pero me han creído los demás. Esta honrada familia no te quiere en su senó.

—Probaré mi inocencia.

—Así como es fácil infundir sospechas, es muy difícil destruirlas. El sér humano es así. Te exigirán pruebas que á mí no me han exigido.

—Las daré.

—Tendrás que ir á Inglaterra, volver...

—Iré, volveré.

—Pero en tanto tiempo... Por ahora eres mío. Tengo el apoyo de una autoridad, cuyo celo podrás comprender, observando que en mi dedo no existe ya el brillante de gran tamaño que me regalaste.

—Ese horrible Alcalde no podrá prolongar mucho su indigna farsa venal.

—El Cónsul llega esta tarde. También es mío.

Digitized by Google

—Me presentaré al Gobernador...

—Para eso se necesita tiempo... y yo, una vez conseguido mi principal objeto, que es poner una insuperable barrera de sospechas entre tí y los Lantiguas, no te molestaré más.

—¿Qué barrera es esa?

—Enseñar á esta gente la carta en que manifiestas á tu padre el secreto de tu cristianismo.

—No puedes tener esa carta.

—He telegrafiado á tu padre, diciéndole que me la mande en cuanto la reciba—dijo Esther con la severidad de un juez que sentencia.—Entre tanto, mi deseo ha sido aplazar, detener. La comedia de hoy no ha tenido otro objeto.

—¡Aplazar, detener!—murmuró Daniel, meditando en cosa tan sencilla, cual si se hubiera vuelto idiota.

—Sí: el Alcalde me ha asegurado que podría detenerte hasta tres días, amparado del desgobierno que hay en España... Dirá después que se equivocó, que estabas predicando el hebraísmo en las calles... dirá cualquier cosa, y no perderá su vara por eso... Además de esto, los Lantiguas, si no están absolutamente convencidos de tus maldades, sospechan, y mientras sospechen no habrá conversión, ni

Digitized by Google

matrimonio, ni nada... En tanto, llega la carta que escribiste á tu padre...

—Yo desbarataré tus maquinaciones. Esto no puede ser. Tendrás compasión de mí: soy tu hijo. ¡Y dices que me has dado á luz dos veces!... Yo digo que la única ha estado de más.

—¿Para qué te afanas por lo imposible?—dijo la madre cariñosamente.—Mis estratagemas, lo mismo que tu febril desasosiego, no tienen objeto ya. Tu esposa te ha despedido. Tu esposa se divorcia y toma otro marido: el hombre clavado. Y todavía dudas, todavía tu alma se apega á ella, que te desprecia.

—Eso no puede ser.

—¿No la oíste?

—Sí; pero será un capricho momentáneo... Pasará, recobrará su buen juicio.»

Entró en el mismo instante D. Buenaventura, serio como quien asiste á un funeral, y con voz conmovida dijo: «La resolución de mi sobrina es irrevocable. Todo concluído.

—¿Verdad que no hay esperanzas?—dijo Esther.

—Ninguna. Mañana partirá Gloria para Valladolid con mi hermana.»

En la pieza inmediata habían cesado los susurros del Alcalde, Sedeño y Romero; los tres atendían.

Digitized by Google

«Salgamos de aquí,—dijo Esther con impaciencia, tomando el brazo de su hijo.

—Todo ha concluído—repitió el banquero abrumado de pena.—Dios no quiere, no quiere, porque en verdad... se ha hecho todo lo que se ha podido.»

Daniel se levantó. Parecía que llevaba encima todo el peso del mundo. Esther y su hijo salieron. Ella iba como quien va á la patria; él como quien marcha al destierro. Al poner el pie en el jardín, el hebreo se estremeció de pies á cabeza sintiendo una voz... Era la voz de Gloria que reía. Nunca había oído Daniel aquella hermosa voz desplegarse en risa semejante.

«Adelante: no te detengas — dijo Esther guiándole como el lazarillo al ciego.—Ya estamos en salvo.»

Unos cuantos pasos más, y salían del jardín, en cuya puerta estaba Sansón, como gigante centinela en el pórtico de un castillo de hadas.

Digitized by Google

XXX

La visión del hombre sobre las aguas.

Gloria y sus tres tíos subieron tan taciturnos, que parecían estatuas movibles. Por la fisonomía de cada uno podía colegirse el estado de su alma. Serafinita y el Arzobispo oraban, D. Buenaventura renegaba. Gloria sonreía, y al mismo tiempo su palidez tomaba un tinte cadavérico. Al entrar en su cuarto se sentó entre Serafinita y el Prelado, cada uno de los cuales le tomaba una mano.

«¿Qué tal te encuentras, niña?—preguntóle Su Eminencia tratando de dar un giro festivo á la situación.

—Muy bien, tío.

—Mira tú por dónde ha venido á resultar que escogieras el camino más corto para llegar al Cielo—añadió D Angel.—Dime la verdad: ¿está tu alma tranquila?

—Sí, señor: me parece que tengo tranquilidad, ó una cosa que es como la tranquilidad, —dijo Gloria oprimiéndose el pecho.

—¿Estás contenta?

Digitized by Google

—Sí, señor. Cuando dije lo que puso fin á las cuestiones, lo dije... qué sé yo... parecióme que brotaba en mi alma un surtidor, una fuente... El agua de ellas fueron mis palabras.

—¡Bendito sea el Señor!» exclamó Su Eminencia juntando las manos en actitud de oración.

Por las mejillas siempre sonrosadas de Serafinita corría una lágrima.

«El Señor es demasiado bueno con nosotros —declaró la dama juntando también las manos como D. Angel.—Nos da satisfacciones y regocijos que no merecemos.

—Querida tía—dijo Gloria mostrando de nuevo aquella lúgubre sonrisa que en su rostro hacía el efecto de las flores de trapo con que se adorna á los niños muertos.—Cuando usted quiera nos iremos á Valladolid.

—Mañana,—repuso el Mefistófeles del Cielo con viveza suma, enlazando con ambos brazos el cuerpo de su sobrina.

—¿Para qué tanta prisa?

—Mañana, mañana—repitió Gloria.—Deseo morir.

—¿Qué es eso de morir?—dijo Su Eminencia examinando con recelo el semblante de la joven.

—Llamo yo morir á esto.

Digitized by Google

—Tiene razón—indicó Serafinita.—Morir para todo y vivir sólo para Dios.»

D. Buenaventura salió del cuarto para anunciar al hebreo que la resolución de la huérfana era irrevocable.

«Irás al convento cuando te repongas un poco—dijo el Prelado.—Tu salud no es buena, ¡pobre y desgraciada niñita! No puedes ocultar que padeces mucho. La resolución heróica que has tomado, esta resolución que bastaría, por la inmensidad del sacrificio que encierra, á aligerar tu alma del peso de las más grandes culpas si las tuvieras; esta grande y meritoria abnegación que con asombro hemos presenciado, no puede menos de producir un gran trastorno en tu ya decaída salud. ¡Oh! ¡qué hermosa y grande me has parecido! Bien conozco el estado de tu alma; bien sé que si no está limpia aún del tenebroso amor que la obscureció, hase purificado de toda intención pecaminosa. Bien sé que en ella todo es rectitud, deseo de enmienda, afán de poseer á Dios, anhelo de humillación y de padecimientos. Y si no lo creyera yo así por la confesión que me has hecho, bastaría el acto que acabamos de presenciar para creerte regenerada. Y si ya no te lo hubiera dicho, ahora te diría con todo mi corazón: «Levántate: todos tus pecados te

Digitized by Google

son perdonados. Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Gloria humilló su preciosa cabeza, sobre la cual el apóstol puso su santa mano

«Por una circunstancia estimo-meritoria y sublime tu determinación—añadió dejando el tono evangélico.—Tú afirmaste no creer nada de lo que la madre de ese hombre nos dijo.

—¿Cómo he de creerlo? Al punto comprendí que era una farsa.

—Pues si le crees bueno y honrado (y en eso no sé qué decir, pues tengo mis dudas); si al mismo tiempo le veías próximo á abrazar tu religión; si todo se te presentaba propicio, todo lisonjero, ¡qué grande has sido al decir: «Renuncio á todo, desprecio los bienes temporales y transitorios, y quiero perderme por salvarme, quiero dejarlo todo por tí, Dios y Señor mío!»

—Antes moriré que poner discordia entre una madre y un hijo—dijo Gloria mirando al cielo.—Además, no creo en la sinceridad de su conversión, y el camino escogido aquí para traer esa alma preciosa al reino de la verdadera luz, no es el más á propósito. Hay otro mejor.

—Sí: hay otro, el único,—indicó Serafinita con místico arrebato, tomando una mano de Gloria y estrechándola contra su pecho.

Digitized by Google

—El será cristiano,—afirmó Gloria con emoción.

—Será cristiano,—repitió la predicadora.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dijo el Prelado mirando al suelo.—Ahora, querida niña, procura tranquilizarte. Serénate; irás al convento cuando estés más sosegada.»

Gloria volvió á sonreir.

«¿Estás alegre?

—Sí: por delante de mí—repuso la joven con cierto desvarío,—pasan unas cosas que me hacen reir. ¡Son tan graciosas!...»

De pronto lanzó la carcajada que Daniel había oído al salir de la casa. D. Angel y su hermana, asombrados y temerosos, la miraron

«Gloria, hija mía, ¿qué tienes?

—¿Por qué ríes así?»

Reclinó la joven su cabeza en el respaldo del sofá, y poco á poco fué extinguiéndose en sus labios la risa y se quedó seria. Tomó su cara la taciturna seriedad de los muertos.

«¡Pobre hija de mi corazón!—exclamó el Prelado contemplándola con lágrimas en los ojos.—Buenaventura, Buenaventura.»

El banquero subió con presteza.

«Si no tengo nada...—dijo Gloria apartando á un lado y otro de la frente sus cabellos.—¿Qué hablan ustedes ahí de médicos y de me-

Digitized by Google

dicinas? Yo no tengo nada. Sólo estoy pensando en que antes moriré que separar á un hijo de la madre que le adora.»

Levantándose, dió algunos pasos con agilidad graciosa por la habitación.

«No, no: esa carne mortal no está buena—observó Su Eminencia con disgusto.—Buenaventura, manda llamar á D. Nicomedes.

—Acaba de llegar, y abajo está charlando con el cura y con D. Juan Amarillo.»

El médico subió, y sus chistes, sus oportunas observaciones, sus cariñosos comentarios acerca del mal de Gloria alegraron por breve rato á toda la familia. Era un hombre que infundía á los enfermos un espíritu de fortaleza tal que no podía menos de influir lisonjeramente en la salud. Curaba como cualquier otro buen médico; pero sus enfermos tenían, mediante él, la fe y la devoción de curarse. En sus diagnósticos empleaba las más gallardas figuras. Según él, el corazón de Gloria era un caballo desbocado; su pensamiento un pájaro que habiendo remontado mucho el vuelo, se había cansado y no hallaba monte en que posarse, y tenía que seguir volando ó dejarse caer. Sus nervios eran una casa de fieras, en la cual se hubieran abierto todas las jaulas. Con esto se reía la familia.

Digitized by Google

Antes de retirarse, D. Nicomedes manifestó confidencialmente al Prelado y á su hermano que el estado de Gloria le alarmaba mucho; que el desorden de su naturaleza era completo; que un absoluto reposo físico y moral sin ninguna emoción era indispensable para salvar tan preciosa existencia, y que ésta, sujeta á terribles crisis nerviosas, podía llegar á depender de un cabello. Con tales advertencias juzgaron conveniente someterla á un régimen de descanso, y después de obligarla á acostarse, acompañáronla todos en la primera parte de la noche, compitiendo en manifestaciones cariñosas y tratando á porfía de dar á la tertulia el tono más alegre. Por consejo de Don Buenaventura no se habló nada absolutamente de religión, ni de la escena de aquella tarde, ni del convento de Valladolid, ni de sacrificios, ni de padecimientos, ni de cruces, ni de calvarios.

Afligidísimo estaba el pobre banquero viendo malogrados sus generosos planes, y sentía la compasión más viva hacia su sobrina. Al anochecer tuvo que habérselas con D. Juan Amarillo, que sin reparar en conveniencia alguna, abordó el asunto de la compra de la casa. Pero hallándose Lantigua de muy mal talante, el Alcalde no pudo obtener tampoco

Digitized by Google

aquella vez una respuesta categórica, por lo cual se retiró triste y mustio, sin otro consuelo que mirar desde el jardín la fachada del edificio y pensar en las reparaciones que le haría por dentro y por fuera cuando Dios quisiera ponerlo en sus manos. D. Buenaventura dió una vuelta por el pueblo, con objeto de ver algunas personas. Después volvió á la casa. Era tarde. La familia había cenado ya, y el Prelado se retiraba á su cuarto. Gloria aprovechó un instante en que estaba solo con ella en la alcoba su tío D. Buenaventura, y le llamó con la mano.

«Tío—dijo Gloria con voz muy débil,—¿quiere usted decirme una cosa?

—Lo que quieras, queridita—repuso Lantigua con el mayor cariño.—¿Qué deseas saber?

—Una cosa. ¿Se han ido?

—¿Quiénes?

—Esa gente.

—¿Los...?

—Los judíos,—dijo Gloria bajando tanto la voz que apenas se oía.

—¿A qué te afanas por lo que no te importa? Duerme en paz.

—Deseo saberlo... Lo deseo mucho.

—Pues bien, niña mía: se van mañana tem-

Digitized by Google

prano. La madre y el hijo están preparando todo.

—¿Les ha visto usted?...»

Los ojos de la huérfana brillaban tristes y curiosos.

«Sí y no... He visto al hijo. Hace un momento entraba en casa de Caifás... A dormir, señorita, á descansar.»

Cariñosamente besó sus abrasadas mejillas. El Arzobispo y Serafinita entraron. Los tres contemplaron en silencio á la joven, que, cerrando los ojos, parecía ceder á las primeras caricias del sueño. D. Angel le dijo frases placenteras, graciosas y llenas de caridad, como él sabía hacerlo cuando visitaba enfermos. Tomóle el pulso, encontróle excitado, mas no alarmante; recomendóle que rezara brevemente, sin fatigar mucho la imaginación, y por último manifestó el deseo de que no se quedara sola aquella noche. Quiso velar junto á ella Serafinita; pero Su Eminencia se opuso resueltamente á ello. Instó la dama, opinó Gloria como su tío, estuvo á punto de enfadarse el metropolitano, y entonces Serafinita, cuya ley era la obediencia, cedió el puesto á Francisca. Esta trajo su colchón, encendió la lamparilla, y se dispuso á pasar allí la noche. Retiráronse los demás.

Digitized by Google

Transcurrieron las horas, y la casa continuaba en profundo silencio. Gloria se sumergía lentamente en las cóncavas honduras de un letargo febril. Su espíritu pugnaba por vencer aquel sopor de muerte, y en sus esfuerzos había la trémula ansiedad del que, suspendido sobre un abismo, se agarra á la débil rama de un árbol para no caer. Aquel abismo era la muerte. La infeliz se abandonó al fin, y con angustia dijo en su alma «M muero.» Y en la vaguedad de sus sensaciones y de sus ideas, figurándose que su persona era simplemente un nombre escrito, decía: «Me borro.»

Al mismo tiempo estrechaba sus dos brazos fuertemente contra el pecho, ademán que era el amoroso y último adiós á dos seres queridos. Gloria les besaba en idea, y dándoles vida y cuerpo en su fantasía poderosa, les prodigaba tiernas caricias y los nombres más dulces del lenguaje del corazón. La pobre enferma seguía descendiendo. Parecióle que venía contra ella un soplo helado, y agitándose y gimiendo como una llama, se apagó. Entonces dijo: «Verdaderamente estoy muerta. Ya no veré más á las prendas de mi corazón.»

La pobre se sintió llorada por su familia, se sintió amortajada por la piadosa mano de su tía, que se le representaba como un ángel blan-

Digitized by Google

co y sereno; se consideró puesta en una caja fría y dura, y fué rodeada de silencio y alumbrada de tristes luces. Y no obstante, en medio de tan lúgubre calma observaba el fenómeno de su muerte, se miraba en él como en claro espejo, y en él veía reflejarse su hermosura, su amor, sus padecimientos, todo lo que constituía la desgraciada personalidad que en el mundo llevaba el nombre de Gloria.

Se sintió bajada á un antro cavernoso y húmedo y encerrada en estrecho espacio, sin aire, sin luz. Enorme peso había caído sobre ella; junto á sus brazos extendíanse entrelazadas como culebras las raíces de los árboles, de los mismos árboles que más arriba mecían en clara y tibia atmósfera sus hojas, dando albergue á los pájaros. Desde aquella profundidad percibió los pasos de los que aún vivían, y esto la hizo pensar con más fuerza en las prendas de su corazón. Pensó tanto, que las lágrimas brotaron de sus ojos, corriendo como manantial escondido por aquella tenebrosa entraña de la tierra. De pronto vió la extensión de los cielos, el mar; pero no la tierra ni el sitio donde estaba. Todo era claridad, luz, día infinito. Allá lejos distinguió al fin una especie de ribera mezquina, montes, una torre, y desde aquel horizonte venía un hombre, marchando

Digitized by Google

á pasos de gigante. Crecía al avanzar, y avanzaba tanto, que al llegar junto á la muerta tocaba el cielo con su cabeza. Pasó sin verla, y entrando en el mar, corrió por encima de él. Se deslizaba como una nube. En sus brazos llevaba un pequeño sér, un niño, cuyos ojos brillaban como astros negros sobre la claridad del día, Gloria vió aquel precioso rostro infantil, tan lindo, que el Niño Jesús, comparado con él, era feo, y al verle su corazón se partió en dos. Observó la hermosa visión y cómo alejándose disminuía. El padre miraba siempre hacia adelante, el niño hacia atrás. Resbalaban sobre las aguas...

Gloria dió un grito, hizo un esfuerzo supremo, uno de esos esfuerzos del alma que son capaces de tornar á infundir la vida en la carne abandonada; rompió sus ligaduras, levantó aquella enorme mole de tierra que tenía encima, y si tuviera por cenotafio la pirámide de Cheops la levantara lo mismo; se incorporó, se puso en pie, corrió...

Francisca soñaba también, mas soñaba cosas placenteras, á saber: que había venido su hermano de América, trayendo mucho dinero. Ambos eran ricos y felices. Y al compás de esta delectación de su espíritu, roncaba el cuerpo con estrépito. Pero después tuvo una

Digitized by Google

pesadilla horrible, despertó sobresaltada, miró al lecho de su amita, y á la indecisa luz de la lámpara lo notó vacío... Miró á todos lados... Gloria no estaba en la alcoba. La pobre mujer sintió pavor inmenso. En el primer instante no pudo gritar... Creía tener un dogal al cuello... pero al fin gritó, y saliendo despavorida del cuarto llamó á D. Buenaventura, á Serafinita, al Cardenal. Mayor fué su consternación al ver que despuntaba la aurora. El grito de la buena mujer era:

«La señorita no está. ¡Se ha escapado!»

Digitized by Google

XXXI

Mater amabilis.

Había huído á las doce, valiéndose de los mismos medios que empleara algunas noches antes. El profundo sueño de Francisca favoreció su evasión del cuarto, y las llaves que guardaba le abrieron las puertas de la casa. Iba ligeramente vestida y con la cabeza mal cubierta por un pañuelo. Andaba cautelosamente al recorrer la casa; pero con firmeza, derecha á su objeto, sin vacilar, con marcha y ademán que indicaban enérgica resolución. Al verse en campo libre, murmuró: «Corre, alma mía, corre.»

Y con pie ligero avanzó á la carrera por el camino real. Su vestido claro, flotando al viento, dábalo aspecto de una medrosa aparición de la noche. Sofocada por la velocidad de su marcha, tuvo que detenerse diciendo: «¡Oh, qué lejos está ese Villamores!... No es todavía... Yo creí que llegaría de una carrera; pero es más allá... más allá... detrás de aquella piedra.»

Digitized by Google

De nuevo emprendió la marcha, primero despacio, luego precipitadamente, y se detuvo junto á una pared ruinosa, medio cubierta de hierba. «No es todavía—murmuró dando un suspiro.—Es más lejos aún... Detrás de aquel chopo que está solo en medio del prado... Por aquí se llega más pronto que por el camino real.»

Abandonando el camino real tomó la vereda que cruzaba un prado y corrió por ella. En a mitad de la senda detúvose mirando al suelo tapizado de flores, que apenas se distinguían en la obscuridad nocturna, como juguetonas cabecitas agitadas por el viento, todas de un color, diseminadas en infinita muchedumbre, formando misteriosa armonía con las estrellas, que abrían sus corolas de luz en la inmensa concavidad del cielo. Gloria se arrodilló pensando en alta voz: «Le llevaremos un ramo.»

Con su mano derecha arrancaba rápidamente las flores, juntándolas con los dedos de la mano izquierda. El ladrido de un perro, intimidándola, la hizo levantarse y seguir á la carrera. Al llegar tras un gran castaño, reconoció con asombro el terreno, diciendo:

«Si no he llegado todavía... Es más lejos. Detrás de aquella casa... Un esfuerzo más.»

La luna acababa de salir de entre un grupo

Digitized by Google

de nubes, como una belleza que arroja sus tocas, y se lanzaba locamente á la carrera por el azul profundo. Como ella, Gloria no volvía la vista atrás y avanzaba siempre, avivando el paso á cada instante con la esperanza de llegar pronto. Apretaba contra el pecho su ramo, y decía: «Es mi último regalo... Ya me parece que estoy cerca. Sí: llegaré á tiempo de impedir... Si tardo no les encontraré. Corre, alma mía, corre.»

Pasando más allá de la casa, se sentó sin aliento sobre una piedra.

«¡Oh, Dios mío!—exclamó oprimiéndose el pecho.—¡Qué lejos está Villamores!... Parece que huye de mí.»

Echóse atrás el pañuelo descubriendo su cabeza.

«No, no falta mucho... En subiendo esta cuesta... ¡Qué fatigada estoy!... Se me rompe el corazón... No sé cómo me canso, si no tengo cuerpo... Lo he dejado en la fosa.»

Subió la cuesta, y sus ojos pudieron abrazar ancho horizonte: el mar á lo lejos, confundiéndose con el cielo; por otro lado elevadísimas sombras brumosas, los montes, las blancas casas, destacándose confusamente sobre la obscuridad de árboles y praderas.

«¡Oh!... aquella torrecita chica que parece

Digitized by Google

un dedo señalando al cielo—dijo la prófuga inundada de alegría,—aquélla es. Poco me falta. ¿Qué hay de aquí allá? Cuatro pasos... Llegaré á tiempo.»

Faltábale por andar la mitad del camino, tres cuartos de legua. La torre semejante á un dedo se veía durante el día; pero de noche Gloria no podía verla sino en su imaginación. «Un esfuerzo más. Cuatro pasos me faltan... Los andaré en una carrera, porque tengo miedo de que vengan detrás de mí y me cojan... ¿En dónde está mi ramo?»

Miró asombrada alrededor suyo. Había perdido las flores.

«Más adelante cogeré otras. Ahora no puedo detenerme. Si llego tarde no veré á las prendas de mi corazón, que huyen corriendo como las nubes sobre el mar... ¡Ay, desgraciada de mí! ¡Estar muerta y no poder seguirles!... ¡Estar en la fosa de Ficóbriga!...»

Y se lanzó á la carrera hasta que le faltó la respiración. Oyó canto de gallos; vió pasar á dos hombres; ladráronle algunos perros, y una cabra, saltando sobre las ramas, hízola temblar de miedo. «Adelante, adelante. Ya me falta muy poco. Alas, Dios mío; yo quiero tener alas como esas con que vuelan de mundo en mundo tus ángeles.»

Digitized by Google

Gastadas sus escasas fuerzas en febril carrera, encontróse casi imposibilitada de andar. Sus rodillas se doblaban, su cuerpo desmayado y flojo apenas podía mantenerse derecho. Sólo por un vigoroso esfuerzo de voluntad, que arrancaba del potente sentimiento de su alma, pudo andar con trabajo y lentamente un buen espacio. Cada poco tiempo tenía que sentarse sobre una piedra ó en el suelo.

«¡Oh, Dios mío!—exclamó apoyando su cabeza en las rodillas.—¡Si no podré llegar!... ¡Si me quedaré en este camino solo y frío!...»

Abrasadas lágrimas caldearon entonces sus mejillas, y esta rápida expansión determinó en su mente como un deshielo, y por ella tuvo ideas claras y exacta conciencia de la realidad.

«¡Me he creído muerta!—dijo cruzando las manos.—Viva estoy, pues que padezco... ¿Por qué he venido aquí?... Es mi corazón el que ha salido, y ha echado á andar en medio de las confusiones de un delirio... congoja horrible, presentimiento. Mi corazón ha gritado: ¡ladrones!... No sé lo que es esto. Sin duda un disparate... Pero yo quiero verle, verle á todo trance esta noche, porque mañana entraré en un convento ó moriré... Yo me creía difunta... ¿Puedo asegurar que no lo estoy? Si parece que mi cuerpo se clava en la tierra; que toda

Digitized by Google

mi vida se paraliza!... Señor, dame aliento y un poco de vida... Es preciso seguir adelante.»

Y siguió hasta que pudo ver de cerca la torre semejante á un dedo.

«¡Ya estoy, ya estoy!...—gritó con placentera alegría.—Me arrastraré si no puedo andar.»

Un cuarto de hora más tardó; pero al fin, apoyándose en una cerca de piedra y en los troncos de los árboles, pudo llegar á la anhelada ermita de Villamores.

Villamores es una aldea cuyas casas, diseminadas en gran extensión, forman pintorescos grupos entre las verdes mieses. Constituyen el grupo principal la Iglesia, la taberna y dos casas infanzonas de lúgubre aspecto. La Iglesia es una humildísima y caduca construcción con puerta románica, tejavana de podridas maderas y una torre. Junto á la Iglesia, formando como una sola pieza, se ve una casa que parece domicilio del sacristán, y frente á ella existían (ya han sido derribados) enormes y espesos árboles que daban sombra á todo el edificio haciéndole más negro de lo que era. Parecía un anacoreta entapujado con el capuchón. Aquella noche veíase claridad en la puerta de la casa, luminosos rayos que salían

Digitized by Google

por las hendiduras de la madera. Acercóse Gloria, y al mismo tiempo oyó voces.

Están despiertos—pensó.—Es cosa muy rara. ¿Qué hora será?»

Acercóse más. Creyó sentir ruido en la Iglesia, y vió también luz al través de la ventana de ella...

«Estarán preparando la misa de alba. Llamaré en casa de María Juana.»

En la puerta de la casa había una gran hendidura. Gloria miró por ella y estuvo á punto de perder el conocimiento; tan grande fué su estupor.

¿Qué veía? Primeramente un hombre alto, rubio y grueso, un gigante, un San Cristóbal, que frente á la puerta estaba. Después vió la espalda y la cabeza de otro hombre sentado junto á una mesa. Gloria no daba crédito á sus ojos, porque aquel hombre era Daniel Morton. Sintió un temblor tan vivo que no pudo ni huir, ni llamar, ni hacer movimiento alguno... También vió una mujer. Era María Juana, infeliz viuda á quien Doña Serafina había confiado la lactancia del pobre niño; mujer de buena edad, guapa, robusta, honrada y discreta. La elevación de su hijo mayor al sacristanato de Villamores, después que quedó viuda, proporcionóle aquella residen-

Digitized by Google

cia, que no tenía en verdad nada de fastuosa.

María Juana estaba junto á la mesa, frente al caballero. Sobre la mesá había una luz. El caballero había sacado una cartera del bolsillo, y empezaba á contar monedas de oro. Poníalas en pequeñas pilas delante de María Juana, cuyos ojos devoraban con expresión de ansioso arrobamiento aquel tesoro que surgía delante de ella como los inverosímiles caudales de un cuento.

En la mente de Gloria vibró como un rayo la idea engendrada por semejante espectáculo. Con hondísima turbación gritó, rasguñando la puerta y dando golpes en ella:

«No me engañé... ¡Está comprando á mi hijo!... Juana, Juana, abre.»

Digitized by Google

XXXII

Pascua de Resurrección.

Los dos hombres se levantaron, y Juana, recogiendo con presteza el dinero, dió varias vueltas, azorada y confusa, antes de abrir la puerta.

«¡Señorita Gloria!—exclamó torpemente al abrir.—Usted aquí... sola... ¡Dios nos valga!

—¿En dónde está?—dijo Gloria mirando á todos lados con desvarío.

—En la alcoba... señora—balbució la madre del sacristán.—¿En dónde había de estar?... tan hermoso como siempre... No esperaba esta visita de su mamá.»

Gloria voló á la alcoba. Todos fueron tras ella, menos Sansón, á quien su amo mandó que saliese. Juana alumbraba; la madre corrió hacia la cuna, donde se veía la cara de un adormido ángel, sonrosado, cabellos negros, y dos puños de rosa cerrados fuertemente, cual si quisieran apretar el aire.

«¡Hijo mío!—exclamó la madre con desga-

Digitized by Google

rrador acento, cayendo de rodillas junto á la cuna.—¿Por cuánto dinero te han comprado?»

María Juana murmuró algunas palabras para disculparse.

«Te perdono,» afirmó Gloria sin mirarla.

Y volviéndose á Morton, le dijo sin rencor:

«¿Es cierto que le comprabas?

—Es cierto—repuso él gravemente.—Una monja no es una madre. Quiero llevármelo y me lo llevaré.»

Quedóse la joven meditabunda junto á la cuna.

«Parece que Dios me ha traído aquí—dijo después de una pausa silenciosa y solemne,—para impedir que roben á mi hijo.

—¡Robar!... ¿eso puede decirse de un padre?

—Es verdad: he dicho mal—repuso ella mirándole con ternura.—Pero no: muerta yo, mi hijo debe quedar al cuidado de mi familia.

—Y por qué no al cuidado mío?

—Porque estará demasiado lejos. Yo no le veré más. Pero sabiendo que mi sepultura no está muy distante de la tierra donde él viva, me consolaré con la idea de sentir desde allá abajo sus primeros pasitos... Mas no debo expresarme de este modo, ¿no es verdad? Mi pobre cuerpo será polvo, y nada sentirá. En el Purgatorio, donde padecerá mi alma, tendré

Digitized by Google

el consuelo de suponer á mi hijo en tierra de cristianos.»

María Juana salió dejándoles solos. La alcoba era estrecha y aseada. El lecho, la cuna y dos sillas ocupábanla casi toda, y en la pared, además de un Cristo en estampa, veíanse dos ó tres láminas devotas, entre ellas una que representaba, dibujadas con lentejuelas, la planta del pie de Nuestro Señor Jesucristo y la de su Madre.

Daniel y Gloria se sentaron junto á la cuna. Apoyaba ella fatigada su busto en el lecho cercano. Envolvía su semblante una sombra lúgubre; á ratos temblaba con frío de enfermedad, y si sus ojos lucían con extraordinaria viveza, su hermosa cabeza apenas podía sostenerse sin el auxilio de la mano.

«Vida mía—dijo el hebreo rodeándole los hombros con su brazo,—estás intranquila. Si es por lo que he intentado esta noche, cálmate. No haré sino tu voluntad.

—Ya no tengo voluntad.

—La has tenido bien firme y bien enérgica—prosiguió Morton en tono de amarga queja,—para rechazarme, para renunciar á ser mi esposa y consagrarte al ascetismo en un monasterio cristiano... ¡Y qué momento has escogido para abandonarme! El momento en que

Digitized by Google

yo hacía por tí el más grande y el más doloroso de los sacrificios.

—Ya lo sé: el sacrificio de aceptar una religión que aborreces. ¡Terrible cosa es obligar al alma á una impostura semejante!... ¡Cuán claramente he leído en tu corazón! Tú me has dicho que nada de lo que siento se te oculta.

—Es verdad.

—Igual me pasa á mí. Hoy te he visto en espantosa lucha con tu conciencia, y me ha dado miedo.

—¡Miedo!

—Sí: me horroricé de verte haciendo el esfuerzo sobrehumano de jurar un Dios en quien no crees. Admiro el sacrificio y lo agradezco en mi corazón de mujer; pero no puedo aceptarlo. Mis tíos, sabios y todo como son, cayeron en el lazo; pero yo que soy tonta, te miré á los ojos y leí tu intención... Hace tiempo que Dios me ha dado una perspicacia asombrosa. No: no serás cristiano, si mi Dios no te ilumina; y mi Dios no te ha iluminado todavía.

—Es verdad—declaró Morton confuso,—que mi conversión era fingida. ¿A qué negártelo? No podía ser de otra manera. Pero tú me debiste admitir tal cual yo iba en busca tuya: debiste confiar en que tal vez nos entenderíamos después de casados.

Digitized by Google

—Así lo pensé—repuso amorosamente la de Lantigua.—Yo decía para mí: «El viene con engaño; pero cuando viva constantemente á mi lado, confundidos nuestros pensamientos como nuestra vida, yo le haré cristiano verdadero. Insensiblemente vendremos á pensar y creer lo mismo.»

—¿Y por qué, por qué no has persistido en esa noble idea?—preguntó el israelista con desesperación.—¿Por qué cuando yo estaba á punto de salvarte has huído, desairándome de un modo incomprensible?

—¡Ah!... Mi conciencia no me permitía privarte de tu madre. Yo la ví como una leona á quien han robado sus hijos. Las terribles injurias que dijo de tí, hiciéronme comprender la grandeza de su amor materno y de su fanatismo.

—Su fanatismo no es religioso, sino de raza.

—Lo mismo da. Al momento comprendí que ibas á perder á tu madre por mí. ¡Si vieras qué espantoso eco produjo en mi amor materno la desesperación de tu madre!... Lo que ella sentía, lo sentía yo también. Pensé en mi hijo... ¡Ay de mí! Si yo viviera muchos años y le viera grande, y de improviso me abandonara para unirse á una mujer de otra religión... ¡Esta idea me mata!... Esto no se puede imaginar.»

Digitized by Google

Mirando á su hijo, exclamó con terror:

«¡Ay, si yo viviera, si yo te viera grande y huyendo de mí para amar á una mujer enemiga de Jesucristo...!

Horrorizada, se cubrió el rostro con ambas manos.

«¡La religión!—dijo Morton sombríamente. —Siempre el mismo fantasma pavoroso que nos persigue para separarnos. Sombra terrible proyectada por nuestra conciencia, en todas partes la encontramos; no nos permite ni una idea libre, ni un sentimiento, ni un paso. Es en verdad tremendo que lo que viene de Dios parezca á veces una maldición.

—No hables así—replicó la joven con pena.

—¿Pues qué, hemos de afligirnos por estas contrariedades de la Tierra? La Tierra es pequeña, el Cielo grande. Aquí todo es esclavitud, allí libertad. Las aspiraciones sublimes del alma son aquí esfuerzos que se estrellan contra invencibles muros, allá son un vuelo majestuoso que no tiene fin. ¿Por qué te afanas? ¿Por qué das tanta importancia á lo que he hecho esta tarde? ¿Qué importa eso? Las separaciones de la Tierra son las uniones de allá.

—Tu fe es grande.

—Sí. Mi fe es grande, y la tuya lo será

Digitized by Google

también, porque tú serás salvo; Dios hablará en tí, tú serás cristiano. No ha llegado la hora; pero llegará. Esto es en mí más claro que la luz. Además, ¿qué cosa glorifica y enaltece al alma tanto como el sacrificio? Yo quiero y debo hacerlo. Todo lo que aquí sea privación, allá será regalo.

—¡Pobrecita mía! Un exaltado idealismo te trastorna. Por piedad, no violentes la idea del sacrificio haciéndola contraria á las leyes que nos ha dado Dios. Si me amas, ¿á qué esa renuncia cruel?...

—Para salvarte. No hay redención sin víctima.

—Sí: yo aseguro que puede haberla.

—Tú serás salvo.

—Mi salvación es amarte: no quiero otra.

—Entrarás conmigo en el Paraíso.

—Estando á tu lado estoy en él.

—Yo vivo llena de tranquilidad, tú de agitación. Yo confío y espero, tú dudas. Yo abrigo la seguridad de nuestra dicha futura, pero tu alma, incapaz de comprender esto, vacila y lucha con los errores que la poseen. Pero ella saldrá de ese caos; merece la luz, y la tendrá. ¡Ay, cuánto hubiera sentido morirme sin decirte estas cosas! Mi pena más grande, aquélla á que no podía resignarme, era la de verme al

Digitized by Google

borde del sepulcro y no tener un instante á mi disposición para poder decir esto que te digo. He delirado como los que se mueren; he sentido que la vida se iba acabando en mí... Desesperada y confusa he dicho mil disparates, he reído como los tontos... he notado que cada parte de mi sér se dislocaba con las contracciones de la muerte... No sé qué idea terrible, qué fuerza misteriosa me arrojó de mi cama y me trajo aquí. Entre tanto desvarío, mi pobre razón vió con claridad una cosa... que me robarías á mi hijo para poseerme en él. Mi tío me dijo que te había visto entrar en casa de Caifás... Sospeché. Yo me moría, pero no estaba muerta, y si hubiera estado muerta habría resucitado... Salí, corrí, volé... ¡Qué dicha tan grande poderte confiar mis últimos pensamientos antes de morirme! Estos pensamientos me hubieran pesado mucho llevándomelos conmigo.»

Inclinó la cabeza sobre el lecho cercano. Daniel acudió á ella.

«¡Oh! ¡qué bien estoy aquí!—murmuró Gloria mirando los ojos de su amigo á distancia de pocos dedos.—¡Mi hijo! ¡tú!... lo que más quiero en el mundo.

—Esos son los sentimientos más legítimos, más naturales y más caros á tu Dios y á todos

Digitized by Google

los dioses—afirmó Daniel.—¿Por qué no has ajustado tus acciones á ellos, despreciando todo lo demás?

—Amigo querido—dijo ella cerrando los ojos,—Dios me demuestra su bondad, permitiéndome morir así.

—No pienses en muerte—indicó Daniel vivamente alarmado del abatido aspecto de su amiga.—¿Quieres que llame?... ¿Qué tienes?

—Nada, nada—repuso Gloria mirándole más de cerca aún, tan de cerca que los ojos de entrambos cambiaban sus reflejos de pupila á pupila.—No llames á nadie. Si alguno entrara, no estaríamos solos. ¡Qué bien me siento! ¿En dónde está mi hijo?

—Aquí: ¿no le ves?

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué?

—¡Ay! no puedo moverme. Parece que todo lo que hay en mí de vida se detiene, y sólo queda con movimiento el incansable corazón. Levántame en tus brazos y recuéstame en ese lecho. Pon después al niño junto á mí...»

Daniel hizo lo que ella le mandaba.

«Voy á llamar.

—No: te ruego que no llames. No necesito nada. Estoy muy bien. Me siento ahora como nunca. Pero dime, ¿estamos solos?

Digitized by Google

—Enteramente solos... ¿Por qué no duermes, alma mía?—le dijo el hebreo abrazando con pasión su hermosa cabeza.

—A eso voy, querido—replicó ella con festiva confianza.—Y te aseguro que tardaré un ratito en despertar.

—Espera, llamaré á esa mujer—repitió Morton cada vez más inquieto.

—Si la llamas me voy á dormir á mi casa —dijo Gloria deteniéndole por un brazo.—Para el mal que yo siento, tu compañía sola y la de este niño es la medicina mejor.

—¡Oh, qué benditas palabras estás diciendo!—exclamó Daniel trastornado de júbilo y emoción.—¡Y siendo como eres no puedo llamarte mi esposa! Esto es un crimen, un crimen horrendo, del cual Dios, tu Dios ó el mío, cualquiera de ellos, nos ha de pedir cuenta en la otra vida.

—Ves esto con mirada baja y pequeña. Yo llevo la idea de nuestros desposorios por caminos más altos. Tú lo verás cuando seas salvo, y entonces me darás las gracias, pobre ciego... Pero dime, ¿estamos en efecto solos?

—Solos. ¡Ay, si pudiéramos estar así toda la vida, si pudiéramos huir, romper con todo el mundo, labrarnos un mundo para nosotros...! Si pudiéramos gozar de esta grata so-

Digitized by Google

ledad perpetuamente, ¡cuán pronto, querida mía, derribaríamos los vanos altares en cuya piedra nos han degollado, y levantaríamos en su lugar otro, uno solo para los dos!

—Eso sucederá cuando tú vengas á Jesucristo—repuso la joven con alegría.—Yo estaré entonces muy lejos; pero por grande que sea la inmensidad infinita, te reconoceré en ella y te daré la mano.

—¡Jesucristo!... ¡Siempre ese nombre!...

—¡Siempre! Sé que entrarás en su reino, y ese es mi consuelo, la idea que me ha salvado de la desesperación y del infierno, proporcionándome una dulce muerte, la purificación de mi alma y la seguridad de mi entrada en el Cielo. Por esa idea, la muerte es dulce para mí, y ella basta á llenar de gozo mis últimos momentos.

—Por Dios, no hables de morir... Vivirás y serás mía. Dame la mano.

—El corazón te doy—dijo Gloria con la voz más divina que puede oirse, tomando la mano de su amigo y oprimiéndola contra su pecho. —Desde que al nacer dió el primer latido, fué tuyo. Te amó judío lo mismo que te habría amado cristiano, porque te amó en Jesucristo, para quien todos los hombres son iguales. Esposo... te doy con la boca el mismo nombre

Digitized by Google

que hace tiempo y á todas horas te doy con mi pensamiento... He vivido en tí y en tí muero.

—Y sin embargo, cruel, tuya es la culpa de nuestra separación, porque siendo, sin saberlo, cómplice de mi madre, has desbaratado juntamente con ella mi proyecto.

—Lo he desbaratado porque hubiera tenido sobre mi conciencia la desesperación de tu madre. Al verla dije: «antes moriré que poner discordia entre un hijo y una madre.» Además, tu conversión no era sincera. Sobre todas las cosas me cautivaba en aquella hora la idea de que este horrible conflicto en que se encuentran nuestras almas no había de concluir sino por un gran sacrificio, y de que ese sacrificio debía hacerlo yo... Y no dará sus frutos en este mundo miserable, sino en otro, allá donde brotan y se alzan, llenas de aromas y bellezas, las flores cuya semilla hemos arrojado aquí.

—Yo admiro tu sacrificio, pero no lo comprendo—afirmó Daniel con amargura.—Esa solución de que hablas, ¿dónde ha de ser realidad?... ¿en ese horrible convento donde te encerrarás desde mañana?

—No... en el Cielo—repuso Gloria con angelical sonrisa.—Me alegro de que la muerte

Digitized by Google

me impida ir al convento. Así es mejor, mucho mejor. En el convento me habría sido imposible convertir el amor que te tengo en la pasión mística que mi tía me recomienda como modelo de perfección cristiana, me habría sido imposible olvidar á mi hijo y dejar de consagrarle todas las horas. De este modo, muriendo después de haber renunciado todos los goces, creo haber llevado bastante mi cruz, y espiro confiando en que Dios ha de salvarnos á los dos.

—¡No: tú no morirás, Gloria, no morirás todavía!—exclamó Daniel besando su frente; —pero si murieras, tu muerte sería un suicidio, habrías sucumbido á esa insensata mortificación moral, á esa bárbara renuncia de bienes legítimos. ¡Pobre ángel extraviado! Has estado matándote lentamente, día tras día. El padecer será meritorio; pero el padecer por el padecer no puede ser una religión. Sacrificas un porvenir que podría ser risueño, ahogas una familia naciente. Siempre que se puede hacer el bien, debe hacerse en vida, mayormente si se hace también á los demás. Tú, impidiendo que nos entendiéramos, impidiendo que nos uniéramos en vínculo civil, para poder llegar á la reconciliación de nuestras ideas, te has matado á tí propia y me has matado á mí, y difieres nuestra dicha y nuestra unión

Digitized by Google

para la otra vida, pudiendo haberla realizado en ésta. Te entrometes en la obra de Dios, querida.

—No eres cristiano: ¿cómo has de comprender esto? ¡Pero ya lo comprenderás!... En este mundo no podía yo ser tu esposa, porque tu conversión era una falsedad. No hay que afligirse: el alma es libre, y su inmortalidad le ofrece tiempo, caminos sin fin para alcanzar el bien que desea... Yo muero con gozo, y muriendo siento inefable regocijo al decirte: «Daniel, tú serás salvo, por mi mediación.» Mi fe en Jesucristo me inspira esta confianza.»

Debilitándose su voz, empezó á temblar con leves convulsiones.

«Tengo frío—murmuró:—abrígame. Que estos últimos cuidados que me prestas sirvan para fijar más en tí mi memoria. Dios me ha concedido el beneficio de morir en tus brazos, para que de este modo mi muerte selle tu persona, y quedes marcado para la redención que vendrá.

—No hables de morir, no hables de eso,—exclamó Daniel, arropándola con las mantas.

—Hace tiempo que estoy muriendo. Mi corazón, que es el que tiene la herida, me anunció el fin. Ahora mismo parece que está tirando, tirando para arrancar sus propias raíces.

Digitized by Google

—Tu delirio te engaña. Vive, aunque no seas para mí, aunque mueras de otro modo en esa equivocada perfección del convento cristiano.

—¡Qué bueno ha sido Dios para mí!... ¡Sí, qué bueno!—dijo Gloria.—Bueno, porque me permite morir á tu lado; bueno, porque me evita entrar en el claustro, donde tu recuerdo y el de mi hijo no me habrían permitido ser santa. ¡Oh, qué imperfecta soy! En mí todo es humano. El misticismo, esa singular manera de amar á Dios con pasión, sobresalto y congojas de enamoramiento, no caben en mi espíritu. Muero sin poder desarraigar en mi pecho lo mundano. Pero Jesucristo, á quien adoro, tendrá misericordia de mí, me enseñará otros caminos mejores, y aprenderé el amor divino y me abrasaré con gozo en esa pasión, siempre que en ella haya algo de tí y de mi hijo, pues sin uno y otro no comprendo nada de amor.»

Debilitándose más, añadió:

«Me siento morir. Yo creo que estoy muerta ya, y que hablo y te miro por especial favor de Dios, para que no te quedes solo todavía. Todo en mi sér se acaba. Toca mi corazón, verás como apenas late. Mi vista se turba ya... ¿En dónde está mi hijo?

Digitized by Google

—Aquí... ¿No le ves?»

La infeliz madre se volvió sobre su derecha para abrazar al pobre niño, que seguía durmiendo.

«Un favor te pido, segura de que me lo has de conceder,—dijo tomando la mano de su amigo.

—¿Qué favor?

—Que no robes á mi hijo, ni lo compres, ni intentes arrebatarlo jamás á la patria y á la familia de su madre. Quiero que sea educado entre cristianos.

—Yo te juro que se cumplirá tu deseo,—repuso él con voz turbada.

—No te alejes, esposo mío, no te separes de mí ni un solo momento.

—Si estoy aquí...»

Daniel, observándola con terror, vió que sus facciones tomaban un tinte lúgubre y que sus hermosos ojos se nublaban.

«¡Qué placer!—exclamó ella cerrando los ojos y estrechando con su brazo derecho al pobre niño, que seguía durmiendo.—Te suplico que ames mucho á mis tíos, pues todos son buenos y han deseado mi bien... Me enterrarán al lado de mi padre y de mis hermanitos.»

Horrible angustia sintió el hebreo. Com-

Digitized by Google

prendiendo la gravedad del estado de Gloria, no se atrevía á separarse de ella. Y sin embargo, era indispensable llamar, pedir socorro. Llamó á la dueña de la casa; pero nadie le respondió.

«¿Están ahí mis tíos?—dijo Gloria abriendo los ojos.—Sí: les veo, ahí están. Sentiría no despedirme de ellos... Ya, querida tía, estará usted contenta de mí. El sacrificio que usted me pedía, ¿no está hecho? La renuncia que usted me aconsejaba, ¿no está hecha?»

Su espíritu, después del último período de lucidez, había sido de nuevo arrastrado á las tenebrosas corrientes circulares del delirio, estado vertiginoso muy semejante á los remolinos del agua en la tromba.

«Pero la idea de usted, querida tía—prosiguió la enferma,—no ha podido triunfar completamente en mí, y al presentarme delante de Dios, le ofrezco las prendas de mi corazón y los nobles afectos de que no puedo desprenderme... ¡Oh, Dios mío! no me es posible amarte como á un novio. No te veo grande, superior á todas las cosas, sino cuando veo bajo tu sombra á los que he querido en el mundo. Por Tí, mi esposo y mi hijo subirán conmigo á descansar á la sombra de ese árbol celestial en cuyas ramas cantan los ángeles.»

Digitized by Google

Su voz se fué apagando, y sus facciones se alteraron demacrándose. Morton no pudo resistir más aquella situación, y salió corriendo. En la sala inmediata no había nadie. Vió una puerta que conducía á obscuro pasillo, entró por él, y después de andar regular trecho en tinieblas, salió á un recinto alumbrado: era una Iglesia. En el altar, donde ardían algunas luces, un pobre y humilde cura, con casulla raída, empezaba la misa de alba. La tercera parte de la Iglesia estaba llena de aldeanos. Desde la puerta de la sacristía gritó Daniel con todas las fuerzas de su voz: «¡Socorro!»

Mientras él estuvo fuera, Gloria, sin notar su ausencia, hablaba de este modo:

«¡Oh, querido tío... ha vencido usted... qué grato consuelo para mí!... Mi conciencia no me acusa de nada, y muero tranquila con la santa absolución que usted me dió esta tarde en nuestra capilla. ¿Está usted contento de mí? Lo espero... Ningún nuevo pecado tengo que revelar. ¿No dije que me era imposible dejar de amarle? Si ahora está á mi lado, no le acuse usted á él. Yo he venido aquí, y he venido sin culpa. Dios nos ha puesto juntos, en señal de nuestra unión eterna, allá donde no hay más que una religión... Usted llora, querido tío: ¿por qué? Soy feliz. Esta tarde, al

Digitized by Google

confesarme, le dije que me cautivaba la idea del sacrificio y que deseaba hacerlo. Usted no lo aprobó, aconsejándome el casamiento, que ya era posible... pero se presentó la madre, surgieron obstáculos... aproveché la ocasión, me declaré libre... renuncié. ¿Qué mayor gozo que realizar en el Cielo fácilmente lo que en la tierra es tan difícil?... Usted sonríe. ¿No es verdad que tengo razón? ¡Bendita sea esta grandiosa idea! ¡Renunciar para poseer! ¡Morir para vivir! ¡Decir que *no* para que Dios nos diga *sí!*... Bienaventurados los que padecen... Usted llora, querido tío, y llorando me bendice... Ya estoy cerca, adjós...»

Morton volvió corriendo al lado de ella. Tras él venían María Juana y otras dos mujeres.

«¡Se muere, se muere!—exclamó Daniel con desesperación.

—Avisemos á la casa.

—Sí, sí. ¿No hay un médico aquí?

—Sí, señor: le llamaremos... Corre, corre tú...

—Gloria, Gloria—gritó el hebreo llamando á su amiga.—¿No me oyes?

—Sí—contestó con entera voz.—Esposo, esposo mío, soy feliz, porque estaré unida á tí en la vida sin fin. ¿Dónde estás?

—Aquí... contigo... ¿no me ves?

Digitized by Google

—¿Y mi hijo?

—Aquí también.

—Ya le veo, ya le veo,» dijo demostrando en su mirar y en el tono de su voz que se hallaba de nuevo en estado de lucidez.

Su espíritu aleteaba entre el cielo y la tierra. Daniel la besó ardientemente intentando reanimar, con el calor de su boca, aquel hermoso cuerpo, que iba cayendo en el frío abismo de la muerte. Abrió Gloria los ojos, y su mirada parecía una resurrección, porque puso en ella toda la expresión, toda la vida, todo el sentimiento y la gracia de sus más felices días. Al mismo tiempo sonreía. La que había sido gala de la tierra y regocijo de la humanidad, se detenía aún en la puerta del cielo, y vuelta hacia el valle de lágrimas, le consagraba su última mirada y su sonrisa última, como el desterrado que ha tomado cariño al país de su destierro y desde la frontera de su patria lo contempla. Elevando entonces los ojos al cielo, y enlazando sus manos con las del autor de su desgracia, exclamó:

«Creo en Dios, en mi alma inmortal, inmerecedera del bien si Jesucristo no la hubiera redimido del pecado original; creo en Jesucristo, que murió por salvarnos, en el Juicio final, en la remisión de los pecados.»

Digitized by Google

Con los labios, con el corazón que se le partía de dolor, y expulsando el juicio de sí en aquel instante supremo, Daniel replicó: «También yo creeré todo lo que tú crees.»

La moribunda hizo un esfuerzo por incorporarse, murmurando: «En Jesucristo.

—También,—dijo Morton, creyéndose el más cruel de los hombres si no lo decía

—En el único Dios,—añadió ella.

—¡Esa, esa... esa es la mejor religión!...—exclamó el israelita estrechándola en sus brazos con delicadeza.—Creo en tí, en la fuerza inmensa de tu espíritu divino, al cual espero estar unido para toda la vida, allá donde no hay más que una religión.

—¡La mía!—balbució la moribunda con sonrisa inefable.

—¡La nuestra!» dijo Morton traspasado de angustia.

Hubo un instante de silencio. El hombre contempló en las pupilas de su amada el tenebroso hundimiento de la vida en los abismos ocultos, cuya luz no vemos los de acá. Sintióse fuertemente asido, como presa que va á ser arrastrada, y con los últimos alientos de la joven oyó estas palabras: «Mañana... mañana serás conmigo en el Paraíso.»

Todo el movimiento y la fuerza nerviosa

Digitized by Google

que estrechaban el cuello del hebreo cesaron. Separóse la persona de Gloria de la armonía de lo viviente, y su bella faz se fué apagando como ascua, quedando en perfecta calma aquella ceniza hermosa y tibia, á cada instante más fría, más blanca y más inmóvil. Creyérase que aún susurraba la vida en sus labios; mas era ilusión. Era que persistía la expresión sublime de sus sentimientos; aquella ceniza sin lumbre amaba al parecer todavía. Los ángeles, acercándose suavemente, la tocaron con sus blandas manos, la examinaron, la suspendieron, y el fatigado espíritu suspiró al tener conciencia de su nueva vida. A punto que el alma libre tendía su primera mirada por el infinito, Daniel Morton oyó las campanas que dentro y fuera de la Iglesia sonaban con estrépito. Era el momento en que el cura cantaba con su cascada vocecilla: *Gloria in excelsis Deo.* Todo era alegría, en memoria de la resurrección del Señor.

Digitized by Google

XXXIII

Todo acabó.

Poco después entró á iluminar el fúnebre cuadro un rayo del sol, única antorcha digna de tal cadáver. Con el día llegaron anhelantes y llenos de congoja D. Buenaventura, Serafinita y varios criados de la casa. Fácilmente se comprenderá su consternación al ver lo que encerraba la triste alcoba, donde los gemidos de un hombre y el llanto de un niño, que se comía los puños, hacían más tétrico el silencio inalterable de aquellos labios cuyas palabras habían dado alegría al mundo.

Serafinita cayó de rodillas, invocando al Señor, y su hermano, pasado el primer momento de sorpresa y dolor, pidió explicaciones que no le fueron dadas. Más tarde, y cuando lo que restaba de la señorita fué trasladado á Ficóbriga, D. Buenaventura, á quien acompañó por el camino el hebreo, parecía no tener dudas acerca de la inocencia de éste en tan desastroso fin. D. Angel, medio muerto de pena, no quiso salir de su habitación. Madama

Digitized by Google

Esther, encerrada también en la suya, tenía los ojos encendidos de tanto llorar. Fué un día de general lástima y pena en la villa marítima, y el tiempo apacible desapareció, poniéndose obscuro el cielo, ceñudo y llorón. Corrían los vientos, y quejándose alborotada la mar, dejaba oir en toda la costa sus mugidores ayes.

A la mañana siguiente hubo entierro, al que asistió gran gentío, la mayor parte de él *por verla;* que ninguna curiosidad es tan viva como la que inspiran los muertos que en vida han sido objeto de la atención pública. Muchos lloraban durante la triste ceremonia; Caifás parecía un muerto que salía del hoyo para enterrar á un vivo; el Cura, dragón formidable de los mares y de los montes, sollozaba como un niño; D. Juan Amarillo simbolizaba correctamente la tristeza oficial; algunos asistentes decían con más asombro que compasión: «Todavía está guapa.»

A las diez de la mañana la tierra había ya pasado su nivel sobre el cuerpo, y el mundo seguía su marcha. Ideas y acontecimientos, todo voiteaba en la rueda fatal, dejando atrás aquella idea y aquel suceso, caídos ya y segregados del movimiento humano. En tal movimiento debemos comprender la dispersión de los personajes principales de esta historia, dis-

Digitized by Google

persión lúgubre y obscura, como la retirada de los ejércitos que han dado encarnizadas batallas sin victoria. También aquellos nobles corazones habían venido de lejanas y contrapuestas tierras para pelear; habían peleado, y se retiraban después chorreando sangre preciosa. ¿Quién los lanzó al bárbaro combate? ¿Volverían á empeñarlo? La querella subsistía, subsiste y subsistirá pavorosa, y antes que se acabe, muchas Glorias sucumbirán, ofreciéndose como víctimas para aplacar al formidable monstruo que toca con la mitad de sus horribles patas á la historia y con la otra mitad á la filosofía, mónstruo que no tiene nombre, y que si lo tuviera lo formaría juntando lo más bello, que es la religión, con lo más vil, que es la discordia; muchas Glorias sucumbirán, sí, arrebatándose del mundo que encuentran despreciable á causa de las disputas, y corriendo á presentar su querella ante el Juez absoluto.

En el mismo día partieron D. Angel y su hermana, el uno para su diócesis, la otra para su convento ó antesala de la bienaventuranza eterna. Partieron también los hebreos, como desterrados. D. Buenaventura se quedó tres días más para arreglar ciertas cosas; pero al fin marchó también. Rechinaron las llaves de

Digitized by Google

la casa, se cerró todo; no quedó allí más que el viento, que jugaba con las persianas rotas y daba vueltas por las cuatro fachadas. De la que regocijaba el universo con su presencia no quedaba nada visible, y donde ella vivió no había más que soledad, olvido, silencio.

El año pasado, ó si se quiere, cuatro años después de los sucesos referidos, vimos restaurada la casa de Lantigua. D. Juan Amarillo no había podido atrapar tan hermosa finca, y estaba lívido de desesperación, tristeza y codicia, por lo cual, burlonamente, le llamaban los de Ficóbriga *D. Juan Verde*. Su esposa, atacada de una ictericia crónica, se consumía tristemente, roída por un diente de cobre que le destrozaba las entrañas.

Habiendo conservado la casa para sí Don Buenaventura, pasaba en ella los veranos con su simpática familia. De la señorita Gloria nadie ó casi nadie se acordaba ya. La aureola de memorias humanas se había marchitado en su frente; pero ¿qué le importaba si tenía otra de luz inextinguible, cuyo resplandor, no por sernos oculto, es menos vivo? Sobre su tumba grabaron catorce apellidos. D. Silvestre quiso que se pusiera también un verso, un elogio, cualquier cosita consonantada, de esas

Digitized by Google

que constituyen la fúnebre gacetilla de los cementerios; pero D. Buenaventura no lo consintió. El olvido en que poco á poco ha ido quedando su preciosa memoria debe de ser para ella muy placentero, si desde la celestial inmortalidad donde reside puede dirigir una mirada de compasión á Ficóbriga.

De Serafinita se tenían noticias edificantes. Su santidad crecía sin que disminuyera su bondad, lo que era garantía de la salvación de alma tan notable. D. Angel no volvió más á Ficóbriga, y seguía gobernando su diócesis como él sabía hacerlo. Ahora se dice que le trasladarán á otro arzobispado de más importancia, y en verdad lo merece. Recordaba siempre con amargo disgusto los sucesos del Sábado Santo de aquel año y la problemática conversión... ¿pero qué podía él hacer, santo varón, en medio de la terrible batalla de las conciencias? Si en aquel día no entró alma nueva en el rebaño, no fué por culpa del digno y solícito pastor.

En el mismo año á que me refiero, es decir, cuatro después de aquella Semana Santa, célebre en Ficóbriga por sus espléndidas procesiones (y no hubo más porque D. Buenaventura dedicó su dinero á empedrar la villa), cuatro años más tarde, repito, un precioso ni-

Digitized by Google

ño jugaba en el jardín de Lantigua. Era y es la imagen viva de aquel chicuelo divino, cuyos ojos, tan lindos como inteligentes, miraron con amor al mundo antes de reformarlo. Diríase de él que no nació de madre, sino por milagro del arte y de la fe, recibiendo cuerpo y vida de la ardiente inspiración de Murillo. En Ficóbriga le llamaban y le llaman el Nazarenito. Tiene los ojos de su madre y el perfil de su padre, gracia, armonía, cierta severidad, lumbre extraordinaria en la fisonomía, el cabello castaño y rizoso. Todos le adoran; le crían hasta con mimo, porque D. Buenaventura no sabe negarle nada, y es de oir el horrible estrépito que hacen en la casa sus caballos de palo, sus aros con timbre, sus carretones, sus trompetas, sus velocípedos, sus fusiles, sus tambores y demás instrumentos de juego con que le obsequian un día y otro sus primitas, su mamá Antonia y su tío Ventura.

Entonces, es decir, el año pasado, vestía de luto. El no supo por qué; pero había una razón, y era que su padre había muerto en Londres. ¿De qué clase de muerte? mejor dicho, ¿de qué enfermedad? De una que no tiene nombre. Había muerto después de dos años de locura, motivada por la extraña y sin igual manía de buscar una religión nueva, la reli-

Digitized by Google

gión única, la religión del porvenir. Sostenía haberla encontrado. ¡Pobre hombre!... Meditando se consumió, perdió la razón, y al fin apagóse como una lámpara á la cual dan un soplo.

¿Encontraría su ideal allá donde alguien le esperaba impaciente, quizás con hastío del Paraíso mientras él no llegase?... Es forzoso contestar categóricamente que *sí* ó dar por no escrito el presente libro.

Y en tanto, ¿no debemos aspirar á que sea verdad en lo posible lo que soñaron la enamorada de Ficóbriga y el loco de Londres? Tú, precioso y activo niño Jesús, estás llamado sin duda á intentarlo; tú que naciste del conflicto, y eres la personificación más hermosa de la humanidad emancipada de los antagonismos religiosos por virtud del amor; tú, que en una sola persona llevas sangre de enemigas razas, y eres el símbolo en que se han fundido dos conciencias, harás sin duda algo grande.

Hoy juegas y ríes é ignoras; pero tú tendrás treinta y tres años, y entonces quizás tu historia sea digna de ser contada, como lo fué la de tus padres.

Madrid, Marzo-Abril-Mayo de 1877.

FIN DE LA NOVELA

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE DE LA SEGUNDA PARTE

Páginas.

I.—Serafinita y D. Buenaventura de Lantigua..... 5
II.—Lo que dijeron..... 14
III.—Cosas que se ignoran y otras que se saben y deben decirse..... 23
IV.—Las amigas del Salvador..... 34
V.—Realismo..... 40
VI.—Domingo de Ramos..... 54
VII.—Tía y sobrina..... 62
VIII.—El Salvador en la calle..... 75
IX.—El Maldito..... 88
X.—Hospitalidad á medias..... 100
XI.—Diez y ocho siglos de antipatía..... 113
XII.—La fórmula de D. Buenaventura.... 134
XIII.—El secreto..... 143
XIV.—Casa..... 153
XV.—¿A dónde va? ¿A dónde ha ido?.... 161
XVI.—Prisionera..... 171
XVII.—Declaración..... 178
XVIII.—Pasión, sacrificio, muerte..... 185
XIX.—Espinas, clavos, azotes, cruz..... 195
XX.—¿Qué haré?..... 206
XXI.—Jueves Santo... 218

Digitized by Google

Páginas

XXII.—Esperanza de salvación..... 231
XXIII.—Los viajeros..... 241
XXIV.—Las leñadoras de Ficóbriga..... 246
XXV.—Todo marcha á pedir de boca..... 260
XXVI.—Madama Esther..... 268
XXVII.—La madre y el hijo..... 272
XXVIII.—Delirio. Fanatismo..... 281
XXIX.—El catecúmeno..... 294
XXX.—La visión del hombre sobre las aguas..... 316
XXXI.—Mater amabilis..... 329
XXXII.—Pascua de Resurrección..... 337
XXXIII.—Todo acabó..... 359

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06385 7232

DO NOT REMOVE
OR
ATE CARD

Digitized by Google

Digitized by Google